

MICHAEL CHABON

Chicos prodigiosos



Lectulandia

Grady Tripp es un escritor ya cercano a la mediana edad y profesor en una universidad de provincias. En su juventud fue una promesa de la literatura, un esplendoroso chico prodigio que tuvo su fugaz temporada de gloria, pero el tiempo ha pasado y Grady arrastra desde hace ocho años una inmensa novela inconclusa, cada vez más larga e hirsuta y cuyo título es, claro está, *Chicos prodigiosos*. A Grady le gusta compararla con *Ada*, de Nabokov, y dice que es la clase de obra que «enseña al lector cómo debe leerla a medida que se interna en ella». En una palabra, que Grady no sabe qué hacer con su novela, y está absolutamente perdido en una maraña de páginas que no llevan a ninguna parte.

Y, en medio de toda esta confusión literaria y también vital —Sara, su amante, está embarazada; su tercera esposa lo ha abandonado, y una joven escritora, alumna de sus talleres literarios, esta fascinada por él, y le fascina—, recibe la visita del siempre sorprendente Terry Crabtree, su editor y cómplice desde hace muchos años, que declara que perderá su puesto en la editorial si no vuelve con un manuscrito genial bajo el brazo. Y desde el mismo instante en que Crabtree baja del avión acompañado por la maravillosa Miss Sloviack —un(a) guapísimo(a) travestí—, y en los tres días que durara la Fiesta de las Palabras, una feria literaria que cada año se celebra en la universidad donde enseña Grady, se despliega ante el lector una de las novelas más deleitosas, brillantes y divertidas de los últimos años. Un irónico viaje por la espuma de los libros y de la vida, donde la literatura y sus géneros, el cine y las mitologías de nuestra época son también protagonistas, y donde las dos mil páginas de *Chicos prodigiosos* acabarán arrastradas por el viento mientras su autor huye tras rescatar la chaqueta negra ribeteada de armiño que llevaba Marilyn Monroe el día de su boda con Joe DiMaggio.

«Una obra soberbia, que auna una comicidad estridente y un profundo lirismo... una agudísima burla de las pretensiones de la escena literaria, donde la robustez de la comedia es equilibrada por la elegancia del estilo, y el humor y el lirismo encubren una seria meditación sobre el arte y la autodestrucción» (Stephen Amidon, *Sunday Times*).

«Impecablemente construida, inmensamente entretenida» (*Publishers Weekly*).

«Chabon es una de las voces más elocuentes de su generación» (Michiko Kakutani, *The New York Times*).

«Una novela seductora y perversamente inteligente una de esas raras comedias satíricas que han alcanzado la perfección» (Robert Ward, *The New York Times Book Review*).

«Salvajemente divertida, pero llena de sabiduría... Un escritor evocativo e inventivo a la vez. agudo, conmovedor» (S. Hearon, *Chicago Tribune*).

«La mejor novela del año» (*Esquire*).

«Una obra verdaderamente original, ambiciosa y lograda. Ha valido la pena esperar siete años después de la primera espléndida novela de Chabon. Hay pocos libros tan apasionantes como para ser devorados de una sola vez, y aún son menos los que pueden llevar al lector de la hilaridad a la tristeza en el espacio de unas páginas. *Chicos prodigiosos* es una de esas escasas novelas prodigiosas» (Debbie Bosley, *BooksMagazine*).

Lectulandia

Michael Chabon

Chicos prodigiosos

ePub r1.0

Trips 12.09.13

Título original: *Wonder Boys*
Michael Chabon, 1995
Traducción: Mauricio Bach
Retoque de portada: Castroponce

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Castroponce
Aporte digital gracias a Castroponce
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Ayelet

Que piensen lo que quieran, pero no pretendía ahogarme. Pretendía nadar hasta que me hundiera, que no es lo mismo.

JOSEPH CONRAD

El autor manifiesta su gratitud
a Mary Evans y Douglas Stumpf,
Tigris y Éufrates de este pequeño imperio.

El primer escritor auténtico al que conocí personalmente fue un cuentista que firmó todas sus obras con el seudónimo de August Van Zorn. Vivía en la habitación del último piso de la torre del Hotel McClelland, propiedad de mi abuela, y enseñaba literatura inglesa en Coxley, una modesta universidad en la otra orilla del insignificante río Pensilvania que divide en dos nuestra ciudad. Su verdadero nombre era Albert Vetch, y creo que era especialista en Blake; recuerdo que en su habitación, sobre el descolorido papel de pared aterciopelado, destacaba una reproducción enmarcada de una de las imágenes de Jehová del genial visionario inglés colgada encima de un perchero de madera que había pertenecido a mi padre. La mujer del señor Vetch estaba internada en un sanatorio cerca de Erie desde la muerte de sus dos hijos adolescentes en una explosión ocurrida en su jardín trasero varios años atrás, y siempre tuve la impresión de que él escribía, en parte, a fin de ganar el dinero necesario para mantenerla allí. Escribió cientos de relatos de terror, muchos de los cuales aparecieron en revistas de la época como *Weird Tales*, *Strange Stories*, *Black Tower* y otras por el estilo. Eran cuentos macabros, a la manera de Lovecraft^[1], ambientados en pequeñas y tranquilas ciudades de Pensilvania que, para su desgracia, habían sido fundadas en parajes donde los indios iroqueses practicaron sus torturas rituales o en tiempos remotos dejaron su huella dioses alienígenas sedientos de sangre. Pero estaban escritos con una prosa seca, concisa y, en ocasiones, casi humorística, cuyos ecos descubrí más tarde en las narraciones de John Collier^[2]. Escribía de noche, con estilográfica, sentado en una mecedora de madera, con una pesada manta de lana a rayas sobre el regazo y una botella de bourbon encima de la mesa. Cuando estaba inspirado y escribía con fluidez, los chirridos del incesante vaivén de aquella mecedora llegaban hasta el último rincón del adormecido hotel mientras sometía a sus héroes a la horripilante suerte a que los condenaba su fascinación por lo monstruoso y lo inhumano.

Sin embargo, cuando, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el mercado de las publicaciones de terror baratas empezó a declinar, los sobres blancos de papel verjurado con fabulosas direcciones de Nueva York dejaron de aparecer regularmente en la bandeja de porcelana irlandesa que había sobre el piano de mi abuela, y al final desaparecieron por completo. Sé que August Van Zorn trató de adaptarse a los nuevos tiempos: cambió la localización de sus relatos, optando por las urbanizaciones residenciales que rodean a las grandes ciudades, y potenció el humor, para tratar de vender, sin éxito, sus nuevas narraciones, más moderadas y con un toque de ironía, al *Collier's* y al *Saturday Evening Post*. Entonces, cuando yo tenía catorce años, una edad a la que podía empezar a apreciar el trabajo del hombre insignificante, afable y modesto que había vivido bajo el mismo techo que mi abuela y yo durante los últimos doce años, un lunes por la mañana Honoria Vetch se lanzó a la rápida corriente del riachuelo que pasaba junto al sanatorio, atravesaba la ciudad y

desembocaba en las amarillentas aguas del Allegheny. Su cuerpo jamás fue encontrado. Al domingo siguiente, al volver de la iglesia, mi abuela me pidió que le subiese la comida al señor Vetch. En circunstancias normales se la hubiera llevado ella misma —siempre decía que era imposible que, estando juntos, el señor Vetch y yo resistiésemos la tentación de hacernos perder el tiempo mutuamente—, pero estaba enfadada con él porque de todos los ociosos domingos de su vida había elegido precisamente aquél para no acudir a la iglesia. Así que mi abuela quitó la corteza del pan de un par de emparedados de pollo y los colocó en una bandeja junto con un salero, un melocotón y una biblia, y subí por las escaleras hasta la habitación de nuestro huésped, al que hallé sentado en su mecedora, que todavía se balanceaba lentamente, con un pequeño agujero de rebordes ennegrecidos en la sien derecha. A pesar de su gusto por la literatura de casquería, y a diferencia de mi padre, que, según tengo entendido, dejó todo hecho un asco, Albert Vetch acabó sus días limpiamente, vertiendo una cantidad mínima de sangre.

Considero a Albert Vetch el primer escritor auténtico al que conocí no porque durante un tiempo lograra vender sus relatos a diversas revistas, sino porque fue el primero aquejado del mal de la medianoche, el primero que permanecía pegado a su mecedora y su fiel botella de bourbon, el primero con la mirada perdida en lontananza, marcada por el insomnio incluso a pleno día. De hecho, ahora que lo pienso, fue el primer escritor, auténtico o no, que se cruzó en mi camino, en una vida que, en conjunto, ha estado un tanto excesivamente cargada de encuentros con representantes de ese gremio quisquilloso y excéntrico. Instauró un modelo con arreglo al cual, en tanto que escritor, he vivido desde entonces. Tan sólo espero que la existencia que atribuyo al señor Vetch no sea fruto de mi invención.

La vida y los relatos de August Van Zorn me rondaban la cabeza aquel viernes, mientras me dirigía al aeropuerto para recoger a Terry Crabtree. Me resultaba imposible pensar en él sin recordar aquellos relatos fantásticos, ya que nuestra larga amistad había comenzado, por así decirlo, gracias a la oscura existencia de August Van Zorn, gracias al completo y miserable fracaso que había contribuido a destrozarse el alma de un hombre a quien mi abuela solía comparar con un paraguas roto. E incluso, al cabo de veinte años, nuestra amistad había acabado pareciéndose a una de las pequeñas ciudades de los relatos de Van Zorn: era una estructura que había terminado por sustentarse, sin que hubiéramos sido conscientes de ello, sobre una delgadísima membrana de realidad bajo la cual yacía una enorme y adormecida Cosa con un amarillento ojo que empezaba a entreabrir y con el que nos observaba escrutadoramente. Tres meses atrás, Crabtree había sido invitado a participar en el festival literario de aquel año —yo me las arreglé para que así fuera—, y durante todo ese tiempo, a pesar de que dejó numerosos mensajes para mí, sólo hablé con él en una ocasión, durante cinco minutos, una tarde de febrero, cuando volví a casa, ya bastante

entonado, de una fiesta en casa de la rectora, para ponerme una corbata y reunirme con mi mujer en otra fiesta que daba su jefe en el Shadyside. Mientras hablaba con Crabtree me fumaba un porro y agarraba el auricular como si fuese una correa de sujeción y yo estuviese en el centro de un interminablemente largo túnel aerodinámico en el que el viento silbara e hiciera que mi cabello revoloteara alrededor de mi rostro y mi corbata ondeara a mi espalda. A pesar de que tuve la vaga impresión de que mi viejo amigo me hablaba con un tono que combinaba la irritación y la reconvención, sus palabras pasaron volando junto a mí, como virutas para embalaje, y las saludé con la mano mientras se alejaban. Aquel viernes fue una de las pocas ocasiones desde que éramos amigos en que no me entusiasmaba la idea de volver a verlo; incluso diría que esa perspectiva más bien me horrorizaba.

Recuerdo que aquella tarde les dije a los alumnos de mi curso que se marchasen a casa más temprano, con el pretexto de la celebración del festival literario. Al salir del aula todos miraron al pobre James Leer. Recogí las fotocopias anotadas y subrayadas de su último y estrambótico relato, así como las críticas mecanografiadas de los demás alumnos, guardé todo en la cartera, me puse la chaqueta y, al volverme para salir, vi que el chico seguía sentado al fondo del aula, en el centro del círculo de sillas vacías. Sabía que habría debido decirle algo para consolarlo —sus compañeros habían sido tremendamente duros con él, y parecía deseoso de escuchar algún comentario mío—, pero tenía el tiempo justo para llegar al aeropuerto y me cabreaba que se comportara siempre de aquel modo para despertar compasión, así que me limité a decirle adiós y salí.

—Apague la luz, por favor —me pidió con voz mortecina y vacilante.

Era consciente de que no debía hacerlo, pero, aun así, lo hice; ahí tienen una buena razón para que dejara mandado que esculpieran en mi lápida sepulcral unas palabras pidiendo perdón, o una de ellas, tal vez, porque mi tumba va a necesitar todo un monumento con frases de arrepentimiento grabadas en los cuatro costados con letra pequeña y muy apretada. Dejé a James Leer allí, sentado a solas en la oscuridad, y me planté en el aeropuerto casi con treinta minutos de antelación respecto de la hora a que tenía prevista su llegada el vuelo de Crabtree, lo cual me permitió quedarme un rato sentado en el coche, en el aparcamiento del aeropuerto, fumándome un canuto y escuchando a Ahmad Jamal^[3]; y no voy a pretender que no hubiese estado planeando esa idílica media hora desde el momento en que les dije a mis alumnos que se fueran. A lo largo de los años he ido renunciando a muchos vicios, entre ellos el whisky, el tabaco y las diversas drogas que te liberan de las leyes de Newton, pero la marihuana y yo hemos seguido siendo compañeros inseparables. Aquel día tenía una bolsita de cierre hermético con treinta gramos de fragante hierba procedente del condado de Humboldt, California, en la guantera del coche.

Crabtree bajó del avión con un pequeño maletín de lona y una bolsa portatrajes

colgada del brazo; una persona alta y atractiva caminaba junto a él. Esa persona lucía una larga melena, negra y rizada, un imponente abrigo rojo encima de un vestido negro y zapatos, también negros, con tacón de aguja de diez centímetros, y se reía, evidentemente encantada, de algo que Crabtree le susurraba sin apenas mover los labios. La verdad es que, a primera vista, me pareció que dicha persona no era una mujer, aunque no acababa de estar seguro.

—¡Tripp! —exclamó Crabtree mientras se acercaba tendiéndome la mano libre. Me dio un abrazo y yo lo apreté contra mí durante un par de segundos, tratando de determinar por la firmeza de su caja torácica si todavía me apreciaba—. Me alegro de verte. ¿Qué tal estás?

Lo solté y di un paso atrás. Llevaba dibujada en la cara su típica mueca de desdén, y su mirada era penetrante y severa, pero no parecía enojado conmigo. Con la edad había ido dejándose el pelo más largo, pero no para compensar una incipiente calvicie, como hacen algunos cuarentones coquetos, sino como manifestación de una vanidad más pura e incontestable: tenía una hermosa cabellera, espesa y castaña, que caía como un tupido cortinaje sobre sus hombros. Llevaba una gabardina de un discreto tono oliváceo y corte impecable sobre un elegante traje italiano en seda verdoso metálico, mocasines de cuero trenzado sin calcetines y unas gafas redondas, de escolar, que no le había visto nunca.

—Tienes un aspecto magnífico —dije.

—Grady Tripp, te presento a la señorita Antonia... ¡Ejem! La señorita Antonia...

—Sloviak —añadió la aludida, con una típica voz de mujer guapa—. Encantada de conocerle.

—Resulta que vive a dos pasos de mi casa, en Hudson —dijo Crabtree.

—¡Hola! —saludé—. Es mi calle favorita en Nueva York. —Traté de estudiar discretamente la arquitectura del cuello de la señorita Sloviak, pero llevaba anudado un vistoso pañuelo estampado. Supuse que eso, hasta cierto punto, podía ser una pista—. ¿Traéis equipaje?

Crabtree se quedó el maletín de lona y me tendió la bolsa portatrajés, que resultó ser sorprendentemente ligera.

—¿Esto es todo?

—Esto es todo —respondió—. ¿Podemos acompañar a la señorita Sloviak?

—No creo que haya inconveniente —dije con una ligera punzada de recelo, ya que empezaba a entrever la tarde que nos esperaba. Conocía demasiado bien la expresión de los ojos de Crabtree. Me estaba mirando como si fuese una criatura modelada por su cerebro y sus manos y estuviese a punto de pulsar el botón que haría que saliese corriendo espasmódicamente a campo traviesa, para llevar la desolación a las alquerías y despojar de su virginidad a las doncellas campesinas. Crabtree tenía muchas ideas de este estilo en el magín, y si caían en sus manos los medios para

provocar algún lío, los utilizaría sin piedad aquella misma noche. Si la señorita Sloviak no era un travesti, sin duda Crabtree encontraría la manera de convertirla en uno—. ¿En qué hotel se aloja?

—Oh, vivo aquí —respondió la señorita Sloviak, y apareció en su rostro un rubor que le sentaba muy bien—. Bueno, *mis padres* viven aquí, en Bloomfield. Pero puede dejarme en el centro de la ciudad y tomaré un taxi desde allí.

—De acuerdo. De todos modos tenemos que ir al centro, Crabtree —dije, tratando de dejar claro que estaba allí por él y consideraba a la señorita Sloviak una invitada sólo temporal a nuestra fiesta particular—. Para recoger a Emily.

—¿Dónde es esa cena a la que vamos?

—En Point Breeze.

—¿Queda lejos de Bloomfield?

—No demasiado.

—Entonces, estupendo —dijo Crabtree, y, tomando a la señorita Sloviak del codo, se encaminó hacia la zona de recogida de equipajes moviendo con rapidez sus escuálidas piernas para acompasar su paso al de ella—. Vamos, Tripp —me llamó, volviendo la cabeza por encima del hombro.

El equipaje de su vuelo tardó un buen rato en salir, y la señorita Sloviak aprovechó el retraso para ir al lavabo; al de señoras, por supuesto. Crabtree y yo la esperamos, sonriéndonos mutuamente.

—Colocado como siempre, ¿eh? —dijo.

—¡Cabroncete! —solté—. ¿Qué tal estás?

—En paro —respondió, con una expresión sumamente risueña.

Empecé a esbozar una sonrisa, pero algo, un estremecimiento del músculo de su mandíbula, me hizo comprender que no bromeaba.

—¿Te han despedido? —pregunté.

—Todavía no —respondió—. Pero se ve venir. Me he pasado la semana haciendo llamadas telefónicas, y he comido con un par de personas. —Continuó moviendo las cejas y sonriendo, como si aquella desagradable perspectiva le divirtiese. Como Terry Crabtree poseía una notable capacidad de autodesprecio, hasta cierto punto así era, sin duda—. Pero no están haciendo cola, precisamente.

—Pero ¡por Dios!, Terry, ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—Una reestructuración —respondió.

Hacía un par de meses, la editorial que publicaba mis libros, Bartizan, fue absorbida por Blicero Verlag, un enorme consorcio mediático alemán, y los rumores de que los nuevos propietarios iban a despedir a mucha gente sin ningún miramiento habían llegado incluso hasta el lejano Pittsburgh.

—Creo que no cuadro en el nuevo perfil empresarial.

—¿Cuál es?

—Ser competente.

—¿Adónde irás?

Meneó la cabeza y se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —me preguntó—. La señorita Sloviak, quiero decir. Iba sentada a mi lado. —En alguna parte sonó un timbrazo que indicaba que iba a dar comienzo el carrusel de maletas. Creo que ambos pegamos un salto—. ¿Sabes a cuántos aviones he subido con la esperanza de que mi billete me colocase junto a alguien como ella, sobre todo en mis viajes a Pittsburgh? ¿No crees que dice mucho en favor de esta ciudad que haya sido la cuna de alguien como ella?

—Es un travestí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, como anonadado.

—¿No es cierto?

—Creo que ésa es suya —dijo al tiempo que señalaba una enorme maleta rectangular de cuero de potro moteado cubierta con lo que parecía una funda de plástico para un almohadón de sofá, la cual empezaba a asomar entre las tiras de goma en la cinta transportadora de equipajes—. Supongo que eso debe de servir para que no se le ensucie.

—Terry, ¿qué va a ser de ti? —le pregunté. Sentía como si el timbrazo todavía me estuviese reverberando en el pecho. ¿Qué va a ser de mí?, pensé. ¿Qué va a ser de mi novela?—. ¿Cuántos años llevabas trabajando en Bartizan? ¿Diez?

—Sólo diez, si no cuentas los últimos cinco —respondió mientras se volvía hacia mí—, que es lo que supongo que haces.

Me miró con el aire tranquilo y la combinación de malicia y afecto que me eran tan familiares. Antes de que abriese la boca, ya sabía qué me iba a preguntar.

—¿Qué tal va la novela? —dijo.

Alargué el brazo para coger la maleta de la señorita Sloviak antes de que pasase de largo ante nosotros.

—Muy bien —respondí.

Se refería a mi cuarta novela, o a lo que se suponía que iba a ser mi cuarta novela, *Chicos prodigiosos*, que le había prometido a Bartizan hacía más de cinco años. Mi tercera novela, *El mundo subterráneo*, había ganado un premio PEN y, con sus doce mil ejemplares, había vendido el doble que las dos anteriores juntas; como consecuencia de ello, Crabtree y sus jefes en Bartizan se habían sentido lo suficientemente optimistas acerca de mi inminente ascenso al status de, como mínimo, autor de culto para adelantarme una ridícula suma de dinero a cambio tan sólo de una fatua sonrisa del atónito autor, es decir, de mí, y de un título inventado sobre la marcha, fruto de una idea que se me habría ocurrido mientras meaba en el urinario de aluminio del lavabo de caballeros del estadio Three Rivers. Por suerte para mí, no tardé en dar con un argumento absolutamente soberbio para una novela

—tres hermanos nacen, crecen y mueren en una pequeña ciudad embrujada de Pensilvania— y me puse a trabajar en él sin dilación; desde entonces había estado puliéndolo con diligencia. No tenía problemas de motivación ni de inspiración, sino al contrario: ante la máquina de escribir siempre me he mostrado entusiasmado y competente, pues jamás he sufrido eso que llaman «terror a la página en blanco», algo en lo que nunca he creído, además.

El problema, a decir verdad, era precisamente que me ocurría todo lo contrario. Tenía demasiado material sobre el que escribir: demasiados edificios imponentes y miserables que construir, calles a las que dar un nombre y campanarios que hacer repicar; demasiados personajes que hacer emerger de la tierra como flores cuyos pétalos arrancaba de los complejos y frágiles órganos interiores; demasiados atroces secretos genéticos y crematísticos que desenterrar, enterrar de nuevo y volver a desenterrar; demasiados divorcios que conceder, herederos que desheredar, citas que concertar, cartas que desviar hacia manos malignas, inocentes criaturas que enviar a la muerte víctimas de fiebres reumáticas, mujeres a las que dejar insatisfechas y desesperadas, hombres a los que arrastrar hasta el adulterio y el robo, fuegos que encender en el corazón de viejas mansiones. La novela narraba la historia de una familia y para entonces constaba ya de dos mil seiscientos once páginas, cada una de ellas revisada y reescrita media docena de veces. Y a pesar de los años que llevaba en ello y de las ingentes cantidades de palabras utilizadas para plasmar los excéntricos devaneos de mis personajes, éstos todavía no habían llegado a su cénit. Me encontraba todavía lejos del final.

—Ya la he terminado —dije—. Bueno, prácticamente la he terminado. Ahora estoy..., ya sabes, dándole pequeños retoques.

—Estupendo. Esperaba poder echarle un vistazo en algún momento durante el fin de semana. ¡Oh, creo que allí viene otra! —Señaló una pequeña maleta con un estampado rojo a cuadros, también cubierta con un envoltorio de plástico, que avanzaba hacia nosotros en la cinta transportadora—. ¿Crees que será posible?

Recogí la segunda maleta —que era más bien un bolso con forma de achaparrada medialuna y goznes en los costados— y la deposité en el suelo junto a la primera.

—No lo sé —respondí—. Mira lo que le pasó a Joe Fahey.

—Sí, se hizo famoso —dijo Crabtree—. Con su cuarto libro.

John José Fahey, otro escritor auténtico al que conocí, sólo escribió cuatro novelas: *Noticias tristes*, *Melancólico*, *Aplausos y despedidas* y *Ocho sólidos años luz de plomo*. Joe y yo nos hicimos amigos durante el semestre que pasé como profesor invitado, hacía casi doce años, en una universidad de Tennessee, donde él coordinaba los cursos de escritura creativa. Cuando lo conocí, Joe era un escritor disciplinado, con un admirable talento para la digresión narrativa, que se vanagloriaba de haber heredado de su madre mexicana, y muy escasos hábitos malos

o ingobernables. Era un tipo extremadamente cortés y a sus treinta y dos años tenía el cabello cano por completo. Tras el moderado éxito de su tercera novela, sus editores le dieron un adelanto de 125 000 dólares para estimularle a que les escribiese la cuarta. Su primera tentativa abortó casi de inmediato. Se lanzó bravamente a una segunda, a la que se dedicó durante un par de años hasta que llegó a la conclusión que era una pura mierda y lo dejó correr. La tercera fue rechazada por los editores antes incluso de que Joe la hubiese terminado, porque, según ellos, resultaba ya demasiado larga y no encajaba en su línea editorial.

Después de eso, John José Fahey cayó en picado y se convirtió en un fracasado irrecuperable. Acabó consiguiendo que lo echasen de aquella universidad de Tennessee, donde era profesor numerario, presentándose borracho en horas lectivas, dirigiéndose con imperdonable crueldad a los alumnos menos dotados de sus clases y, en una ocasión, blandiendo desde la tarima una pistola cargada ante sus pupilos con la finalidad de enseñarles a escribir sobre el miedo. También logró ahuyentar a su esposa, que lo abandonó de mala gana y se llevó consigo la mitad del fabuloso anticipo. Al cabo de algún tiempo, Joe regresó a su Nevada natal y vivió en una sucesión de moteles. Años más tarde, mientras esperaba para cambiar de avión en el aeropuerto de Reno, me topé con él. No iba a ninguna parte; simplemente, se había dejado caer por allí. Al principio, fingió que no me reconocía. Se había quedado sordo de un oído y tenía una actitud fría y distante. Sin embargo, después de unas copas, acabó confesándome que por fin, tras siete tentativas, había enviado a su editor lo que consideraba el aceptable manuscrito final de una novela. Le pregunté cómo se sentía con respecto a lo que había escrito.

—Es aceptable —respondió fríamente.

Quise saber si conseguir acabar el libro le había hecho sentirse muy feliz. Tuve que repetirle la pregunta un par de veces.

—Feliz como un jodido pez en el agua —sentenció.

Después de aquel encuentro, empecé a oír rumores. Oí que poco después Joe trató de reescribir la séptima versión, tentativa que abandonó cuando su editor, perdida ya la paciencia, le amenazó con emprender acciones legales. Oí que hubo que suprimir pasajes enteros, debido a su vaguedad, su falta de lógica y su tono excesivamente amargado. Oí toda clase de comentarios desfavorables. Al final, sin embargo, *Ocho sólidos años luz de plomo* resultó ser un libro francamente bueno y, gracias a la publicidad adicional que le dio la precoz y absurda muerte de Joe —no sé si recuerdan que lo atropelló una furgoneta blindada que transportaba la recaudación de un casino—, se vendió muy bien. Los editores recuperaron con creces su inversión, y todo el mundo coincidió en que era una lástima que Joe Fahey no viviese para poder disfrutar de su éxito, aunque nunca he estado seguro de que fuera así. *Ocho sólidos años luz de plomo*, por si no han leído la novela, es el espesor de la coraza de ese

metal con la que uno debería revestirse para evitar verse afectado por los neutrinos. Me temo que hay jodidos bichitos de éstos por todas partes.

—Vale, de acuerdo, Crabtree —dije—. Te dejaré leer..., no sé, una docena de páginas, o algo así.

—¿La docena que yo elija?

—De acuerdo, tú las eliges.

Me reí, pero me barruntaba qué doce páginas elegiría: las doce últimas. Lo cual iba a ser un serio problema, porque, como sabía que Crabtree iba a venir a la ciudad, durante el último mes me había dedicado a escribir cinco «capítulos finales» distintos, sometiendo a mis pobres personajes a medio perfilar a una amplia gama de desastres bíblicos, baños de sangre shakespearianos y pequeños accidentes domésticos, en un desesperado intento por conseguir hacer aterrizar antes de hora el gigantesco y veloz dirigible del cual era el desquiciado comandante. Por tanto, no existían «doce últimas páginas», sino sesenta, todas disparatadamente precipitadas, azarasas y violentas, el equivalente literario de la catástrofe ocurrida en el aeródromo de Lakehurst, Nueva Jersey, en 1937, en la que ardió el *Hindenburg*. Le dirigí a Crabtree una sonrisa idiota y la mantuve hasta que se apiadó de mí y miró a otro lado.

—Recoge eso —me dijo.

Bajé los ojos hacia la cinta transportadora. Envuelta, como las dos maletas, en una gruesa funda de plástico fijada con cinta adhesiva, avanzaba hacia nosotros una extraña caja de cuero negro, del tamaño de un cubo de basura, cuya forma respondía a una caprichosa geometría, como si hubiese sido diseñada para transportar intacto el corazón de un elefante, con todas sus válvulas y ventrículos.

—Debe de ser una tuba —aventuré. Me mordisqueé la cara interior de la mejilla y miré a Crabtree con los ojos entrecerrados—. ¿No crees?

—Supongo que sí —dijo Crabtree—. También está envuelta en plástico.

La recogí de la cinta transportadora —resultó ser más pesada de lo que parecía—, la coloqué junto a las dos maletas y nos volvimos hacia donde estaba el lavabo de señoras, a la espera de que la señorita Sloviak se reuniese con nosotros. Pasados varios minutos sin que hiciera acto de presencia, decidimos alquilar un carrito. Le pedí un dólar a Crabtree y, tras un breve toma y daca con el distribuidor automático de carritos, cargamos en él las maletas y lo empujamos sobre la moqueta hacia el lavabo de señoras.

—¿Señorita Sloviak? —la llamó Crabtree a la vez que golpeaba caballerosamente con los nudillos en la puerta de los servicios.

—Ahora mismo salgo —respondió ella.

—Probablemente, está volviendo a sujetar con velcro la cinta de plástico con que se echa el pito hacia abajo para que no se le note —comenté.

—¡Tripp! —dijo Crabtree. Me miró a los ojos y aguantó la mirada tanto como le

permitió el agitado estado de sus receptores de placer—. ¿De verdad que la tienes prácticamente terminada?

—Claro —respondí—. Por supuesto que sí, Crabtree. ¿Sigues dispuesto a ser mi editor?

—Claro —dijo. Dejó de mirarme y se volvió para contemplar el menguante desfile de maletas en la cinta transportadora—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

En ese momento la señorita Sloviak salió del lavabo de señoras, con el peinado recompuesto, un toque de color en las mejillas, los párpados sombreados con un tono verde claro y oliendo a lo que reconocí como Cristalle, el perfume que usaban tanto mi mujer, Emily, como mi amante, Sara Gaskell. No resultó una sorpresa muy agradable, como pueden imaginarse. La señorita Sloviak echó un vistazo al equipaje en el carrito, miró a Crabtree y en sus labios pintados se dibujó una amplia y casi intolerablemente coqueta sonrisa que dejó al descubierto su dentadura.

—Dígame, señor Crabtree —dijo con una estimable imitación de Mae West—. ¿Eso que asoma ahí, en el carrito, es una tuba, o simplemente es que se alegra usted de verme?

Al mirar a Crabtree descubrí, para mi sorpresa, que se había puesto colorado como un tomate. Hacía mucho tiempo que no le veía reaccionar así.

C rabtree y yo nos conocimos en la universidad, un lugar en el que no esperaba conocer a nadie. Después de graduarme en el instituto, hice lo imposible por evitar ir a la universidad, especialmente a Coxley, que me había ofrecido una beca anual y una plaza de alero en el equipo titular. En esa época era, y sigo siéndolo, un tío alto —metro noventa— y fuerte; ahora estoy gordo, algo a lo que he tenido que resignarme. Pero aunque por aquel entonces me movía por el campo con la gracia de un cetáceo en pleno océano, como lucía unas gafas cuadrangulares de montura negra y los zapatos de charol, pantalones de sarga y discretos chalecos con cuello de pico que mi abuela me obligaba a llevar, hacían falta grandes dosis de imaginación y optimismo para creer que cuatro años de estudios gratuitos podrían convertirme en una estrella del fútbol americano. En cualquier caso, no tenía la menor intención de jugar para Coxley —ni para nadie—, así que un buen día de finales de junio de 1968 le dejé a mi pobre abuela una nota bastante pomposa y dije adiós a las sombrías colinas, pequeñas ciudades y casas con retorcidos pináculos del oeste de Pensilvania que tanto habían obsesionado a August Van Zorn. Y no volví a aparecer por allí hasta veinticinco años después.

Omitiré muchas de las cosas que siguieron a mi cobarde huida de casa. Diré, simplemente, que el año anterior había leído a Kerouac y me veía a mí mismo como una mezcla de proscrito, poeta y pionero, una especie de John C. Frémont ^[4] cargado con toda la sabiduría del zen, una buena dosis de anfetis y un bloc de papel pautado y tapas jaspeadas, de esos que valen cuatro cuartos, en el bolsillo trasero de los vaqueros. Creo que todavía me veo de esa manera, aunque no soy el más indicado para opinar sobre mí. En cualquier caso, seguí las pautas escrupulosamente: hice autoestop, viajé clandestinamente en los trenes de mercancías que cruzan el país, bailé con chicas de pequeñas ciudades de provincias en las fiestas locales, trabajé como jornalero, peón y camarero, vi desfilar ante mis ojos el áspero paisaje americano tumbado en un vagón de mercancías y bebiendo vino barato; y aunque no lo hiciera, muy bien podría haberlo hecho. Trabajé parte de un verano en un infernal parque de atracciones en la ciudad de Texarkana, interpretando al incordiante payaso que provoca a los transeúntes llamándolos pichacortas para que intenten hacerlo caer en un tanque de agua. Y me pegaron un tiro en la mano izquierda en un bar en las afueras de La Crosse, Wisconsin. Utilicé todo este material en mi primera novela, *Tierras bajas*, de 1976, que recibió buenas críticas y a veces, en momentos de desesperación, considero mi obra más honesta. Tras unos años sobrellevando una existencia triste y a menudo marginal, aterricé —una vez más siguiendo los cánones establecidos— en California, donde me enamoré de una chica que estudiaba filosofía en Berkeley. Me convenció para que no siguiera malgastando con una vida errabunda lo que llamaba, con una absoluta y entusiasta convicción que no he podido borrar de mi mente un solo instante y me ha causado más de un quebradero de cabeza, mi don.

Ese conmovedor homenaje a mi talento me dejó atado a aquel lugar por un tiempo, el suficiente para llenar y enviar una solicitud de admisión en la Universidad de California. Estaba a punto de irme de la ciudad —solo— cuando llegó la carta con una respuesta afirmativa.

Terry Crabtree y yo nos conocimos al principio de nuestro penúltimo año de carrera, cuando aterrizamos en la misma clase de narrativa breve, un curso introductorio en el que yo había intentado ser admitido un semestre tras otro. Crabtree se había apuntado por un impulso súbito y fue admitido gracias a un cuento escrito en el instituto, que narraba el encuentro en un balneario entre un envejecido Sherlock Holmes y un joven Adolf Hitler que había viajado de Viena a Carlsbad para robarles sus joyas a viejas damas inválidas. Era, sin duda, un pastiche notable, y más siendo obra de un chico de quince años. El problema era que se trataba de una pieza única. Crabtree no había escrito nada más desde entonces, ni una sola línea. En el relato aparecían detalles sexuales sumamente peculiares, también detectables —todo hay que decirlo— en su autor. En esa época Crabtree era un chico arisco y delicado, con un rostro que era todo frente y dentadura, cuya extrema timidez le llevaba a sentarse siempre al fondo del aula. Vestía un traje muy ceñido y corbata, pasadísimos de moda, y una bufanda de cachemir roja que, cuando apretaba el frío, se anudaba al cuello bajo las solapas levantadas de la americana. Yo, por mi parte, me sentaba en mi esquina, con mi incipiente barba y mis gafas redondas de montura metálica, y anotaba meticulosamente todo lo que decía el profesor.

Éste era otro auténtico escritor, un delgado y apuesto vaquero, descendiente de una antigua familia de rancheros del Gran Valle Central de California; era devoto de Faulkner y en su juventud había publicado una voluminosa y controvertida novela que fue llevada al cine con Robert Mitchum y Mercedes McCambridge como protagonistas. Era dado al epigrama, y yo llené un cuaderno entero, que posteriormente perdí, con sus gnómicas declaraciones, que cada noche me aprendía de memoria; una facultad que con el tiempo también acabé perdiendo. Juro, aunque no puedo aportar las pruebas pertinentes, que una de sus sentencias decía: «Al final de cada relato, el lector debe tener la sensación de que el viento ha barrido las nubes y ha aparecido por fin la luna». Tenía maneras aristocráticas, lucía botas de piel de serpiente y conducía un Jaguar modelo E, pero tenía la dentadura hecha un desastre, llevaba la bragueta siempre abierta y su vida familiar era un bastante divulgado fárrago de procesos judiciales, lesiones fortuitas y estancias en clínicas privadas. Parecía, al igual que Albert Vetch, estar al mismo tiempo dotado de poderes paranormales y en Babia: era una de esas personas que de pronto son capaces de adivinar, con una exactitud que te deja pasmado, los más íntimos pesares de tu corazón y un instante después dan media vuelta y, mientras se despiden de ti agitando alegremente la mano, se parten la cara contra una puerta cristalera cerrada y necesitan

veintidós puntos de sutura en la mejilla.

Fue siendo alumno de ese hombre cuando empecé a preguntarme si los literatos no sufren alguna variedad de desequilibrio mental, desequilibrio que, pensando en el trepidante balanceo nocturno de Albert Vetch, he denominado el mal de la medianoche. Este mal es un insomnio de origen emocional: el paciente se siente en todo momento —aunque escriba al amanecer o a media tarde— como si estuviese echado en un asfixiante dormitorio, con la ventana abierta de par en par, mirando un cielo lleno de estrellas y aviones y escuchando el golpeteo de un postigo, el paso de una ambulancia, el zumbido de una mosca atrapada en una botella vacía, mientras todo el vecindario duerme a pierna suelta. Ése es el motivo por el cual, en mi opinión, los escritores —al igual que quienes padecen insomnio— son tan propensos a sufrir accidentes, se sienten obsesivamente corroídos por el cáncer de la mala suerte y las oportunidades perdidas, tienen tanta predisposición a darle mil vueltas a todo y son incapaces de dejar de pensar en algo que les ronde por la cabeza por mucho que se les inste a ello.

Pero a estas conclusiones llegué mucho más tarde, después de largos años de verme afectado por el mal de la medianoche. Por aquel entonces me sentía, simplemente, intimidado por la fama de nuestro profesor, por sus botas de piel de serpiente y por mi convencimiento de que aquel hombre estaba en posesión de los más recónditos secretos del arte de contar historias. En cada clase se comentaban dos relatos, y en la primera ronda de trabajos me tocó entregar el último, justamente después de Crabtree, quien, según había podido constatar, no hacía el más mínimo esfuerzo por anotar los axiomas que llenaban el viciado aire del aula; además, nunca intervenía en clase, salvo con algún comentario ocasional, lacónico, pero indefectiblemente amable, sobre la banalidad del relato que se estaba comentando en aquel momento. Como es natural, su reserva se interpretaba como signo de arrogancia, y la opinión generalizada, sobre todo cuando lucía su bufanda de cachemir, era que se trataba de un esnob de tomo y lomo. Pero me había percatado desde un principio de que se mordía las uñas, hablaba con un tono de voz bajo e inseguro y se turbaba cada vez que alguien le dirigía la palabra. Siempre estaba en su rincón, embutido en su ceñidísimo traje, pálido y con aire molesto, como si nuestra compañía le incomodase pero su exquisita educación le impidiese decirlo.

Tenía la sospecha de que Crabtree padecía el mal de la medianoche, pero ¿y yo?

Hasta ese momento siempre había estado convencido de mi talento, pero a medida que pasaban las semanas, y caía sobre nuestras espaldas todo el peso de las inexcusables doctrinas y pesadillas del oficio de escribir —aprender a reconocer qué estaba «en juego» en un relato, cuándo había que colocar la mística aura de la manifestación de su realidad esencial alrededor de la cabeza de un personaje, la importancia de lo que al profesor le gustaba denominar el «riesgo espiritual» para

perfilar adecuadamente a los personajes—, el temor a que la obstinada displicencia de que hacía gala Crabtree tuviera como consecuencia que su trabajo eclipsara al mío hizo que me bloquease y me fuese imposible dar pie con bola. Durante la semana anterior a la entrega de mi relato, me pasé las noches en vela ante la máquina de escribir, bebiendo bourbon y tratando de desenmarañar el horrible lío simbólico en que había acabado por convertir una sencilla historia que me contó mi abuela acerca de un odioso gallo negro que mató a su perro cuando era niña.

A las seis en punto de la mañana del día de la entrega, abandoné y decidí dejarme llevar por mi subconsciente. Había pasado la última hora vagando mentalmente por las habitaciones en que había vivido mi abuela (un año antes telefoneé a casa desde una cabina en algún lugar perdido de Kansas y recibí la noticia de que la mujer que me había educado acababa de morir de neumonía aquella misma mañana), y de pronto, mientras el sabor de azúcar quemado del bourbon me llenaba la boca, para mi sorpresa, me vinieron a la memoria Albert Vetch y los cientos de relatos pasto del olvido en que había plasmado la amargura de su cósmico insomnio. Había uno de ellos —uno de los mejores—, titulado *Hermana de las tinieblas*, que recordaba bastante bien. Lo protagonizaba, cómo no, un arqueólogo aficionado que vivía con su hermana inválida y soltera en una vieja casa con torrecillas. Un día, rebuscando entre los restos de un emplazamiento funerario indio de la zona, encontró un extraño sarcófago que no era de origen indio, vacío y con la efigie medio borrada de una mujer con una siniestra sonrisa. Se lo llevó a casa en plena noche y se obsesionó con él. Mientras lo restauraba, se cortó una mano con una navaja y la sangre cayó sobre el sarcófago, que se recalentó súbitamente y emitió un extraño resplandor; la herida cicatrizó y él sintió una intensa sensación de bienestar. Después de un par de experimentos con indefensos animales domésticos a los que hirió y sometió a la misma cura, el protagonista convenció a su hermana para que se tumbara en el sarcófago a fin de sanar sus piernas paralizadas por la poliomielitis. Por razones inexplicables, al menos hasta donde yo podía recordar, la chica se transformó en la encarnación de Yshtaxta, un súcubo de una lejana galaxia que obligó al héroe a acostarse con él —en el género que practicaba Van Zorn se permitían algunas escenas subidas de tono, siempre y cuando se abordasen de manera eufemística y con toques grotescos—, el cual, una vez hubo absorbido toda la fuerza vital del desgraciado arqueólogo, se dispuso a hacer lo mismo con el resto de los hombres de la ciudad, o eso era, al menos, lo que siempre imaginé, con la vaga esperanza de que algún día, en las horas de mayor quietud de las noches pensilvanas, apareciese en mi ventana una mujer de tres metros, rodeada de un aura luminosa, con colmillos y ansias de inmortalidad.

Puse manos a la obra y reconstruí el relato lo mejor que pude. Reduje los elementos sobrenaturales y transformé el tema de la indescriptible Cosa venida del

más allá en una extraña psicosis de mi protagonista, que habla en primera persona; magnifiqué el tema del incesto y le añadí un poco más de erotismo. Me pasé unas seis horas escribiendo febrilmente hasta terminar el relato. Una vez listo, tuve que salir corriendo para ir a clase, y llegué al aula con cinco minutos de retraso. El profesor estaba leyendo el relato de Crabtree en voz alta, su método predilecto para «sumergirnos» en la obra. No tardé en percatarme de que lo que estaba escuchando no era un refrito confuso y torpemente faulknerianizado de un oscuro cuento de terror de un escritor desconocido, sino el mismísimo *Hermana de las tinieblas*, con la transparente, magra y sosa prosa de August Van Zorn. La consternación que me produjo sentirme atrapado, a punto de ser puesto en evidencia y, sobre todo, superado en lo que consideraba mi ingenioso juego, sólo fue igualada por mi sorpresa al percatarme de que no era la única persona en la Tierra que había leído los relatos del pobre Albert Vetch. Pero fue en aquel momento, mortificado y presa de un pánico creciente a medida que el profesor iba pasando las páginas, cuando sentí el primer chispazo de la intensa, aunque no exenta de altibajos, amistad que me ha unido desde entonces a Terry Crabtree.

No abrí la boca durante el debate que siguió a la lectura del relato de Van Zorn; nadie pareció apreciarlo excesivamente —éramos demasiado serios para disfrutar de semejante catálogo de fantasmagóricas bufonadas, y demasiado jóvenes para captar el trasfondo de aflicción que emanaba de su estilo—, pero nadie se mojó y dio su sincera opinión. Yo era el que iba a pagar el pato. Le entregué mi relato al profesor, y éste empezó a leerlo, con su habitual tono plano y seco como las tierras de un rancho, monótono como un desierto. Jamás he sabido con certeza si fue debido a la tediosa manera de leer del profesor, a las laberínticas e indigestas frases sin signos de puntuación de mi pseudofaulkneriana prosa con las que tenía que lidiar o al rijoso final del cuento, absolutamente carente de misticismo y redactado en diez minutos tras cuarenta y seis horas sin dormir, pero lo cierto es que nadie se percató de que, en esencia, se trataba del mismo relato que había presentado Crabtree. Al terminar la lectura, el profesor me miró con una expresión a un tiempo triste y benevolente, como si estuviese viendo la magnífica carrera que me esperaba como vendedor de cables eléctricos. Los que habían sucumbido al sopor recuperaron la compostura y se inició un breve y poco animado debate, durante el cual el profesor concedió que mi prosa tenía un «innegable vigor». Diez minutos después bajaba por Bancroft Way de regreso a casa, azorado y decepcionado, pero sin dejarme vencer por el desaliento; a fin de cuentas, el relato no era del todo *mío*. Me sentía extrañamente halagado, casi entusiasmado, al pensar en el innegable vigor de mi prosa, en el torrente de historias capaces de estremecer al mundo que me venían a la cabeza pidiendo ser escritas y en el simple y feliz hecho de que mi falsificación había colado sin mayores problemas.

O casi. Al detenerme en la esquina de Dwight sentí una palmada en el hombro;

me volví, y allí estaba Crabtree, con sus ojos brillantes y su bufanda roja de cachemir revoloteando agitada por el viento.

—August Van Zorn —dijo, y me tendió la mano.

—August Van Zorn —repetí, y nos dimos un apretón de manos—. ¡Es increíble!

—Carezco por completo de talento —admitió—. Y tú, ¿qué excusa tienes?

—La desesperación. ¿Has leído otros cuentos suyos?

—Un montón. *Los devoradores de hombres, El caso de Edward Angel, La casa de la calle Polfax...* Es estupendo. No puedo creer que hayas oído hablar de él.

—Oye —dije mientras pensaba para mis adentros que mi vinculación con Albert Vetch no se limitaba a haber oído hablar de él—, ¿te apetece tomar una cerveza?

—No bebo —respondió Crabtree—. Pero puedes invitarme a un café.

Me apetecía una cerveza, pero, desde luego, en las inmediaciones de la universidad era mucho más fácil conseguir un café, así que entramos en una cafetería, precisamente en una que había evitado durante las dos últimas semanas, ya que la frecuentaba la tierna y perspicaz estudiante de filosofía que me había rogado con suma dulzura que no siguiera malgastando mi don. Un par de años después, se convirtió en mi esposa durante algún tiempo.

—Hay una mesa debajo de las escaleras, al fondo —dijo Crabtree—. Suelo sentarme allí. No me gusta que me vean.

—¿Por qué?

—Prefiero seguir siendo un misterio para mis condiscípulos.

—Ya veo, pero entonces, ¿por qué hablas conmigo?

—Por *Hermana de las tinieblas* —respondió—. No me he dado cuenta hasta al cabo de varias páginas, ¿sabes? Ha sido con lo del ángulo de las entradas en la frente del protagonista, que «desequilibraba ligeramente el resto de su cara».

—Me habrá venido a la cabeza —admití—, porque lo he escrito sin consultar el original.

—Pues tienes una memoria enfermiza.

—Pero al menos tengo talento.

—Tal vez sí —dijo, y bizqueó para contemplar la llama de la cerilla que acababa de encender al tiempo que protegía con una mano el cigarrillo sin filtro que sostenía entre los labios. En aquella época fumaba Old Gold. Actualmente se ha pasado a otra marca, baja en alquitrán y de cajetilla azul claro; cigarrillos de mariquita, los llamo cuando quiero hacerle rabiar.

—Si no tienes talento, ¿cómo conseguiste que te admitieran en la asignatura? —le pregunté—. ¿No tuviste que presentar una muestra de tus textos?

—Antes sí que lo tenía —respondió mientras apagaba la cerilla sacudiendo despreocupadamente la mano—. Escribí un buen relato, uno solo. Pero eso no me preocupa. No pretendo convertirme en escritor. —Entonces se calló un momento, a la

espera de que sus palabras hicieran mella. Me dio la impresión de que llevaba mucho tiempo esperando poder mantener aquella conversación. Me lo imaginé en su casa, lanzando sofisticados penachos de humo a su imagen en el espejo de su dormitorio, mientras se retocaba una y otra vez la bufanda de cachemir—. Me inscribí para aprender todo lo que pueda no sólo sobre la escritura, sino también sobre los escritores. —Se recostó en el asiento y empezó a desanudarse la bufanda—. Pretendo convertirme en el Max Perkins de nuestra generación.

Su expresión era seria y solemne, pero en su mirada seguía habiendo un ligero aire de mofa, como si me estuviese retando a admitir que no sabía quién era Maxwell Perkins [5].

—¿Ah, sí? —dije yo, decidido a responder a su pomposidad y arrogancia con idénticas armas. Había dedicado largas horas a impresionar a mi espejo con agudezas e intrépidas miradas de escritor. Tenía un jersey de pescador griego, y cuando me lo ponía me halagaba pensar que mi frente se parecía a la de Hemingway—. Bueno, pues yo pretendo ser el nuevo Bill Faulkner.

Sonrió y dijo:

—Pues te queda mucho más camino por recorrer que a mí.

—¡Vete a la mierda! —repliqué, y le cogí un cigarrillo del bolsillo de la camisa.

Mientras nos bebíamos los cafés, le hablé de mí y de mi errabundeo de los últimos años, adornando el relato con impúdicas referencias a desmelenados aunque imprecisos escauceos sexuales. Noté que reaccionaba con cierta incomodidad cuando le hablaba de chicas y le pregunté si salía con alguna, pero ante su monosilábica respuesta, cambié rápidamente de tema. Le expliqué la historia de Albert Vetch, y al acabar, comprobé que le había emocionado.

—Entonces... —dijo con aire solemne. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un delgado libro encuadernado en cartón con sobrecubierta de color ante. Me lo ofreció, sujetándolo con ambas manos como si se tratase de una taza llena hasta el borde— debes haber visto esto.

Era una antología, publicada por Arkham House, de los veinte mejores relatos de August Van Zorn.

—*Las abominaciones de Plunkettsburg y otros relatos* —leí—. ¿Cuándo se ha publicado?

—Hace un par de años. Es una editorial especializada. No es fácil de encontrar.

Hojeé algunas de las páginas de bordes cortados a mano del libro que Albert Vetch no vivió lo suficiente para ver publicado. En las solapas había un texto laudatorio y una sorprendente fotografía del hombre sencillo, culto y miope que durante años, en su habitación de la torre del Hotel McClelland, había bregado con oscuros remordimientos, con la vacuidad de la existencia y con los estragos del mal de las noches pasadas en vela. Desde luego, nada de eso era evidente en la fotografía.

En ella tenía un aspecto relajado y hasta parecía un hombre apuesto, con ese cabello ligeramente despeinado que parece el más idóneo para un especialista en Blake.

—Quédatelo —me ofreció Crabtree—, ya que lo conociste tan de cerca.

—Gracias, Crabtree —dije, lleno de nuevo de un súbito e irracional afecto hacia aquel individuo pequeño y delgado, con su bufanda, su torpeza y sus calculadas exhibiciones de arrogancia y desdén. Exhibiciones que, por supuesto, con el tiempo dejaron de ser premeditadas y se transformaron en una actitud inconsciente que no provocaba precisamente una admiración universal—. Tal vez algún día seas mi editor, ¿eh?

—Tal vez —dijo—. Desde luego, vas a necesitar uno.

Sonreímos y nos dimos la mano, y entonces la chica a la que había tratado de evitar se me acercó por la espalda y me tiró un jarro de agua con hielo por la cabeza, con lo que empapó no sólo mi persona sino también el libro de August Van Zorn, que quedó completamente destrozado; bueno, al menos así es como lo recuerdo.

Las dos varillas del limpiaparabrisas jugaban a perseguirse sin fin mientras permanecíamos sentados dentro del coche en la calle Smithfield, fumando un canuto de la marihuana californiana, esperando a que mi tercera esposa, Emily, saliese del edificio Baxter, donde trabajaba como redactora de una agencia de publicidad. El principal cliente de Richards, Reed & Associates's era una marca muy conocida en la zona de salchichas polacas famosas por sus generosas dimensiones, lo cual convertía la redacción de los eslóganes publicitarios en un trabajo sencillo, pero delicado. Vi que la secretaria de Emily asomaba por la puerta giratoria y abría el paraguas, y tras ella aparecieron sus amigos Susan y Ben, y un individuo cuyo nombre había olvidado pero al que había visto disfrazado de salchicha en una fiesta navideña que celebraron los de la agencia un par de años atrás. A esa hora, montones de personas salían del edificio y se dispersaban por el grisáceo atardecer: dentistas, podólogos, gestores administrativos, el etíope de aspecto tristón que vendía flores marchitas en un pequeño quiosco del vestíbulo; todos alzaban la vista, se cubrían la cabeza con un periódico abierto y sonreían ante la perspectiva de darse una vuelta por el centro de la ciudad aquella lluviosa tarde de viernes. Pero pasaron quince minutos y Emily seguía sin aparecer, a pesar de que los viernes siempre me esperaba a la puerta cuando pasaba a recogerla, así que finalmente tuve que admitir lo que me había pasado el día entero intentando negar: Emily me había abandonado aquella mañana. Al despertarme, me encontré con una nota pegada a la cafetera, encima del mármol de la cocina, y descubrí que sus cajones y armarios roperos estaban vacíos.

—Crabtree —dije—. Me ha abandonado, tío.

—¿Qué?

—Que me ha abandonado. Esta mañana. Ha dejado una nota. Ni siquiera sé si ha ido a trabajar. Creo que debe de haber ido a casa de sus padres. Está a punto de empezar la Pascua judía; mañana es la primera noche. —Me volví y miré a la señorita Sloviak, sentada en el asiento trasero al lado de Crabtree, ya que, en teoría, Emily debía sentarse delante conmigo. Y ahí detrás estaba también la tuba, que yo no sabía muy bien como había llegado hasta allí. Ni siquiera sabía si realmente era o no de la señorita Sloviak—. En total son ocho. Ocho noches.

—¿Está de guasa, o qué? —le preguntó a Crabtree la señorita Sloviak, que durante el trayecto desde el aeropuerto parecía haberse retocado el maquillaje, pero con tal torpeza que todo él estaba desplazado unos tres centímetros hacia la izquierda de sus ojos y labios, de forma que su rostro parecía una foto movida y borrosa.

—¿Por qué no nos has dicho nada, Tripp? Quiero decir que ¿por qué hemos venido hasta aquí?

—Supongo que yo... No lo sé. —Me volví hacia el parabrisas y escuché el murmullo de la lluvia sobre la capota del coche, un Galaxie del 66 verde, descapotable, que tenía desde hacía algo menos de un mes. No me quedó otro

remedio que aceptarlo como reembolso de una considerable suma de dinero que en un imperdonable desliz había accedido a prestarle a Happy Blackmore, un viejo compañero de borracheras que colaboraba en la página deportiva del *Post-Gazette* y ahora estaba en algún lugar de los montes Blue Ridge de Maryland, en un centro de rehabilitación para perdedores impenitentes, representando el último acto de un espectacular colapso emocional y financiero. En cuanto a su Ford, era un coche viejo y elegante, con una imprevisible transmisión, un desastroso sistema eléctrico y aquel asiento trasero que parecía ofrecer unas posibilidades casi infinitas. A decir verdad, no quería saber lo que acababa de pasar ahí atrás.

—Pensaba que quizá, simplemente, eran imaginaciones mías —dije. Mi condición de consumidor habitual de marihuana durante años me había acostumbrado a que hasta los fenómenos más espantosos, vueltos a considerar con frialdad, resultaban ser meros retazos de mis fantasías paranoides, así que me había pasado el día entero tratando de autoconvencerme de que mi matrimonio no se había ido definitivamente a pique aquella mañana a las seis en punto, mientras roncaba con las piernas desparramadas por la zona recién abandonada de la cama—. Me refiero a que tenía la esperanza de que lo fuesen.

—¿Se siente bien? —preguntó la señorita Sloviak.

—Estupendamente —respondí mientras intentaba averiguar cómo me sentía en realidad. Lamentaba haber empujado a Emily a abandonarme, no porque pensase que podía haber obrado de otra forma, sino porque ella, durante años, había tratado de evitar por todos los medios una situación que, por motivos que jamás he llegado ni llegaré a comprender, le resultaba ofensiva moralmente. Sus padres, que se casaron en 1939, seguían juntos y eran muy felices. Sabía que para ella el divorcio era el primer refugio para los débiles de espíritu y el último para los inútiles sin posible redención. Me sentía como alguien que ha obligado a una persona honesta a mentir por él, o a una persona ahorradora a dejar una propina desmesurada. Sentía también que amaba a Emily, pero de la manera fragmentaria y confusa en que uno ama a la gente cuando va colocado. Cerré los ojos y recordé los movimientos de su falda mientras bailaba una noche en un bar del South Side, al ritmo de *Barefootin* que sonaba en una gramola, el ángulo que formaba su cuello y el escote de su camisón cuando se inclinaba sobre el lavabo para lavarse la cara, el bocadillo de ensalada de atún que me ofreció una tarde ventosa mientras, sentados en una mesa de picnic en Lucía, California, tratábamos de atisbar el paso migratorio de las ballenas..., y sentí que amaba a Emily en la medida en que amaba todas esas cosas —de una manera que estaba más allá de la razón y con tal anhelo que sentía la necesidad de inclinar la cabeza—, pero era un amor que se parecía demasiado a la nostalgia. Incliné la cabeza.

—Grady, ¿qué ha sucedido? —quiso saber Crabtree, que se echó hacia adelante

hasta apoyar el mentón sobre el respaldo de mi asiento. Sentí el roce de su melena en mi cuello. Me llegó el tenue olor a Cristalle que se le había pegado, y el doble recuerdo de Emily y Sara que reavivó en mí ese aroma me resultó tremendamente doloroso—. ¿Qué le has hecho?

—Le he roto el corazón —respondí—. Creo que descubrió mi lío con Sara.

—¿Cómo?

—No lo sé —dije. Desde que, hacía ya varios días, almorzó en el Alí Babá con su hermana Deborah, que trabajaba de ayudante de investigación en el Departamento de Bellas Artes de la Universidad de Pittsburgh, le había notado cierto aire ausente. Deborah debía de haber oído algún cotilleo en la universidad y, como buena hermana, se lo había contado a Emily—. Supongo que no fuimos todo lo discretos que convenía.

—¿Sara? —intervino la señorita Sloviak—. ¿La cena no es en su casa?

—Exacto —respondí—. Allí es.

Era básicamente una formalidad, una primera toma de contacto de los invitados al festival literario del fin de semana, destinada a hacer las oportunas presentaciones antes de que la cosa se pusiese en marcha y todo el mundo tuviera que ir corriendo de un lado para otro. Como se celebraba por la tarde, consistía en un bufé y los invitados tenían que mantener los platos en equilibrio sobre las rodillas; hacia las ocho menos cuarto, cuando tras la informal cena y gracias al alcohol la gente empezaba a confraternizar, llegaba el momento de dirigirse al auditorio del Thaw Hall para la conferencia del viernes por la noche, que daría uno de los dos invitados más ilustres de aquel año. Desde hacía ya once años, la universidad, bajo la batuta del marido de Sara Gaskell, Walter, director del Departamento de Inglés, cobraba a los aspirantes a escritor varios cientos de dólares a cambio del privilegio de recibir los sabios consejos de un panel formado por escritores más o menos conocidos, agentes literarios, editores y una variopinta fauna de personajes neoyorquinos dotados de una sorprendente afición al alcohol y a los chismorreos. Los conferenciantes se alojaban en los dormitorios de la universidad, vacíos durante las vacaciones de primavera, y eran guiados, como si de pasajeros de un crucero se tratara, a través de un apretado programa que incluía demostraciones varias de chispeante agudeza aplicada a la crítica literaria, charlas de autosuperación y lecciones sobre el blablablá del mundo editorial neoyorquino. De hecho, es lo mismo que se enseña en todo el país, y conste que no tengo nada en contra de ello, como tampoco lo tengo por lo que respecta a esa práctica consistente en llenar de americanos horribles una réplica flotante de Las Vegas y pasearlos por una docena de puertos turísticos visitados a una velocidad de treinta nudos. Por regla general, entre los invitados suelo encontrar a uno o dos amigos, y en una ocasión, hace muchos años, conocí a un chico de Moon Township que había escrito un relato tan extraordinariamente bueno que le había bastado para firmar un contrato con mi agente por una novela de la que todavía no había escrito ni una línea, novela que una vez terminada se publicó con gran éxito, se adaptó al cine y agotó varias ediciones; en esa época iba más o menos por la página trescientos de *Chicos prodigiosos*.

Como lo del festival literario era un invento de Walter Gaskell, la fiesta de apertura se celebraba siempre en su casa, un peculiar edificio de ladrillo, de estilo Tudor y con forma de sombrero de bruja, situado lejos de la calle en un frondoso paraje de Point Breeze, en un terreno que, según me comentó en una ocasión Sara, había sido propiedad de H. J. Heinz, el «rey del ketchup». A lo largo de la acera se veían restos de una vieja y maciza verja de hierro forjado, y en el jardín de los Gaskell, detrás del invernadero de Sara, asomaban un par de raíles oxidados, semienterrados entre la hierba, únicos vestigios de un trenecito con el que se había entretenido de niño algún heredero ya fallecido de Heinz. La casa resultaba demasiado grande para los Gaskell, que, al igual que Emily y yo, no tenían hijos. Y

estaba repleta, desde el sótano hasta el desván, de objetos de la colección de recuerdos relacionados con el béisbol de Walter Gaskell, de modo que en las raras ocasiones en que me reunía allí con Sara a solas, nunca lo estábamos realmente: los amplios y oscuros espacios de la casa estaban llenos de la presencia de su marido y de los fantasmas de jugadores y magnates muertos. Walter Gaskell me caía simpático, y jamás logré echarme en su cama sin sentir que una áspera hebra de vergüenza atravesaba la iridiscente seda de mi deseo por su mujer.

En cualquier caso, no voy a pretender convencer a nadie de que nunca tuve intención de liarme con Sara Gaskell. Soy tan enamorado, y siento un desprecio tan absoluto por las consecuencias de mis actos, que desde el mismo momento en que empiezo una relación matrimonial me convierto, casi por definición, en adúltero. He pasado por tres matrimonios, y en todos ellos he sido, clara e incontrovertiblemente, el responsable de su disolución. Me propuse liarme con Sara Gaskell desde el mismo momento en que la vi por primera vez, liarme con sus delicados dedos, con el minucioso montaje de peinetas y pasadores gracias al cual su cabello rojizo no le llegaba hasta las caderas, con su conversación que fluía por innavegables recovecos entre orillas opuestas de ternura y mordaz ironía, con el humo de sus interminables cigarrillos. Solíamos vernos en un apartamento situado en East Oakland, propiedad de la universidad; Sara Gaskell era la rectora, y la conocí el día de mi llegada a la universidad. Lo nuestro había empezado hacía ya casi cinco años, sin otra evolución visible que la que va del nervioso forcejeo con la llave en una cerradura que no nos resulta familiar a la instalación en el apartamento de televisión por cable para pasar las tardes de los miércoles metidos en la cama, en ropa interior, viendo viejas películas. Ninguno de los dos tenía el más mínimo interés en dejar a su respectivo consorte, ni en hacer nada que pudiese quebrar el sosiego de lo que ya era un viejo amor, tranquilo y estable.

—¿Es guapa? —susurró la señorita Sloviak mientras subíamos por los escalones enlosados de la entrada de la casa de los Gaskell. Me dio un golpecito en el estómago, con un gesto que imitaba a la perfección la actitud condescendiente, pero en el fondo amable, de una mujer despampanante para con un hombre de escaso atractivo.

Se suponía que debía responder algo así como: «Para mí, desde luego, lo es», pero, en lugar de eso, dije:

—No tanto como usted.

Lo cierto es que Sara tampoco era más guapa que Emily, y carecía de su porte elegante y su coquetería. Era una mujer grande —alta, tetuda y con un gran trasero— y, como les ocurre a muchas pelirrojas, su belleza variaba según las circunstancias y resultaba inclasificable. Tenía las mejillas y la frente repletas de pecas, y la nariz, si bien de perfil resultaba coqueta y respingona, vista frontalmente parecía bulbosa. A

los doce años ya había alcanzado la estatura y la constitución corporal que la caracterizaban, y creo que a causa de ese trauma —y de las exigencias de su status profesional— su vestuario habitual consistía de manera prácticamente exclusiva en pantis, blusas blancas de algodón y muchos trajes sastre de tweed de una gama cromática que iba del marrón claro al oscuro. Llevaba su maravillosa cabellera aprisionada entre un auténtico andamiaje de horquillas; por todo maquillaje, un toque cobrizo en los labios, y aparte del anillo de bodas, el único ornamento que lucía habitualmente eran unas gafas de leer con cristales en forma de medialuna colgadas del cuello con un largo cordón. Desnudarla era una temeridad, una especie de acto vandálico, como abrir las jaulas de un 200 repleto de animales o hacer saltar por los aires una presa.

—Me alegro de verte —le susurré en la oreja en el momento en que se hizo a un lado para que Crabtree y la señorita Sloviak pudiesen pasar al recibidor forrado de madera de roble.

Tuve que susurrárselo en un tono bastante alto, porque el chucho, un husky que respondía al nombre de Doctor Dee, se lo pasaba en grande saludando cada una de mis apariciones en la casa, fueran cuales fuesen las circunstancias, con un pasmoso despliegue de salvajes ladridos. Doctor Dee había quedado ciego de cachorro a causa de una fiebre cerebral, y sus extraños ojos azules tenían una desconcertante tendencia a tropezarse contigo mientras su cabeza apuntaba en otra dirección y pensabas —en mi caso lo deseaba con todas mis fuerzas— que se había olvidado de ti. Sara siempre echaba la culpa de la hostil recepción con que me agasajaba a su cerebro debilitado por las fiebres —desde luego, era un perro realmente desquiciado, olfateador obsesivo y aficionado a coleccionar de manera compulsiva todo tipo de palos—, pero el chucho ya era de Walter antes de casarse con ella, lo cual sospecho que algo tendría que ver con sus sentimientos respecto a mi persona.

—¡Calla, Dee! No le haga caso —le dijo Sara a la señorita Sloviak, cuya mano estrechó con un ligero destello de curiosidad científica en los ojos—. Terry, es un placer volver a verte. Vas muy elegante.

Sara era una experta en dar la bienvenida a los invitados y parecía encantada de vernos, pero su mirada resultaba ligeramente vaga y había cierta tensión en su tono de voz, por lo que me percaté de que algo la preocupaba. Al inclinarse para recibir un beso de Crabtree, dio un traspiés y perdió el equilibrio. La agarré por el codo para que no se cayese.

—¡Ten cuidado! —le dije.

Uno de los grandes atractivos de la recepción inaugural del festival literario era, al menos para mí, la oportunidad que brindaba de contemplar a Sara Gaskell con zapatos de tacón y un vestido.

—Lo siento —dijo mientras se sonrojaba de arriba abajo, hasta la cara interna de

sus pecosos brazos—. Son estos malditos zapatos. No sé cómo se las arregla la gente para dar un paso con los pies enfundados en estas cosas.

—Es cuestión de entrenamiento —sentenció la señorita Sloviak.

—Tengo que hablar contigo —le dije a Sara en voz baja—. Ahora.

—¡Qué gracioso! —comentó, con su habitual tono de chanza. No me miró, pero le dedicó una sardónica sonrisa a Crabtree, pues sabía que estaba al corriente de lo nuestro—. Yo también tengo que hablar contigo.

—Creo que él tiene más necesidad —sugirió Crabtree, y le tendió su abrigo y el de la señorita Sloviak.

—Lo dudo —replicó Sara. El vestido (una pieza completamente amorfa de rayón negro con escote recto y mangas cortas de encaje) se le subía un poco por detrás y se le pegaba a los pantalones, de manera que cuando cruzó con sonoros taconazos el recibidor, con los brazos y el cuello desnudos, haciendo equilibrios sobre los tobillos y con el pelo recogido con el relativo desaliño que reservaba para las grandes ocasiones, había una desmañada magnificencia en sus movimientos, una precipitación inconsciente, que me pareció encantadora. Sara ignoraba por completo qué aspecto tenía y qué efecto podía provocar en un hombre su cuerpo voluminoso y paquidérmico. En equilibrio sobre los modestos cinco centímetros de sus tacones, se desprendía de ella cierto aire de calculada osadía, como ocurre con esos rascacielos, poco corrientes, que se van ensanchando a medida que se alejan del suelo: sesenta y tres pisos acristalados sobre una punta de acero.

—Tripp, ¿qué le has hecho a este perro? —preguntó Crabtree—. Parece que apartar sus ojos de tu yugular es superior a sus fuerzas.

—Es ciego —le informé—. No puede ver mi yugular.

—Pero apuesto a que sabe perfectamente cómo dar con ella.

—Oh, vamos, ¡basta, Doctor Dee! —dijo Sara—. ¡Ya está bien!

La señorita Sloviak miró con inquietud al perro, que, situado entre Sara y yo, había adoptado su actitud favorita, inmóvil, mostrando la dentadura y lanzando unos ladridos de talante operístico.

—¿Por qué le detesta tanto? —quiso saber la señorita Sloviak.

Me encogí de hombros y noté que me sonrojaba. No hay nada más embarazoso que haberse ganado la desaprobación de un animal perspicaz.

—Le debo algún dinero —respondí.

—Grady, cariño —dijo Sara mientras me tendía los abrigos—. ¿Puedes dejarlos encima de la cama de la habitación de invitados?

El tono de su voz dejaba entrever claramente que se trataba de una estratagema.

—No sé si sabré dar con ella —me disculpé, aunque me había revolcado con Sara sobre esa cama en más de una ocasión.

—Bueno, en ese caso te enseñaré el camino —dijo Sara, que por su tono parecía

desconcertada.

—Creo que será lo mejor —dije.

—Entre tanto —dijo Crabtree—, nosotros nos pondremos cómodos. ¿Os parece bien? Bueno, viejo Doctor, ¿cómo va eso, perrito?

Se arrodilló para acariciar a Doctor Dee, aplastó su frente contra el atormentado semblante del perro y empezó a murmurarle cariñosamente secretos editoriales. Doctor Dee dejó de ladrar y se puso a olfatear la melena de Crabtree.

—Terry, ¿puedes buscar a mi marido y decirle que encierre a Doctor Dee en el lavadero hasta que acabe la fiesta? Gracias. No te preocupes, lo reconocerás en cuanto lo veas. Tiene los ojos iguales que los de Doctor Dee y es el hombre más apuesto de la sala. —Era cierto. Walter Gaskell era un prototípico habitante de Manhattan, alto, de cabello cano, cintura ajustada y hombros amplios, con unos ojos azules de los que emanaba esa mirada luminosa y vacía típica de los alcohólicos rehabilitados—. Un vestido precioso, señorita Sloviak —añadió Sara, que ya había empezado a subir por las escaleras.

—Es un tío —le dije a Sara mientras subía detrás de ella cargado con el montón de abrigos.

En el verano de 1958, en los periódicos de Pittsburgh apareció la noticia de que Joseph Tedesco, natural de Nápoles y ayudante de mantenimiento de las instalaciones deportivas de Forbes Field, había sido despedido por haber plantado un huerto ilegal en un declive de terreno desocupado situado junto al muro del estadio de béisbol. Era el tercer verano consecutivo que trabajaba allí; anteriormente había montado una serie de modestas empresas que siempre acababan fracasando, entre ellas un negocio casero de jardinería, un pomar y un semillero. Era un trabajador concienzudo, pero un gestor desastroso, y dos de sus negocios se fueron a pique por el caos que reinaba en los libros de contabilidad. Los restantes los perdió por su afición a la bebida. Un día, su bien cuidado pero demasiado exuberante huertecito — con sus tomates, calabacines y judías que se enroscaban alrededor de largos palos—, situado a unos ciento veinticinco metros de la base del bateador, fue descubierto con horror por un agente inmobiliario que estaba tratando de cerrar el trato para la venta de los terrenos del campo de béisbol a la Universidad de Pittsburgh. Al poco tiempo al señor Tedesco no le quedó otro remedio que pasarse el día sentado en la sala de estar de su casa, en Greenfield, con sus enormes calzoncillos por toda vestimenta, mientras sus antiguos compañeros se dedicaban a repintar con tiza las líneas semiborradas y a limpiar a fondo el campo. Entonces la injusticia de que había sido víctima saltó a los periódicos, lo que provocó airadas reacciones de la opinión pública y una protesta formal de los sindicatos. Y una semana después de que estallase el escándalo, el señor Tedesco había recuperado su trabajo, tras cumplir con su promesa de arrancar sus ilegales verduras y trasplantarlas al jardincito tamaño sello de correos de su casa de la avenida Neeb. Unas semanas más tarde, justo después del partido de las estrellas, en plena celebración del octavo cumpleaños del menor de sus hijos, la única niña, el señor Tedesco, que había bebido mucho, se atragantó con un trozo de carne mientras se reía a carcajadas de un chiste y murió, rodeado de su esposa, sus hijos, sus dos nietos y sus hileras de judías. Dominada por un extraño cariño póstumo, su hija lo recordaba como un hombre grandullón, gordo e incompetente; un mañoso hiperactivo, lleno de malos hábitos, que cometió una especie de suicidio por exceso de glotonería.

No sé hasta qué punto recuerdo bien la historia, pero me sirve para ilustrar lo difícil que me resulta explicar por qué una mujer tan sensata y tan amiga del orden como Sara Gaskell pudo malgastar siquiera una hora con un hombre como yo. Su madre, a la que había saludado en un par de ocasiones, era una dama polaca de aspecto robusto, tristonca y reservada, que vestía ropa negra, lucía un bigote blanco y trabajaba en una lavandería. Para sacar adelante a su hija, huérfana de padre, tuvo que utilizar todas las armas a su disposición a fin de borrar el insustancial legado de fracaso y excesos de Joseph Tedesco y educar a la chica para que fuese siempre a lo seguro, aunque los éxitos conseguidos fueran modestos. Así que Sara dejó a un lado

su temprano amor por la literatura, se puso a estudiar contabilidad y se diplomó en administración de empresas. Rechazó las propuestas matrimoniales de los dos primeros grandes amores de su vida para no comprometer su carrera, pero una vez convertida en rectora de nuestra universidad, a los treinta y cinco años, decidió que ya podía pensar en casarse.

Para tal fin eligió al jefe del Departamento de Inglés, que tenía todos sus asuntos en orden, una carrera sólida, hábitos hogareños y una colección de siete mil libros no simplemente colocados por orden alfabético, sino agrupados por épocas y países. En su condición de octava hija de una familia pobre de Greenfield, se sentía atraída por las refinadas maneras de Walter, su educación en Dartmouth, sus conocimientos acerca de la navegación a vela y el ático de sus padres en uno de los barrios más elegantes de Nueva York. A su madre le parecía un chico estupendo. Sara se dijo que era, literalmente, el mejor hombre con el que podía soñar. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de su madre, Sara seguía poseyendo una vena napolitana arrebatada y sentimental, lo cual, unido a cierto magnetismo que por lo visto descubrió que emanaba de mi persona, podría ayudar a comprender la buena gana con que ponía en peligro su estable existencia a cambio del dudoso placer de mi compañía.

La otra explicación factible era que mi amante era una adicta y yo producía su droga favorita. Sara leía cualquier libro que pusieses en sus manos —Jean Rhys, Jean Shepherd, Jean Genet— a un ritmo uniforme de sesenta y cinco páginas por hora, disciplinada e incansablemente, sin aparente placer. Leía antes de levantarse de la cama, sentada en el retrete o estirada en el asiento trasero del coche. Cuando iba al cine, llevaba un libro para leer antes de que empezase la película, y no era raro encontrársela de pie ante el microondas, con un tenedor en una mano y un libro en la otra, por ejemplo, relejendo *At Lady Molly's*^[6], por tercera vez (era una devoradora de sagas y series novelísticas) mientras calentaba un bol de sopa de fideos. Si no tenía nada más que leer, devoraba cuantos periódicos y revistas hubiese en casa —leer era para ella una especie de piromanía—, y si acababa con ellos se lanzaba sobre folletos de compañías aseguradoras, prospectos de hoteles, garantías de productos diversos, envíos publicitarios, cupones... En una ocasión vi cómo Sara, al terminar el libro de C. P. Snow que estaba leyendo en mitad de uno de los largos baños que tomaba para combatir el dolor de espalda, se lanzaba desesperadamente a examinar la etiqueta de un frasco de Listerine. Incluso había leído mi primer libro mucho antes de que nos conociéramos, y me complacía imaginar que fue mi primera lectora. Siempre he pensado que cada escritor tiene un lector ideal, y yo tenía la suerte de que al mío, además, le gustaba acostarse conmigo.

—Déjalos ahí —me dijo, con una entonación teatral al tiempo que señalaba con un gesto de guía turístico una pequeña habitación de paredes azul claro, suelo de parquet, un mirador y techo alto como el resto de las habitaciones de la casa. Entré

con los abrigos; Sara me siguió y cerró la puerta. En la pared de la izquierda, al lado de un armario Imperio, colgaban un par de marcos oblongos que contenían programas de partidos de béisbol. Les había echado un vistazo en otra ocasión, y sabía que correspondían a los encuentros disputados por los Yankees de Nueva York durante la temporada 1949-50. La pared de enfrente estaba cubierta de fotografías del estadio de los Yankees, tomadas en diferentes épocas de su historia. Contra esa pared se apoyaba la cabecera con columnitas de una cama de la que pendían faldas de tela blanca con volantes. La cama estaba cubierta por una sábana blanca y lisa, sin mantas ni colcha. Hice que Sara se tumbase en ella, y los abrigos de Crabtree y la señorita Sloviak resbalaron y cayeron al suelo. Subí a la cama, me coloqué junto a Sara y contemplé la expresión inquieta de su rostro.

—¡Hola! —dije.

—¡Hola, muchachote!

Le levanté la falda y puse la palma de la mano sobre el nacimiento de su cadera izquierda, donde el elástico de los pantis se ceñía sobre su piel. Deslicé la mano bajo el elástico hasta acariciar por enésima vez el vello de su pubis; era un gesto automático, como el del tipo sin suerte que hunde la mano en el bolsillo buscando su patita de conejo. Sara posó sus labios en mi cuello, por debajo del lóbulo de la oreja. Sentí cómo trataba de relajar los músculos de su cuerpo apoyándose contra mí. Me desabrochó el botón superior de la camisa, deslizó la mano por mi pecho y me acarició el pezón izquierdo.

—Me pertenece —dijo.

—Por supuesto —admití—. Es todo tuyo.

Después guardamos silencio durante un minuto. La habitación de invitados estaba justo encima de la sala y se oían las florituras pianísticas de Oscar Peterson revoloteando a nuestros pies.

—¿Y bien? —dije finalmente.

—Primero tú —respondió.

—De acuerdo. —Me quité las gafas, contemplé las motas de polvo en los cristales y me las volví a poner—. Esta mañana...

—Estoy embarazada.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Hace nueve días que debería haber tenido la regla.

—Bueno, nueve días, eso no significa...

—Estoy segura —dijo—. Sé que estoy embarazada, Grady, porque a pesar de que el año pasado, al cumplir los cuarenta y cinco, abandoné toda esperanza de tener hijos, hace un par de semanas volví a acariciar esa idea. Quiero decir que me di cuenta de que la acariciaba. Supongo que recuerdas que incluso hablamos de ello.

—Lo recuerdo.

—Por lo tanto, está claro.

—¿Y cómo te sientes?

—¿Cómo te sientes tú?

Reflexioné unos instantes.

—Bueno, yo diría que es un complemento interesante a las noticias que tengo que darte —dije—. Emily me ha abandonado esta mañana. —Noté que se quedaba muy quieta, como tratando de oír pasos en el pasillo. Me callé y escuché un momento, hasta que me percaté de que, simplemente, estaba esperando a que continuase—. Creo que va en serio. Se ha ido a pasar el fin de semana a Kinship, pero me parece que no piensa volver a casa.

—¡Oh! —dijo con flema, como si yo acabase de comentar un hecho moderadamente interesante sobre la fabricación del yeso—. En ese caso, supongo que lo que deberíamos hacer es divorciarnos de nuestros respectivos cónyuges, casarnos y tener el niño, ¿no?

—Muy sencillo —respondí.

Seguí tendido en la cama, con la cabeza echada hacia atrás, contemplando los rostros melancólicos e iluminados por el sol de los jugadores de béisbol en las fotos que colgaban de la pared que teníamos detrás. Estaba tan pendiente de la respiración fatigada y desacompasada de Sara, que me resultaba imposible respirar con normalidad. Tenía el brazo izquierdo aprisionado bajo su cuerpo y empezaba a sentir el hormigueo de la falta de circulación sanguínea en las yemas de los dedos. Me fijé en la mirada triste y competente de Johnny Mize. Me pareció la clase de hombre que no dudaría en aconsejar a su amante que abortase, aun tratándose de su primer hijo y posiblemente del único que podría concebir.

—¿La amiga de tu amigo Terry es realmente un tío? —preguntó Sara.

—Creo que sí —respondí—. Sobre todo conociendo a Crabtree.

—¿Y él qué te ha comentado?

—Que quiere echarle un vistazo a mi libro.

—¿Se lo vas a enseñar?

—No lo sé —dije. La mano ya se me había dormido por completo, y empezaba a sentir un hormigueo en el hombro izquierdo—. No sé lo que voy a hacer.

—Yo tampoco —aseguró Sara. De uno de sus ojos brotó una lágrima, que se deslizó por el caballete de su nariz. Se mordisqueó el labio y cerró los ojos. Estaba tan cerca de ella, que podía examinar el trazado de las venas de sus párpados.

—Sara, cariño —dije—, me estás aplastando. —Sacudí suavemente el brazo, tratando de liberarlo—. Estás echada encima de mi brazo.

No se movió; se limitó a abrir los ojos, ya secos, y me miró con severidad.

—Pues me parece que vas a tener que aguantarte —dijo.

Durante bastantes años fui aficionado a darle a la botella; cuando lo dejé, se me hizo evidente la triste realidad de las fiestas: un hombre sobrio en una fiesta se siente solitario como un periodista, implacable como un juez, amargado como un ángel que contemplara la tierra desde el cielo. Hay algo absolutamente desquiciado en asistir a una concurrida reunión de hombres y mujeres sin la ayuda de algún tipo de filtro o polvitos mágicos para difuminar la conciencia y obnubilar las facultades críticas. Con todo, no pretendo hacer un panegírico de la sobriedad. De todos los estados de conciencia asequibles al consumidor moderno, me parece el más sobrevalorado. Personalmente, no dejé de beber porque la bebida fuera un problema para mí, aunque supongo que habría podido llegar a serlo, sino porque el alcohol, por algún misterioso motivo, se había convertido en un veneno tal para mi organismo que una noche media botella de George Dickel hizo que se me parase el corazón durante casi veinte segundos (resultó que era alérgico a ese brebaje). Pero cuando, después de cinco discretos minutos, seguí los pasos de Sara y la reluciente perla de proteínas alojada en los más íntimos pliegues de su vientre para unirme a la fiesta inaugural del fin de semana, la perspectiva de moverme por la sala sobrio me pareció fuera de mi alcance, y por primera vez en varios meses estuve tentado de servirme un trago. Volvieron a presentarme a un individuo tímido y con pinta de duendecillo, cuya prosa figura entre las más admiradas del país, de cuya compañía ya había disfrutado en otras ocasiones. Pero aquella tarde me pareció un viejo bocazas, engreído y lúbrico, que flirteaba con jovencitas para conjurar su miedo a la muerte. Me encontré con una escritora cuyos relatos habían hecho palpitar mi corazón una y otra vez durante los últimos quince años, pero sólo me fijé en el ajado cuello y la mirada vacía de una mujer que había malgastado su vida. Saludé a estudiantes talentosos, jóvenes profesores rebosantes de ambiciones, colegas del departamento a los que tenía buenas razones para admirar y apreciar, y escuché sus risas falsas, sentí su oculta insatisfacción a causa de su aspecto físico, su status académico y su ropa, y olí el hedor a cerveza y whisky de su aliento. Eludí a Crabtree, para quien tenía la sensación de haberme convertido en un descomunal saldo negativo en el balance de su vida. Y en cuanto a la señorita Sloviak, aquel tío que se paseaba con un vestido y tacones de aguja... Era tan patético, que me daban repeluznos sólo de pensarlo. No me sentía en condiciones de conversar con nadie, así que me escabullí por la cocina y salí al porche trasero para fumarme un canuto.

Aunque ya no llovía, el aire todavía estaba muy cargado de humedad y por todo Point Breeze se seguía oyendo el repiqueteo de los canalones de desagüe. Alrededor de la iluminada casa de los Gaskell se extendía una luz brumosa. Veía los cristales del invernadero centelleando a lo lejos como si fuesen trozos de hierro mojado. Sara llevaba años obsesionada por lograr que sus forsitias brotasen temprano y podar sus crisantemos de invernadero para guiar su crecimiento, pero pensé que a las plantas

podían complicárseles las cosas si ella decidía tener el niño y cuidar de él. Lo cual, desde luego, no parecía muy probable, ya que los rectores universitarios se cuentan entre las últimas personas de los Estados Unidos que deben cimentar sus carreras sobre materiales tan pasados de moda como la probidad, la discreción y la buena reputación. Gracias a un riguroso programa consistente en confiar en mi buena suerte y administrarme generosas dosis de THC^[7], hasta entonces me las había arreglado para no dejar preñada a ninguna mujer. Pero sabía que Sara y Walter llevaban años sin tener relaciones sexuales, así que el niño tenía que ser mío. De pronto me sentí perplejo y algo asustado al verme perdido, después de tanto tiempo, en las marfileñas colinas de abortilandia. *Una operación tremendamente simple*, decía la propaganda. *Se limitan a insuflar un poco de aire*. Sentía lástima por Sara y cierto remordimiento respecto a Walter, pero, por encima de todo, me embargaba una intensa decepción personal. Me había pasado toda la vida soñando con despertarme una mañana cualquiera en la ciudad destinada a ser mi hogar, en los brazos de la mujer a la que estaba destinado a amar, rodeado de amistosos vecinos y construyendo el cambiante pero esencialmente invariable paisaje de mi destino. Pero, por contra, a mis cuarenta y un años había dejado atrás docenas de casas, gastado montones de dinero en caprichos momentáneos y cosas que se habían esfumado, me había enamorado perdidamente de al menos diecisiete mujeres para después perder de repente todo interés por ellas, mi madre había muerto siendo yo un niño y mi padre se había suicidado, y ahora, una vez más todo iba a cambiar con imprevisibles resultados. Y, sin embargo, nunca había logrado acostumbrarme a la vertiginosa transitoriedad de las cosas. La única parte de mi mundo que seguía adelante, inalterable y sólida, era *Chicos prodigiosos*. Empezó a rondarme por la *cabeza*, y no era la primera vez que me sucedía, la deprimente idea de que mi novela podía convertirse en una obra póstuma inacabada. Metí la mano en el bolsillo de mi camisa y cogí lo poco que quedaba del porro que Crabtree y yo nos fumamos en el coche mientras esperábamos que apareciese Emily.

Acababa de encender la aplastada colilla y estaba contemplando uno de los crípticos alineamientos de palos de Doctor Dee, cuando oí los chirridos producidos por un par de suelas de goma al caminar sobre la hierba húmeda. Levanté la vista y vi una silueta que salía de las sombras del porche a la luz y cruzaba el jardín en dirección al invernadero. Era un hombre, alto, vestido con un abrigo largo, con las manos en los bolsillos. Rodeó el invernadero y siguió caminando hasta llegar a los dos raíles que, brillando apenas en la oscuridad, atravesaban el jardín de los Gaskell de este a oeste y que en otros tiempos habían servido para transportar al entonces todavía niño y posterior magnate de la saga Heinz por toda la extensión de sus dominios en miniatura. Al ver a aquel hombre en el jardín me sobresalté, y por un instante sentí incluso miedo —a Sara y Walter les habían robado hacía un par de

meses—, pero enseguida reconocí aquel abrigo largo, aquellas espaldas cargadas y aquel pelo echado hacia atrás, negro y brillante como los cristales del invernadero. Era mi alumno James Leer, que ahora estaba quieto entre ambos raíles, con la cara alzada hacia el cielo, como si estuviese aguardando el paso de una veloz locomotora fantasma que lo arrollase.

Me sorprendió su presencia allí. Por regla general, los estudiantes a los que se invitaba a la fiesta inaugural en casa de la rectora eran los que colaboraban en el festival, como mecanógrafos o telefonistas, grapando programas o ejerciendo de improvisados chóferes, y ése no era el caso de James. Claro que tratándose de un prometedor joven aspirante a escritor, uno siempre puede aplicar las normas con cierta laxitud para darle la oportunidad de codearse con auténticos escritores en su hábitat natural, y, sin duda, James Leer era muy prometedor, pero no era la clase de muchacho que indujese a nadie a aplicar las normas con laxitud para hacerle un favor. Traté de recordar si lo había invitado yo mientras él seguía inmóvil, mirando el cielo sin rastro de estrellas. De pronto sacó la mano derecha del bolsillo y distinguí en ella un brillo plateado, de cristal o metal, como el destello de un espejo.

—¿James? —dije—. ¿Eres tú? ¿Qué estás haciendo?

Bajé del porche, con el canuto en la mano, y crucé el jardín hacia donde estaba.

—Es de mentira —dijo James Leer, y me mostró la palma de su mano, sobre la que descansaba una pequeña pistola plateada, un «modelo para señoras» con empuñadura nacarada, no más grande que una baraja de naipes—. ¡Hola, profesor Tripp!

—¡Hola, James! —respondí—. Me preguntaba qué estabas haciendo.

—Es de mi madre —me explicó—. La ganó en un local de tragaperras en Baltimore, en una de esas máquinas con un gancho para coger obsequios. Fue cuando estudiaba en la escuela católica. La pistola disparaba unas bolitas de papel, pero ya no se encuentran en ninguna parte.

—¿Y por qué la llevas encima? —le pregunté, y alargué el brazo para cogerla.

—No lo sé —respondió. Cerró el puño sobre la pistolita y se la guardó en el bolsillo del abrigo—. La encontré en un cajón en casa y empecé a llevarla encima. Supongo que para que me dé buena suerte.

Su abrigo constituía una seña de identidad inconfundible. Era una prenda impermeable comprada de saldo, con un forro de franela a cuadros, amplias solapas y aspecto de haber cumplido durante muchos años la misión de proteger de la lluvia las cargadas espaldas de una larga serie de casos perdidos, vagos y vagabundos. Desprendía un olor a estación de autobuses tan desolador que, con sólo acercarte a él, podías sentir que la mala suerte se te echaba encima.

—No estoy invitado. Lo digo por si se pregunta qué hago aquí —comentó. Se acomodó con un gesto brusco la pequeña mochila que llevaba a la espalda y me

miró a los ojos por primera vez. Era un muchacho bien parecido, de ojos grandes y oscuros que siempre parecían brillantes y humedecidos por las lágrimas, nariz recta, labios colorados y cutis limpio; pero había algo difuso e indeterminado en sus rasgos, como si todavía estuviese en pleno proceso de decidir qué rostro quería tener. Iluminado por la pálida luz proveniente de la casa parecía terriblemente joven—. La verdad es que me he colado. He venido con Hannah Green.

—No importa —dije. Hannah Green era la alumna más prometedora de todo el departamento. Tenía veinte años, era muy guapa y ya había publicado un par de cuentos en el *Paris Review*. Su estilo era sencillo y poético como la lluvia sobre una margarita; estaba particularmente dotada para las descripciones de campos vacíos y de caballos. Vivía en el sótano de mi casa por un alquiler de cien dólares al mes, y yo estaba perdidamente enamorado de ella—. Puedes decir que te he invitado yo. Es más, debería haberlo hecho.

—¿Qué hace aquí fuera?

—Pues la verdad es que me iba a fumar un canuto. ¿Te apetece?

—No, gracias —respondió con cierta incomodidad. Se desabrochó el abrigo y vi que todavía llevaba el ceñido traje negro y la escuálida corbata que había lucido por la tarde durante el debate sobre su relato, con una camisa a cuadros de tonos pálidos—. No me gusta perder el control de mis emociones.

Al oírle decir eso se me ocurrió que acababa de hacer un perfecto diagnóstico del gran problema de su vida, pero no dije nada y di una larga calada al canuto. Era agradable estar al aire libre a oscuras, rodeado de hierba húmeda, sintiendo la llegada de la primavera y la inminencia de alguna catástrofe. Supuse que James no se sentía cómodo estando allí de pie junto a mí, pero sabía que se habría sentido mucho peor dentro, sentado en un sofá, con un canapé en la mano. James Leer era un alma furtiva y escurridiza. No encajaba en ningún sitio y estaba mucho mejor lejos de los demás.

—¿Hannah y tú salís juntos? —le pregunté al cabo de un rato. Sabía que últimamente se habían visto y habían ido al cine juntos, al Playhouse y al Filmmaker's—. ¿Estáis enrollados?

—¡No! —respondió sin vacilar. Estaba demasiado oscuro para comprobar si se había puesto colorado, pero lo que sí pude observar fue que había desviado la mirada—. Venimos de ver *El hijo de la furia* en el Playhouse. —Volvió a levantar la vista y se le animó la cara, tal como solía suceder cuando tenía la oportunidad de hablar de su tema preferido—. Con Tyrone Power y Frances Farmer.

—No la he visto.

—En mi opinión, Hannah se parece a Frances Farmer. Por eso quería que viese la película.

—Frances Farmer se volvió loca.

—Igual que Gene Tierney. También sale en la película.

—Parece interesante.

—No está mal. —Sonrió. Al hacerlo torcía la boca y mostraba toda la dentadura, lo cual le hacía parecer todavía más joven—. Creo que necesitaba animarme un poco.

—Supongo que sí —dije—. Hoy han sido muy duros.

Se encogió de hombros y volvió a desviar la mirada. Aquella tarde, al comentar el cuento de James, sólo uno de los alumnos dijo algo positivo sobre él: Hannah Green. Pero incluso su comentario se basaba en una magistral combinación de ambigüedad y tacto. En la medida en que era posible descifrar la trama del relato entre la maraña de frases fragmentarias y la insólita puntuación que caracterizaban el estilo de James Leer, éste narraba la historia de un chico víctima de abusos sexuales por parte de un sacerdote y al que, cuando empezaba a mostrar signos de desequilibrio emocional con un raro y destructivo comportamiento, su madre llevaba a confesarse con ese mismo sacerdote. El relato terminaba con el chico mirando a través de la rejilla del confesionario mientras su madre salía de la iglesia y desaparecía en el soleado exterior; las palabras finales eran: «Rayo. De luz». Se titulaba, de forma incomprensible, *Sangre y arena*. Como los de todos sus cuentos, el título había sido tomado de una película de Hollywood; otros relatos suyos llevaban títulos como: *Swing Time*, *La llama de Nueva Orleans*, *Avaricia* o *A todo gas*. Todos ellos eran piezas opacas y fragmentarias, centradas en las trágicas fisuras que se producían en las relaciones entre niños y adultos. Ninguno de los títulos parecía tener la más mínima conexión con la historia que se narraba. Otro tema recurrente era su visión tremendamente negativa del catolicismo. Los restantes alumnos tenían serios problemas para sacar conclusiones sobre lo que escribía James Leer. Se daban cuenta de que sabía lo que se hacía y tenía un talento innato para llevarlo a cabo; pero los resultados eran tan incomprensibles y poco gratos para el lector, que solían producir irritación, como la que había aflorado aquella tarde en el aula.

—Les ha parecido detestable —dijo—. Creo que les ha indignado más que cualquiera de los otros.

—Lo sé —admití—. Siento haber permitido que las cosas se salieran de madre.

—No se preocupe por eso —respondió, y movió los hombros para reacomodar las correas de su mochila—. Supongo que a usted tampoco le ha gustado el cuento.

—Bueno, James, no, yo...

—No tiene importancia —dijo—. Lo escribí en sólo una hora.

—¿Una hora? Pues tiene mérito. —A pesar de sus terribles defectos, era un denso e intenso ejercicio de escritura—. Me cuesta creerlo.

—Antes de redactarlos, los escribo mentalmente. Me cuesta conciliar el sueño, así que lo hago mientras estoy echado en la cama. —Suspiró y añadió—: Bueno, supongo que tiene que volver dentro. La conferencia debe de estar a punto de empezar.

Levanté la muñeca buscando alguna fuente de luz para consultar el reloj. Eran las ocho menos veinticinco.

—Tienes razón —admití—. Vamos.

—Es que... bueno... —dijo—. Creo que me voy a casa. Me parece que todavía estoy a tiempo de tomar el setenta y cuatro.

—¡Oh, vamos, no digas tonterías! —protesté—. Entra a tomar una copa y después ven a la conferencia. Te va a gustar. Y, además, ¿has estado alguna vez en casa de la rectora? Es realmente bonita, James. Vamos, te presentaré a la gente.

Le mencioné los nombres de los dos escritores que aquel año eran los invitados de honor.

—Ya los conozco —dijo fríamente—. Y, por cierto, ¿qué son todos esos programas de partidos de béisbol?

—El doctor Gaskell los colecciona. Tiene una infinidad de recuer... ¡Oh!

De pronto, ante mis ojos el aire se llenó de lentejuelas y noté que mis rodillas entrechocaban. Para mantener el equilibrio me agarré al brazo de James, que me pareció ligero y delgado como un tubo de cartón.

—¡Profesor! ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien, James. Sólo un poco colocado.

—Esta tarde en clase, no tenía usted muy buen aspecto. A Hannah también se lo ha parecido.

—Últimamente no duermo bien —le expliqué. De hecho, durante todo el mes pasado había padecido súbitos brotes de vértigos y aturdimiento, que me sobrevinían en los momentos más impensados y me llenaban el cráneo de estrellitas, como si acabara de recibir un mazazo—. Ya se me pasará. Pero será mejor que vuelva a meter ahí dentro mi viejo y gordo cuerpo.

—Muy bien, de acuerdo —dijo, y liberó su brazo de la presión de mi mano—. Le veré el lunes.

—¿No piensas ir a ninguno de los seminarios?

Negó con la cabeza y dijo:

—No creo. Tengo..., tengo muchos trabajos atrasados.

Se mordisqueó el labio, dio media vuelta y se marchó por el jardín en dirección a la casa, con las manos de nuevo metidas en los bolsillos. Imaginé que con la derecha asiría la lisa empuñadura nacarada de su pistola de juguete. Mientras se alejaba, la mochila golpeteaba contra su espalda y las suelas de sus zapatos rechinaban. No sé por qué, pero sentí lástima al verlo marcharse. Tenía la impresión de que era la única persona cuya compañía me habría resultado grata en aquel momento, precisamente porque era arisco y solitario y estaba desesperado, presa del desasosiego y el aturdimiento causado por los múltiples síntomas del mal de la medianoche. Porque, sin duda, lo padecía. Antes de doblar la esquina, James alzó la vista hacia las

ventanas de la parte trasera de la casa y permaneció muy quieto, con la cara levantada e iluminada por las luces de la fiesta. Miraba a Hannah Green, que estaba junto a la ventana del comedor, dándonos la espalda. Su melena pajiza estaba despeinada y se desparramaba en todas direcciones. Explicaba alguna cosa gesticulando ostensiblemente con las manos. Todos los que la escuchaban se reían a carcajadas.

Al cabo de unos instantes, James Leer desvió la mirada y se marchó. Su cabeza fue absorbida por la sombra que proyectaba la casa.

—¡Espera un momento, James! —dije—. ¡No te vayas todavía!

Se volvió y su rostro emergió de la sombra. Me acerqué a él balanceando la colilla del porro.

—Entra un minuto —le propuse, con un susurro que sonó tan siniestro y poco amistoso que me sentí avergonzado—. En el piso de arriba hay algo que creo que deberías ver.

Cuando volvimos a la cocina, la fiesta estaba tocando a su fin. Walter Gaskell ya había conducido al auditorio a un amplio grupo de invitados, entre ellos al pequeño elfo con jersey de cuello de cisne que esa noche iba a darnos una conferencia titulada «El escritor como *Doppelgänger*^[8]». Sara, ayudada por una chica con un delantal gris, estaba muy atareada vaciando cuencos en el cubo de basura de la cocina, cubriendo con plástico platos con galletas y volviendo a poner los tapones de corcho en botellas de vino semivacías. Como el grifo del fregadero estaba abierto, no nos oyeron pasar hacia la sala, donde una brigada de estudiantes se dedicaba a recoger platos de cartón y ceniceros rebosantes de colillas. Yo seguía sintiéndome muy colocado, ligero y etéreo como un fantasma, y ya no tenía tan claro como hacía un rato qué me había impulsado a arrastrar a hurtadillas a James Leer hasta el dormitorio de los Gaskell para enseñarle lo que pendía de una percha plateada en el armario de Walter Gaskell.

—Grady —dijo al verme una de las estudiantes, llamada Carrie McWhirly. Había sido una de las detractoras más crueles de James Leer aquella tarde, y eso que como escritora era pésima. Sin embargo, despertaba en mí cierta ternura y lástima, porque estaba trabajando en una novela titulada *Liza y los hombres pantera* desde que tenía nueve años; casi la mitad de su vida, más tiempo del que yo llevaba dedicado a *Chicos prodigiosos*—. Hannah te estaba buscando. Hola, James.

—¡Hola! —saludó James, sin demasiado entusiasmo.

—¿Hannah? —pregunté. La sola idea de que me hubiese estado buscando provocó que me invadiera una confusa sensación de pánico o placer—. ¿Adónde ha ido?

—Estoy aquí, Grady —dijo Hannah desde el recibidor, asomando la cabeza en la sala—. Me preguntaba dónde os habíais metido.

—Uh, estábamos en el jardín —aclaré—. Teníamos que hablar de algunas cosas.

—No lo pongo en duda —dijo Hannah, que estaba leyendo la caligrafía rosácea escrita en el blanco de mis ojos por la marihuana.

Llevaba una camisa de franela a cuadros, de hombre, embutida con descuido en unos Levi's muy holgados, y las ajadas botas de vaquero rojas sin las que no la había visto nunca, ni siquiera cuando deambulaba por casa en albornoz, pantalones de chándal o pantaloncitos deportivos. En los momentos ociosos me gustaba evocar la imagen de sus pies desnudos, largos e inteligentes, relucientes, con un poco de vello finísimo y las uñas pintadas del mismo rojo que el del cuero de las botas. Más allá de la despeinada melena pajiza y cierta rotundidad de la mandíbula —Hannah era oriunda de Provo, Utah, y tenía el rostro amplio y testarudo de las chicas del Oeste—, resultaba difícil encontrarle algún parecido con Frances Farmer; pero Hannah Green también era muy guapa, y además lo sabía, así que diría que ponía todo su empeño en no permitir que eso la jodiese. Tal vez fuese esa lucha contra el destino lo que hacía

pensar a James Leer que habría cierta semejanza entre ellas.

—No, en serio —añadió Hannah—. James, ¿quieres que te acompañe a casa? Ya me marchó. Pensaba acompañar también a tus amigos, Grady. A Terry y su amiga. Por cierto, ¿quién es...? Eh, Grady, ¿qué te pasa? Pareces hecho polvo.

Me cogió del brazo —era de esas personas a las que les encanta tocar a la gente— y di un paso atrás. Siempre me escabullía de Hannah Green —aplastándome contra la pared cuando nos cruzábamos por un pasillo vacío, o escondiéndome detrás de un periódico cuando nos encontrábamos a solas en la cocina—, con una sorprendente e incomprensible tenacidad que me resultaba difícil explicarme. Supongo que sentía cierto alivio por el hecho de que mi relación con la joven Hannah Green siguiese siendo un desastre en perspectiva y no, como sería lo normal a aquellas alturas, un desastre consumado.

—Estoy bien —dije—. Creo que estoy incubando una gripe o algo por el estilo. ¿Dónde se han metido esos dos?

—Están arriba. Han ido a buscar los abrigos.

—Estupendo. —Los llamé, pero entonces recordé que le había prometido a James Leer enseñarle una pieza de la colección de Walter. James estaba apoyado contra el quicio de la puerta de la calle, con la mirada perdida en la neblina iluminada por las luces de los automóviles, y su mano derecha jugueteaba dentro del bolsillo del abrigo—. Eh..., Hannah, ¿puedes llevarlos tú? Yo acompañaré a James; todavía tenemos que... uh, hacer una cosa.

—Desde luego —aceptó Hannah—. Lo que pasa es que tus amigos han subido a buscar los abrigos hace ya como diez minutos.

—Aquí estamos —anunció Crabtree, que bajaba por las escaleras detrás de la señorita Sloviak, a la que llevaba cogida de la mano. Descendía tanteando los escalones, y la ayuda de Crabtree no parecía ser una mera galantería. Los tobillos le temblaban sobre los zapatos negros de tacón alto, y pensé que no debía de resultar nada fácil ser un travestí borracho. En el traje verde metálico de Crabtree no se vislumbraba ni una sola arruga, y su rostro mostraba el rictus inexpresivo y autosuficiente habitual en él cuando suponía que estaba provocando un escándalo. Pero, en cuanto vio a James Leer, puso los ojos en blanco y soltó la mano de la señorita Sloviak. Ésta bajó, sin pretenderlo, los últimos tres peldaños de un golpe, se abalanzó sobre mí y me rodeó con sus largos y suaves brazos al tiempo que me envolvía el perturbador aroma de Cristalle, ahora mezclado con un olor rancio y picante.

—Lo siento —se disculpó con una sonrisa trágica.

—¡Hola! —saludó Crabtree, y le tendió la mano a James Leer.

—James —intervine yo—, éste es mi mejor y más viejo amigo, Terry Crabtree, y ésta su amiga, la señorita Sloviak. También es mi editor. Seguro que te he hablado de

James, ¿verdad, Terry?

—¿Tú crees? —dijo Crabtree, sin soltar la mano de James—. Estoy convencido de que, de ser así, lo recordaría.

—¡Oh, vamos, Terry! —intervino Hannah Green, que cogió a Crabtree del codo como si lo conociese de toda la vida—. Es James Leer, el chico del que te he hablado. Pregúntale algo sobre George Sanders, lo sabe todo de él.

—¿Que me pregunte sobre qué? —dijo James, que consiguió por fin liberar su pálida mano de la de Crabtree. Le temblaba un poco la voz, y me pregunté si también había visto los destellos de conquistador enloquecido que vislumbraba yo en los ojos de Crabtree, quien lo contemplaba con una mirada salvajemente atormentada por la duda—. Salía en *El hijo de la furia*.

—Terry me ha explicado que George Sanders se suicidó, James, pero no recordaba cómo. Le he dicho que tú lo sabrías.

—Con pastillas —aclaró James Leer—. En 1972.

—¡Magnífico! ¡Sabe hasta la fecha! —Crabtree le alcanzó a la señorita Sloviak su abrigo—. Toma —le dijo.

—¡Oh, James es asombroso! —aseguró Hannah—. ¿Verdad que sí, James? No, en serio, prestad atención. —Se volvió hacia James Leer y lo contempló con la admiración de una hermana pequeña que lo creyese capaz de realizar ilimitadas y sorprendentes hazañas. El deseo de complacerla del aludido se evidenciaba en la tensión de todos los músculos de su rostro—. James, ¿quién más se suicidó? Qué otras estrellas de cine, quiero decir.

—¿Quieres que te las cite todas? Son demasiadas.

—Bueno, pues sólo algunas de las más importantes.

No se mostró agobiado, ni levantó los ojos al cielo, ni se rascó pensativo la barbilla. Simplemente, abrió la boca y empezó a enumerarlas contando con los dedos.

—Pier Angeli, en 1971 o 1972, también con pastillas. Charles Boyer, en 1978, otra vez pastillas. Charles Butterworth, en 1946, creo. Con un coche. Supuestamente fue un accidente, pero bueno... —Ladeó la cabeza con pesar—. Estaba perturbado. —Había un rastro de ironía en su tono, pero tuve la sensación de que iba dirigido a nosotros. Era evidente que se tomaba sus suicidios hollywoodienses y la petición de Hannah absolutamente en serio—. Dorothy Dandridge, se tragó un frasco de pastillas en..., creo que en 1965. Albert Dekker, en 1968; se ahorcó. Dejó una nota póstuma escrita con lápiz de labios sobre su vientre. Ya sé que resulta extraño. Alan Ladd, en 1964, pastillas de nuevo. Carole Landis, más pastillas; no recuerdo la fecha. George Reeves, que interpretó a Superman en televisión, se pegó un tiro. Jean Seberg, pastillas, por supuesto, en 1979. Everett Sloane, que por cierto, era extraordinario, pastillas. Margaret Sullavan, pastillas. Lupe Vélez, un montón de pastillas. Gig Young, le pegó un tiro a su esposa y después se voló los sesos en 1978. Quedan más,

pero no sé si los conoceréis. ¿Ross Alexander? ¿Clara Blandick? ¿Maggie McNamara? ¿Gia Scala?

—Yo no he oído hablar de la mitad de ellos —reconoció Hannah.

—Los has citado alfabéticamente —observó Crabtree.

James se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, así es como funciona mi cerebro.

—No te creo —terció Hannah—. Diría que tu cerebro funciona de una manera mucho más caprichosa. Venga, tenemos que irnos.

Al dirigirse hacia la puerta, Crabtree volvió a estrecharle la mano a James. Y no era difícil percatarse de que la señorita Sloviak se sentía ofendida. Era evidente que no estaba tan borracha como para haber olvidado lo que fuese que ella y Crabtree habían hecho en la habitación de arriba o para no considerar que eso le daba derecho a disfrutar de su atención al menos durante el resto de la velada. Rechazó que Crabtree la tomara del brazo y prefirió la compañía de Hannah Green, que le preguntó:

—¿Qué perfume usas? Me resulta familiar.

—¿Por qué no te vienes con nosotros después de la conferencia? —le propuso Crabtree a James Leer—. Podemos ir a ese sitio en Hill al que siempre logro que Tripp me lleve.

A James se le enrojecieron las orejas.

—Oh, yo no..., no...

Crabtree me dirigió una mirada suplicante y dijo:

—Quizá tu profesor pueda convencerte.

Me encogí de hombros y Terry Crabtree se marchó. Al cabo de unos instantes, la señorita Sloviak reapareció en el quicio de la puerta, con sus labios perfectamente pintados de color cereza y su larga cabellera negra, que lanzaba brillantes destellos azulados como si fuera el cañón de un revólver. Miró a James Leer con aire de reproche y dijo:

—¿No te olvidaste de nadie, tío listo?

El día que se casó con Joe DiMaggio, el 14 de enero de 1954 —una semana después de que yo cumpliera tres años—, Marilyn llevaba, encima de un sencillo traje marrón, una chaqueta corta de satén negro con cuello de armiño. Después de su muerte, la chaqueta se convirtió en un artículo más del desordenado inventario de vestidos de cóctel, estolas de piel de zorro y medias negras con incrustaciones de perlas que dejó tras de sí. Los albaceas testamentarios le asignaron la chaqueta a una amiga de Marilyn. Ésta, que no reparó en que era la que la estrella había lucido aquella feliz tarde en San Francisco años atrás, se la solía poner para sus maratonianos y etílicos almuerzos de cada miércoles en Musso & Frank. A principios de los setenta, cuando la vieja amiga —una actriz de películas de serie B cuyo nombre ya nadie, excepto James Leer y los de su especie, recordaba— falleció, la chaqueta de cuello de armiño, a la que para entonces ya le faltaba uno de los botones de cristal y tenía los codos gastados, fue vendida, junto con el resto de las escasas posesiones de la difunta, en una subasta pública en Hollywood Este. Un perspicaz fan de Marilyn Monroe la reconoció y la adquirió. De este modo, la prenda entró en el reino de los objetos fetiche y empezó una tortuosa peregrinación por los relicarios de diversos adoradores de Marilyn hasta que escapó de las manos de sus sectarios y aterrizó en las de un tipo de Riverside, Nueva York, que poseía —entre otras cosas— diecinueve bates de Joe DiMaggio y siete de sus pasadores de corbata de diamantes, el cual, a su vez, después de ciertos reveses financieros, le vendió la errante chaqueta a Walter Gaskell, que la guardó, colgada de una percha de acero inoxidable, en un compartimiento especial, a prueba de humedad, del armario de su dormitorio, con un prudencial medio metro de separación de cualquier otro objeto que pudiese rozarla.

—¿De veras lo es? —preguntó James Leer, con el tono de tímida admiración que había supuesto que mostraría cuando le dije que iba a enseñarle aquel ridículo tesoro.

James estaba de pie a mi lado, en el silencioso dormitorio de los Gaskell, sobre una alfombra con una marca en forma de abanico producida por el continuo abrir y cerrar de la pesada puerta ignífuga del armario durante las periódicas visitas de Walter para contemplar sus tesoros; visitas que realizaba vestido con la camiseta a rayas de los Yankees mientras las lágrimas se deslizaban por sus enjutas y cinceladas mejillas al recordar con nostalgia su infancia en Sutton Place. En cinco años de relaciones adúlteras no había llegado a descubrir los motivos del rencor que Sara Gaskell sentía hacia su marido, pero, sin duda, éste era vasto y profundo, así que me contaba hasta el último secreto de su media naranja. Walter tenía el armario siempre cerrado, pero yo conocía la combinación.

—Por supuesto que sí —le aseguré a James—. Vamos, tócala si quieres.

Me miró, dubitativo, y se volvió hacia el armario, cuyo interior estaba revestido de corcho. A cada lado de la chaqueta de raso, colgados de perchas especiales, había cinco ajados jerséis a rayas, todos con el número 3 en la espalda y manchas de sudor

en la zona de las axilas.

—¿Seguro que puedo hacerlo? ¿Seguro que no nos dirán nada por subir aquí?

—¡Claro que no! —respondí, aunque miré hacia la puerta por encima del hombro por quinta vez desde que entramos en la habitación. Había encendido la lámpara del techo y dejado la puerta abierta de par en par, a fin de que quedase claro que no estaba haciendo nada a escondidas y que tenía pleno derecho a estar allí con él. Con todo, el más mínimo ruido o rumor procedente del piso de abajo me ponía al borde de la taquicardia—. Pero habla en voz baja, ¿de acuerdo?

James acercó dos indecisos dedos y tocó el amarilleado cuello con suma delicadeza, como si temiese que al hacerlo pudiera convertirse en polvo.

—¡Qué suave es! —exclamó. Tenía una expresión arrobada en los ojos y la boca entreabierta. Estábamos tan cerca el uno del otro, que me llegaba el olor de la brillantina pasada de moda con la que mantenía su cabello repeinado hacia atrás. Despedía un fuerte aroma a lilas que, combinado con el olor a estación de autobuses de su abrigo y las vaharadas de naftalina procedentes del armario, me llevó a preguntarme si no me sentiría mejor después de una buena vomitona—. ¿Cuánto pagó por ella?

—No lo sé —respondí, aunque había oído hablar de una cifra astronómica. La relación DiMaggio-Monroe era una de las grandes obsesiones de Walter y el tema de su obra magna, su *Chicos prodigiosos* particular, una impenetrable «lectura crítica», de setecientas páginas, todavía inédita, sobre el matrimonio de Joe y Marilyn, y su «función» en lo que a Walter, cuando estaba de buen humor, le gustaba denominar «la mitopoética norteamericana». Pretendía, por lo que yo había logrado entender, que esa breve y desgraciada historia de celos, cariño, ilusiones sin fundamento y mala suerte era una prototípica historia americana cimentada en hipérboles y desengaños, «la boda como espectacular antiacontecimiento», una alegoría del Marido como Ser Brutal y Carente de Sensibilidad y una prueba concluyente de lo que él llamaba, en un pasaje memorable, «la tendencia norteamericana a concebir todo matrimonio como un cruce entre la exogamia impuesta por el tabú y una fusión empresarial»—. A Sara nunca le dice lo que paga por esas cosas.

Esto pareció interesarle mucho a James. Inmediatamente, lamenté haberlo dicho.

—Usted y la rectora son muy buenos amigos, ¿verdad?

—Sí, bastante buenos —respondí—. También soy amigo del doctor Gaskell.

—Ya lo supongo. Si conoce la combinación de la cerradura de su armario y a él no le importa que..., bueno, que suba a su dormitorio...

—Exacto —dije, y le miré de hito en hito para descubrir si se cachondeaba. De pronto, en el piso de abajo se cerró de golpe una puerta; ambos nos sobresaltamos, nos miramos y sonreímos. Me pregunté si mi sonrisa parecía tan falsa e intranquila como la suya.

—Es muy ligera —comentó, y se volvió hacia el armario, levantó con tres dedos la manga izquierda de la chaqueta de satén y la dejó caer—. No parece real. Es como un disfraz.

—Quizá todo lo que se pone una estrella de cine parece un disfraz.

—¡Oh, eso es realmente profundo! —dijo James, tomándome el pelo por primera vez desde que nos conocíamos. O, al menos, eso creí—. Debería ir colocado más a menudo, profesor Tripp.

—Si pretende usted cachondearse de mí, señor Leer, creo que debería tutearme —dije solemnemente.

Sólo trataba de seguirle la broma, pero se lo tomó completamente en serio. Se ruborizó y clavó los ojos en el fantasmal abanico de la alfombra.

—Gracias —dijo. Pareció sentir la necesidad de alejarse de mí y del armario, y dio un paso atrás. Por suerte, estaba a cierta distancia, y eso me libró de que su cabello se me metiera en la boca. Paseó la mirada por el dormitorio; contempló el techo, alto y con molduras, la vieja cómoda de estilo Biedermeier, el alto armario de roble con un gran espejo en la puerta, el cual había perdido una parte considerable de su azogue, las gruesas almohadas y el edredón de lino sobre la cama, todo blanco, suave y frío como si estuviese cubierto de nieve—. Una bonita casa. Deben de estar forrados para tener todo esto.

En otra época, el abuelo de Walter Gaskell había sido dueño de la práctica totalidad del condado de Manatee, en Florida, además de diez periódicos y de un caballo de carreras campeón en Preakness ^[9], pero me abstuve de contárselo a James.

—En efecto, tienen un patrimonio considerable —le aclaré—. Y tu familia, ¿es acomodada?

—¿La mía? —dijo—. ¡Qué va! Mi padre trabajaba en una fábrica de maniqués. En serio. Seitz Plastics. Hacían maniqués para grandes almacenes, bustos para exhibir sombreros y esas piernas tan sensuales para exponer medias. Ahora ya está jubilado. Se dedica a criar truchas en el jardín de casa. No, la verdad es que somos realmente pobres. Mi madre era cocinera antes de morir. También trabajaba a veces en una tienda de regalos.

—¿Dónde vivíais? —pregunté, sorprendido, porque, a pesar de aquel abrigo que olía a fracaso y de sus trajes de saldo, su rostro y sus maneras eran de chico rico, y en ocasiones aparecía en clase con un reloj Hamilton de oro con correa de piel de cocodrilo—. Creo que no has mencionado nunca de dónde eres.

Negó con la cabeza y dijo:

—De un pueblo de mala muerte, cerca de Scranton. Seguro que no has oído hablar de él. Se llama Carvel.

—No, no he oído hablar de él —admití, aunque me resultaba vagamente familiar.

—Es un agujero infecto —se lamentó—, un sitio asqueroso. Allí todo el mundo

me odia.

—¡Pero eso es estupendo! —exclamé, maravillado por la ingenuidad de sus palabras y añorando aquella época ya lejana en la que también yo estaba convencido de que mi alma fugitiva había atraído sobre mí todos los grandes temores y mezquinos odios de mis vecinos de la pequeña ciudad junto al río. ¡Qué encantador había resultado, por aquel entonces, ser la *bête noire* de otros, y no sólo de mí!—. Es una excusa magnífica para escribir sobre ellos.

—La verdad —dijo—, es que ya lo he hecho. —Se recolocó la sucia mochila de lona que colgaba de su hombro e inclinó la cabeza hacia ese lado. Era una de esas mochilas excedentes de la brigada paracaidista israelí, con la insignia alada de color rojo en la solapa, que se habían puesto de moda entre mis alumnos hacía unos cinco años—. Acabo de terminar una novela que más o menos trata de eso.

—¡Una novela! —exclamé—. ¡Maldita sea, James, eres increíble! ¡Este trimestre ya has escrito cinco relatos! ¿Cuánto tiempo te llevó escribirla, una semana?

—Cuatro meses —respondió—. La empecé en casa, en las vacaciones de Navidad. Se titula *El desfile del amor*. En el libro la ciudad se llama Sylvania, como en la película.

—¿Qué película?

—*El desfile del amor*.

—Claro, era de suponer. Deberías dejármela leer.

Negó con la cabeza.

—No, te parecerá horrible. No es buena. Apesta, profe... Tripp. Me moriría de vergüenza.

—De acuerdo —acepté. De hecho, la perspectiva de avanzar arrastrándome a través de cientos de páginas de la prosa semejante a un lecho de cristales rotos característica de James no me entusiasmaba precisamente, así que me alegré de que me permitiera incumplir de modo airoso mi inconsciente ofrecimiento de leer su libro—. Te creo, apesta —dije la mar de sonriente, pero al instante observé que su mirada se alteraba, por lo que dejé de sonreír—. ¡Eh, James, eh, no lo he dicho en serio, colega! ¡Era una broma!

Pero James Leer rompió a llorar. Se sentó en la cama de los Gaskell y dejó que la mochila se deslizase hasta el suelo. Lloraba en silencio, tapándose la cara. Una lágrima cayó sobre su vieja corbata de rayón y dejó una marca circular irregular. Me acerqué a él. Según el reloj de la mesilla de noche, eran las siete cincuenta y tres. De abajo llegaba el repiqueteo de los tacones de Sara mientras iba de un lado para otro apagando las luces, recogía su bolso y se daba los últimos retoques ante el espejo del recibidor. Después se oyó el chirrido de los goznes de la puerta, un portazo y el ruido del cerrojo. James y yo nos quedamos solos en casa de los Gaskell. Me senté junto a él.

—Me gustaría echarle un vistazo a tu novela —dije—. En serio, James.

—No se trata de eso, profesor Tripp —respondió con un hilo de voz. Se restregó los ojos con el dorso de la mano y se sorbió un moco que le asomaba por la nariz—. Lo siento.

—¿Qué te pasa, colega? Eh, ya sé que hoy la clase ha sido tremendamente dura contigo; la culpa es mía, yo...

—No —me interrumpió—. No se trata de eso.

—Bueno, entonces ¿de qué se trata?

—No lo sé —respondió con un suspiro—. Quizá es sólo que estoy deprimido. —Levantó la cara y miró con sus enrojecidos ojos el armario—. Quizá ha sido al ver esa chaqueta que fue de Marilyn. Supongo que resulta..., no sé, muy triste, verla ahí, colgada.

—Sí que resulta triste —admití.

Desde la calle llegó el borboteo del motor del coche de Sara al encenderse. La compra de ese coche era una de las escasas demostraciones de tener verdadera clase que había realizado: era un Citroën DS23 descapotable de color rojo, con el que le gustaba pasearse por el campus llevando en la cabeza un pañuelo con un estampado de lunares rojo y blanco.

—Esas cosas me hacen sufrir —me confesó—. Ver cosas que pertenecieron a una persona y ahora cuelgan de una percha, guardadas en un armario.

—Sé a qué te refieres.

Me imaginé una hilera de vestidos en un armario del piso superior de una casa de ladrillo rojo manchada de hollín en Carvel, Pensilvania.

Seguimos sentados durante un rato, el uno junto al otro, en aquella cama que parecía cubierta de blanca y gélida nieve, contemplando el pedazo de satén negro que colgaba del armario de Walter Gaskell y escuchando el susurro de los neumáticos del coche de Sara mientras avanzaba por el camino de grava alejándose de la casa. En un instante llegaría a la calle, giraría y se preguntaría por qué el Galaxy de Happy Balckmore seguía aparcado oscuro y vacío junto al bordillo.

—Mi esposa me ha abandonado esta mañana —comenté, tanto para mí mismo como para James Leer.

—Lo sé —respondió éste—. Me lo ha contado Hannah.

—¿Hannah lo sabía? —Ahora fui yo quien se cubrió el rostro con las manos—. Supongo que vio la nota.

—Seguramente sí —dijo James—. Me pareció que eso la alegraba, si quieres que te sea sincero.

—¿Qué?

—No..., me refiero a que Hannah hizo un par de comentarios que, bueno... Siempre he tenido la impresión de... bueno, no sé cómo decirlo... de que ella y tu

mujer no *congeniaban*. Es más, diría que tu mujer *detestaba* a Hannah.

—Creo que tienes razón —admití, y recordé el rechinante silencio que, como un glaciar, se había cernido sobre mi matrimonio después de que le propuse a Hannah alquilar nuestro sótano—. Me temo que no me he enterado ni de la mitad de lo que sucedía en mi propia casa.

—Es probable —intervino James, y añadió, con cierto retintín—: ¿Sabías que Hannah Green está loca por ti?

—No, no lo sabía —respondí, y me dejé caer de espaldas sobre la cama. Resultaba tan reconfortante permanecer echado, con los ojos cerrados, que temí adormecerme. Me reincorporé con demasiada brusquedad y tuve la sensación de ver estrellitas centelleantes ante mis ojos. No sabía qué decir: «¿Me alegra oírlo?» «¿Peor para ella?».

—Al menos, eso es lo que creo —matizó James—. Eh, ¿sabes de quién más me he olvidado? De Peg Entwistle. Aunque la verdad es que nunca fue una gran estrella. Sólo actuó en una película, *Trece mujeres*, de 1932, y además en un papel secundario. Fue el único que interpretó en toda su vida.

—¿Y?

—Y se lanzó al vacío desde lo alto del famoso cartel de «Hollywoodland». Eso es lo que se decía entonces, no sé si lo recuerdas. Creo que saltó desde la segunda «d».

—Es una buena anécdota. —La nube de estrellitas se había disipado, pero no conseguía librarme de una espesa neblina azulada que había empezado a formarse dentro de mi cabeza, y el olor a lilas de la brillantina de James me resultaba insoportable. Tuve la sensación de que si no me levantaba inmediatamente y empezaba a moverme, me desmayaría, o vomitaría, o haría ambas cosas a la vez. Sentía una tremenda debilidad en brazos y piernas, y traté de recordar cuánto tiempo llevaba sin comer nada. Últimamente me saltaba muchas comidas, lo cual es una mala señal en una persona de mi corpulencia—. Será mejor que nos las piremos, James —propuse, pues sentía un moderado pánico, y agarré su delgado brazo de espantapájaros—. ¡Larguémonos de aquí!

Sin reparar en que había dejado la puerta del armario abierta de par en par, me puse en pie y abandoné precipitadamente el dormitorio. Apagué la luz y dejé a James Leer solo y a oscuras por segunda vez aquel día. Al salir al pasillo, oí un ruido sordo que me erizó los pelos del cogote. Era Doctor Dee. Sara había abierto la puerta del lavadero, donde lo tenía encerrado, y ahora el animal estaba allí plantado, tendido en el suelo, con las patas estiradas y mostrando la amarillenta dentadura entre sus oscuras fauces. Sus escalofriantes ojos miraban fijamente el espacio vacío que me rodeaba, hacia alguna lejana montaña ártica.

—¿Adivinas a quién acabo de encontrarme, James? —dije—. ¡Hola, Doctor Dee! ¡Hola, viejo cabrón!

Me aplasté contra la pared que tenía a mi derecha e intenté dejarlo atrás, pero se me acercó. Presa del pánico, perdí el equilibrio, tropecé con él y, sin querer, le propiné una contundente patada en las costillas. Al instante, sentí una punzada de dolor en un pie, en alguna parte cerca del tobillo, y caí de bruces al suelo. Doctor Dee se levantó de un salto y se me acercó con un amenazador gruñido.

—¡Apártate! —le ordené.

Estaba asustado, pero no tanto como para no pensar que morir despedazado por un perro ciego y loco tenía algo de místico, que podía funcionar muy bien en el capítulo de *Chicos prodigiosos* en el que tenía pensado que Curtis Wonder ^[10], el mayor de los tres hermanos que protagonizaban la novela, encontrase el destino que merecía por su desmesurado orgullo y sus espeluznantes fechorías. Alcé el puño, tal como habría hecho Curtis, y traté de arrearle un puñetazo a Doctor Dee, igual que si se tratara de una persona, pero atrapó mi puño entre sus fauces y lo aprisionó.

De pronto, se oyó un fuerte estrépito, como el de una piedra al chocar contra el parabrisas de un coche. Doctor Dee lanzó un gruñido, puso la cola tiesa, como si fuera un signo de admiración, y la meneó varias veces, y se desplomó sobre mis piernas. Levanté la vista, con los oídos todavía zumbándome, y vi a James Leer junto a la puerta, semioculto en la sombra, con la pequeña pistola de empuñadura nacarada en la mano. Con un gesto brusco, saqué las piernas de debajo de Doctor Dee y éste cayó al suelo con un ruido sordo. Me bajé el calcetín. Tenía cuatro pequeñas heridas de un rojo intenso, dos a cada lado del tendón de Aquiles.

—¿No me dijiste que era de juguete?

—¿Está muerto? —respondió James—. ¿Te ha hecho daño?

—No, no mucho. —Me subí el calcetín y me puse de rodillas. Con precaución, pasé la mano por la cabeza de Doctor Dee y coloqué la palma delante de su húmedo hocico. No respiraba—. Está muerto —dije, y me reincorporé lentamente. Sentí las primeras punzadas de dolor en el tobillo—. Joder, James, te has cargado al perro de la rectora.

—No tenía alternativa, ¿no crees? —dijo, apesadumbrado.

—¿No podías haberte limitado a quitármelo de encima?

—¡No! ¡Te estaba mordiendo! Yo no... Me ha parecido que...

—Vale, tranquilo —dije, y le di una palmada en el hombro—. No es el momento de tener una crisis nerviosa.

—¿Qué vamos a hacer?

—Pues supongo que buscar a Sara y explicarle lo sucedido —propuse. Ardía en deseos de beberme un buen vaso de bourbon que me nublase un poco el juicio—. Pero primero voy a limpiar todo esto. No, primero me vas a dar tu pistola de juguete.

Le tendí la mano con la palma hacia arriba y, obedientemente, me entregó el arma. Estaba caliente y era más pesada de lo que aparentaba.

—Gracias —dije.

La guardé en el bolsillo de mi chaqueta y James me acompañó hasta el cuarto de baño. Me desinfecté la herida con agua oxigenada y me puse un par de tiritas. Me subí el calcetín, me bajé la pernera del pantalón y volvimos al pasillo, donde el viejo chucho yacía muerto.

—Creo que no deberíamos dejarlo aquí.

James no respondió. Estaba tan ensimismado meditando las consecuencias de lo que acababa de hacer, que supongo que era incapaz de decir ni pío en aquel momento.

—No te preocupes —dije—. Le diré que disparé yo. Que fue en defensa propia. Tranquilo.

Me arrodillé junto a Doctor Dee y sostuve su pesada cabeza entre mis brazos. La mancha de sangre junto a la oreja derecha estaba pasando del rojo oscuro al púrpura, y allí el pelo olía a chamuscado. James también se arrodilló y agarró al perro por las patas traseras, con una expresión aturdida, casi dulce, en su terso rostro.

—Al recibir el impacto, salió un poco de humo del orificio de la herida —comentó.

—¡Diantre! —exclamé—. ¡Ojalá lo hubiese visto!

Cargamos a Doctor Dee escaleras abajo y después por el interminable camino de acceso a la casa hasta la calle, donde estaba aparcado mi coche. Lo metimos en el asiento trasero, junto a la tuba.

Cuando llegamos al auditorio donde se daba la conferencia, los dos aparcamientos principales estaban llenos, así que tuvimos que aparcar en una de las tranquilas calles residenciales de la otra punta del campus, bajo una hilera de hayas, junto al camino de acceso a la casa de algún feliz profesor. Apagué el motor y permanecimos unos instantes sentados, escuchando el repiqueteo de las gotas de lluvia que, como si fuesen hayucos desprendidos de los árboles que teníamos encima, caían sobre la capota de lona del Galaxie.

—Es un sonido agradable —comentó James Leer—. Parece que estemos en una tienda de campaña.

—¡Qué cuesta arriba se me hace tenérselo que decir! —exclamé, al tiempo que sentía un súbito anhelo de estar echado boca arriba en una pequeña tienda de campaña, tratando de distinguir Orion a través de la mosquitera.

—No tienes por qué. Es una estupidez decirle que fuiste tú. A fin de cuentas, es mentira. —Tiraba de las hebras que pendían del deshilachado dobladillo de su largo abrigo negro—. Si quieres que te sea sincero, no me importa lo que esa mujer me haga. Probablemente, *debería* echarme a patadas.

—James —dije, meneando la cabeza—. La culpa ha sido mía. En primer lugar, no debería haberte hecho subir al dormitorio a hurtadillas.

—Pero —me interrumpió, con aire confundido— sabías la combinación.

—Es cierto —respondí—. Reflexiona sobre eso un par de minutos. —Consulté mi reloj—. Bueno, no puede ser, porque se nos hace tarde. —Así la manilla y me apoyé contra la portezuela—. Venga, ayúdame a meterlo en el maletero.

—¿En el maletero?

—Sí, claro, colega. Seguramente tendré que llevar en el coche a varias personas a la fiesta en el Hi-Hat después de la conferencia. Y con el asiento trasero ocupado por una tuba y un perro muerto no creo que hubiese mucho sitio para los pasajeros.

Bajé del coche e incliné mi asiento hacia adelante. Tenía los dedos fríos, y al pasar los brazos por debajo del cadáver de Doctor Dee para sacarlo noté que todavía estaba tibio. Lo levanté sin acuclillarme, para poder hacer más fuerza, y sentí una punzada en el nacimiento de la espalda. Me llegó un avinagrado olor a sangre. Entretanto, James salió del coche y vino a ayudarme a meter en el maletero, junto al equipaje de la señorita Sloviak, al viejo chucho, que ya empezaba a estar rígido. Empujamos el cadáver lo más al fondo posible, bajo el respaldo del asiento trasero, hasta que se oyó un ruido como el de un lápiz al partirse en dos, y retiramos las manos bruscamente.

—¡Puaj! —exclamó James mientras se restregaba las manos contra los faldones del abrigo. La prenda lucía todo tipo de manchas que documentaban su relación con la miseria, el mal tiempo y el infortunio, pero me pregunté si hasta entonces habría sido utilizada en alguna ocasión para quitarse de las manos el tufo a perro muerto.

Supuse que no era del todo imposible.

—Y ahora la tuba —dije.

—Es un maletero enorme —comentó James mientras metíamos el viejo estuche de cuero, que parecía el oscuro corazón de algún leviatán—. Caben sin demasiados problemas una tuba, tres maletas, un perro muerto y una funda para trajes.

—Eso es lo que decía la publicidad —dije, y cogí la funda para trajes de Crabtree. Palpé los bolsillos de la funda y abrí la cremallera del más grande. Para mi sorpresa, resultó estar vacío. Revisé los otros, y también estaban vacíos. Desplegué la funda encima de las maletas y abrí la cremallera. Había un par de camisas blancas, un par de corbatas de cachemir y dos trajes, que emitían ligeros destellos a la luz de las farolas.

—Son idénticos —dijo James tras levantar el traje de encima y echar un vistazo al otro.

—¿El qué?

—Los trajes. Son iguales que el que lleva puesto.

Tenía razón: ambos trajes eran cruzados, con solapas en punta y de la misma seda de tono metálico. Aunque era difícil discernir su color exacto, parecía evidente que era idéntico al del que llevaba puesto. Me vino a la mente el armario de Supermán en el Polo Norte, con su hilera de brillantes trajes colgando de perchas de vibranio.

—Resulta extraño —dije, y pensé que, hasta cierto punto, era patético. También Supermán me había parecido siempre patético allá arriba, en su solitaria fortaleza.

—Supongo que no le gusta tener que preocuparse por lo que va a ponerse —comentó James.

—Supongo que no le gusta tener que *recordar* que hay que preocuparse. —Cerré la cremallera y volví a meter la funda en el maletero—. Vamos, Crabtree, estoy seguro de que llevas alguna rosilla para colocarte.

Saqué el maletín de lona; pesaba tan poco que al levantarlo casi se me cae.

—¿Y de quién es la tuba? —preguntó James.

—De la señorita Sloviak —respondí mientras hundía la mano en el maletín, temiendo que estuviese completamente vacío. Para mi alivio, encontré tres calzoncillos enrollados formando pequeñas bolas que rodaban de un lado a otro como canicas. Al palpar una de las bolas de ropa, me topé con algo duro en su interior—. Bueno, de hecho, no. No sé de quién es.

—¿Puedo preguntarte una cosa sobre ella? —dijo James.

—Es un travestí —le aclaré mientras desenvolvía lo que resultó ser un botellín de Jack Daniel's de esos que dan en los aviones—. Eh, ¿qué te parece esto?

—No me gusta el whisky —dijo James—. Oh, vaya, entonces..., tu amigo Crabtree... ¿es... gay?

—A mí tampoco me gusta el whisky —dije, y le tendí el botellín—. Ábrelo. La

mayor parte del tiempo, sí. Un poco de paciencia, James; voy a hacer otra inmersión en busca de restos del naufragio. —Volví a hundir la mano en el maletín y pesqué otro calzoncillo enrollado—. Pero hay momentos en que no. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué tenemos aquí?

Dentro de la segunda bola de ropa interior había un frasquito de pastillas.

—Sin etiqueta —dije mientras lo examinaba.

—¿Qué crees que son?

—Parece mi vieja amiga la señora Codeína. Ideal para mi tobillo —comenté, y agité el frasco hasta que cayeron sobre la palma de mi mano un par de gruesas pastillas blancas, marcadas con un minúsculo número 3—. Tómame una.

—No, gracias —respondió James—. No la necesito.

—Oh, muy bien —dije—. Por eso estabas en el jardín de los Gaskell tratando de decidir si suicidarte o no, ¿verdad, colega?

No respondió. Una ráfaga de viento agitó las ramas de los árboles y nos cayó en la cara el agua de la lluvia acumulada en ellas. La campana del campanil Mellon tocó el cuarto de hora y me trajo a la memoria a Emily, cuyo padre, Irving Warshaw, en su juventud, a finales de los años cuarenta, participó como obrero metalúrgico en la fundición del acero de la campana. Para ello se empleó un método experimental, posteriormente abandonado a la vista de los resultados, y, como consecuencia, su tañido resultaba desafinado y algo lúgubre; oírlo siempre me hacía pensar en el viejo Irv, para quien yo había sido una inagotable fuente de desengaños.

—Siento haber dicho eso, James. —Tomé el botellín de sus manos y desenrosqué el tapón. Me puse una de las pastillas de codeína en la boca, como si de una chocolatina M & M se tratase, y la hice bajar con un trago de Jack Daniel's. El bourbon sabía a filete de oso, a barro y a madera de roble. Era un sabor tan delicioso, que bebí otro trago—. Hacía cuatro años que no lo probaba.

—Dame una —pidió James, que se mordisqueaba el labio con furia y turbación, movido por el infantil deseo de conseguir comportarse como un hombre. Le ofrecí una pastilla y el oscuro botellín. Sabía que era una irresponsabilidad, pero no me lo pensé dos veces. Me dije que difícilmente le haría sentirse peor de lo que se sentía, y supongo que también me dije que, en realidad, me traía sin cuidado. Se metió la pastilla en la boca y, sin la menor precaución, bebió un generoso trago de bourbon y al medio segundo lo escupió todo.

—Tómalo con calma —le dije. Despegué la empapada pastilla de la solapa de mi chaqueta y se la devolví—. Toma. Inténtalo otra vez.

En esta ocasión logró tragársela y frunció el ceño.

—Sabe a betún —se quejó, y alargó el brazo para coger de nuevo el botellín—. Un traguito más.

—Ya no queda —le dije, y agité el botellín para que lo viese con sus propios ojos

—. Aquí no cabe casi nada.

—¿Por qué no echas un vistazo al otro calzoncillo enrollado?

—Buena idea. —En efecto, en el último calzoncillo había otro botellín de bourbon—. ¡Vaya! Me temo que vamos a tener que confiscarlo.

—Me temo que sí —dijo James, sonriente.

Corrimos hacia el auditorio, chapoteando en los charcos y pasándonos el botellín. Esquivamos a un grupo de chicas, que nos lanzaron una mirada asesina, y cuando entramos en el vestíbulo, dorado y de paredes altas, James Leer parecía muy excitado. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos humedecidos por el viento que le había dado en la cara. Mientras yo, doblado en dos ante las puertas cerradas de la sala de conferencias, intentaba recuperar el aliento, sentí su firme mano sobre mi espalda.

—¿Corría de una manera cómica? —le pregunté.

—Un poco. ¿Te duele el tobillo?

—Sí —admití al tiempo que asentía con la cabeza—, pero se me pasará enseguida. Y tú, ¿cómo te sientes?

—Muy bien —dijo. Se secó la nariz con el dorso de la mano y vi que trataba de no sonreír—. Creo que me alegro de no haberme suicidado esta noche.

Me reincorporé, le di una palmada en el hombro y con la otra mano abrí la puerta.

—Bueno, ¿qué más puedes pedir? —le dije.

El Thaw Hall, el auditorio de la universidad, había servido de ensayo preliminar a los arquitectos que posteriormente construyeron la sala de conciertos llamada Mezquita de Siria. El exterior estaba adornado con esfinges, escarabajos y otros motivos egipcios, y tanto el vestíbulo como el auditorio propiamente dicho eran un amasijo de arcos apuntados, delgadas columnas y arabescos. Las butacas y los palcos rodeaban el escenario formando una especie de óvalo, al igual que en la desaparecida y añorada sala de conciertos, sólo que aquí había menos asientos y el escenario era más pequeño que en la Mezquita. En total habría unos quinientos en el patio de butacas y otros cincuenta en los palcos. Eran de terciopelo rojo sangre y estaban todos ocupados. Cuando entramos en la sala, el chirrido de los goznes de la puerta provocó que las quinientas cabezas se volvieran al unísono hacia nosotros. En la parte posterior del auditorio habían colocado varias sillas plegables; James y yo tomamos una cada uno y nos sentamos.

No nos habíamos perdido gran cosa. Según me explicaron después, nuestro viejo novelista con pinta de elfo había empezado su conferencia leyendo un largo pasaje de *El confidente secreto*, y no tardé en coger el hilo de su argumentación: a lo largo de su trayectoria como escritor, él —ya saben a quién me refiero, así que lo llamaremos simplemente Q.— se había convertido en su propio *Doppelgänger*, una sombra maligna que moraba en los espejos, bajo los listones de madera del parqué y tras las cortinas de su propia existencia, rondaba a todas las amistades de Q. y se hacía presente en cualquier contacto de éste con el mundo que lo rodeaba. Un ser insensible a la tragedia, indiferente a los sentimientos de los demás y alejado de cualquier empresa humana, a excepción de la vigilancia y la recopilación de información. Su confidente secreto, explicó Q., sólo actuaba muy de tarde en tarde, y subyugaba a su poco dispuesto amo, por llamarlo de alguna manera, ocupando el lugar de su doble el tiempo suficiente para decir algo imprudente o reprensible y asegurarse de este modo de que la desgracia humana, objeto de constante vigilancia por parte del otro Q. y tema de sus relatos, continuara teniendo una presencia respetable en su vida. Evidentemente, de otro modo no tendría asuntos sobre los que escribir.

—Le echo toda la culpa —declaró el pulcro hombrecillo a la, al parecer, encantada audiencia—, absolutamente toda, del espantoso desastre en que se ha convertido mi vida.

Me pareció que Q. estaba hablando de la naturaleza del mal de la medianoche, cuyos primeros síntomas eran una simple sensación de alejamiento de los demás, cierta incapacidad de «adaptación», que no es, ni mucho menos, exclusiva de los escritores, y una sensación de envidia e infranqueable distancia como las que sentiría cualquier insomne en un mundo de durmientes. Pero muy pronto quien padecía el mal de la medianoche empezaba a anhelar esa sensación de aislamiento, a cultivarla e incluso a recrearse en ella. La víctima se iba aislando más y más hasta que un aciago

día se despertaba y descubría que se había convertido en el principal objeto de su propia mirada hostil.

Había muchas cosas en el discurso de Q. con las que estaba de acuerdo, pero no tardé en percatarme de que cada vez me costaba más concentrarme en sus palabras. Gracias a la codeína, el mordisco de Doctor Dee en el tobillo me provocaba sólo una leve punzada de dolor, pero al mismo tiempo todos mis sentidos se habían alterado. Sentía la maquinaria de mi corazón bombeando en el pecho y calambres en el estómago. Cinco tragos de Jack Daniel's y la considerable dosis de oxígeno aportada por la carrera a través del campus habían bastado para que me sintiese completamente borracho, y todo lo que brillaba a mi alrededor —los focos del escenario, los candelabros dorados de las paredes, la cabellera rubia de Hannah Green siete filas delante de mí, la enorme araña de cristal que colgaba sobre la audiencia sostenida por una delgadísima cadena— parecía envuelto, como farolas en la niebla, en un pálido y oscilante halo. Pero en cuanto lograba enfocar la mirada, el halo se desvanecía. Me llegó un olor malsano y que en cierto modo invitaba a la nostalgia, un olor a polvo, a seda y a trastos viejos maltratados por el tiempo: apolillados vestidos de baile, viejas ropas de bebé, la descolorida bandera con cuarenta y ocho estrellas que mi abuela guardaba en un baúl debajo de las escaleras traseras e izaba en el porche del Hotel McClelland cada Cuatro de Julio. Me hundí en la silla y crucé las manos sobre el estómago. El ardor que allí me provocaba la codeína me reconfortaba y me ponía melancólico. En aquel momento no me preocupaba el minúsculo cigoto que debía de estar describiendo órbitas como un satélite por la estrellada bóveda del útero de Sara, ni mi matrimonio a punto de desmoronarse, ni el descarrilamiento de la carrera de Crabtree, ni el animal muerto que se estaba quedando rígido en el maletero de mi coche, y todavía me preocupaba menos *Chicos prodigiosos*. Contemplé a Hannah Green, que asentía con la cabeza, se recogía un mechón de cabello por detrás de la oreja y, con un gesto que me era familiar, levantaba la rodilla hasta tocarse la frente, hundía las manos en una bota y se subía el calcetín con un brusco tirón. Pasé diez maravillosos minutos con la mente totalmente en blanco.

Pero, de pronto, James Leer empezó a reírse a carcajadas de algún chiste privado que había emergido de las profundidades de su cerebro. La gente se volvió y le clavó recriminatoras miradas. Se tapó la boca, agachó la cabeza y levantó la vista para mirarme, rojo como las mismísimas botas de Hannah Green. Me encogí de hombros. Las personas que se habían girado volvieron a mirar hacia el escenario; todas excepto una. Terry Crabtree, que estaba sentado a tres butacas de Hannah, separado de ella por la señorita Sloviak y Walter Gaskell, siguió contemplando a James Leer durante un par de segundos. Después me miró, me guiñó un ojo y en su rostro circunspecto apareció una mueca juguetona con la que pretendía decir algo así como: «¿Qué hacéis vosotros dos ahí atrás?», y yo, sin realmente pretenderlo, le respondí frunciendo el

ceño en un gesto irritado que significaba algo parecido a: «Déjanos en paz». Crabtree se quedó perplejo y se volvió rápidamente.

Los efectos calmantes de la codeína se disipan muy pronto, así que, de repente, tras las absurdas risotadas de James Leer, me di cuenta, sorprendido, de que estaba repasando una escena particularmente complicada de la novela por enésima vez, igual que un mono desquiciado pasa sin cesar los dedos por las barras de su jaula. Era una escena que sucedía justo antes de los cinco malogrados finales que había probado el mes pasado, en la cual Johnny Wonder, el menor de los tres gloriosos hermanos predestinados a la perdición, le compra un Rambler American de 1955 a un personaje secundario llamado Bubby Zrzavy, un veterano que participó en los experimentos con LSD del ejército americano. Llevaba semanas tratando de conseguir que de esa compra emanase la poderosa música del gran órgano del destino, pues era un momento crucial del libro: en ese coche, reconstruido durante diez años a partir del chasis por el desequilibrado Bubby Z. siguiendo las nociones de mecánica automovilística de sus venáticas neuronas, Johnny Wonder cruzaría el país de costa a costa y al regresar a casa de este viaje iniciático llevaría consigo a Valerie Sweet, una chica de Palos Verdes que arrastraría a la familia Wonder a la ruina. Uno de los motivos de que hubiera escrito tantas páginas antes de llegar a Valerie Sweet era que me enfrentaba a tremendas dificultades para lograr conducir la historia hacia un final porque estaba colado por ella. Tenía la sensación de que me había pasado la vida escribiendo con la única finalidad de llegar a la página en la que asomaban por primera vez sus cursis gafas de sol de montura rosa. Cuando mi cerebro de mico enjaulado volvió de nuevo sobre el irresoluble problema de cómo salir del lío novelístico en el que yo mismo me había metido, y que arrastraba desde hacía siete años, se me ocurrió que tal vez debería prescindir de ese personaje, y, de pronto, noté algo raro, como si se hubiera producido un repentino bajón del fluido eléctrico en el auditorio. Un deslumbrante estallido de electricidad estática me pasó como un aguacero ante los ojos, sentí olor a sangre en las fosas nasales y una oleada de acidez me empezó a subir desde el estómago.

—Tengo que ir al lavabo —le susurré a James Leer al oído—. Voy a vomitar.

Me puse en pie, empujé la puerta y salí al vestíbulo. Allí sólo había un par de chavales —uno de los cuales me sonaba vagamente— apoyados contra las puertas de la entrada, que mantenían abiertas con el peso de sus cuerpos, mientras fumaban y expelían el humo cansinamente hacia el exterior. Los saludé con un gesto de la cabeza y me precipité hacia el lavabo de caballeros caminando lo más deprisa posible, pero procurando que no se dieran cuenta de que estaba a punto de vomitar y no quería hacerlo sobre la moqueta. Ni el chispazo de electricidad estática ni la sangre en la nariz ni las náuseas eran síntomas nuevos para mí. Durante los últimos meses aparecían en los momentos más inesperados, junto con una concomitante

sensación de extraño júbilo, de ingravidez, como si atravesase el trémulo reflejo del sol que cubre como una red la superficie del agua de una piscina. Me volví para echar un vistazo a los chavales junto a la puerta y por la barbita de chivo de uno de ellos recordé que había sido alumno mío; era un chico con pinta de pasmado y dotado de un moderado talento que escribía paranoicas historias de jazz y drogas al estilo de Hunter S. Thompson ^[11], y que el curso pasado apareció por mi despacho una tarde para hacerme saber, con toda la crudeza propia de un alma inocente, que, en su opinión, era una tomadura de pelo que la universidad le cobrase por inscribirse en una clase de escritura creativa impartida por un don nadie pseudofaulkneriano como yo. De pronto el pasillo que conducía a los lavabos pareció abalanzarse sobre mí y me sentí tan febril que tuve que apoyar la mejilla contra la pared, que estaba fría, muy fría...

Cuando volví en mí, estaba estirado boca arriba, con la cabeza apoyada sobre algo, y Sara Gaskell, arrodillada junto a mí, me pasaba la mano con suavidad por la frente. La almohada que había improvisado era mullida por fuera, pero su interior resultaba duro como una piedra.

—¿Grady? —dijo con tono indiferente, como si tan sólo pretendiese atraer mi atención sobre un interesante artículo en el periódico—. ¿Todavía estás ahí?

—¡Hola! —respondí—. Creo que sí.

—¿Qué te ha pasado, chavalote? —Recorrió mi rostro con la mirada y se humedeció los labios con la lengua. Descubrí que, a pesar de lo aséptico de su tono de voz, le había dado un buen susto—. ¿Ha sido otro de esos vértigos?

—Supongo, no lo sé. —Tu perro está muerto, pensé, pero no se lo dije—. Ya me siento mejor.

—¿Quieres que te acompañe al hospital?

—No hace falta —dije—. ¿Ha acabado la conferencia?

—Aún no. Vi que salías y... pensé... —Se frotó las manos como si tuviera frío—.

Grady...

Antes de que Sara pudiese acabar de decirme aquello que parecía costarle tanto expresar, me incorporé y le di un beso. Tenía los labios cortados y embadurnados de pintalabios. Nuestras dentaduras entrechocaron. Sus dedos, que jugueteaban alrededor de mi nuca, estaban fríos como la lluvia. Al cabo de unos instantes nos separamos y la miré directamente a la cara, pecosa, pálida e impregnada de ese aire de decepción que a menudo adorna los complicados rasgos faciales de las pelirrojas. Nos besamos de nuevo y sentí un escalofrío cuando las yemas de sus dedos resbalaron sobre mi nuca como gotas de lluvia. Deslicé mis manos bajo su vestido.

—Grady... —Rechazó mi abrazo, retrocedió y se estremeció. Respiró hondo. Noté que se reafirmaba en alguna resolución que había tomado previamente y que no parecía dispuesta a dejar que la besase de nuevo—. Sé que éste no es el mejor

momento para hablar del tema que debemos tratar, cariño, pero...

—Tengo que contarte algo —la interrumpí—. Algo desagradable.

—Levántate —dijo, con su tono más rectoral, como reacción inmediata a la nota de temor que había traslucido mi voz—. Soy demasiado vieja para revolcarme por los suelos.

Se puso en pie, un poco insegura sobre sus tacones altos, se ajustó el vestido y me tendió la mano. Dejé que tirara de mí para levantarme. Su alianza refulgió con un frío chispazo contra la palma de mi mano.

Una vez en pie, Sara me soltó y echó un vistazo al pasillo, por encima de mi hombro. No había moros en la costa. Volvió a mirarme, tratando de resultar inexpresiva, como si yo fuese el administrador de la universidad y hubiese ido a comentarle alguna mala noticia de carácter financiero.

—¿De qué se trata? No, espera un momento. —Sacó un paquete de cigarrillos del bolso que llevaba en los grandes acontecimientos sociales. Era un ostentoso bolso plateado sembrado de pedrería en el que cabía poco más que veinte cigarrillos y un lápiz de labios; un regalo que le hizo su padre a su madre cincuenta años atrás y que no casaba con la personalidad de ninguna de las dos. El bolso que utilizaba habitualmente era muy distinto, una especie de caja de herramientas de cuero con cierre de latón, lleno de hojas de cálculo, libros de texto y un rebosante llavero que, por sus puntiagudas protuberancias y su peso, recordaba una maza—. Ya sé lo que me vas a decir.

—No, no lo sabes —le aseguré. Justo antes de que encendiese el cigarrillo me pareció sentir una ligera vaharada de marihuana. Supuse que procedería de los chicos del vestíbulo. Lo cierto es que olía jodidamente bien—. Sara...

—Amas a Emily —dijo, con la mirada fija en la firme llama de la cerilla—. Lo sé. La necesitas.

—No creo que pueda hacer nada a ese respecto —reflexioné—. Ha sido ella quien me ha dejado.

—Volverá. —Dejó que la llama fuese quemando la cerilla hasta llegar a sus dedos—. ¡Uf! Por esto he decidido... no tener el bebé.

—No tenerlo —dije, y advertí que ahora clavaba en mí su fría mirada burocrática, esperando ver mi cara de alivio.

—No puedo. No es posible. —Se pasó la mano por el cabello y su alianza brilló un instante, lo que dio la impresión de que era su propia melena rojiza la que emitía destellos—. ¿No opinas lo mismo?

—Sí, creo que no hay otra opción —dije, y le cogí la mano—. Sé lo difícil que resulta... para ti... hacer este sacrificio.

—No, no lo sabes. —Apartó mi mano—. Eres un cabrón por decirlo. Y un cabrón por decir...

—¿Qué, cariño? —le pregunté al ver que enmudecía—. ¿Un cabrón por decir qué?

—Por decir que la única opción es que no tenga el bebé. —Apartó la mirada y al cabo de un instante volvió a fijar sus ojos en mí—. Porque hay otra opción, Grady. O, al menos, debería haberla. —Del vestíbulo llegó el chirrido de goznes de puertas abriéndose y un estallido de murmullos—. Debe de haber terminado —dijo, y consultó su reloj. Soltó una bocanada de humo para ocultar su rostro y se enjugó una lágrima que pendía de la pestaña de su ojo izquierdo—. Será mejor que nos marchemos. —Sorbió por la nariz—. No olvides tu chaqueta.

Se agachó a recoger mi vieja chaqueta de pana, que me había quitado para colocarla a modo de almohada a fin de que apoyara la cabeza. Al levantarla, de uno de los bolsillos cayó algo que golpeó con estruendo el suelo y se quedó allí brillando ostentosamente.

—¿De quién es esta pistola? —preguntó Sara.

—Es de juguete —respondí, y me agaché para recogerla antes de que lo hiciese ella. Estuve a punto de guardármela rápidamente en el bolsillo, pero no quería que Sara pensase que trataba de ocultarle algo, así que la sostuve en la palma de la mano, para que pudiese echarle un vistazo—. Es un recuerdo de Baltimore.

Sara alargó el brazo para cogerla; traté de cerrar la mano, pero fui demasiado lento.

—Es bonita. —Pasó la yema del índice por la empuñadura nacarada, la sopesó y deslizó un dedo por el gatillo. Aproximó la boca del cañón a su nariz, la olfateó y dijo —: ¡Uf, huele a pólvora!

—Es munición de fogueo —le expliqué, y traté de arrebatársela.

Sara me apuntó al pecho. No sabía cuántas balas podría haber en el cargador, pero no tenía motivos para pensar que estuviese vacío.

—¡Pam! —bromeó Sara.

—Me has dado —dije. Me abalancé sobre ella y la atrapé con un abrazo de gorila.

—Te quiero, Grady —dijo al cabo de unos instantes.

—Yo también a ti, tonta —añadí mientras le quitaba la pistola torciéndole la delgada muñeca.

—¡Oh! —exclamó una voz detrás de nosotros—. Lo siento. Yo sólo...

Era la señorita Sloviak, que hacía equilibrios sobre sus tacones con una mano en la cadera. Parecía sonrojada, pero era porque llevaba colorete en las mejillas, no porque se hubiera ruborizado por sentirse incómoda.

—No pasa nada —dijo Sara—. ¿Qué sucede, querida?

—Se trata de tu amigo, Terry Crabtree —explicó la señorita Sloviak, que me miró con severidad. Respiró hondo y se pasó los dedos por sus negros rizos, una y otra vez, con movimientos rápidos, de una forma que se me antojó muy masculina—.

Quisiera que me acompañases a casa, si no te importa.

—Por supuesto que no —dije, y me dirigí hacia ella—. Nos veremos después, Sara, en el Hat.

—Os acompaño hasta el coche —dijo Sara.

—Es una caminata —le advertí—. Lo tengo aparcado en la calle Clive.

—Me apetece tomar el fresco.

Nos dirigimos al vestíbulo. No había ni un alma, tan sólo un dulce olorcillo a marihuana en el aire.

—Necesitaré una de mis maletas —dijo la señorita Sloviak cuando salíamos del edificio—. De las que están en el maletero.

—¿Ah, sí? —dije, y miré a Sara como si tal cosa—. De acuerdo.

Se oyó un portazo a nuestras espaldas y escuché una risita débil y nerviosa, como de alguien que en una montaña rusa trata de mantener la calma en los instantes previos al descenso en picado. James Leer emergió del auditorio con el brazo derecho sobre los hombros de Crabtree y el izquierdo sobre los del chaval de la barbita de chivo que se había pasado por mi despacho para decirme a la cara que era un fraude. Cada uno aguantaba a James por una axila, como si fuera a caerse en redondo en cualquier momento, y le iban susurrando los tópicos de rigor para darle ánimos y tranquilizarlo. Aunque tenía aspecto de estar un poco mareado, parecía capaz de caminar sin perder el equilibrio, y me pregunté si no estaría pasándoselo bomba con el numerito del paseo.

—¡Qué portazo más terrible! —gimoteó. Contempló con evidente asombro cómo sus pies, embutidos en los zapatos negros de estilo inglés, avanzaban paso a paso por la moqueta—. ¡Joder!

Mientras los dos porteadores llevaban su carga hacia el lavabo de caballeros, Crabtree me vio por casualidad. Alzó las cejas y me guiñó un ojo. A pesar de que eran sólo las nueve, para entonces ya había dado una vuelta completa en el carrusel farmacológico en el que se había montado para afrontar aquella juerga, había robado una tuba y ofendido a un travestí; y ahora sus amiguetes, con deleite y aplomo, se disponían a echar la primera papilla. Evidentemente, iba a ser una noche del más puro estilo Crabtree.

—¡Que *embarazoso* es todo esto! ¡Tíos, habéis tenido que sacarme a rastras! —vociferó James.

—¿Se encuentra bien? —pregunté cuando pasaron junto a nosotros con James a cuestas.

—No le pasa nada —respondió Crabtree, que puso los ojos en blanco—. Sólo está narrando el acontecimiento.

—Nos dirigimos a los lavabos —dijo James—. Pero quizá no lleguemos a tiempo.

—¡Pobre James! —dije, y contemplé cómo giraban por el pasillo.

—No sé qué le habéis dado —dijo la señorita Sloviak—, pero, desde luego, llevaba un colocón.

Sara meneó la cabeza y, tras atizarme un buen puñetazo en el hombro, me recriminó:

—¿Cómo se te ocurre dejar a James Leer en manos de Terry Crabtree? Espérame aquí.

Se marchó tras ellos y me quedé junto a la señorita Sloviak, incómodo y en silencio, durante medio minuto, contemplando cómo daba indignadas caladas a un cigarrillo negro y expelía el humo en largos chorros azulados.

—Siento todo esto.

—¿De veras?

—Durante el festival literario suelen pasar estas cosas.

—Entonces no me extraña que no haya oído hablar de este festival en mi vida.

En el auditorio resonó una modesta oleada de aplausos. Después se abrieron las puertas y se desparramaron por el vestíbulo unas quinientas personas. Todos hablaban de Q. y su pícaro doble, el cual, al parecer, había concluido la conferencia con un comentario no precisamente amable sobre el nivel literario de Pittsburgh, que comparó con los de Luxemburgo y Chad. Saludé con la mano a un par de ofendidos colegas y con un mesurado movimiento de la cabeza a Franconia Epps, una pudiente dama de Fox Chapel, de cierta edad, que llevaba seis años acudiendo al festival literario con la esperanza de encontrar editor para una novela titulada *Flores negras* que anualmente, cual Penélope, armaba y desarmaba, siguiendo los contradictorios antojos e indicaciones de una docena de editores moderadamente interesados por el libro en cuestión. Pero en cada nueva versión se las arreglaba para mantener un sorprendente aunque por desgracia nada estimulante número de escenas en las que intervenían pudientes damas de Fox Chapel de cierta edad y un amplio muestrario de artilugios de cuero, consoladores y dóciles caballos de polo con nombres como Goliath y Big Jacques. La señorita Sloviak y yo estábamos rodeados por una horda de jóvenes literatos que hablaban todos a la vez, se golpeaban con los programas enrollados y sacaban cigarrillos. Algunos eran alumnos míos, y estaban a punto de meternos en su conversación —no le quitaban ojo a la señorita Sloviak— cuando de pronto, como si hubieran recibido una descarga eléctrica, se apartaron para dejar paso a Sara Gaskell.

—¡Hola, señora rectora!

—¡Hola, doctora Gaskell!

—Caballeros —les respondió Sara a modo de frío saludo, y después sus ojos verdes me lanzaron la misma mirada profesional y vagamente condescendiente de antes. Se había quitado los inestables zapatos de tacón y el bolso plateado había

desaparecido—. Se encuentra mal, pero creo que se repondrá —me informó, con aire de estar disgustada con todo en general y conmigo en particular—. Aunque no será gracias al imbécil de tu amigo.

—Me alegra oírlo.

—Vamos, acompaña a Antonia a casa. Yo velaré por el señor Leer.

—De acuerdo. —Me apoyé contra la puerta, que al abrirse dejó entrar una ráfaga de fresco aire de abril—. Sara —añadí, bajando la voz hasta casi tan sólo mover los labios—, no he podido comentarte...

—Después —me interrumpió, y me dio una patada con su descalzo pie derecho para que me marchase de una vez—. Ya me lo explicarás más tarde.

—No me quedará otro remedio —le comenté a la señorita Sloviak cuando nos apresurábamos bajo la lluvia hacia el frondoso extremo del campus en el que había aparcado el coche. El aire era cálido y olía a lilas, y mientras corríamos no pude menos que pensar que el repiqueteo de los tacones de la señorita Sloviak parecía el símbolo de una romántica fuga. Cuando llegamos al coche, fuimos directamente al maletero. Lo abrí, y al ver su contenido pareció que los ojos iban a salirse de las órbitas.

—He tenido un pequeño contratiempo —le expliqué—. Ya sé que es un espectáculo horrible.

—Escuche —dijo la señorita Sloviak mientras sacaba su maleta de cuero de debajo de la tesa cola de Doctor Dee—. Lo único que... ¡puaj...! Lo único que quiero es regresar a casa y no volver a verle el pelo a ningún escritor en mi vida, ¿de acuerdo?

—Sé cómo se siente —dije mientras contemplábamos entristecidos el cadáver de Doctor Dee.

—¡Pobre bicho! —comentó la señorita Sloviak al cabo de unos instantes. Apoyó la maleta en el borde del maletero, le quitó el envoltorio de plástico y la abrió—. Pero sus ojos me dan escalofríos.

—Sara todavía no lo sabe —admití—. No se lo he podido explicar.

—Bueno, por mí no se preocupe —dijo la señorita Sloviak mientras se quitaba los largos bucles negros y los guardaba en la maleta echándoles una última mirada con pesar, como un violinista que por la noche guarda su instrumento—. No voy a decir ni pío.

Según se contaba, mamaba con tal avidez del pecho de mi madre que le produjo un absceso en la delicada piel del pezón izquierdo. Mi abuela, que en aquella época era menos comprensiva de lo que sería después, desaprobaba con dureza que mi madre se hubiese casado a los diecisiete años y consiguió inculcarle la idea de que no estaba preparada para la maternidad; la incapacidad de su pecho para resistir el ardoroso envite de mis labios infantiles sumió a mi madre en la amargura. No acudió al médico con la prontitud con que hubiera debido hacerlo, y cuando mi padre la encontró desvanecida sobre el teclado del piano del hotel y la llevó al hospital del condado, ya se le había extendido por la sangre una infección estafilocócica. Murió el 18 de febrero de 1951, cinco semanas después del parto, y, por tanto, no me acuerdo de ella. Sí recuerdo, en cambio, algunas cosas de mi padre, George Tripp, llamado Pequeño George para distinguirlo de mi abuelo paterno, su tocayo, de quien por lo visto he heredado la complexión y los apetitos.

El Pequeño George se ganó una triste fama en la zona del estado donde vivíamos cuando mató a un joven que, entre otros potenciales logros, parecía llamado a convertirse en el primer judío licenciado por la Universidad de Coxley en sus ochenta años de historia. Mi padre era policía. Mató al prometedor muchacho —hijo del propietario de los almacenes Glucksbringer de la calle Pickman, prácticamente enfrente del Hotel McClelland— creyendo, sin demasiado fundamento, como se demostró después, actuar en defensa propia frente a un asaltante armado. Mi padre regresó de Corea sin una tercera parte de su pierna derecha y carente también, diría yo, de otras extremidades fundamentales de su armazón espiritual; después de su mortal error de juicio y subsiguiente suicidio se especuló mucho sobre su idoneidad para ser agente de la ley. Cuando lo llamaron a filas tenía fama de chiflado, y regresó a casa en medio de rumores que hablaban de desmoronamiento psíquico. Pero, como todas las ciudades pequeñas, la nuestra poseía una casi infinita capacidad de perdón ante cualquier flaqueza personal de sus ciudadanos, y como el Viejo George había sido el jefe de la policía local durante cuarenta años, hasta que sufrió un fatal aneurisma mientras jugaba una partida de póquer en la trastienda de la Alibi Tavern, a mi padre se le permitió ir armado con un 38 y recorrer las calles a medianoche, a pesar de padecer el suplicio de la aparición de susurrantes sombras en su visión periférica.

Todavía no había cumplido cuatro años cuando se suicidó, y la mayor parte de los recuerdos que guardo de él son fragmentarios y azarosos. Recuerdo el vello rojizo de su venosa muñeca, atrapado entre los eslabones de la cadena de su reloj; uno de sus paquetes de Pall Mall, rojo como un ranúnculo, arrugado sobre el alféizar de la ventana de su dormitorio; el repiqueteo de una bola de golf al entrar en una taza de té cuando ensayaba golpes cortos en el amplio recibidor del hotel. Y recuerdo una ocasión en que lo oí volver del trabajo. Como ya he explicado, tenía el turno de

noche, de ocho a cuatro, y regresaba a casa en la oscuridad de la madrugada. Todos los días mi padre desaparecía tras la puerta de su dormitorio cuando apenas empezaba a despertarme y reaparecía en el momento en que estaba a punto de acostarme; sus invisibles llegadas y partidas me resultaban tan llenas de misterio como una nevada o la visión de mi propia sangre. Una noche, sin embargo, estaba despierto y pude oír la risita de la campana plateada que había encima de la puerta del hotel, los leves crujidos de la escalera de servicio, la airada tos de mi padre. Y lo siguiente que recuerdo es que estaba en el quicio de la puerta de su dormitorio, contemplando cómo el Pequeño George se desvestía. Antes pretendía —y así solía explicárselo a mis amantes— que esos recuerdos correspondían a la noche en que mi padre se autoliquidó. Pero lo cierto es que llevaba dos semanas suspendido de servicio, con derecho a paga, cuando hundió en su boca el azulado cañón de su pistola reglamentaria. Así que no sé a qué noche corresponden exactamente esos recuerdos, ni por qué me quedaron grabados en lugar de cualesquiera otros. Tal vez sean de la noche en que mi padre mató a David Glucksbringer. Tal vez uno nunca olvida la visión de su propio padre desnudándose.

Me veo espiando a través de la puerta entreabierta de su dormitorio, con la mejilla aplastada contra la fría moldura de roble, contemplando cómo aquel tipo grandote con uniforme azul que vivía en nuestro hotel, con su gorra como una enorme corona, sus amplias charreteras, su pesada placa dorada, las balas en su cinturón y una gruesa pistola negra, se transformaba en otra persona. Se quitó la gorra y la dejó boca arriba sobre la cómoda. Algunos finos mechones de cabello empapado en sudor que se le habían pegado a la gorra quedaron tiesos y se mecían como algas sobre su cabeza. Despreocupadamente llenó un vasito de whisky y se lo bebió de un trago mientras con la mano libre se desabrochaba y se quitaba la camisa de uniforme. Se sentó en la cama para desatarse los cordones de los zapatos negros como ataúdes, que después lanzó a un rincón. Cuando volvió a ponerse en pie, parecía más bajo, más débil y muy fatigado. Se quitó los pantalones, dejando a la vista la prótesis de color naranja claro con su simulacro de discretos dedos y su complejo sistema de arneses de cuero. Creo que después fue hasta la ventana de la habitación y se quedó allí un rato, contemplando la desértica topografía del hielo sobre el cristal, la calle vacía, los maniqués con vestidos de primavera en el escaparate iluminado de los almacenes Glucksbringer. Se quitó la camiseta sin mangas, después los calzoncillos, y volvió a sentarse en la cama para desabrocharse el extraño artilugio que le servía de pie. Ya no le quedaba nada más que quitarse. Estaba fascinado y horrorizado al mismo tiempo ante el acto de despojamiento que acababa de presenciar; era como si se me hubiese permitido contemplar al tullido, calvo y adiposo gnomo oculto tras su descaradamente falsa apariencia cotidiana, escondido en el interior del torpe gólem al que me había acostumbrado a llamar papá.

Iba pensando en todo esto mientras acompañaba a la señorita Sloviak a su casa en Bloomfield, circulando en dirección este por el bulevar Baum, y se transformaba en hombre. Sacó un tarro de crema y un frasco de acetona de uñas de un bolsillo con cremallera de la pequeña maleta que había colocado entre los dos asientos y los dejó en la guantera, que previamente había abierto. Se desmaquilló con una sucesión de bolas de algodón y se quitó el esmalte rosa pálido de las uñas. Metió las manos bajo el vestido y se quitó las medias, que dejaron al descubierto sus depiladas piernas. Sacó unos tejanos de la maleta, los desdobló y, no sin cierta dificultad, se los puso bajo la falda de su vestido negro, que acto seguido se quitó por la cabeza. Quedó a la vista un sujetador de licra negra, acolchado, con una cinta perlada entre ambas cazoletas y un ingenioso par de pequeñas protuberancias para simular unos erectos pezones muy femeninos. Debajo, el pecho era pequeño, pero musculado, y lampiño. Se puso un jersey a rayas, calcetines blancos con unos caballitos y un par de deportivas blancas. Guardó primero la crema y la acetona y después el vestido negro, los zapatos de tacón y la ligera maraña en que se habían convertido las medias. Sentí tener que prestar atención a la carretera, porque su numerito resultaba impresionante. Había reflatado su yo masculino con la precisión y rapidez con que los asesinos profesionales de las películas montan las piezas de su rifle.

—Me llamo Tony —dijo el ex señorita Sloviak cuando giramos por la avenida Liberty—. Al llegar a casa me quito el disfraz.

—Encantado —dije.

—No pareces sorprendido.

—Últimamente mi capacidad de sorpresa es lenta de reflejos —le expliqué.

—¿Ya sabías que era un travestí?

Medité un rato la respuesta adecuada. Pensé qué debía decirle para no ofenderlo, después de las múltiples decepciones que había causado últimamente a tantas personas.

—No —dije finalmente—. Te había tomado por una hermosa mujer, Tony.

Sonrió y dijo:

—Ya estamos llegando, es la próxima, la calle Mathilda. Gira a la izquierda. Y vuelve a girar en la calle Juniper.

Nos detuvimos frente a una pequeña casa de ladrillo visto de dos plantas, semiadosada. Había una luz encendida en la buhardilla y una estatua de la Virgen en el jardín, protegida por una especie de caparazón blanco en cuyo interior estaban pintadas todas las estrellas de la bóveda celeste.

—Me gustaría tener una igual en mi jardín —dije—. Lo único que tenemos es una trampa para escarabajos japonesa.

—Lo que la cubre es una bañera —me explicó Tony—. La mitad que no se ve está enterrada en el suelo.

—Es fantástico —dije. En la buhardilla una sombra descorrió la cortina y se aplastó contra el cristal—. Bueno...

—Bueno...

—Pues aquí te dejo, Tony.

—De acuerdo, Grady. —Me tendió la mano y nos las estrechamos—. Adiós. Gracias por acompañarme.

—No hay de qué —respondí—. Eh..., uh... Tony, lo siento si..., si las cosas no... han ido del todo bien esta noche.

—No importa —dijo—. Para empezar no debí hacerme ilusiones. Tu amigo Crabtree, simplemente, busca..., no sé, la novedad, o algo así. Parece que le gusta coleccionar... digamos bichos raros. ¿Me permites? —Giró el espejo retrovisor hacia sí para asegurarse de que no tenía restos de maquillaje en la cara, de que no quedaba rastro de la señorita Sloviak. Al igual que muchos travestís, resultaba bastante más agraciado como mujer; como hombre tenía la nariz muy pronunciada y los ojos demasiado juntos. Durante unos instantes contempló con perplejidad la falta de atractivo de su rostro; después se pasó los dedos por el cortísimo cabello. No tendría más de veintiún años—. Me suelo meter muy a menudo en este tipo de malos rollos.

—Está escribiendo su nombre en el agua —dije.

—¿Perdón?

Era una expresión semipesarosa —tomada del epitafio de John Keats— que Crabtree utilizaba para expresar su propia incapacidad, que compartía con muchísima gente, para plasmar sobre el papel el talento literario que poseía. Según él, algunos se limitaban a contar mentiras, y otros urdían tramas a partir de los problemas y líos de sus vidas. Ése había sido siempre el género elegido por Crabtree: meterse en algún lío atractivo intelectualmente y tratar después de resolverlo sin dejar huella alguna ni nada que mostrase sus esfuerzos, sino tan sólo una reputación de temerario y un pequeño informe en los archivos de los departamentos de policía de Berkeley y Nueva York.

—Es lo que siempre ha hecho, ¿sabes? —le dije—. Pero ahora... —Agarré el volante y lo hice girar de un lado a otro—. Me parece que se ha desmadrado más de lo habitual en él.

—¿Porque su carrera está arruinada, quieres decir?

—¡Dios mío! —exclamé. Así el volante con fuerza, como si estuviésemos a punto de derrapar en una carretera helada, y pisé el freno, aunque seguíamos parados—. ¿Eso te ha dicho?

—Me ha dicho que no ha tenido ni un solo éxito en los diez últimos años y que en Nueva York todo el mundo opina que es un fracasado —me explicó Tony. Volvió a girar el retrovisor hacia mí, y mientras lo movía vislumbré el reflejo de mi rostro hinchado y falto de sueño—. Después de eso era difícil no sentir lástima por él.

—Pero se ha portado bien contigo, ¿no?

—Ha hecho lo que ha podido. —Tony puso una mano sobre la manga de mi chaqueta. Las uñas, ya limpias de esmalte, seguían resultando extravagantes y desagradables—. Estoy seguro de que tu libro es tan bueno que no perderá su trabajo.

Guardé silencio.

—¿No es así?

—Por supuesto —dije—. Es una joya.

—Seguro que sí —añadió—. Tengo que irme, ¿vale? —Asentí—. ¿Estás bien?

Se oyó una puerta abriéndose y cerrándose, y nos volvimos hacia la casa. Alguien había encendido la luz del porche, que brillaba con una aureola amarillenta bajo la lluvia, y vi a un hombre bajito y canoso que nos miraba desde el último escalón con una mano en la frente para que el resplandor no lo deslumbrase.

—Es mi padre —dijo Tony—. ¡Hola!

Un bicho salió disparado escaleras abajo, pasó junto a la estatua de la Virgen y unos instantes después oímos un ruido de patas arañando la puerta del pasajero y por la ventanilla asomó una blanca y amplia sonrisa.

—¡Sombra! —Tony Sloviak abrió la portezuela y dejó entrar a un orondo caniche, negro como el carbón, que parecía encantado de ver de nuevo a su amo—. ¡Hola, chiquilla! —La perra se alzó para colocar primero sus patas delanteras y después las traseras sobre el regazo de Tony, y acto seguido procedió a lametearle parsimoniosamente la cara con su rosada lengua. Tony movía la cabeza de un lado a otro, riendo y tratando de quitarse al animalito de encima—. Es mi perra —aclaró.

—Ya lo he supuesto.

—Oh, vaya —dijo—. ¿Quién es mi chica? Si, tú. ¿Quién es...? ¡Eh, Sombra!

La perra saltó de su regazo y salió del coche. De pronto giró hacia la derecha y un instante después oímos su susurrante lamento canino desde la parte trasera del coche.

—Ha dado con Doctor Dee —suspiré.

—¡Grady! —exclamó Tony llevándose la mano a la boca—. ¡El resto de mi equipaje! ¡Vamos a tener que abrir el maletero!

—De acuerdo —dije, y paré el motor—. Mantén a tu perra alejada.

Bajamos del coche y fuimos hasta la parte trasera, vigilados por las atentas miradas de Sombra y del delgado anciano del porche. Abrí el maletero.

—¡Quieta, Sombra! —ordenó Tony, que agarró a la perra por el cuello con una mano a modo de collarín para impedirle llevar a cabo la que parecía ser su intención: saltar al maletero y darle el último adiós a Doctor Dee—. Eh, Grady, ¿por qué...? ¿De qué ha muerto el pobre husky?

—Le pegó un tiro James Leer —le expliqué mientras sacaba su maleta a cuadros y la dejaba en el suelo—. Fue un malentendido.

—Ese chico está realmente mal —opinó Tony—. Y ahora que tu amigo Crabtree

se ha cruzado en su camino, va a estar mucho peor.

Saqué la bolsa portatrajes de Crabtree y cerré el maletero.

—No estoy seguro de que eso sea posible —dije, pero no era cierto. En el fondo pensaba que James Leer todavía podía levantar cabeza, aunque, desde luego, no gracias a la ayuda de Terry Crabtree; claro que, si bien podía levantar cabeza, también podía ir a peor.

—Pero entonces, ¿ese chico va armado? —preguntó Tony.

—Más o menos —respondí. Sostuve la bolsa con la mano izquierda, metí la derecha en el bolsillo de mi chaqueta y saqué la inmaculada pistolita—. Llevaba esto. De hecho, para serte sincero, hace unas horas lo sorprendí apuntándose a la sien con ella.

—¿Puedo echarle un vistazo? —Tony extendió la mano—. Por absurdo que parezca, todos mis hermanos coleccionan pistolas. —Se la di. Sombra contempló con cierto interés cómo nos la pasábamos, pensando, como hacen siempre los perros, que tal vez fuera algo comestible—. Empuñadura nacarada. Del veintidós. Creo que este modelo es de un solo disparo.

Eché un vistazo al porche, pero el anciano parecía haber decidido no esperar más a su imprevisible hijo y había entrado después de apagar la luz exterior. También el resto de las luces de la casa estaban apagadas. Ahora entendía por qué la señorita Sloviak no parecía precisamente impaciente por regresar a su hogar. Tony levantó la vista de la pistola que tenía en la mano y meneó la cabeza.

—Es un símbolo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es la clase de pistola que... no sé, pongamos Bette Davis, llevaría en el bolso. —Sonrió—. Apuesto a que ese chico sería mucho más feliz si pudiese ser Bette Davis pegándose un tiro en la sien en lugar de un chaval de labios gruesos con un apestoso abrigo viejo.

Tony cerró la mano sobre la pistola, parpadeó un par de veces con sus largas pestañas y cerró los ojos. Se llevó la pistola a los labios con delicadeza. Aunque ahora sabía que no estaba cargada, al verlo me asusté. Fue en ese momento cuando mi viejo y herrumbroso cerebro se percató de que aquella misma tarde James Leer, uno de mis estudiantes, había intentado realmente suicidarse.

—Será mejor que me marche —dije—. Creo que debo rescatar a James Leer.

Tony bajó la pistola y me la ofreció. Le aparté la mano.

—Quédatela. Va con tu estilo.

—Gracias. —Contempló la fachada oscura y con las contraventanas cerradas de la casa y frunció el ceño—. Tal vez la necesite.

—¡Oh! —dije mientras buscaba las llaves del coche en el bolsillo de la chaqueta. Estaba seguro de que hacía sólo un momento las tenía en la mano.

—Eh, ¿sabes, Grady?, yo que tú me iría a casa —me aconsejó Tony mientras me metía en el coche—. Me parece que a quien tienes que rescatar es a ti.

—No es mala idea. —Cerré los ojos. Me imaginé deteniendo el coche en el camino de acceso a mi casa cubierta de hiedra en la calle Denniston, colgando la chaqueta en la pilastra al pie de la barandilla, dejándome caer sobre el fragante revoltijo de mantas y sábanas de la cama siempre sin hacer. Entonces recordé que nada ni nadie me esperaba en casa. Abrí los ojos de mala gana y asentí con la cabeza mirando a Tony. Empecé a subir el cristal de la ventanilla, pero me detuve—. ¡Oh, mierda, colega! —recordé de pronto—. Nos hemos olvidado de la jodida tuba.

—Quédatela —dijo. Alargó el brazo y me dio tres suaves cachetes en la mejilla, como quien palmea a un bebé—. Va con tu estilo.

—Muchas gracias —dije, y cerré la ventanilla. Mientras me apartaba del bordillo y enfilaba la calle Juniper, contemplé por el retrovisor a Tony Sloviak, que subía con sus maletas por la larga escalera del porche de la casa de su padre, después de cruzarse con la protectora Virgen, seguido de cerca por su pequeña perra negra, que se dedicaba a mordisquearle los tobillos cada vez que daba un paso.

C rabtree y yo descubrimos el Hi-Hat durante una de sus primeras visitas a Pittsburgh, entre mi segundo y tercer matrimonio. Fue la última época gloriosa de nuestra amistad, de nuestros días heroicos, antes de que las estrellas desaparecieran de ciertos firmamentos, cuando en los bosques, los descampados junto a las vías del tren y las esquinas sombrías del mundo todavía se escondían indios, locos poéticos y mujeres ingeniosas con ojos de reina de tarot. Entonces yo todavía era un ser monstruoso, un yeti, un engendro de los pantanos, el King Kong de desbordantes pectorales de la novela norteamericana. Llevaba el pelo largo y la balanza me adjudicaba unos poco estéticos pero llevaderos 105 kilos. No me privaba de nada, con la indisciplina propia de un chaval joven. Arrastraba mi enorme figura por los bares como un bailarín cubano con un cuchillo en la bota y un hibisco en la cinta del panamá.

El Hi-Hat de Carl Franklin, o el Hat, como lo llamábamos los habituales, estaba en la zona de Hill, en un edificio destartado de la avenida Centre, encajonado entre el escaparate tapado con maderas de un mayorista de pescado judío y una empresa de material médico en cuyos mugrientos escaparates se exhibía desde tiempos inmemoriales una familia de diminutos torsos que llevaban unas réplicas exactas a escala de bragueros. En la parte que daba a la avenida tan sólo había una escalera de incendios y una placa oxidada en la que se leía FRANKLIN'S en letras entrelazadas. Para entrar había que meterse en un callejón que daba a un pequeño aparcamiento, donde te topabas con un tipo enorme llamado Clement, cuya misión era echarte un vistazo, hacer una rápida valoración de tu personalidad y darte una palmadita en la espalda si decidía que podías pasar. Cuando te lo encontrabas por primera vez no resultaba una persona muy agradable, impresión que no mejoraba con el tiempo. El propietario, Carl Franklin, era del barrio —había crecido en la calle Conkling, a pocas manzanas de allí— y había sido batería en orquestas y pequeños grupos en los años cincuenta y sesenta, incluyendo una de las últimas formaciones de Duke Ellington. Después regresó a casa y montó el Hi-Hat como club de jazz, con la intención de atraer a una clientela elegante. En el local había un maravilloso Steinway de cola y una preciosa barra acristalada, y las paredes todavía estaban llenas de fotografías de Billy Eckstine, Ben Webster, Erroll Garner, Sarah Vaughan..., pero hacía tiempo que el club se había transformado en un ruidoso garito de *rythm & blues*, con focos rosados, olor a laca de pelo, cerveza derramada y salsa barbacoa, y una clientela en la que predominaba una no muy sociable multitud de hombres negros de mediana edad con sus ligues, de variada procedencia étnica pero unánimemente poco amigables.

Recuerdo que llevaba unos tres meses arrastrando la desolación de mi nueva vida como profesor de literatura en Pittsburgh, sin amigos, sumido en el aburrimiento y viviendo solo en un minúsculo apartamento justo encima de un café ucraniano en el

South Side, cuando hizo su aparición Crabtree, ataviado con un abrigo de policía, de cuero y largo hasta las rodillas. Traía un poco de ácido y los seis mil quinientos dólares de la indemnización pagada por una revista de moda masculina que había decidido despedir al coordinador de las páginas literarias y prescindir de una vez por todas de esa nada rentable sección. Me alegré muchísimo de verlo. Inmediatamente salimos a explorar los bares de mi nueva ciudad —Danny’s, Jimmy Post’s y La Rueda ya no existen— y aterrizamos en el Hat un sábado por la noche en que a los Blue Roosters, la banda del local en aquella época, se les unió en el escenario Rufus Thomas. No estábamos simplemente borrachos, sino colocadísimos, y por tanto nuestra primera impresión sobre el recibimiento deparado por el Hat y sobre lo bien que nos lo pasamos no era del todo fiable; estábamos convencidos de que todo el mundo nos quería, y recuerdo que nos pareció que Rufus cantaba la versión francesa de la letra de «My Way» con la melodía de «Walkin’ the Dog». En cierto momento de la velada, además, a uno de los clientes le dieron una brutal paliza en el callejón y entró de nuevo en el local tambaleándose y con una oreja medio arrancada colgando. Crabtree y yo, que nos habíamos atizado cuatro raciones de costillas a la barbacoa, nos pasamos una interminable media hora expulsándolas por turnos en el lavabo de caballeros. Desde entonces, habíamos vuelto por allí cada vez que Crabtree venía a la ciudad.

Eran aproximadamente las diez y media cuando entré en el Hat después de someterme a la radiográfica mirada de Clement. Me alegré de haberle dado a Tony Sloviak la pistolita; según se decía, si intentabas entrar en el Hat con un arma, aunque la llevases oculta en lo más recóndito de tu anatomía, Clement se las arreglaría para localizarla y quitártela. La banda del local estaba en una pausa entre actuaciones y en la gramola sonaba Jimmie Rodgers. Me quedé quieto unos instantes sobre la moqueta de la sala, de tonalidades entre la aspirina infantil y el naranja, tratando de orientarme. Hacía un par de años que no ponía los pies allí y todo parecía más deteriorado. El suelo de madera asomaba bajo la moqueta, plagada de agujeros de quemaduras de cigarrillos y manchas sobre cuyo origen preferí no especular. En la pared de baldosines reflectantes había varios huecos, como si de una deteriorada dentadura se tratase. Alguien había pintarrajeado el enorme mural situado detrás del escenario en el que aparecía el dueño del local tocando una enorme batería. Ahora de las baquetas colgaban unos testículos peludos y el rostro del propietario lucía un bigotito daliniano. El suelo de la pista de baile estaba sembrado de marcas de tacones. Eché un vistazo a mi alrededor, con la esperanza de localizar alguna mesa ocupada por escritores y asistentes al festival literario envueltos en una humareda rosácea, pero tan sólo vislumbré a la habitual clientela del Hat, que me contemplaba con expresiones de mofa o moderado disgusto. Sin duda, debía de tener cara de idiota.

En la pista de baile había un puñado de parejas bailando al ritmo cansino y sin

matices de «Baby What You Want Me to Do», y prácticamente en el centro, rodeados de gente, estaban Hannah Green y Q., el tipo obsesionado con su fantasmagórico doble. Hannah bailaba sin demasiada gracia pero poniendo mucho entusiasmo, y era capaz de admirables proezas meneando la pelvis; en cuanto al viejo Q., lo mejor que podía decirse de él era que no hacía el menor esfuerzo por aferrarse a alguna caduca noción de dignidad. Sé que es un comentario poco caritativo, pero parecía estar menos preocupado por sus propios movimientos que por el lento bamboleo de los pechos de Hannah Green. La saludé con la mano, ella me sonrió, y, cuando miré a mi alrededor y me encogí exageradamente de hombros, señaló una mesa en una esquina alejada, apartada de los bailarines, el escenario y el resto de clientes. En la mesa estaban sentados Crabtree y James Leer, detrás de una larga hilera de botellines de cerveza. James Leer estaba repantigado en su silla, con la cabeza apoyada contra la pared y los ojos cerrados. Parecía dormido. En cuanto a Crabtree, miraba fijamente más allá de la gente que bailaba, con una expresión de felicidad reconcentrada. Tenía un brazo separado de su cuerpo y extendido con delicadeza, como si fuese a elegir un bombón de una bandeja. Su mano, sin embargo, estaba oculta bajo la mesa, en dirección al regazo de James Leer. Lancé lo que debió de ser una mirada absolutamente aterrada a Hannah, que abrió la boca con los dientes apretados y entornó los ojos, en un gesto similar al que se hace cuando pasa una ambulancia con la sirena a todo trapo.

De camino hacia la mesa, paré a una camarera y le pedí que me trajese una copa de George Dickel. Cuando llegué hasta ellos, las dos manos de Crabtree estaban a la vista y James Leer se había reincorporado mínimamente, la mar de ruborizado. Su amplia e impecable frente, que me había hecho suponer que era un chaval de buena familia, parecía febril, y los ojos le brillaban con lo que podía ser euforia o miedo.

—¿Cómo te sientes, James? —le pregunté.

—Estoy borracho —respondió; parecía sincero—. Lo siento, profesor Tripp.

Me senté junto a Crabtree, encantado de poder dar un respiro a mis pies. El dolor de mi tobillo iba en aumento.

—No importa, James —dije con la misma sonrisa tranquilizadora que ya le había dirigido en dos ocasiones aquel mismo día: la primera cuando su relato fue criticado sin piedad en la clase de escritura creativa, y la segunda cuando lo conduje al dormitorio de los Gaskell y le aseguré que nadie nos diría nada por estar allí—. No te preocupes.

—Seguro que no —intervino Crabtree. Me ofreció su botella de cerveza, medio vacía. La cogí y bebí un largo trago—. Pensaba que te habíamos perdido, Tripp.

—¿Dónde están los demás? —pregunté, y dejé la botella delante de él con un gesto ampuloso, como si acabase de hacer algún juego de manos alcohólico—. ¿Sólo habéis venido vosotros cuatro?

—No ha aparecido nadie más —comentó Crabtree—. Sara y... ¿cómo se llama?, Walter dijeron que primero pasarían por casa y después se reunirían con nosotros aquí. Pero me parece que han decidido quedarse en casa, acurrucados en el sofá con el perro.

Lancé una mirada a James, esperando ver en su rostro alguna expresión de culpabilidad, por leve que fuese, pero estaba demasiado abstraído. Incluso dudé de que recordara lo que había hecho. Empezó a pestañear de nuevo, echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared.

—¿Sólo ha bebido cerveza? —le pregunté a Crabtree señalando con un gesto de la cabeza a James.

—Aquí sí —dijo Crabtree—. Aunque deduzco que vosotros dos habéis hecho una pequeña incursión en mi botiquín.

—Pero eso ha sido hace mucho rato —dije, y me llevé la mano al pie para apretarme el vendaje del tobillo—. No puede seguir bajo los efectos de eso.

—Pero en vuestra incursión os han pasado inadvertidos algunos frascos —dijo, y se palmeó un bolsillo de su americana verde—. Y James sentía curiosidad.

Se volvió para mirar al chaval, al que en ese momento se le entreabrió la boca y le empezó a caer un delgado hilillo de saliva de la comisura de los labios.

—Está completamente ido —dije.

Permanecimos sentados, contemplando el regular movimiento ascendente y descendente del pecho de James Leer bajo su camisa a cuadros. La estrecha y corta corbata estaba medio desanudada y le colgaba del cuello como una flor marchita. Crabtree le secó el hilillo de saliva con una servilleta, con suavidad, como si estuviese limpiándole la boca a un bebé.

—Ha escrito un libro —dijo Crabtree—. Me ha dicho que ha escrito una novela.

—Lo sé. Algo sobre un desfile. *El desfile del amor*.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Me he enterado esta noche. La lleva en su mochila.

—¿Tiene talento?

—No —respondí—. Por el momento no.

—Me gustaría leerla —dijo Crabtree.

A James Leer le cayó sobre la frente un mechón de cabello engominado y Crabtree alargó la mano para apartárselo.

—¡Vamos, Crabtree! —protesté—. ¡No hagas eso!

—¿Que no haga qué?

—Es sólo un chaval —dije—. Es alumno mío, tío. Ni siquiera estoy seguro de que sea...

—Lo es —me interrumpió Crabtree—. No tengo la menor duda.

—No creo que lo sea —dije—. Me parece que la cosa es bastante más

complicada. Quiero que lo dejes tranquilo.

—¿En serio?

—En estos momentos está realmente jodido, Crabtree. —Bajé la voz y continué en un susurro—: Creo que planeaba suicidarse esta noche. O quizá no, no lo sé con certeza. En cualquier caso, está hecho un lío. Es un completo desastre. Y no creo que necesite que encima se le añada una buena dosis de confusión sexual a su cacao mental en este preciso momento.

—Al contrario —dijo Crabtree—. Puede ser la solución a todos sus problemas. Eh, Grady, ¿qué te pasa?

—Nada —dije—. ¿A qué te refieres?

—Me ha parecido que... no sé, que hacías una mueca de dolor.

—¡Oh! —dije—. Es mi pie. Me está matando.

—¿El pie? ¿Qué te pasa en el pie?

—Nada —respondí—. Es que... me he caído.

—Bueno, parece alterado, ¿sabes?

Sus ojos habían perdido aquel brillo febril de conquistador, y, por primera vez en toda la noche, descubrí en ellos verdadera ternura. Nuestras sillas estaban pegadas, y apoyó su hombro contra el mío. Su mejilla todavía estaba impregnada del perfume de Tony. Apareció la camarera con mi copa de Dickel. Bebí un sorbo y sentí cómo el lento veneno se deslizaba hacia mi corazón.

—Me gusta cómo baila Hannah —comentó Crabtree, que seguía con la mirada a Hannah Green y Q.

La canción que sonaba en aquel momento era «Ride Your Pony», de Lee Dorsey. Uno de los muchos detalles que indicaban que el Hat era un superviviente de los antros de la época dorada de Pittsburgh era su gramola con teléfono. De hecho, no había gramola: era un teléfono, negro y pesado como una vieja plancha de vapor, que funcionaba con monedas, colocado sobre una columna en una esquina de la pista de baile. Y unido a él por medio de una cadenita mil veces rota y reparada había un catálogo mecanografiado hacía un millón de años por algún obseso de los listados alfabéticos, muy sobado y pringado de grasa de la barbacoa, que incluía más de cinco mil canciones, agrupadas por géneros. El cliente elegía la canción, echaba las monedas y mantenía a gritos y bajo los efectos del alcohol una conversación con una vieja señora eslovena, oculta en algún lugar de Pittsburgh en un búnker subterráneo de vinilo negro. Unos minutos después se escuchaba la canción pedida. Según Sara, en el pasado había muchos bares que funcionaban con ese sistema, pero el Hat era uno de los pocos que seguían utilizándolo.

—En mi opinión, muestra una fuerte influencia faraónica en los movimientos de los codos. Y tal vez un ligero toque de Snoopy en los pies.

—¿Cuánto rato llevan ella y Q. contoneándose? —pregunté.

—Yo diría que demasiado para Q. —respondió Crabtree meneando la cabeza—. Míralo.

—Ya veo —dije—. ¡Pobre desgraciado!

Traté de ignorar el rijoso hormigueo que me subía por la medula espinal mientras contemplaba a Hannah Green bailando.

—¡Eh! —dijo Crabtree—. ¡Mira a ese tipo!

Señaló hacia una mesa situada al borde de la pista de baile.

—¿Quién? ¡Caramba! —Sonreí—. ¡Parece que lleve el pelo esculpido!

Era un hombre pequeño, de pómulos delicados, que lucía un peinado asombroso y radiante, un alto copete que se elevaba como una descomunal ola de pelo sobre su cabeza. Sabía que muchos estilos de peinado de otras épocas sobrevivían en ciertos ambientes marginales de Pittsburgh. El tipo vestía, además, un enrevesado traje de terciopelo, con ribetes e incrustaciones dorados y carmesíes, y fumaba un largo y fino cigarro. Sus manos eran muy grandes en comparación con el resto del cuerpo, y en el lado derecho de su cara se distinguían unas marcas de un rosa intenso, vestigio de una antigua herida.

—Es un boxeador —dije—. Un peso mosca.

—Es un jockey —me refutó Crabtree—. Se llama..., uh, Curtis Hardapple.

—Curtis no —dije.

—Entonces Vernon. Vernon Hardapple. Las cicatrices son de..., de los cascos de un caballo. Se cayó durante una carrera y el caballo lo pisoteó.

—Es adicto a los calmantes.

—Lleva una placa incrustada en la cabeza.

—Le tuvieron que amputar un dedo del pie por culpa de la diabetes.

—Ya no puede mear de pie.

—Vive con su madre.

—Correcto. Tenía un hermano pequeño que era... entrenador.

—Mozo de cuadra.

—Y se llamaba Claudell. Era retrasado mental. Y la madre culpa a Vernon de su muerte.

—Porque..., porque... porque Vernon le permitió... que se ocupase de un semental agresivo... que le aplastó la cabeza. O...

—Lo asesinaron —dijo una voz somnolienta— cuando un gángster llamado Freddie el Narizotas intentó cargarse a su caballo favorito. Se interpuso y recibió la bala.

Ambos nos volvimos hacia James Leer, que abrió un ojo inyectado en sangre para mirarnos.

—Vernon, ése de allí, estaba metido en el fregado —añadió James.

—¡Es magnífico! —dijo Crabtree al cabo de unos segundos. Vimos cómo el ojo

de James volvía a cerrarse.

—Ha oído lo que estábamos diciendo —comenté, perplejo.

Crabtree, que daba cuenta de su sexta o séptima botella de cerveza, no parecía demasiado sorprendido por eso. Bebí algunos sorbos más de mi veneno. Al cabo de unos minutos el silencio se hizo insoportable.

—¡Pobre Vernon Hardapple! —dijo Crabtree meneando apesadumbrado la cabeza. Después sonrió y añadió—: Siempre resultan ser unos desgraciados.

—Todas las historias narran el fracaso de alguien —sentencié, citando al escritor vaquero de pelo cano en cuya clase nos habíamos conocido veinte años atrás.

—¡Eh, profe! —dijo Hannah Green, que se dirigía hacia nosotros sobre sus puntiagudas botas rojas—. ¡Ven a bailar conmigo!

Bailamos al ritmo de «Shake a Tail Feather», «Sex Machine» y algún tema cantado por la voz áspera de Joe Tex cuyo título no recuerdo. Bailé con Hannah hasta que la banda del local volvió a salir a escena. Mientras preparaban sus instrumentos, regresé a nuestra mesa y le pedí a Crabtree que me diese otra dosis de codeína y un par de pastillas de lo que fuera que tuviese a mano. Necesitaba algo para el tobillo y también para mi amor propio. Porque me había sentido ridículo meneándome como un picassiano minotauro herido persiguiendo obcecadamente a una angelical jovencita. Crabtree había conseguido reanimar a James Leer, al menos momentáneamente, y ambos estaban enfrascados con el viejo Q. en una, al parecer, intrincada discusión acerca de la función o significado de la cacatúa en *Ciudadano Kane*. Crabtree no era cinéfilo, ni mucho menos, pero tenía muy buena memoria para los argumentos y su retorcida imaginación hacía que encontrase muchos puntos de interés, o eso, al menos, era lo que quería que James Leer pensase, en la obra de Orson Welles, quien, por cierto, padecía, como yo, problemas de sobrepeso. Bajo la fría e ineludible mirada de Q., o de su *Doppelgänger*, Crabtree me ofreció un puñado de bolitas azuladas, pequeñas lunas rosadas, pececitos plateados y pentágonos blancos que parecían platos en miniatura.

—¡Joder, la palma de tu mano parece una bandeja de caramelos! —dije—. Voy a probar uno de estos blancos.

Me lo tragué con ayuda del contenido de un vaso que había sobre la mesa, delante de Crabtree; apestaba a diversos compuestos químicos y me pareció que podía ser tequila de mala calidad. Y acto seguido regresé a la pista y bailé durante una hora más al ritmo de lo que el canoso Carl Franklin llamaba el estilizado *rythm & blues* del mejor grupo de Pittsburgh, los Double Down, hasta que dejé de sentir el tobillo y perdí mayormente el sentido del ridículo. Hannah se subió las mangas y se desabrochó los dos botones superiores de su blusa de franela, dejando al descubierto el raído cuello de una camiseta de canalé y un medallón con filigranas que colgaba de una cadenita de plata.

Mientras bailaba, Hannah mantenía los ojos cerrados y describía solitarios círculos entrelazados, de modo que en ciertos momentos tenía la sensación de que no bailaba conmigo, sino que me utilizaba como fulcro, como eje sobre el que realizar sus particulares giros de tiovivo. Y con razón, pensé; desde luego, de estar en su pellejo, lo último que hubiese deseado es que alguien pudiera pensar que había elegido como pareja de baile a una elefantiásica máquina como yo, repleta de tubos aspiradores y engranajes, con una anodina esfera analógica por cara; a un tipo que parecía un viejo Galaxie 500 abollado y chupagasolina. Pero de repente abrió los ojos y me regaló una de sus amplias sonrisas de chica de Utah y me tendió las manos para que la hiciese girar unos instantes. Cuando nuestras miradas se encontraban, me sentía obligado a hablar, mayormente para expresar mis dudas sobre mis aptitudes

como bailarín, y cuando los Double Down hicieron una nueva pausa, suspiré aliviado y me dispuse a volver a nuestra mesa. Pero ella me agarró de la muñeca, me arrastró hacia el mágico teléfono negro y eligió tres canciones.

—«Just My Imagination» —le pidió a la operadora, sin consultar el mugriento listado—. «When a Man Loves a Woman». Perfecto. Y «Get It While You Can».

—¡Huy, huy! —dije—. ¡En qué lío me he metido!

—Calla —replicó Hannah, y me rodeó el cuello con los brazos.

—Mañana me voy a arrepentir de esto —comenté.

—Es encantador —dijo—. Todo el mundo debería relajarse bailando.

Varias parejas más se nos unieron en la pista y nos mezclamos entre ellas. Jamás había sido capaz de comprender con exactitud en qué consistía lo de bailar lento, así que, tal como llevaba haciendo desde mis años en el instituto, me limité a aplastarme contra Hannah, respirando inoportunamente contra su oreja y balanceándome de un pie a otro como alguien que espera un autobús. Sentía el sudor que se enfriaba sobre sus antebrazos y me llegaba un aroma a manzana de su cabello. En cierto momento, en mitad del tema de Percy Sledge, la combinación de sustancias que había ingerido a lo largo de la noche alcanzó un cierto equilibrio y durante unos instantes olvidé todo lo malo que me había sucedido a lo largo del día debido a mi necedad y mala conducta, y todas las buenas razones que tenía para dejar en paz a la pobre Hannah Green. Me sentía feliz. Planté un beso en el cabello pajizo y con aroma de manzana de Hannah. Sentía que algo empezaba a despertar bajo mis calzoncillos. Creo que lancé un suspiro, y que, a pesar del burbujeo y el ardor que fluían en esos momentos por los ventrículos de mi corazón, debió de sonar tremendamente triste.

—He releído *El pirómano* —me dijo, supongo que para animarme—. Es realmente magnífica.

Se refería a mi segunda novela, *La novia del pirómano*, una desoladora historia de amor y locura que escribí en la última época de mi permanencia en el condenado búnker de mi segundo matrimonio, con una meteoróloga de San Francisco a la que llamaré simplemente Eva B. Era una novela breve, cuya gestación resultó tortuosa y de la cual yo mismo no tenía muy buena opinión, a pesar de que contenía una interesante descripción del incendio de una casa en la que varias parejas estaban metiéndose mano y una espléndida escena amatoria de un par de páginas en la que el lector se sentía como si penetrara en el recto de la protagonista.

—¡Es tan jodidamente trágica, y, al mismo tiempo, tan hermosa, Grady! Me encanta cómo escribes. Es una prosa muy natural, sencillísima. Me da la impresión de que es como si todas tus frases existieran desde siempre, suspendidas en el más allá estilístico, o donde sea, esperando a que las fueras a recoger.

—Gracias por el cumplido —dije.

—Y me encanta la dedicatoria, Grady.

—Me alegro.

—Pero no soy la dulce muchachita inocente por la que me tomas.

—Espero que eso no sea cierto —dije, y en ese momento desvié la mirada hacia los ahumados baldosines de la pared y vi el reflejo de una especie de yeti gordo, cojeante, con gafas y ojeras, de cabello lacio, envejecido, cargado de espaldas y de movimientos torpes, que estrujaba entre sus brazos a una desvalida y angelical muchacha de tal manera que era imposible saber si ella le ayudaba a mantenerse en pie o si, por el contrario, él la tenía prisionera. Dejé de bailar y me aparté de Hannah Green, y en ese momento Janis Joplin dejó de urgirnos a no volver la espalda al amor cuando finalizó el último de los temas que había pedido Hannah. Permanecemos en la pista mirándonos, solos tras la súbita desaparición de las restantes parejas, y, de pronto, cuando en mi organismo se rompió el equilibrio de las pastillas y el whisky, me sentí irremediabilmente hecho polvo.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? —me preguntó Hannah al tiempo que me daba una palmadita en el estómago.

Mi respuesta, un murmullo apenas audible, hizo referencia a bailar con ella toda la noche.

—Con respecto a Emily —dijo en un tono que traslucía cierta impaciencia—. Yo... me temo que no estará en casa cuando vuelvas.

—Supongo que no —admití—. Trata de disimular tu alegría.

—Lo siento —dijo a modo de disculpa, y se ruborizó.

—La verdad es que no lo sé. ¿Qué debo hacer?

—Tengo una idea —dijo Hannah. Se metió la mano en el bolsillo de los tejanos, rebuscó unos instantes y me puso en la palma de la mano tres cálidas monedas de veinticinco centavos.

Fui hasta el teléfono, eché las monedas y descolgué el receptor.

—Vas a tener que ayudarme —dije.

—¿Quién habla? —preguntó la voz de la centenaria señora rutena de cabellos color lavanda, gafas de culo de botella y suéter de angora que atendía las peticiones de una menguante población de borrachos y corazones rotos desde su recóndita guarida en el corazón de Pittsburgh—. No te entiendo.

—Decía que necesito escuchar algo que me salve la vida —le dije mientras retorcía sin parar el cable del teléfono.

—Esto es una gramola, cariño —respondió la mujer con voz tranquila y un tanto ausente, como si donde fuera que estuviese tuviera el televisor encendido con el volumen bajo o un ejemplar de *Cosmopolitan* abierto sobre su viejo regazo—. No estás hablando por una línea de teléfono ordinaria.

—Ya lo sé —dije con un tono nada convincente—. Es sólo que no sé qué canción pedir.

Miré a Hannah y traté de sonreírle como lo haría alguien que sonriera de un modo competente y razonable, alguien que no estuviera preocupado porque intuyera que estaba a punto de sentirse fatal, así como a punto de caerse en redondo y a punto de herir a otra chica, en un nuevo episodio de su prolongada carrera de hombre insensible y despreocupado. A juzgar por la expresión consternada de su rostro, pensé que había fracasado miserablemente en mi intentona, pero entonces vi que Q. había abandonado la mesa y se estaba abriendo camino por el concurridísimo local hacia Hannah como un poseso, con un aire de inexorable determinación conseguido, me pareció, gracias a la ingesta de alcohol, el auténtico confidente secreto del escritor, el fantasma que convivía en sus polvorientas y desnudas moradas con Albert Vetch y tantas otras víctimas del mal de la medianoche. En cualquier caso, mientras se acercaba a Hannah para pedirle el próximo baile, ella le dio la espalda bruscamente y se dirigió hacia mí, cabizbaja y sonrojada hasta el cogote por su maleducada huida.

—Un momento —le rogué a la vieja de la gramola, y tapé con la mano el auricular—. Baila con él, Hannah. —Intenté otra de mis poco convincentes sonrisas—. Es un escritor famoso. —Me llevé el auricular al oído y pregunté—: ¿Sigues ahí?

—¿Adónde iba a ir? —respondió la mujer—. Ya te lo he dicho, cariño, no soy una interlocutora cualquiera. Este es mi trabajo.

—Pero no me apetece bailar con él, Grady. —Deslizó su brazo bajo el mío y alzó la vista para mirarme a través de su desparramado flequillo, con unos ojos tan abiertos y un aire de desesperación tal que me alarmó. Siempre había visto comportarse a Hannah como una tranquila y optimista chica mormona, eternamente educada, capaz de aceptar estoicamente castigos divinos, desgracias y hasta las más delirantes noticias sobre el destino del cosmos—. Quiero seguir bailando contigo.

—Por favor, compórtate.

Vi cómo Q. se volvía y regresaba con seguro paso de borracho a la mesa de la esquina, a la que llegó en el preciso momento en que las cabezas de James Leer y Crabtree emergían a la luz rosácea de un foco después de un apasionado beso. James estaba obnubilado y su boca formaba una «o» perfecta.

—Lo siento —dije por el teléfono—, pero tengo que colgar.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió la mujer. Suspiró lacónicamente y repiqueteó en los auriculares de su casco con sus uñas de veinte centímetros de largo y pintadas de un rosa tropical—. ¿Qué te parecería *Sukiyaki*?

—Perfecto —respondí—. ¿Por qué no eliges tú misma otras dos, a tu gusto?

Colgué, le di a Hannah un torpe abrazo y le pedí perdón unas cuarenta y siete veces, hasta que ni ella ni yo supimos a ciencia cierta el motivo de tantas disculpas y me dijo que sí, que me perdonaba. Entonces me dirigí apresuradamente hacia la mesa de la esquina y posé mis fríos dedos en la febril nuca de James.

—Dentro de diez segundos —les comuniqué, mientras ayudaba a James a ponerse

en pie— la pista de baile va a estar de bote en bote.

Hannah dijo que nunca había estado allí, pero tenía entendido que James Leer vivía en la buhardilla de la casa de su tía Rachel, en Mount Lebanon. Como ninguno de los presentes se sentía con ánimos de hacer el trayecto hasta South Hills a las dos de la madrugada, metí a James en el destartado coche de Hannah y los envié a dormir a mi casa. Yo acompañaría a Crabtree y a Q. Pensé que eso sería lo más seguro para todos.

Cuando estaba a punto de cerrar la portezuela de James, éste empezó a moverse en su asiento y frunció el ceño.

—Tiene una pesadilla —dije.

Todos lo contemplamos durante unos instantes.

—Apuesto a que las pesadillas de James son realmente terroríficas —comentó Hannah—. Como las malas películas.

—Con música de xilófono en la banda sonora —sugerí—. Y un montón de policías mexicanos.

James levantó una mano y, sin abrir los ojos, se palpó el hombro derecho; después hizo lo mismo con el izquierdo, como si pensara que estaba en su cama y había perdido la almohada.

—Mi mochila —dijo, y abrió los ojos.

—Su bolsa —dijo Hannah—. Ya sabes, esa andrajosa cosa verde.

La mano de James recorrió como una araña su regazo, el asiento y el espacio entre sus largas piernas y, finalmente, asió la manija de la portezuela y trató de salir del coche.

—No te muevas de aquí, pequeño James —le dije, y lo metí de nuevo en el coche.

Agité la mano para llamar la atención de Crabtree, ocupado en aquel momento en apoyar el cuerpo medio inerte de Q. contra mi coche, y le dije que iba a buscar la mochila de James. Crabtree ni se molestó en levantar la vista. Sin embargo, antes de percatarme de que no me hacía caso, ya le había lanzado mecánicamente las llaves. Tintinearón al golpear contra su hombro izquierdo y cayeron en un charco a sus pies. Cuando se disponía a agacharse para recogerlas, sin dejar por ello de aguantar a Q. con una mano, me lanzó una airada mirada a través del aparcamiento.

—Lo siento —me disculpé.

Mientras volvía cojeando al Hat y me dirigía hacia el rincón donde habíamos estado sentados, el tipo al que bautizamos como Vernon Hardapple intentó, sin excesivo éxito, interponer su cuerpo entre la mesa y yo. Me lanzó una vaharada de aliento agrio y cálido. Su gigantesca ola capilar se había desintegrado hasta convertirse en una especie de temblequeante borla que sobresalía alrededor de su cabeza. Y estaba dispuesto a emprenderla a tortas conmigo.

—¿Qué estabas mirando? —me preguntó. Tenía una voz áspera y arrastraba las palabras. Al estar tan cerca de él, pude comprobar que las cicatrices que adornaban su

cara habían sido producidas con un objeto mellado y no muy afilado—. ¿Acaso tengo monos en la cara?

—No era a ti a quien miraba —dije sonriendo.

—¿De quién es tu coche?

—¿A qué te refieres?

—El Ford Galaxie 500 verde esmeralda de 1966 que hay ahí fuera, con matrícula YAW 332. ¿Es tuyo?

Le respondí afirmativamente.

—¡Y un carajo! —dijo a la vez que me golpeaba sin mucha violencia en el pecho—. ¡Es mío, jodido hijo de puta!

—Lo tengo desde hace años.

—¡Y un carajo!

Acercó todavía más su cara a la mía.

—Era de mi madre —dije. Por lo general, no me lo pienso dos veces a la hora de enzarzarme en una discusión estúpida con un tipo cabreado y potencialmente peligroso en un tugurio. Sin embargo, en aquella ocasión tenía prisa por llevar a James a casa sano y salvo y acostarlo, así que opté por irme—. Discúlpame.

Me cortó el paso.

—¿Qué cojones mirabais, cabronazos?

—Admirábamos tu peinado —dije.

Alargó el brazo hacia mi pecho, como para darme un empujón. Reculé involuntariamente y perdió el equilibrio. Al intentar recuperarlo, cayó hacia un lado y quedó repantigado en una butaca que tenía detrás y que, por lo visto, le resultó tan comfortable que pareció no tener intención de levantarse.

—Siento lo de tu hermano, Vernon —dije, y seguí mi camino.

Todavía no habían limpiado nuestra mesa. Al acercarme, vi que debajo había algo, pero no la mochila de James, sino lo que durante un terrible instante me pareció el cadáver mutilado de un pájaro sobre la moqueta naranja. Resultó ser mi cartera. Las tarjetas de crédito y varias de las tarjetas de visita que Sara me había regalado por mi último cumpleaños estaban esparcidas por el suelo alrededor de la mesa. Las recogí y las guardé en la gruesa cartera negra de cabritilla que los padres de Emily me habían traído de un viaje por Italia, la cual era muy amplia, para que cupieran en ella los billetes europeos. Me la metí en el bolsillo de la chaqueta, sin preocuparme por comprobar si estaba todo el dinero, como si hubiese dejado mi elegante cartera florentina tirada allí a propósito, seguro de que se hallaba completamente a salvo. En cualquier caso, no sabía a ciencia cierta cuánto dinero llevaba encima. Me dirigí a la puerta lleno de una egoísta satisfacción y felicitándome, como siempre hacía en aquellas ocasiones, porque mi destino no fuera convertirme en un fracasado alcoholizado. Di unas palmaditas al reconfortante bulto que formaba la cartera en mi

pecho.

—Mira —le dije a Vernon al pasar junto a la butaca, de la que no se había movido—. Sólo tienes que espabilarte para tener la misma suerte que yo.

Después salí del Hat. Mi coche y el de Hannah estaban uno junto al otro con el motor encendido en el centro del casi vacío aparcamiento, despidiendo humo por el tubo de escape y con las ventanillas empañadas. En los asientos delanteros de mi coche había dos siluetas, la más menuda, la del asiento del pasajero, ligeramente inclinada hacia la derecha. No sé por qué, pero el hecho es que me molestó que Crabtree se hubiese sentado tras el volante del Galaxie de Happy Blackmore. Me acerqué al coche de Hannah y golpeé con los nudillos en la ventanilla. La bajó y su radiante rostro y las trágicas notas de un acordeón llenaron el aire. Hannah Green era una entusiasta del tango.

—Ni rastro de la mochila —le dije—. Se la debe de haber dejado en el auditorio.

—¿Seguro? —preguntó—. Quizá se la ha llevado alguien.

—No. Nadie se la ha llevado.

—¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros y me incliné para echarle un vistazo a James. Estaba apoyado contra Hannah y su cabeza descansaba con envidiable comodidad sobre el hombro de la joven.

—¿Está bien? —pregunté.

—Creo que sí. —Hannah le arregló con un gesto automático el cabello que le caía sobre la oreja—. Lo llevaré a casa y lo pondré a dormir en el sofá. —Agachó la cabeza y me lanzó una mirada suplicante—. El de tu estudio, ¿de acuerdo?

—¿El de mi estudio?

—Sí, ya sabes que es el más cómodo para echar una siesta, Grady.

Durante el último invierno, mientras yo leía los ejercicios de mis alumnos o ponía al día mi correspondencia, Hannah se había quedado dormida muchas veces en mi viejo sofá mientras estudiaba, con las botas sobre uno de los brazos y la cara semiculta bajo algún libro abierto de sociología.

—En su estado, no creo que note la diferencia, Hannah —dije—. Podríamos acomodarlo en el garaje, junto a las palas para quitar la nieve, y ni se enteraría.

—¡Grady!

—De acuerdo. En mi estudio.

Colgué un par de dedos del borde del cristal de la ventanilla. Ella acercó su mano y me los acarició.

—Te veré en casa —dije.

Fui hasta el morro del Galaxie y esperé a que Crabtree bajase del coche. Se abrió la portezuela. Crabtree me miró, con el rostro absolutamente inexpresivo.

—No deberías conducir —dijo.

—¿Y tú sí? —pregunté—. Vamos, métete detrás.

Siguió obsequiándome con su gélida mirada durante un rato y, finalmente, se encogió de hombros, bajó del coche y se metió detrás. Me deslicé junto a Q. y arranqué. Mientras seguía a Hannah por el accidentado callejón, vislumbré una vacilante sombra por el rabillo del ojo. Un instante después los faros del coche iluminaron una silueta que nos hacía señas con los brazos. Frené. Los brazos proyectaban entre la lluvia unas sombras de casi diez metros.

—¡Dios mío! —exclamó Q. con un susurro ahogado—. ¡Es él!

—¿Qué quiere? —preguntó Crabtree. Se trataba del gilipollas de Vernon Hardapple, pero Q. parecía ver a un ser completamente diferente.

—Nada —dije—. He tenido un pequeño altercado con ese tipo cuando he vuelto al Hat.

—Esquívalo, Grady.

—De acuerdo —dije.

—¡Oh, Dios mío! —volvió a exclamar Q., y se apretó la cabeza con las manos, como para evitar desmayarse.

—¡Grady, esquívalo!

—¡De acuerdo! —Traté de pasar junto a él, pero el callejón era demasiado estrecho. Le bastó dar un solo paso para plantarse de nuevo delante del coche—. ¡Mierda, tío, no tengo espacio suficiente!

—¡Mirad esa cicatriz que tiene en la mejilla! —dijo Q., que se había rehecho—. ¡Parece una segunda boca!

—¡Pues entonces recula, idiota! —gritó Crabtree.

—¡De acuerdo! —dije, y di marcha atrás.

Metí el coche de nuevo en el aparcamiento del Hit-Hat, giré y, sin hacer caso de la señal de dirección prohibida, traté de salir por el otro lado. Pero Vernon apareció de nuevo, con una extraña sonrisa, como de felicidad. Volví a pisar el freno.

—¡Mierda! —exclamé.

Empezó a balancearse sobre los talones al tiempo que movía los brazos rítmicamente hacia adelante y hacia atrás. Musitó algo, como si dijera «A la una, a las dos», y se lanzó sobre el capó del coche. Aterrizó de culo, con un ruido sorprendentemente suave, y se deslizó con rapidez hasta la rejilla del radiador con las piernas abiertas, como un niño que bajara por la barandilla de una escalera. Consiguió caer de pie, se volvió, se inclinó de tal forma que casi no logró reincorporarse y mostró otra enigmática sonrisa a través del parabrisas, dirigida directamente a mí. Y acto seguido desapareció.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Q. con una extraña mueca, mezcla de terror y placer, que no era la primera vez que veía en su rostro—. ¿Qué ha sucedido?

—Alguien acaba de subirse al capó del coche —le expliqué, como si se tratase de

un servicio con el que el Hat obsequiaba a sus mejores clientes.

—¿Le ha pasado algo al coche?

Me alcé un poco inclinándome sobre el volante y traté de echarle un vistazo al capó. Pero el callejón estaba muy mal iluminado y no pude ver gran cosa.

—Creo que no —dije—. Están hechos a prueba de bomba.

—Salgamos de aquí antes de que regrese con sus amigos —sugirió Crabtree.

Enfilé el callejón, salí a la desierta avenida y tomé el bulevar Baum. De nuevo se me ocurrió la idea de que una vez más había escapado del peligro por los pelos porque así estaba escrito que sucediese.

—Crabtree, después de dejar a Q. tendremos que pasar un momento por el auditorio.

—Vale —dijo. Ahora que había pasado el peligro, volvía a su mutismo.

—Creo que James se ha dejado allí su mochila.

—Estupendo.

—¿Recuerdas haberla visto cuando... uh..., cuando lo has acompañado al salir del auditorio?

Lo miré por el retrovisor y no me gustó lo que vi. Estaba cómodamente sentado, con las manos detrás de la cabeza, contemplando los escaparates a oscuras y las gasolineras desiertas que desfilaban ante la ventanilla con expresión de silencioso regocijo, como si fuese el hombre más feliz del mundo y todo lo que veía a su alrededor no hiciese sino incrementar el nivel y riqueza de matices de su felicidad. Realmente, estaba al borde de ponerse a chillar de alegría.

—¿Crabtree?

—¿Tripp?

—¿Sí, Crabtree?

—Hazme el favor de irte a tomar por el culo.

—Eso haré —dije.

—Éste es el camino de regreso a la universidad, ¿no? —preguntó Q. cuando pasamos junto al Electric Banana.

—En efecto —dije, impresionado de que fuese capaz de reconocerlo en la oscuridad y borracho, después de haber pasado por allí una sola vez.

—Bueno, no sé si... Es que no me alojo en la universidad, Grady.

—¿No?

—No, me alojo en casa de los Gaskell.

—¿En serio? —Por unos instantes la suela de mi zapato dejó de pisar el pedal del acelerador; el coche siguió avanzando varios cientos de metros con el impulso que llevaba y después fue perdiendo velocidad hasta casi detenerse—. Bueno, por aquí también vamos bien para llegar a su casa —dije, después de recuperarme de la impresión.

Volví a pisar el acelerador y enfilamos Point Breeze.

—Me pregunto qué les habrá pasado —dijo Q. cuando tomamos la calle en la que estaba su casa. Cuanto más nos aproximábamos, menos ganas tenía de seguir adelante. Avanzamos muy lentamente junto a la verja de temibles púas de hierro—. No han aparecido por el bar.

Finalmente, no me quedó más remedio que girar y enfilear el camino de gravilla que conducía a la casa de los Gaskell. Por la noche, Sara y Walter metían los coches en el garaje, y el camino tenía un aire desolado y la casa parecía abandonada. Entre las ramas de los árboles había un par de focos, uno a cada lado del estrecho porche de la entrada, que iluminaban la fachada, los alféizares, las contraventanas y las buhardillas, proyectando extrañas sombras. La intensa luz de aquellos focos parecía destinada, más que a iluminar la casa de los Gaskell, a señalar su presencia, como sugiriendo a quienes pasasen ante ella que tenía un tétrico pasado o que estaba condenada a una inminente destrucción. Entre las ramas de los dos viejos manzanos del jardín delantero se oía silbar el húmedo viento nocturno, que llenaba el aire de pétalos blancos que flotaban como copos de nieve. Al cabo de unos instantes, me percaté de que en una de las ventanas del piso superior se veía una débil luz, y cuando alcé la mirada vislumbré una silueta moviéndose tras la persiana. Era la ventana del dormitorio de Sara y Walter, así que todavía estaban despiertos. Podía entrar con Q. y hablarles de lo que llevaba en el maletero del coche.

—Hasta mañana —se despidió Q. mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad. Giró la manija y empujó la portezuela con la puntera del zapato. Con la precaución que enseña la experiencia, se tomó su tiempo para tantear el suelo antes de ponerse en pie.

—Ten cuidado —le dijo Crabtree, que se levantó del asiento trasero y se apeó del coche antes de que Q. le cerrase la portezuela en las narices. Estrechó la mano de Q., le ayudó a mantener el equilibrio y después se sentó junto a mí.

—Espero con impaciencia tu charla de mañana, Terry —dijo Q.

Rebuscó durante unos instantes en sus bolsillos, con una mueca de determinación en el rostro. Llevaba la camisa por fuera del pantalón, los largos mechones de cabello con los que se cubría la calva le caían desordenadamente y en el curso de la velada había perdido una de las patillas de las gafas. Cuando por fin encontró la llave que le debía de haber dado Sara, parecía tan feliz —tan satisfecho consigo mismo—, que tuve que desviar la mirada. No volví a mirar la casa hasta que hubo entrado.

—En este momento su querido *Doppelgänger* debe de sentirse feliz por cómo ha ido todo —comenté mientras nos alejábamos. Crabtree permaneció en silencio—. ¿Qué? —inquirí—. Vamos, colega. No me hagas esto. Di algo. ¿Qué pasa?

—¿No lo sabes?

—Estás cabreado conmigo porque no te he dejado montártelo con el pobre James

Leer.

—Desde luego, eso no era asunto tuyo.

—Te estás volviendo goloso, tío —le dije—. ¿Por esta noche no tenías suficiente con la señorita Sloviak?

Crabtree se limitó a insistir en su anterior petición de que me fuera a tomar por el culo. No tenía nada más que añadir.

—De acuerdo. Escucha, lo siento —le dije, pero las disculpas no sirvieron de nada. Hice alguna que otra tentativa poco entusiasta y lo dejé correr; seguimos en completo silencio. Empezaron a rondarme la cabeza un montón de imágenes sensibleras: el cuenco de comida vacío de Doctor Dee, su hueso de plástico y su correa, ya inservible, colgada de un clavo torcido en la despensa. Sin saber muy bien cómo, diez minutos después me encontré en el aparcamiento para el personal del auditorio, y allí detuve el coche.

—Espérame aquí —le dije a Crabtree—. Volveré enseguida.

—¿Adónde quieres que vaya? —dijo con sorna.

Era mi noche de suerte. Al rodear el edificio hacia la puerta principal, vi que el conserje seguía allí, poniendo a punto el auditorio para el apretado programa de apasionantes actividades del festival literario que iba a tener lugar al día siguiente. Era un chaval alto, cargado de espaldas y de cabello lanudo, ataviado con un mono azul, y pasaba la aspiradora por la moqueta del vestíbulo con un aire de ensimismada diligencia, como un repartidor de periódicos arrastrando un carrito repleto de diarios. Cuando golpeé el cristal con los nudillos pareció reconocerme, y me pregunté si no habría sido alumno mío.

—Traxler —se presentó, después de dejarme entrar—. Sam. Le tuve de profesor en mi primer año. Después dejé los estudios.

—Espero que no fuese por mi culpa —bromeé.

—No —dijo Sam Traxler. No pensaba que se fuera a tomar en serio mi comentario. Me hubiera gustado acordarme de él—. De todos modos, ahora estoy en un grupo de rock. Ya hemos conseguido algunas actuaciones. Y empezamos a ganar algún dinero.

—Sam, ¿ya has limpiado ahí dentro? —dije señalando las puertas del auditorio con el pulgar.

—Sí. ¿Perdió la mochila, profesor Tripp?

La había guardado en el armario de servicio, en el suelo, entre un cubo de fregar de zinc y una funda de guitarra de cuero negro cubierta de pegatinas.

—Me ha parecido que dentro había un manuscrito —comentó.

—Así es. Muchas gracias.

Tomé la mochila y me dirigí hacia la puerta.

—De nada —dijo, y me acompañó. Sin duda, mi presencia allí era para él una

bienvenida distracción en medio del monótono trabajo—. Oiga, ¿es cierto eso que se dice de que Errol Flynn solía embadurnarse la polla de coca para... bueno, para mejorar sus prestaciones sexuales?

—¡Por Dios, Traxler! —protesté—. ¿Cómo coño quieres que lo sepa?

—Bueno... —dijo. Parecía un poco azorado—. Está usted leyendo su biografía, ¿no? —añadió señalando la mochila—. Está envuelta en un jersey o algo parecido.

—¡Oh, sí! —dije—. ¡Claro, es cierto! Solía ponerse en la polla toda clase de cosas. Pimentón, limaduras de hierro, picadillo de cordero...

—¡Vaya tarado! —exclamó Sam mientras me abría la puerta—. Bueno, cuídese, profesor.

—Hasta otra, Sam —me despedí—. Oye, por cierto, ¿cómo se llama tu grupo? Así os..., uh..., os podré seguir la pista.

—No tenemos nombre —dijo—. Se nos ocurrieron tantos, que no fuimos capaces de decidirnos por ninguno. Pollas Narcotizadas, Escoria Amargada, Los Cubitos... No nos poníamos de acuerdo. La gente nos conoce como... no sé... Sam y sus Colegas, o La Banda de Greg, o alguna otra cosa por el estilo.

—Ingenioso —dije, ya en la puerta. Mientras hablábamos, había estado jugueteando con el cierre de la mochila de James, que de pronto se abrió. Su pesado contenido me golpeó en la rodilla. El manuscrito de James Leer, de un grosor de unos cinco centímetros, estaba sujeto con una goma.

—¿Es la nueva? —preguntó Sam.

Asentí. No había una página a modo de cubierta, ni aparecía en ninguna parte el nombre del autor: tan sólo las palabras EL DESFILE DEL AMOR figuraban en la parte superior de la primera hoja, seguidas del numeral 1, y un poco más abajo empezaba el texto:

El viernes por la tarde su padre le dio cien arrugados billetes de un dólar y le dijo que se comprase una americana para el baile de homenaje a los antiguos alumnos.

Dos personajes, una coyuntura, el eco de una larga trayectoria vital de pobreza y privaciones en el fajo de gastados billetes y, por encima de todo, una insólita voz humana que relata una historia. Resultaba difícil superar la riqueza de esa primera frase. Hubiera preferido, quizá, que el chaval hiciese una pausa y emplease una coma, pero al menos no era la mera acumulación de fragmentos dispersos típica de él. De hecho, uno de sus relatos empezaba así: «Arruinada. La cena. Completamente». Pero en la novela parecía haber renunciado a ese estilo. La segunda frase decía:

Tomó el autobús hasta Wilkes-Barre y se gastó el dinero en una magnífica

pistola cromada.

—¿Es buena? —preguntó Sam.

—No lo sé —dije—. Probablemente.

Volví a meter el manuscrito en la mochila, junto a un tosco paquete —la biografía de Errol Flynn, supuse— envuelto precipitadamente en suave ropa negra. Había algo familiar en su tacto. Levanté una de las puntas y apareció un trozo de armiño amarillento al tiempo que me llegaba un leve olor a corcho. De pronto, el mundo pareció decidirse a respirar hondo; empezó a llover, y las gotas desdibujaron la tinta del manuscrito de James Leer y salpicaron la chaqueta de satén que llevó Marilyn Monroe el día que ella y el hombre de aspecto triste que ya era su marido se montaron en su De Soto para afrontar su destino como matrimonio.

—Esta chaqueta no es mía —le dije a Sam Traxler.

—Ya me lo figuraba —me contestó.

Cuando salí del auditorio, comprendí que mi buena suerte se había acabado. El coche y Crabtree habían desaparecido del aparcamiento para el personal.

Había unos tres kilómetros entre el campus y mi casa, en Denniston. Las calles entre uno y otro punto eran anchas y rectas, bordeadas por arces, castaños y robles plantados al término de la Primera Guerra Mundial. Las casas junto a las que pasaba estaban a oscuras, con los coches aparcados en los caminos de acceso con el esmero con el que se coloca una figurita sobre la repisa de la chimenea. En algunas calles caminaba cojeando por el centro, y permanecí un largo minuto en medio de un cruce desierto, mientras los semáforos iban cambiando de color y el viento mecía las señales de tráfico que colgaban de cables. Caminé durante horas bajo una impía llovizna. Cuanto más caminaba y más sobrio me iba sintiendo, más me dolía el tobillo. Deseé con un ímpetu digno de auténtico fervor religioso haber llevado encima mi bolsita de marihuana. No había ni una brizna en la mochila de James Leer. Un hecho nada sorprendente que, sin embargo, comprobé meticulosamente varias veces. Tan sólo contenía, aparte de los tres objetos que ya me eran familiares, una pluma Cross de oro con una dedicatoria grabada: DE TUS PADRES QUE TE QUIEREN, medio cilindro de caramelos de menta, veinte centavos y una postal autografiada de Frances Farmer. Detrás reconocí la letra redondeada de Hannah Green. Cuando coroné la última colina antes de llegar a casa, sentí el eco de una vibración melancólica, como el traqueteo de un tren que se aleja. Era el campanil Mellon, que daba las tres en punto.

Mi coche no estaba en el camino de acceso a la casa. Tuve la sensación de que nunca había visto aquel camino tan vacío. Vivía en una casa bonita y grande, con la fachada cubierta de hiedra, cuadrangular y espaciosa como un banco, construida en 1915 según el estilo llamado «de las Praderas». Tenía tres porches con columnas, ventanas con cristales emplomados y poyos, armarios, librerías, un pequeño despacho bajo la escalera, recibidor y dormitorios suficientes para una familia de cinco miembros. La despensa era más amplia que algunos de los apartamentos en los que había vivido y, desde luego, estaba mejor aprovisionada. El revestimiento y las paredes se habían repintado en delicados tonos cera y cáscara de huevo. Los parterres que rodeaban el camino de acceso, llenos de rosas, azafranes y narcisos, estaban a oscuras. Subí cansinamente los cinco escalones del porche delantero y entré en casa. Había un olor como de cereales que provenía de un jarrón de fresias colocado sobre la mesilla del recibidor. Encendí la luz y me vi confrontado a los rostros de peleteros, merceros, impresores y pedicuros ya fallecidos que colgaban en marcos de madera de la pared bajo las escaleras, junto con sus esposas, hijos y nietos, dos tíos de profusa barba, un cocker spaniel muerto muchos años atrás llamado Shlumper y nueve miembros de un club social sionista. Al abrir el armario del recibidor, para colgar la chaqueta mojada, me llegó una vaharada de Cristalle. Permanecí allí de pie durante unos instantes, oliendo los abrigos de Emily. En la cocina, la nevera se puso a zumbar. Acerqué la nariz al grueso abrigo de lana, al chaquetón azul marino y al

ajado abrigo negro que había llevado durante el invierno de nuestro noviazgo, ocho años atrás. En aquella época ella vivía en un apartamento en la calle Beacon, cerca del parque, y me vino a la memoria que una noche, al acompañarla a casa, pasamos por el puente Panther Hollow; nos detuvimos en medio y la aplasté contra la helada barandilla para besarla. Recuerdo el tacto de la lana entre mis dedos, tersa y áspera como la piel de su cuello, y cómo, al desabrocharle los botones de madera, del abrigo emanó una turbadora ráfaga de sus olores corporales, como si me hubiese sumergido bajo las sábanas de su cama.

Por primera vez fui consciente de que había expulsado a Emily Warshaw de mi vida.

Era algo que llevaba mucho tiempo intentando hacer, aunque no intencionadamente, lo juro, ni con satisfacción alguna, sino del modo automático y metódico con que un chiquillo se toquetea un diente flojo hasta que se le cae. Lo cierto es que sin hacer referencia a *Doppelgängers* y a los síntomas del mal de la medianoche resulta difícil explicar por qué exactamente; pero, desde luego, una innata capacidad para exteriorizar mis instintos autodestructivos tiene algo que ver con ello. No sólo no pertenecería jamás a un club que me aceptase como socio, sino que, en caso de ser aceptado, entraría en la pista de squash con zapatos de calle y prendería fuego a las cortinas de la sala de baile.

Lo de Emily y yo no fue amor a primera vista. Nos conocimos a través de una amiga suya cuyo marido daba un curso de novela inglesa del siglo XIX en mi departamento y presidía una partida de póquer semanal que frecuenté en los solitarios días de mi primera época en Pittsburgh. A primera vista, Emily me pareció fría y reservada, aunque también guapa; por su parte, me veía como un tipo fanfarrón, exagerado, alcohólico y pesado. Ambos estábamos en lo cierto, desde luego. Nos encontramos varias veces por casualidad, sin más resultado que alguna incómoda conversación. Hasta que un día oí que había perdido su trabajo —fotografiar barras de metal y hornos de fundición para una agencia de publicidad cuyos principales clientes pertenecían a la industria del acero— y, a través de mi dickensiano amigo, la puse en contacto con un conocido mío, un publicista de la agencia Richards, Reed. Le gustó su trabajo, y la contrató. Emily me invitó a cenar para darme las gracias. Después me invitó a su casa. Al cabo de un año éramos marido y mujer. En aquella época ya no creía en el amor a primera vista. En mis dos primeros matrimonios había jugado esa carta y había perdido, así que parecía razonable no insistir en esa apuesta.

Creo que decidí casarme con Emily Warshaw movido por la absurda ilusión de poder follar a placer y por el manido deseo de todo huérfano de encontrar un hogar. El peculiar clan Warshaw, producto de un largo y meticuloso programa de adopciones en ultramar, con sus combinaciones de judíos y coreanos, intelectuales, aspirantes a astronauta y vividores, sin lazo sanguíneo alguno, parecía ofrecerme la mejor

oportunidad de inscribir mi trayectoria de meteorito errante en la esfera armilar de una familia. Era un motivo, aunque no muy loable, para casarse, pero desde entonces he comprendido que los esfuerzos de un marido y una mujer por permanecer unidos, un fugitivo *chaleur* y el anhelo de tener un hogar no son mejores garantías de éxito que el azulado fogonazo de un rayo divino. Para mí, el matrimonio ha resultado ser, como la mayoría de las restantes empresas desastrosas de mi vida, poco más que una especie de protección contra una posible escasez de material sobre el que escribir en épocas venideras.

Entré en mi estudio y me encontré a James Leer dormido en el largo sofá verde, metido en un saco de dormir con la cremallera abierta, tapado hasta la barbilla. Era un saco pasado de moda, con un estampado con patos, cazadores y perros, que había pertenecido al padre de Emily. Lo distinguí porque la lámpara del escritorio estaba encendida. Supuse que Hannah la había dejado así por si James se despertaba en mitad de la noche sin saber dónde estaba. Su cabeza reposaba en la punta del sofá más próxima a la mesa, pero Hannah había girado la lámpara de manera que la luz no le diese directamente en los ojos. Me pregunté si me estaría esperando en el sótano, acostada en su estrecha cama, bajo un retrato de Georgia O’Keeffe realizado por Stieglitz, apoyada sobre un codo, esperanzadamente atenta a los delatores crujidos del techo. Durante un instante me imaginé bajando a verla. Después eché un vistazo a mi escritorio. Descubrí que Hannah había girado la lámpara de manera que iluminaba directamente el compacto bloque blanco de diez kilos, la alta pila, la impenetrable torre que formaba el manuscrito de *Chicos prodigiosos*. De pronto me sentí muy fatigado. Dejé la mochila de James en el suelo, junto al sofá, y apagué la luz. En un último y absurdo acceso de esperanza, crucé el vestíbulo y fui hasta la habitación de invitados para comprobar si Terry Crabtree estaba allí. Acto seguido arrastré mi cuerpo escaleras arriba y me metí en la primera habitación vacía que encontré.

Cuando me desperté el sábado por la mañana en nuestra gran cama estilo imperio, el cielo todavía estaba oscuro y se veían las estrellas. Faltaba un poco para las seis. El tobillo me seguía doliendo, ahora de manera más sorda y febril. El improvisado vendaje se había deshecho, y en las sábanas se veía una mancha de sangre seca que parecía el mapa del Japón. Permanecí echado un momento, durante el cual traté de controlar los desordenados movimientos cansados en mi estómago por la resaca y me agarré al colchón y a los restos del naufragio de lo que acababa de soñar. Había olvidado la mayor parte de los detalles, pero todavía podía recordar su tema central: el oscuro, misterioso y atrayente reino oculto entre los muslos de Hannah Green. Gemí, hice rechinar los dientes y respiré profundamente como en un ejercicio de yoga. Tras unos desesperados minutos, abandoné y corrí, desnudo y con la vista nublada, al lavabo para vomitar.

Hacía mucho de mi última resaca alcohólica, y me percaté de que había perdido soltura: en lugar de someterme tranquilamente, luchaba contra ella, y después de la vomitona me quedé tendido durante un rato en el suelo junto al retrete, como un adolescente avergonzado, sintiéndome inútil y solo. Me levanté. Me puse las gafas, los mocasines y mi albornoz favorito, lo cual me hizo sentirme un poco mejor. Como la mayoría de las prendas por las que sentía especial debilidad, aquel albornoz había pertenecido a otra persona antes que a mí. Lo había encontrado hacía varios años colgado en el armario del piso superior de una casa junto a la playa en Gearhart, Oregon, que Eva B. y yo alquilamos un verano a una familia de Portland que se apellidaba Knopfmacher. Era una prenda enorme, de felpa blanca, con los codos gastados y bordados de color rosa y rojo en forma de geranios en los bolsillos. Estaba convencido de que había sido de la señora Knopfmacher. Desde entonces me era imposible escribir sin llevarlo puesto. Para mi satisfacción, encontré en uno de los bolsillos medio canuto y una caja de cerillas. Fui hasta la ventana del dormitorio que miraba hacia el este y, mientras me fumaba el porro hasta la última partícula de ceniza, contemplé el cielo a la espera de la primera luz del alba.

Pasados algunos minutos, me sentí mucho mejor, así que bajé a recoger el periódico. Al salir al porche, vi las elegantes aletas del Galaxie, que asomaban detrás del seto que separaba el camino de acceso de la casa. Así que Crabtree había sido capaz de encontrar el camino de regreso y estaba allí sano y salvo. Oí sus ronquidos, provenientes de la habitación de invitados. Crabtree tenía el tabique desviado, pero le aterraba la idea de pasar por el quirófano para solucionar el problema; su leonino ronquido era famoso. Alcanzaba una intensidad capaz de hacer vibrar el vaso de agua sobre la mesilla de noche, de arruinar sus relaciones amorosas, de provocar violentos enfrentamientos con los vecinos en moteles baratos. Alcanzaba una intensidad capaz de destruir bacterias y disolver la mugre acumulada durante siglos sobre la fachada de una catedral. Cuando volví a entrar en casa —el periódico todavía no había llegado

—, seguí los ronquidos desde el recibidor hasta la habitación de Crabtree y permanecí unos instantes con el oído pegado a la puerta, escuchando el trabajo de sus pulmones. Después fui a la cocina y preparé café.

Mientras se hacía, me bebí un gran vaso de zumo de naranja, al que añadí dos cucharadas de miel, confiando en que una subida del nivel de azúcar en la sangre, junto con una dosis masiva de cafeína, eliminara los últimos síntomas de mi resaca. Marihuana contra las náuseas y la flojedad, vitamina C para aumentar las defensas, azúcar para reactivar la circulación, cafeína para despejar la bruma moral; estaba empezando a recordar los hábitos del alcohólico y del que vive desordenadamente. Cuando el café estuvo listo, lo vertí en un termo y me lo llevé a mi estudio, en la parte trasera de la casa. James Leer seguía echado en el sofá, vuelto de costado, con la cabeza sobre sus manos unidas como si rezase, igual que alguien que fingiese dormir. El saco se había escurrido parcialmente hasta el suelo y pude ver que se había acostado desnudo. El traje, la camisa y la corbata estaban sobre el reposapiés de mi viejo sillón Eames, y coronaban la pila de ropa unos calzoncillos blancos pulcramente doblados. Me pregunté si lo habría desnudado Hannah o habría sido capaz de hacerlo por sí mismo. Tenía el aspecto encogido de toda persona alta al dormir; hecho un ovillo, sus rodillas, codos y muñecas parecían demasiado grandes. Su piel era pálida y pecosa. Apenas tenía vello, y su pequeña picha circuncidada era casi tan blanquecina como el resto del cuerpo. Blanca como la de un niño, pensé, y se me ocurrió que tal vez, con el paso del tiempo, los genitales de una persona emergieran de los burbujeantes cálices del amor manchados para siempre, como las manos de un tintorero. Sentí lástima de James cuando vi su pene. Con suma delicadeza, cubrí su cuerpo con el saco de dormir.

—Gracias —dijo, sin despertarse.

—De nada —respondí, y llevé el termo de café a mi escritorio.

Eran las seis y cuarto. Empecé a trabajar. Tenía que dar con un final para *Chicos prodigiosos* antes del día siguiente por la tarde, por si al final decidía permitir que Crabtree le echase un vistazo. Bebí un sorbo de café y me di una palmadita de ánimo en la mejilla izquierda. Por enésima vez consulté la sinopsis argumental: nueve páginas a un espacio, muy sobadas y con manchas de café, que había redactado una ufana mañana de abril cinco años atrás. Leí más o menos hasta la mitad de la cuarta página; quedaban otras cinco, en las que se sucedían un envenenamiento accidental, un accidente automovilístico, el incendio de una casa, los nacimientos de tres niños, la aparición de un caballo de trote prodigioso llamado Infiel, un robo, un arresto, un juicio y una ejecución en la silla eléctrica, una boda, dos funerales, una huida a campo traviesa, dos bailes, una seducción en un refugio antiatómico, una cacería de ciervos y otra docena de escenas que todavía tenía que escribir, según las pulcras notas de la maldita sinopsis. En ellas se trazaban los destinos de nueve personajes

principales que durante el último mes había intentado comprimir en una cincuentena de extrañas páginas de prosa tensa y brillante. Releí con desdén las autocomplacientes y pomposas anotaciones que había escrito por aquel entonces: «Tómate tu tiempo, esta escena tiene que resultar muy, pero que muy buena», y la peor de todas: «Este pasaje debe poder leerse como una inacabable autopista lingüística de cinco mil kilómetros». ¡Cómo detestaba al gilipollas que había escrito eso!

Una vez más, y con la satisfacción habitual, acaricié la idea de echarlo todo a rodar. Si me quitaba de encima aquel abultado monstruo, podría acometer *El domador de serpientes*, o la historia del astronauta fracasado que vive su decadencia en Disney World, o la de los dos equipos de béisbol condenados a un funesto destino, el azul y el gris, que juegan un partido la víspera de Chancelorsville ^[12], o *El rey de los nadadores en estilo libre*, o cualquiera de la restante docena de novelas imaginarias que me habían revoloteado por la cabeza como colibríes mientras me esforzaba en limpiar el criadero de avestruces en que se había convertido *Chicos prodigiosos*, sacando paladas y más paladas de porquería. Y acto seguido me dejé llevar por la también recurrente, aunque no tan placentera, idea de contarle todo eso a Crabtree, de confesarle que necesitaría varios años más para acabar *Chicos prodigiosos* y esperar su clemencia. Entonces recordé a Joe Fahey y, como siempre sucedía, metí una hoja en blanco en la máquina de escribir.

Trabajé cuatro horas, tecleando sin parar, pendido del delgado hilo que me unía a la húmeda y malsana cavidad infestada de gusanos que contenía un final que ya había intentado utilizar en tres ocasiones. Este final me obligaría a volver sobre las dos mil páginas precedentes para minimizar la presencia de uno de los personajes principales y eliminar completamente a otro, pero pensé que, de los cinco finales fallidos que había ensayado durante el último mes, probablemente era el más logrado. Mientras trabajaba, me contaba mentiras. Los escritores, a diferencia de la mayoría de la gente, cuentan sus mejores mentiras cuando están solos. Este final, me dije, es perfecto; de hecho, era el final hacia el que la novela se deslizaba de manera natural. La visita de Crabtree, bien mirado, era una especie de accidente creativo, un regalo divino, un martillo que abría todas las ventanas que en mi imaginación permanecían cerradas. Acabaría la novela al día siguiente, se la entregaría a Crabtree y así salvaría las carreras de ambos.

De vez en cuando, levantaba los ojos de mi zumbante máquina eléctrica, con su olor a polvo recalentado y cables quemados —había intentado pasarme al ordenador, pero odiaba la manera como transformaba la escritura en una especie de dibujo animado que contemplabas cómodamente sentado— para mirar a James Leer, que se retorció sumido en sus para mí inimaginables sueños. El ruido del tecleo no lo despertaba, o al menos no le molestaba lo suficiente para hacerle levantarse del sofá y

trasladarse a una zona más silenciosa de la casa.

Entonces, mientras metía a la familia Wonder en un bimotor Piper que, de camino al funeral rockero de Lowell Wonder en Nueva York, se daría de morros con el impasible monte Weathertop —ésa era la clase de mierda de avestruz que tenía que limpiar a paladas—, oí un susurro, como de pompas de jabón al estallar, y ante mis ojos aparecieron cientos de estrellitas.

—¡James! —grité.

Cogí el manuscrito de *Chicos prodigiosos* como si me agarrase a una balastrada para no caer de bruces por un infinito tramo de escaleras. Cuando a los pocos segundos recobré el conocimiento, estaba echado en el suelo y James Leer me contemplaba con el ceño fruncido, envuelto en el saco de dormir como un indio de una película de serie B en una piel de búfalo.

—Estoy bien —dije—. Sólo he perdido el equilibrio.

—Te he estirado en el suelo —comentó James—. Temía que... no sé, que te tragases la lengua, o algo por el estilo. ¿Todavía estás borracho?

Me incorporé y me apoyé en el codo mientras contemplaba cómo el último meteorito amarillento pasaba sobre mi cráneo.

—¡Claro que no! —protesté.

James Leer asintió. De pronto tembló un poco y tiró del saco de dormir para colocárselo mejor sobre los hombros. Dio un paso atrás que abruptamente se transformó en una torpe flexión y recuperó el equilibrio apoyándose contra el respaldo de mi sillón.

—Pues yo sí —admitió. En la sala empezó a sonar el teléfono. Era un modelo nuevo, con todas las prestaciones modernas (indicador de llamadas en espera, selector de mensajes grabados y demás), y aquel sonido no era exactamente un timbrazo, sino más bien una alarma, como la de un Porsche que intentaran robar en mitad de la noche—. ¿Quieres que conteste?

—Sí, gracias —dije, y con cuidado volví a apoyar la cabeza en el suelo. Estaba seguro de que era Sara, que llamaba para decir que no sólo su perro había desaparecido sino que además a Walter le habían robado una chaqueta negra de satén valorada en veinticinco mil dólares. Cerré los ojos, todavía bajo los efectos del ligero centelleo de fuegos artificiales visuales, y me pregunté si no tendría algún inquilino diabólico en el cerebro, una maligna araña que abría sus largas patas negras como varillas de un paraguas. Me pregunté cómo reaccionaría si mi médico me diagnosticase alguna enfermedad terrible que me enviaría al otro barrio en poco tiempo. ¿Me desentendería de mi trabajo para concentrarme en escribir mi nombre en el agua, ligando con travestís en los aviones, seduciendo a ambiguos muchachos vírgenes, recorriendo Pittsburgh en un convertible prestado a las cuatro de la mañana, buscando líos? Durante unos instantes me complació la idea de pensar que sí, pero

inmediatamente comprendí que, con la muerte en mis entrañas, mi único deseo sería aovillarme en mi sofá con medio kilo de buena hierba afgana y dedicarme a liar un canuto tras otro mientras miraba en la tele la reposición de *Los casos de Rockford*, hasta que la chica del kimono negro viniese a buscarme.

—Es un tal Irv —me anunció James Leer con una sonrisa torcida, tras asomar la cabeza en el estudio. Supuse que todavía estaba lo suficientemente borracho para no tener resaca ni sentirse torpe y disperso—. Le he dicho que tendría que esperar un momento.

—Gracias —dije. Le tendí la mano y me ayudó a levantarme—. ¿Por qué no desayunas un poco? En el termo hay café.

Asintió, un poco ausente, como un chaval que no hace caso de los consejos de su madre, y se sentó en el sofá.

—Quizá dentro de un momento —dijo. Giró la cabeza hacia la estantería de la esquina, sobre la que había un pequeño televisor con vídeo incorporado—. ¿Funciona?

—Oh, sí —dije. Me resultaba un poco embarazoso tener un televisor en el estudio, aunque nunca lo miraba cuando se suponía que estaba trabajando—. Lo uso para ver partidos cuando Emily está trabajando o durmiendo.

—¿Qué películas tienes?

—¿Películas? No muchas. No soy cinéfilo, James. —Señalé el escaso surtido de vídeos apilados junto al televisor—. Creo que todavía tengo *Nueve semanas y media* por ahí. La grabé de una cadena por cable.

James hizo una mueca y refunfuñó:

—¡*Nueve semanas y media!* ¡Dios mío!

—Lo siento —me disculpé. Me dirigí hacia el teléfono anudándome el cinturón de mi albornoz favorito.

—Bonito albornoz, profesor Tripp —comentó James.

—Hola, Grady, soy Irv —me saludó el padre de Emily por el auricular.

—Hola, Irv —respondí—. ¿Qué tal estás?

—Podría estar mejor —respondió—. La rodilla izquierda me está fastidiando.

—¿Qué te pasa?

Hacía un año que le habían reemplazado esa rodilla por una prótesis de acero inoxidable de la que estaba extraordinariamente orgulloso, como si de una espontánea mejora física fruto de la magnificencia de sus células se tratase.

—No lo sé —dijo—, pero no la podré doblar bien hasta las diez.

—Vaya problema.

—Terrible —sentenció—. De hecho, he empezado a doblarla a las... —Hizo una pausa mientras consultaba el reloj. Irv llevaba uno de esos vistosos relojes-cronómetro del tamaño de una galleta, que no sólo dan la hora, la temperatura y la

presión barométrica, sino que además analizan la composición del aire e informan de la presencia de formas de vida alienígenas. Él mismo lo había montado con el instrumental ofrecido en las páginas finales de la revista *Popular Science*—. Hace veinte minutos. Bueno, y tú, ¿qué tal estás?

—Bien —respondí—. Aunque también podría estar mejor. —Me senté en el canapé de cretona amarillo claro, con un dibujo de rosas rojas trenzadas en un enrejado, que había condenado a mi viejo sillón verde al exilio en mi estudio—. ¿Cómo está Emily?

—Bien. Te pasaría con ella, pero en este momento no está aquí. Ha ido a la ciudad con su madre, para unas compras de última hora. Escucha, Grady, ¿sabes qué día es hoy?

—¿Sábado?

—Hoy es *erev pesach*. La primera noche de la pascua judía.

—Es cierto —recordé—. ¡Felices pascuas!

—Grady, esta noche celebraremos el *seder*^[13].

—Lo sé.

—Ha venido Deborah; llegó ayer por la noche. Phil y Marie vendrán en coche desde Aberdeen.

—Ajá.

—Empezaremos cuando se ponga el sol, por supuesto, que hoy será a las... Un momento. —Otra pausa, durante la cual, supuse, consultó su infalible Chronotron 5000—. A las seis y dieciocho minutos.

—Sí, bueno... —dije—. Irv, escucha, yo... estoy liado con el festival literario, ¿sabes? —Había pasado unas mil horas hablando con Irving Warshaw sobre temas que iban desde el béisbol a las carreras de galgos pasando por las placas tectónicas que había bajo el Estado de Israel, pero jamás le había dicho ni una palabra sobre las secretas fuerzas geológicas que deformaban la situación de mi matrimonio con su hija. A Irv no le interesaba discutir sobre sentimientos humanos; se limitaba a mostrarse triste en los funerales, orgulloso de Israel, decepcionado de sus hijos y feliz el Cuatro de Julio. No tenía ni idea de lo mucho que lo apreciaba—. Lo celebramos cada año.

—Ya sé en qué consiste —dijo.

—Vale, pues tengo que asistir a un montón de seminarios, conferencias y demás. —Iba a decirle que tenía que pronunciar una conferencia, pero me contuve. Aunque, sin duda, no siempre le había dicho la verdad, lo cierto es que nunca le había mentado—. Y no creo que pueda escaparme.

—No —dijo él—. Lo comprendo.

Su voz sonaba un poco sepulcral.

—¿Te encuentras bien, Irv?

—Perfectamente —respondió—. ¿Sabes?, el *pesach* siempre cae el día después del..., del aniversario... de Sam. Del aniversario de su muerte.

Había olvidado aquella desafortunada coincidencia de fechas del calendario lunar que se producía cada año, a pesar de que en realidad Sam se había ahogado a finales de abril.

—¡Oh! —exclamé, y chasquéé la lengua—. Su *yahrzeit*^[14]. Se trata de eso, ¿no?

—Exacto —dijo Irv—. Encendimos la vela ayer por la noche.

—Lo siento, Irv —dije.

Como respuesta, Irv emitió un semigruñido interrogativo que sonó como el equivalente a un irritado encogimiento de hombros, igual que si dijera: «¿Qué es lo que sientes?».

—Bueno —dijo al cabo de unos instantes con un profundo suspiro—. Pues muy bien.

—Pues muy bien, Irv —dije.

De pronto se me ocurrió que tal vez no volvería a hablar con él.

—¡Grady, mi querido amigo! —exclamó Irv.

Percibí la minúscula fisura de pesar que había aparecido en su voz.

—Socio —dije—, ¿sabía Emily que ibas a telefonarme?

—Sí, y no quería que lo hiciese.

—Bueno, pues me alegro de que lo hayas hecho.

—Sí. Yo... Bueno..., esperaba tenerte en nuestra mesa esta noche.

—Me hubiera encantado poder acudir —le aseguré—. Ojalá pudiera ir. Pero no creo que estuviese bien.

—Tienes una conferencia.

—Exacto.

—Lo entiendo.

—Dales un abrazo a todos de mi parte —dije.

Al volver al estudio, encontré a James sentado en el sofá, con las piernas flexionadas bajo la tienda de campaña que formaba el saco de dormir, viendo algo en blanco y negro en la televisión, sin sonido. Cuando entré, me miró un instante como si no me conociese. Tenía el rostro muy pálido y la boca entreabierta, y en sus legñosos ojos asomaba una mirada apesadumbrada. Estaba empezando a padecer los efectos de la resaca.

—Tienes *Nueve semanas y media* y *Manhattan Sur* —me espetó, como si no se tratase de películas, sino de bichos sarnosos y repugnantes—. Y nada más.

—Me gusta ese Mickey Rourke —le dije—. ¿Qué estás mirando?

—*El asesino poeta* —respondió de manera automática—. 1947. Douglas Sirk.

—¿Y por qué has bajado el volumen?

Se encogió de hombros y dijo:

—Me sé los diálogos de memoria.

Eché un vistazo a la pantalla.

—¿Ése no es el pobre George Sanders?

Asintió y tragó con dificultad.

—¿Te encuentras bien, James?

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te trajimos ayer noche. Ninguno de nosotros estaba en condiciones para acompañarte hasta Mount Lebanon.

Miramos cómo George Sanders encendía un largo cigarrillo blanco. Después eché un vistazo a la imperturbable pila de papeles que había sobre mi mesa y a las seis hojas nuevas cubiertas de inútiles palabras en tinta negra desparramadas junto al montón.

—¿Hice algo ayer noche? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—¿Algo malo?

—Bueno, James —dije—, robaste la chaqueta de novia de Marilyn Monroe del armario de los Gaskell. ¿Qué te parece eso?

Alguien llamó a la puerta de la entrada con tres ligeros golpes, como si estuviesen comprobando la calidad de la madera para asegurarse de que no estaba podrida. Miré a James. George Sanders se colocó un monóculo, que cuando se movía emitía destellos.

—Hay alguien en la puerta —dije.

Era un agente de policía, con una sonrisa de disculpa y el *Post-Gazette* plegado en la mano. Era un chaval joven, no mucho mayor que James Leer, y al igual que éste, era alto y pálido, con una prominente nuez en continuo movimiento. Sus mejillas eran una confusa mezcla de pequeños cortes y pelos que se había dejado al afeitarse, y llevaba una loción para después del afeitado dulzona, de deportista universitario. La gorra le iba grande. Y actuaba de la manera típica en los agentes jóvenes, sacando pecho y hablando demasiado rápido, como si soltase de carrerilla un discursito memorizado de algún ejemplo de un manual de entrenamiento ante un instructor en el papel de civil, en el umbral de una casa de cartón piedra. En su chapa se leía su nombre: PUPC1K. No le invité a pasar.

—Siento molestarle, profesor Tripp —dijo—. Estoy investigando un robo que hubo anoche en la residencia de los Gaskell, y quisiera hacerle un par de preguntas.

—Por supuesto —dije, y me planté en medio de la puerta para bloquear la entrada—. ¿Qué se le ofrece?

—Anoche hubo un robo en casa de los Gaskell.

—Ajá.

—Son amigos suyos.

—Buenos amigos —le confirmé.

—Bueno, pues tengo entendido que hubo una especie de fiesta en su casa ayer noche. Y que usted fue uno de los últimos en marcharse.

—Creo que sí.

—Vale, muy bien. —El agente Pupcik parecía satisfecho de sí mismo. Las cosas empezaban a encajar—. ¿Y vio algo sospechoso? ¿Alguien merodeando, alguna cosa que le llamase la atención?

—Creo que no. —Miré hacia el cielo y me mordisqueé el labio. Quería evidenciar ante mi interlocutor que estaba meditando—. Definitivamente, no.

El agente Pupcik frunció el entrecejo, decepcionado.

—¡Oh! —musitó.

—¿Qué se han llevado?

—¿Qué...? Oh, alguna pieza de la colección del doctor Gaskell.

—¡Oh, no!

—Sí. ¡Maldita sea! —exclamó, saliéndose del guión—. Ese hombre tiene un material de primera. —Me mostré de acuerdo con él—. Quienquiera que lo hiciese sabía la combinación. —Se encogió de hombros—. Y, además, el perro ha desaparecido.

—Es realmente extraño.

—Sí que lo es. Pensamos que debió de dejarle salir de la casa. El ladrón, quiero decir. Es ciego y creemos que debe de haber vagado por las calles y tal vez lo haya atropellado un coche.

—¿Al ladrón?

—No, al perro.

—Estaba bromeando —le aclaré.

Asintió, ladeó la cabeza y me lanzó una penetrante mirada de defensor del orden, como percatándose de que había estado aplicando conmigo la lección equivocada. Yo formaba parte del capítulo «Cómo tratar a los gilipollas».

—Bueno —dije—. Espero que los encuentren. A ambos. Buena suerte.

—Bien, gracias. —El agente Pupcik simuló una sonrisa—. Eso es todo. No le molesto más.

—Si me viene algo a la cabeza...

—Sí, exacto. Si recuerda algo, llámenos. A este número. —Metió la mano en el bolsillo de su camisa y me tendió una tarjeta. Empezó a volverse, pero se detuvo y me miró de nuevo—. Oh, por cierto, ese chico, Leer, James Leer.

—Es uno de mis alumnos.

—Eso tenía entendido. ¿No sabrá usted por casualidad cómo podría ponerme en

contacto con él?

—Creo que vive con su tía, en Mount Lebanon —le expliqué—. Debo de tener su número de teléfono en mi despacho del campus. Si lo necesita...

Me miró atentamente durante unos segundos, tirando del lóbulo de su oreja derecha como intentando escuchar de nuevo todo lo que acababa de decirle.

—No hace falta —dijo por fin—. Puedo esperar hasta el lunes.

—Como usted diga.

Bajó por las escaleras del porche y se encaminó hacia su automóvil.

—Bonito coche —dijo señalando el Galaxie aparcado en el camino. En su rostro apareció una extraña mueca, como de dolor, al mirar en esa dirección, y acto seguido meneó su enorme y angulosa cabeza—. Pobrecillo.

No tenía ni idea de qué estaba hablando. Era como si acabara de descubrir el cadáver de Doctor Dee en el maletero atravesando la plancha de acero con la mirada.

—Ajá —dije, y cerré la puerta—. Lo que usted diga.

Volví a la sala y observé a James. De pronto, se escuchó la música de un acordeón, procedente de la otra punta de la casa, y, acto seguido, una serie de ruidos, toses y reniegos de Crabtree en busca de su primer cigarrillo matutino. Súbitamente me vino a la cabeza la imagen de Irv Warshaw junto al teléfono en el recibidor de su casa de campo, pasando revista desesperadamente a todas las prestaciones de su reloj, y sentí un intenso anhelo de abrazarlo, aplastar su áspera mejilla contra la mía, sentarme y compartir con él, con Emily y con los demás miembros de la familia Warshaw el pan de la aflicción. Ni ellos eran mi familia ni aquella era mi fiesta, pero era huérfano y ateo, y me conformaba con cualquier cosa que se me ofreciera.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó James.

Volvió a sonar el absurdo timbrado del teléfono. Me acerqué lentamente, cojeando, y lo descolgué.

—Soy yo —dijo Sara—. ¡Oh, Grady, me alegro de encontrarte! De repente, todo son desgracias.

—¿Puedes esperar un momento, cariño? —le pedí. Colgué, fui a mi estudio y apagué el televisor.

—¿Qué te parece si nos largamos? —le propuse a James Leer.

Le presté una camisa de franela y unos tejanos, y me puse mis viejas camperas. Saqué mi chaleco de pesca del fondo del armario; en uno de sus nueve bolsillos había un poco de hierba que me fumé con gran satisfacción. Después metí en una bolsa de tela de la compra un termo lleno de café, una botella de Coca-Cola, un paquete de pasas, cuatro huevos duros, un plátano y media pizza pepperoni envuelta en papel de aluminio que encontré al fondo del frigorífico. Decidí meter también un paquete de salchichas de frankfurt, supongo que por si nuestra expedición incluía algún fuego de campamento, un bote de pimientos picantes y una banderilla envuelta en papel parafinado que le debía de haber sobrado a Emily de alguna bolsa de comida preparada. Metí en los bolsillos del chaleco varios bolígrafos, papel de liar, un encendedor, un cuaderno de papel pautado, una navaja del ejército suizo, mapas de Idaho y de México del Automóvil Club y otros objetos potencialmente útiles que encontré en el cajón junto al teléfono de la cocina. Y del armario del vestíbulo tomé una vieja manta india y una linterna. Volvía a estar sumergido en el familiar estado producido por la marihuana, a medio camino entre la felicidad absoluta y el miedo cerval, y el corazón me latía con fuerza. Tenía la impresión de que James y yo partíamos a la pesca del salmón en algún centelleante río de Idaho, o de que nos largábamos a Tampico con la poli en los talones.

—Hasta luego —dije al abandonar mi desordenada casa en manos de los espíritus que la habitaban.

Prácticamente no había dejado de llover desde febrero, pero el día del *erev pesach* brillaba por fin el sol. El cielo era de un azul tan intenso, que sentía que repiqueteaba en mis oídos como una campana. Del césped y de los largos macizos de flores, todavía tristes, que rodeaban el camino de acceso emergía un ligero vapor. Las camelias lucían abultados capullos rosas, perlados de gotas de lluvia. Me pareció percibir un temprano indicio de ese agridulce olor a gas que invade Pittsburgh en verano, un olor a un tiempo industrial y primitivo, mezcla de agua de río y dióxido de sulfuro, de neumático quemado y piel de zorro. Palpé la navaja del ejército suizo que llevaba en el bolsillo y contemplé la mañana con un temblor de entusiasmo, producto de la cafeína, que me recorrió la espina dorsal y me llegó hasta la punta de los dedos. Bajamos por el camino de acceso y al llegar junto a mi coche descubrí una especie de cráter en el capó, un desmesurado asterisco formado por pliegues y arrugas. ¡Pobrecillo!

—¿Qué le ha pasado? —preguntó James, y pasó el dedo por el irregular reborde de la abolladura. Una larga escama de pintura desprendida se le enredó en el dedo como si de un pedazo de cinta verde se tratase—. ¡Oh, vaya!

—¡Mierda! —dije—. ¡No me lo puedo creer!

Lo había olvidado por completo. Cerré los ojos. Apareció una sombra danzando en el haz de luz moteado por la lluvia, dio un brinco y se precipitó hacia el parabrisas.

Se oyó un rumor sordo, como de timbales.

—Aterrizó de culo —dijo James.

—Exacto —le confirmé—. ¿Cómo lo sabes?

James Leer me miró y volvió a contemplar el capó del Galaxie.

—La abolladura tiene forma de culo —dijo, se encogió de hombros y metió su mochila en el coche.

Al hacer marcha atrás, faltó poco para que me cargase definitivamente el Galaxie de Happy Blackmore. Al salir de casa me había percatado de la presencia de una furgoneta de reparto blanca que avanzaba lentamente por la calle Denniston mientras su conductor iba comprobando la numeración de las casas, pero no me molesté en volver a mirar antes de descender hacia la calle al menos a treinta por hora; al hacer marcha atrás debía apretar el acelerador, porque si no el coche tenía tendencia a calarse. En el último segundo vi en el retrovisor una mancha blanca, el dibujo de un par de boxeadores y el letrero ОВИТРОПЕД ЛАЙЕТАМ ХИВВАЯК. Pisé el freno. El conductor de la camioneta frenó en seco y después arrancó bruscamente.

—¡Dios mío! —dije—. El día empieza bien.

—¿Por qué no bajas la capota? —sugirió James—. Quizá verías mejor.

Ruborizado, seguí su consejo.

—Siempre me olvido de que se puede bajar —me excusé.

Al salir de la ciudad paramos en el supermercado Giant Eagle, en Murray, y James, después de husmear entre mis provisiones, compró un par de litros de zumo de naranja, un paquete de donuts con azúcar candi y un ejemplar del *Entertainment Weekly* que incluía un artículo sobre la familia Fonda y cuya portada ocupaba una gran fotografía del apuesto Henry en una escena de una película que James identificó sin pestañear como *Corazones indomables*.

—Era un dios —sentenció con solemnidad mientras me mostraba la revista.

—No estaba mal —dije.

En la sección de floristería compré una docena de rosas y, con sumo cuidado, envolví los tallos en toallitas de papel humedecidas que tomé de los lavabos para que no se marchitasen durante el viaje. En la pared del lavabo de caballeros había una máquina expendedora de condones; eché cincuenta centavos y elegí un modelo llamado Luv-O-Pus que prometía envolver a mi pareja en ondulantes tentáculos de placer. Al llegar a la caja tuvimos que hacer una larga cola, y, para pasar el rato, se me ocurrió enseñarle a James el Luv-O-Pus, pero finalmente decidí no hacerlo; temí que un artículo de esa clase pudiera asustarlo. Mientras esperábamos para pagar, se bebió toda la botella de zumo de naranja. Al tragar, su ostentosa nuez subía y bajaba rítmicamente.

—Estaba sediento —dijo después de secarse la boca con el dorso de la mano—. No sé lo que me pasa.

—¡Joder, James, que tienes resaca! —le expliqué, riendo.

Reflexionó un instante y asintió.

—Te hace sentirte triste —comentó.

Mientras enfilábamos la calle Bigelow mantuve la vista apartada del arruinado capó del coche y traté de evitar pensar en los daños y en lo que éstos parecían expresar acerca del modo como conducía mi vida. Llevábamos la capota bajada y escuchaba el siseo de las ruedas sobre el asfalto, el golpeteo del viento contra el parabrisas y la música de Stan Getz que surgía débilmente de los altavoces y se perdía en el aire detrás de nosotros como una hilera de nacaradas pompas de jabón. Ante mí tenía el inamovible contorno de un culo, a modo de distintivo.

—Pensaba que íbamos a hablar con la rectora —dijo James, sin mucho entusiasmo, mientras nos alejábamos cada vez más de Point Breeze.

—A eso íbamos, en efecto —dije.

Eché un vistazo a las flores que había dejado sobre el asiento. Un gesto galante, pensé, era el primer recurso de quien se sabe culpable. ¿Qué me hacía pensar que Emily se alegraría de ver mi ojerosa cara y mi ramo de inodoras rosas de supermercado? En cualquier caso, ante el recordatorio de James, el tropel de sentimientos de culpabilidad que dan vueltas perpetuamente en el pecho de todo porrata se posaron de pronto sobre el tejado de la casa de Sara. ¿Estaba realmente colado por ella? ¿Iba a marcharme de la ciudad con el cadáver de su perro en el maletero?

—Bueno, sí, ¿sabes?, quizá no sea la mejor idea, James. Tal vez deberíamos dar media vuelta.

James no dijo nada. Estaba apoyado contra la portezuela, envuelto en su mugriento abrigo, con las rodillas levantadas, los hombros encogidos y dos litros de zumo de naranja moviéndose en sus tripas. Agarraba un todavía intacto donut cubierto de azúcar candi como si se tratase del único lastre que lo mantenía clavado al asiento del coche y al globo terráqueo que había a nuestros pies. Estaba hecho un desastre. Cada vez que pasábamos por un bache la cabeza se le movía como la aguja de un sensor. Yo seguía bajando por Bigelow, pero iba reduciendo la velocidad a medida que nos aproximábamos a la carretera, pensando alternativamente en Sara y en Emily y sus padres, hasta que llegué a un punto de indecisión absoluta o colapso, y me encontré ante un semáforo en rojo.

—¡Míralos! —dijo James—. ¡Parecen clonados!

Los miembros de una joven y agraciada familia cruzaban la calle por delante del coche: unos esbeltos y rubios padres con ropa caqui y a cuadros, rodeados de un disciplinado séquito de guapos y rubios hijos clónicos. Dos de los niños llevaban relucientes bolsas con peces de colores. El sol iluminaba las puntas de sus lacios cabellos. Iban todos cogidos de las manos. Parecían un anuncio de alguna marca de

laxante suave o de los adventistas del séptimo día. La madre llevaba en brazos un bebé rubito y el padre fumaba una pipa de brezo. Al pasar ante nosotros, todos echaron un vistazo al cráter del capó y después nos miraron a James y a mí con infinita lástima.

—El semáforo está verde —dijo James.

Yo estaba contemplando al bebé. Tenía la cara aplastada contra el seno izquierdo de su madre y agitaba las manos con un gesto grandilocuente. Doblaba y estiraba los deditos de una manera extraña, como si se tratase de los expresivos dedos de un bodhisattva de piedra. Por un instante me pareció sentir su peso en forma de un dolor en la cara interior de mi codo.

—Ya podemos seguir, profesor.

El tipo del coche que teníamos detrás empezó a dar bocinazos. Cuando la familia subió a la acera, antes de que desapareciera de nuestra vista, vislumbré el rostro del bebé por encima del hombro de su madre. Tenía una sonrisa extrañamente perversa —como si se le hubiera paralizado el músculo de la mejilla— y un pequeño parche negro en el ojo izquierdo. Eso me gustó. Me pregunté cómo reaccionaría si tuviese un bebé con aire de pirata.

—¿Profesor?

Di media vuelta en el cruce y fuimos de nuevo en dirección a Point Breeze.

Al llegar a casa de los Gaskell eché un vistazo a James. El viento le había tirado el engominado cabello hacia atrás y el flequillo hacia arriba, lo cual le daba un aire de personaje de dibujos animados que acaba de recibir una noticia impactante. Vi que pestañeaba. El donut le resbaló de los dedos. Su sorprendida cabeza se inclinó hacia atrás y quedó apoyada entre el reposacabezas y la ventanilla. Pensé que simulaba haber quedado inconsciente para evitar tener que dar la cara ante la rectora Gaskell, pero no podía afearle su actitud. Después de todo, le había prometido — aunque tenía mis dudas acerca de que me hubiese creído— que me encargaría de todo.

—Muy bien —le dije mientras salía del coche—. Espera aquí.

No hubo respuesta cuando golpeé con los nudillos en la puerta principal, así que probé a girar la manija. Estaba abierta.

—¿Sara? —Entré—. ¿Walter?

En la cocina había café caliente. Encima de la mesa vi el bolso de Sara, un paquete de Merits y una edición de bolsillo de una de las novelas de Q., abierta, encima de un encendedor Bic rosa. Sara estaba en casa, estupendo. Volví al recibidor y subí por las escaleras.

—¿Sara? ¡Soy Grady! ¿Hola?

Temiendo que en cualquier momento un enfurecido Walter Gaskell saliese de algún rincón oscuro y saltase sobre mí balanceando uno de los viejos bates de béisbol del gran Joe DiMaggio, asomé la cabeza en el estudio de Sara, en el cuarto de invitados y en las restantes habitaciones del piso superior, y finalmente fui hasta la puerta del dormitorio principal, en el que hacía muy poco había hecho una imprudente incursión que desaconsejaba volver a visitarlo tan pronto. La puerta estaba entreabierta y, un poco asustado, le di un suave puntapié. Se abrió con un delator crujido.

—¿Sara?

La cama estaba enterrada bajo un manto de nieve virgen formado por la colcha de plumón y las sábanas. En la mesilla de noche un reloj hacía tictac. Sobre la alfombra había dos pares de zapatillas alineadas, unas a cuadros, las otras azul lavanda. La puerta forrada de corcho del armario mágico de Walter, abierta de par en par, mostraba que estaba completamente vacío; sin duda, la colección había sido trasladada a un lugar más seguro. Evitando mirar hacia el lugar donde Doctor Dee se había encontrado con su destino, contuve la respiración y con un pequeño salto, como si estuviese pasando por encima del cadáver de un husky, entré en el dormitorio. Un par de amplios ventanales daban al camino de acceso a la casa, y desde allí podía ver a James Leer en el Galaxie, con la cabeza inclinada hacia un lado, los ojos cerrados y la boca entreabierta. Parecía realmente dormido. Atravesé la habitación y fui hasta las ventanas de la pared opuesta para echar un vistazo al jardín trasero, al pequeño huerto

de Sara, situado detrás de los semienterrados raíles del trenecito, sobre los cuales la noche pasada James había aplastado el cañón de la pistola contra su sien, y, todavía más lejos, al hermoso invernadero importado de Francia hacia tres años. Al cabo de un rato distinguí una sombra que se agachaba y se reincorporaba detrás de los empañados paneles de cristal.

Al salir del dormitorio, aguanté la respiración y eché un vistazo a la alfombra junto a la puerta. Había un pequeño agujero redondo con el borde quemado, como si alguien hubiese tirado una colilla, y, a su alrededor, varias manchas parduscas semejantes a gotas de salsa sobre una camisa. Parte del agujero y, sin duda, varias de las manchas de salsa habían sido recortados de la alfombra beréber dejando a la vista un triángulo isósceles del suelo verde claro que había debajo. Toqué una de las oscuras manchas con la puntera del zapato y bajé al jardín para saludar a Sara y adelantarle lo que el técnico del laboratorio de la policía le iba a decir.

El huerto de Sara era bastante pequeño, de unos diez por cinco metros, aproximadamente, y estaba rodeado por una valla baja de estacas blancas y tela metálica. Había ocho o nueve cuadros repletos de un rico humus negro, separados por irregulares hileras de ladrillos semihundidos en la tierra. Entre los cuadros había caminitos empedrados con ladrillos dispuestos en forma de espiga sobre un lecho de grava fina. Un tío de Sara, uno de los hermanos de su padre, había recogido los ladrillos tras la demolición de Forbes Field. Los cuadros se habían desbrozado y arado en otoño. Las parras que crecían junto a las altas espalderas tenían un aspecto raquítrico, los aspersores estaban protegidos con plástico para evitar que se helasen y los rosales que crecían a ambos lados del caminito central habían sido podados a conciencia. Del manzano todavía colgaban unas pocas manzanas secas, y me pareció ver en una esquina los restos ennegrecidos de una calabaza. Aunque sabía que Sara ya había plantado varias cosas aquella primavera, el huerto tenía un aspecto vacío y muerto.

Avancé por el caminito de ladrillos hacia el invernadero, tragando saliva, aclarándome la garganta y con el corazón palpitándome con fuerza contra el esternón. Tenía la certeza de que cuando saliese del invernadero, después de decirle a Sara lo que había ido a contarle, no volvería a poner los pies allí. El invernadero era un pequeño palacio de cristal, de cinco o seis metros de altura y moteado de rocío. Tenía forma de cruz griega y en el centro se alzaba un tejado en punta, a cuatro aguas, como la aguja de un campanario de cristal. El armazón era de metal y madera, pintado de verde oscuro. Las cristaleras estaban empañadas, pero podía distinguir una docena de sombras verdosas en el interior.

Golpeé suavemente la puerta, que vibró.

—¿Sara? Soy Grady.

Le oí decir algo que al cabo de unos instantes identifiqué como una lacónica

invitación a entrar.

Así lo hice, acompañado por una corriente de aire frío, como si el invernadero me aspirase. El suelo era de grava, que crujía y retumbaba hasta el alto techo de cristal a cada paso que daba. El ambiente era tan cálido que enseguida empecé a sudar, y estaba tan cargado de olores que resultaba casi hediondo. Distinguí los de la tierra abonada, las fresas, la albahaca, el agua de lluvia, la madera podrida, las mangueras, el musgo e incluso cierto tufillo a cloro semejante al de las piscinas cubiertas. Un millar de plantas se extendían por las cuatro secciones del invernadero, colocadas sobre tarimas bajas, en ordenadas hileras que combinaban las más diversas variedades, desde cactus y diminutas rosas en macetas hasta cajas llenas de minúsculas semillas o enormes gardenias en una urna mexicana. Al fondo había varias luces de neón que lanzaban su amplio espectro de rayos sobre diversas macetas con zinnias, alisos, flox y un cajón con una planta de guisantes de olor que Sara había colocado de forma que trepase por los parteluces de una puertaventana sin cristales rescatada de algún contenedor de basuras. En el centro del invernadero había una palmera de unos dos metros de alto plantada en una maceta de terracota del tamaño de un Volkswagen Escarabajo y junto a ella un deteriorado sofá púrpura coronado por un racimo de uvas esculpido en el respaldo.

—¡No me puedo creer que colgaras y me dejaras con la palabra en la boca, cabrón!

Sara se acercó desde la zona de los cactus, con aspecto de no estar totalmente descontenta de verme. Llevaba unas botas de jardinero enormes, negras como estufas de carbón, desgastadas y sucias, con puntera reforzada, ideales para dar buenas patadas en el culo, y un viejo sobretodo de cuero raído, de una tonalidad indeterminada, entre el verde oliva y el ante. Estaba arrugado, estropeado y lleno de manchas de barro; tenía las presillas para el cinturón, pero de éste no había ni rastro, y el cuello de piel parecía cariñosamente mordisqueado por un perro. Sara lo había heredado de su padre. De uno de los bolsillos asomaba un grueso libro en rústica, supongo que por si de repente sentía ganas de leer. Bajo el sobretodo llevaba un mono azul. Recogía su cabello con un pañuelo a cuadros negros y verdes, y mientras se me acercaba se quitó unos guantes de tela.

—Oh, vaya —dije—. Te has quitado los guantes.

—Te odio —dijo, y me rodeó con sus brazos.

—Y yo a ti.

Permanecimos abrazados un rato, escuchando el cansino zumbido de los ventiladores, el tictac de los calefactores y la incesante respiración de las plantas.

—¿Y Walter? —pregunté.

—Está allí —respondió, e hizo un vago gesto con la cabeza en dirección al campus—. Pero tiene la moral por los suelos. Ayer noche entraron a robarnos, Grady.

Se llevaron su chaqueta, la de Marilyn. Y Dee ha desaparecido.

—Eso he oído.

Dio un paso atrás.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Oh. —Bajé las manos y las mantuve pegadas a los muslos, vacías y flácidas—. Esta mañana me ha hecho una visita un agente de policía.

—¿Confesaste?

Forcé una carcajada.

—En efecto —dije—. Por eso he venido a verte.

—¿Para confesar? —Me arreó un moderado golpe en pleno estómago y se sentó en el sofá púrpura. Me dejé caer pesadamente junto a ella—. Grady, chico malo. — Me abofeteó suavemente en ambas mejillas con los guantes. Chico malo. Grady—. Tus huellas dactilares han aparecido por todas partes.

—¿Sí? —Se me hizo un nudo en la garganta—. Se han dado prisa.

—Estoy bromeando. ¡Eh!, es una broma.

—Ah —dije.

—¿No crees que estoy bromeando, Grady?

—Sí, por supuesto.

—¿Adónde se supone que vas? —me preguntó, tras repasarme de arriba abajo—. Parece que vayas de camping.

—Voy a Kinship.

—¿A Kinship? ¿A ver a Emily? —Metió la mano en el bolsillo del pecho de su mono para buscar un cigarrillo, pero la sacó vacía y la bajó hasta el regazo. Se había prohibido fumar en el invernadero—. ¿Por qué? ¿Te ha llamado?

—Su padre.

—Su padre.

—Me ha invitado a su *seder*. Hoy es la primera noche de la pascua judía.

—En efecto. Ya veo.

—Sara.

—Está bien. No, de verdad, es un bonito detalle. Debes ir.

—Cariño...

—No, hablo en serio. Son tu familia. Son como una familia para ti. Me lo has comentado muchas veces.

—No se trata de eso —dije—. Quiero decir que no... uh... todavía no he decidido nada. No voy allí para... ya sabes, reconciliarme con Emily.

—¿No?

—No.

—¿Vas allí para *no* reconciliarte con ella?

—Bueno..., sí, más o menos. No lo sé.

—Pues me gustaría que te aclarases, Grady.

—Lo sé.

—Ahora. Quiero que tomes una decisión. —Volvió a rebuscar de nuevo en el vacío bolsillo del pecho—. Lo siento, no pretendo presionarte, pero necesito saberlo. Si vas a pasar unos días con Emily y su familia, cosa que creo que deberías hacer y que me parece una decisión loable, quiero saberlo. Si tienes planeado ir a Kinship y contarle a Emily lo nuestro y lo del bebé, también quiero saberlo. Y si tienes planeado dejar a Emily por mí, aunque es evidente que no puedo aconsejarte que tomes esa decisión, porque puedes imaginarte todas las complicaciones que va a suponer para mí en último término, también quiero saberlo.

—Sí —dije.

—¿Sí, qué? —preguntó Sara.

Me humedecí los labios y dije:

—Quiero seguir contigo.

No estaba nada seguro de que fuera realmente eso lo que quería ni de las consecuencias de semejante decisión, pero como acto seguido pretendía explicarle una historia sobre una matanza canina, un robo con abuso de confianza y el contenido del maletero de mi coche, pensé que era la mejor manera de empezar con buen pie.

—Sara...

—¡Oh, Grady! —me interrumpió, y me besó. Caímos de lado y quedamos tumbados en el sofá púrpura. Me abrazó con fuerza—. Empecé a plantar el jardín en la misma época en que me enamoré de ti —comentó con voz cantarina, casi infantil, echada junto a mí—. Fue en abril. Aquí no había nada, sólo tierra sin cultivar y hierba seca. Y me encontraba en una situación similar. Hasta que un día vine al jardín a buscar una flor o alguna otra cosa para acompañar una nota que te quería hacer llegar.

Hizo una pausa, y me percaté de que esperaba que recordase algo. Me dio un impaciente golpecito en el hombro.

—¡Sólo había plantas de azafrán! —recordé.

—Salí al jardín y había azafrán por todas partes. Todavía no sé de dónde salió o quién lo plantó. Te pedí que me acompañases con el coche a esa tienda de alquiler de material de jardinería en South Side. Fue nuestra segunda cita.

—Era el primer día de la temporada de béisbol.

—Te encantó que me dedicase al jardín porque te dejé escuchar el partido. Alquilé el motocultor y aré todo el jardín. Y después me trajeron el estiércol de caballo. La tierra humeó durante una semana. Después coloqué la valla, preparé los cuadros y planté espinacas, brócoli y judías.

—Lo recuerdo —dije.

—¿Vas a hablarle a Emily de nosotros? —dijo con la misma voz soñadora. Me cogió la mano derecha y la colocó sobre la suave colina de su vientre—. ¿De esto?

Estaba tendido junto a ella, contemplando la maraña de hierros entretejidos del techo. Me di cuenta de que Sara se había ido aproximando cada vez más a la estruendosa y brumosa catarata de la maternidad, sintiéndose sola y a la deriva en una frágil canoa, pero que ahora estaba segura de que me encontraba justo detrás de ella, en la popa, remando como un loco. Traté de aclarar mis sentimientos al respecto, una actividad no muy diferente de buscar una rata muerta en los recovecos bajo el suelo de una casa. Me horrorizó descubrir, tras cinco años de exposición a los inestables isótopos de mi amor, la cantidad de esperanzas que Sara Gaskell seguía depositando en mí, la cantidad de fe que yo todavía podía hacer añicos. ¿Cómo decirle las cosas terribles que le tenía que decir? Tu perro está muerto. Tienes que abortar.

—Se lo comentaré a Emily —dije. Y unos instantes después aparté la mano de su vientre, la besé en la mejilla y me puse en pie de un salto—. Será mejor que me marche. He dejado a James Leer en el coche.

—¿James Leer? ¿Y se puede saber qué hace en el coche? ¿Le pasa algo?

—Está perfectamente —respondí—. Está durmiendo una mona de campeonato, eso es todo. Le he dicho que tardaría sólo unos minutos. No sabía que...

—¿Lo vas a llevar contigo? ¿A Kinship?

—En efecto —admití—. Me parece que no le interesa demasiado el festival literario, y creo que voy a agradecer su compañía.

—Sobre todo a la vuelta, ¿no? —dijo Sara.

—Sí, exacto —respondí.

Le di un beso de despedida y dejé que la corriente de aire me expulsara del invernadero.

Cuando llegué al coche, James entreabrió parsimoniosamente un ojo y me miró, como temeroso de exponer algo más que aquella húmeda ranura inyectada en sangre a los peligros de la vigilia.

—¿Y bien? —musitó cuando subí al coche—. ¿Se lo has dicho?

—¿Decirle qué? —pregunté.

James asintió y volvió a bajar el párpado. Me apoyé contra el respaldo del asiento y ajusté el retrovisor exterior, que al principio se resistió y de pronto se desprendió por completo. Lo lancé al asiento trasero, junto a las rosas. Encendí el machacado motor del Galaxie, metí la marcha atrás y salimos disparados hacia la calle, reculando sin poder mirar por el retrovisor, a sesenta por hora.

Tenía intención de dejar dormir a James durante todo el viaje hasta Kinship si lo necesitaba para recuperarse, pero a los diez minutos de salir de Pittsburgh pasé sin proponérmelo sobre un profundo bache, y la consiguiente sacudida hizo que soltase un grito sofocado, se incorporase en el asiento y mirase a su alrededor.

—Lo siento —dijo, con unos ojos como platos. Parecía muy sincero, como suele serlo la gente antes de despertarse del todo.

—No pasa nada —respondí—. Eh, todavía tienes un donut en el regazo.

Lo miró y asintió.

—¿Dónde estamos? ¿Cuánto rato llevo dormido?

—No mucho. Todavía estamos en las afueras.

Inexplicablemente, la respuesta pareció preocuparle. Miró por su ventanilla y después por la mía los bosquecillos cuidados con esmero, las altas vallas, las chimeneas pseudoinglesas que asomaban entre los árboles. Después estiró el cuello y miró hacia atrás. Me pregunté si no seguiría dormido y soñando. Pero de pronto pareció despertarse definitivamente y se puso a llevar el ritmo de la música de la radio con el pie y con las puntas de los dedos sobre el salpicadero. Ajustó el retrovisor exterior de su lado, jugueteó nerviosamente con el tirador de la portezuela, subió la ventanilla y la volvió a bajar. Cogió el donut de su regazo y se lo llevó a los labios, pero no lo mordió y lo volvió a depositar sobre el círculo blanquecino que le había dejado en el abrigo. Por lo que había visto hasta el momento, James Leer no era una persona nerviosa, así que supuse que, simplemente, trataba de no pensar en que se encontraba mal.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Sí, perfectamente. —Pareció sobresaltarse, como si le hubiese pillado dándole vueltas a pensamientos impuros—. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces un poco nervioso —dije.

—No —contestó, y negó con la cabeza con un aire de inocencia que hacía que pareciese absurdo acusarlo de nerviosismo, ahora o en cualquier otro momento de su vida. Cogió de nuevo el donut, lo contempló unos instantes y lo volvió a dejar—. Me siento magníficamente bien. Me siento, no sé... Normal.

—Me alegra oírlo —dije.

Me pregunté si lo que ocurría no sería que empezaba a aclararse, a caer en la cuenta de que después de haber participado la noche pasada en actividades tan diversas como ser arrastrado fuera de un auditorio atestado en pleno ataque de risa tonta, cometer un robo de campanillas y ser masturbado en un lugar público, ahora iba a pasar la pascua nada menos que con la familia de la mujer recién separada de su disoluto profesor, a bordo de un abollado Ford Galaxie en cuyo maletero reposaba el cadáver de un perro al que se había cargado.

—¿No quieres ir, James? —le pregunté con un tono más esperanzado de lo que

pretendía—. ¿Prefieres que demos media vuelta?

—¿Y tú?

—¿Yo? ¡No! ¿Por qué iba a querer dar media vuelta?

—No lo sé —respondió, un poco sorprendido.

—Colega, esto ha sido idea mía, ¿lo recuerdas? No, eh, me hace mucha ilusión. De verdad. La pascua. Realmente. Las diez plagas. Comer perejil. En serio, me alegro de tener que ir.

—¿Por qué tienes que ir?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Uh —murmuró, dubitativo—. No, yo tampoco quiero dar media vuelta.

Volvió a retocar el retrovisor de su portezuela, moviéndolo hacia un lado, después hacia el otro, como si temiese que alguien pudiese estar siguiéndonos.

—¿Ves algún coche de policía? —pregunté.

Me miró durante uno o dos segundos y decidió que estaba bromeando.

—Todavía no —respondió con voz débil.

—Escucha —dije—. No pasa nada. En casa de la rectora he perdido un poco los nervios, pero... uh, lo aclararemos todo cuando regresemos a la ciudad esta noche. Te lo prometo, ¿de acuerdo? En cualquier caso, los Warshaw son una familia interesante. Creo que te gustarán.

—De acuerdo —dijo, como si acabase de darle una orden. Parecía a punto de vomitar.

—Es por la cantidad de zumo de naranja que te has bebido. ¿Quieres que pare?

—No.

—Estamos en Sewickley Heights. Podemos buscar un bonito campo de golf para que eches las papas.

—¡No!

Golpeó el salpicadero con ambas manos. La guantera se abrió y cayó una bolsita de marihuana. James la recogió y se dispuso a volver a guardarla, pero de pronto debió de sentirse ridículo o poco sofisticado, porque desistió y mantuvo la bolsita entre dos dedos, como un grueso porro liado con papel translúcido. Se había sonrojado, o al menos sus orejas y su nuca estaban rojas.

—Por favor —dijo—. Estoy bien. No pares.

—Eh, colega, si...

—Lo siento, profesor Tripp —se disculpó—. Es sólo que odio este jodido sitio.

Me sorprendió oírle soltar un taco. Esa clase de lenguaje nunca aparecía en sus escritos; de hecho, su ausencia resultaba casi artificial, sobre todo en los relatos más crudos y retorcidos, como si en el Hollywood en miniatura que era su alma se sintiese obligado a someter todas sus producciones a una especie de Código Hays interno.

—Sewickley —continuó—. Vaya pandilla de... no sé..., ricos..., ricos cabrones.

—Se miró el regazo—. Me dan lástima.

—¿Pretendes decirme que no te gustaría ser un rico cabrón? —le pregunté.

—No —respondió James, y depositó la bolsita sobre su muslo derecho; el izquierdo seguía ocupado por el donut—. Los ricos nunca son felices.

—¿No?

—No —dijo James con gravedad—. Bueno, la gente que no tiene dónde caerse muerta tampoco es que sea demasiado feliz, por supuesto. Pero, en mi opinión, los ricos no lo son en absoluto.

—A menos que compren la felicidad —dije, pero, una vez más, quedé maravillado ante la frescura juvenil de James, aterrado y corroído por la envidia como un viejo lanzador de béisbol al que ya le falla el brazo al contemplar el feroz lanzamiento de una joven promesa que imprime un efecto insólito a la pelota y engaña al bateador—. Debo reconocer que tu teoría es francamente original. «Los ricos nunca son felices». Creo que *Ciudadano Kane* habría resultado mucho más interesante si hubiese desarrollado este tema.

—Vale —dijo—. Mensaje captado.

—Eh, no mires, pero creo que le has gustado a una de esas ricachas cabronas de Sewickley Heights.

—¿Qué?

Escondió la bolsita de marihuana bajo el muslo. Una mujer en un Miata verde se había puesto a la altura de mi coche. Era una rubia de buen ver, de la edad de James, con gafas de sol. Llevaba la capota bajada y el viento jugueteaba con su elegante melena rubia. Cuando nos adelantó, obsequió a James con una gran sonrisa y le saludó con la mano y la cabeza. James miró hacia otro lado.

—¿Es amiga tuya? —le pregunté mientras contemplaba cómo la chica, antes de dejarnos atrás, descubría la marca del culo de Vernon Hardapple en mi capó.

—No la conozco —aseguró James—. Lo juro.

—Te creo —dije.

Durante un rato nadie abrió la boca. Al cabo, James rescató la bolsita de debajo de su muslo y la abrió. Acercó la nariz a la abertura e inhaló.

—Por el modo como huele, parece buen material —dijo dándoselas de experto.

—¿Y tú cómo vas a saberlo? —le pregunté—. Pensaba que no fumabas hierba. Que no te gustaba perder el control de tus emociones.

Se sonrojó de nuevo, supuse que porque era consciente de que la noche anterior, si llega a perder un poco más el control de sus emociones, habría acabado correteando por la avenida Centre expeliendo fuego nuclear por los orificios nasales y tratando de destrozar a patadas los coches allí aparcados.

—Lo sé por mi padre —dijo al cabo de un rato—. Él sí que la fuma. Se la consigue su médico.

—¿Su médico? —pregunté—. ¿Está enfermo?

Asintió y me explicó:

—Tiene... Mi padre tiene cáncer. De colon.

—¡Dios mío, James! —dije—. ¡Joder, colega, lo siento!

—Sí, bueno. Y resulta que la quimioterapia lo deja hecho cisco. Demasiado débil para hacer nada. Demasiado débil incluso para dar un paseo. Su negocio empezó a ir mal. Los criaderos de truchas, ¿sabes? Se llenaron de moho y demás. —Meneó la cabeza, con un aire triste y vagamente disgustado, como si estuviese recogiendo la irisada capa de putrefacción de la superficie del agua de los viveros de su padre—. Bueno, en cualquier caso, su médico le ha prescrito... Ya sabes. —Agitó ligeramente la bolsita—. ¿Quieres que te líe un canuto? A mi padre se los lío yo.

—¿Se los tienes que liar tú? ¿En serio? Pensaba que la droga suministrada por las autoridades sanitarias estaba ya perfectamente preparada. Como si fuera un cigarrillo de marca. Eso es lo que había oído.

—La de mi padre no —aseguró James frunciendo el ceño—. No. Viene suelta, en una bolsa como ésta.

Me encogí de hombros. Pasamos junto a unos establos en ruinas, en cuyo tejado todavía se veía un anuncio de Red Man, e inmediatamente después dejamos atrás la señal que anunciaba que faltaban 120 kilómetros para la salida de Kinship, Pensilvania. Se me encogió el corazón y algo oprimió mi interior, como si de un cinturón de seguridad interno se tratase.

—Bueno, entonces de acuerdo —dije—. Adelante, líame uno, si quieres. —Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaleco y saqué un paquete de papel de liar—. Aquí tienes. Intenta que no vuele la hierba.

Abrió de nuevo la guantera y extendió sobre ella una hoja de papel de fumar, tomó unas hebras de la bolsita y las puso sobre el papel. Cerró la bolsa y la guardó bajo el muslo. Una ráfaga de viento hizo que el papel de fumar navegase por la superficie de la guantera.

—¡Cuidado! —dije—. ¡Vigila, tío! Quiero que esta hierba me dure mucho tiempo. —Al alargar el brazo para atrapar el barquito de papel de fumar, solté un momento el volante y el coche se fue desviando hacia el arcén hasta que di un golpe de volante—. ¡Dios mío!

—Lo siento —se disculpó James mientras reunía los dispersos ingredientes del porro. Me miró y empezó a liar el canuto, tal cual estaba, como si se tratase de un regalo que estuviese envolviendo para mí.

—No, James, tienes que desmenuzarla un poco, si no, no va a tirar. —Le miré—. Si no he oído mal, has dicho que sabías liarlo.

—¡Claro que sé! —aseguró con un aire tan ofendido que decidí dejarlo tranquilo.

Me encogí de hombros y fijé la vista al frente, en el serpenteante río negro que era

la autopista de Pensilvania, por el que había navegado innumerables veces con Emily y que era, en muchos aspectos, la carretera de su vida. Pasar con el coche junto a aquellos pueblos de casas rojas, negruzcas y ocres, con sus embarrados campos de béisbol, plantaciones de cebollas, cafeterías y herrumbrosas vías férreas, marcaba para ella la sucesión de veranos y vacaciones, la época de estudiante, los cumpleaños en fines de semana, las fiestas de aniversario, las escapadas para evadirse de los altibajos y los fracasos de su vida amorosa en Pittsburgh. Como la mayoría de las mujeres a las que he conocido, Emily había sufrido en sus relaciones afectivas una verdadera acumulación de lo que los hombres gustan de llamar «mala suerte». Yo no era el primer traidor que la había perseguido por la carretera 79 con dudosas intenciones.

—Toma —me dijo James, y me tendió un no muy conseguido porro liado con las mejores intenciones—. ¿Qué te parece?

—Perfecto —dije con una sonrisa—. Gracias. —Le di mi encendedor y ambos nos percatamos de que me temblaban los dedos—. ¿Puedes encendérmelo, colega?

—De acuerdo —aceptó, dubitativo—. ¿Cómo..., cómo te sientes, profesor? Tú también pareces nervioso.

Se puso el canuto entre los labios, lo encendió y me lo pasó.

—Estoy bien —le aseguré. Di una larga y parsimoniosa calada y cuando exhalé el humo contemplé cómo lo arrastraba el viento—. Supongo que me pone un poco nervioso ir a visitar a mi mujer.

—¿Está realmente cabreada contigo?

—Debería estarlo.

James asintió.

—Es guapa —dijo—. Vi su foto en tu estudio. ¿Qué es..., china?

—Coreana. Es adoptada. Sus padres adoptaron tres niños coreanos.

—¿Y tienen alguno suyo?

—Tuvieron uno —dije—. Un hijo varón. Sam. Murió muy joven. De hecho, hoy es el aniversario de su fallecimiento. O fue ayer. No lo recuerdo exactamente, por lo del calendario lunar y todo eso. Encienden una pequeña vela durante veinticuatro horas.

James se quedó pensativo un rato y yo me fumé el porro toscamente liado. No había desenmarañado las hebras y continuamente chisporroteaban y me caía ceniza en la chaqueta. Pasamos por Zelienople, Ellwood City y Slippery Rock. El número de salidas de la autopista que me separaban de Emily iba disminuyendo y empecé a lamentar seriamente haber emprendido el viaje. Por mucho que me muriese de ganas de abrazar a los miembros de su ruidosa, sensiblera y confusa familia, no había razón para no pensar que la mayor muestra de delicadeza que podía tener para con Emily en aquellos momentos era dejarla en paz. Ya le había hecho mucho daño, e iba a ser peor

cuando supiese que Sara estaba embarazada. Porque Emily y yo habíamos intentado tener un hijo durante un par de años. Ella se iba haciendo mayor, yo también, y en nuestro matrimonio había un pequeño agujero que todo lo devoraba. Cuando nuestros iniciales esfuerzos fracasaron, acudimos a médicos, termómetros y un obsesivo estudio del comportamiento mensual de los ovarios de Emily, pedimos cita en una clínica especializada, empezamos a plantearnos la adopción. Hasta que un día, de manera casi mágica, sin siquiera discutirlo, lo dejamos correr. Suspiré. Sentía los ojos de James escrutándome.

—¿Crees que se alegrará de verte? —preguntó—. Me refiero a tu mujer.

—No —respondí—. Creo que no.

Asintió.

—La pascua judía —dijo al cabo de un rato—. Es cuando uno no puede comer pan, ¿verdad?

—Exactamente.

—¿Y se pueden comer donuts?

—Supongo que tampoco.

Me tendió uno del paquete y él tomó el que hacía rato que reposaba sobre su regazo. El aroma del porro debía de haberle despertado el apetito. Dimos grandes mordiscos y masticamos en fraternal silencio. Al cabo de un rato, James se volvió hacia mí, con el labio superior cubierto de un azucarado bigote, y me dijo:

—Pues no parece que sea una fiesta muy divertida, la verdad.

Cinco kilómetros después de dejar la autopista interestatal, justo donde la vieja autopista estatal se cruza con la carretera de Youngstown, había un restaurante llamado Séneca, que tenía un tocado de plumas indio en cromo y neón como logotipo. Era mi punto de referencia para dar con el destrozado camino asfaltado que conducía a la granja de los Warshaw. Justo después del Séneca había que tomar el primer camino a la izquierda, atravesar el puente de acero que cruzaba un insignificante horcajo del río Wolf y pasar por la tienda, el surtidor de gasolina y la oficina de correos, que era lo único que quedaba de Kinship, Pensilvania. La escuela del pueblo era poco más que una pintoresca pila de madera, y el cuartel de bomberos voluntarios, abandonado desde hacía una década, fue pasto de las llamas hasta los mismísimos cimientos en 1977. Durante los últimos años hubo una especie de tienda de antigüedades en la planta baja del Odd Fellows Hall, pero también había desaparecido. Todo se había ido deteriorando mucho en Kinship desde hacía unos cien años, cuando el núcleo de población original fue abandonado y sus utópicos moradores de sombreros negros se dispersaron en la gran expansión del sueño americano. La bienamada cabaña de Irving Warshaw era uno de los pocos edificios de los primeros tiempos que todavía seguía en pie, e Irene Warshaw se había pasado años tratando de conseguir que la declararan monumento nacional, aunque creíamos que no era porque le apasionase especialmente la historia de la comunidad de Kinship. No, Irene estaba convencida de que tenía que ser como mínimo delito federal que un anciano se pasase el día entero fumando cigarros El Producto, escuchando música de Webern y Karlheinz Stockhausen e inventando pintura magnética, sierras de agua y pistas de hockey sobre hielo de teflón para climas desérticos, en un edificio incluido en el Registro Nacional del Patrimonio Histórico.

Además de la cabaña, sólo el establo y el cobertizo junto al pequeño lago seguían en pie a finales de los cincuenta, cuando Irving Warshaw compró la parcela. Había tenido que construir el edificio principal desde cero, durante los fines de semana, días festivos y vacaciones veraniegas de los años de Kennedy y Johnson. Sobre los cimientos de una construcción anterior había levantado, con materiales que recogía en granjas abandonadas a lo largo de todo el condado de Mercer, una modesta casa de dos plantas cubierta de grisáceas placas de material aislante, con una chimenea de piedra sin tallar, un ecléctico surtido de ventanas emplomadas en la sala y el comedor, y un par de tragaluces en la buhardilla, que estaban colocados demasiado cerca y hacían que la casa pareciese bizca. El suelo no era liso, ninguna de las puertas encajaba del todo y, cuando soplaba el viento, la chimenea no tiraba bien y la casa se llenaba de humo. Pero Irv había hecho todo el trabajo prácticamente solo, con alguna ayuda de su ya fallecido hermano Harry y de un lugareño llamado Everett Tripp, un electricista-fontanero alcohólico que intentó toquetear a Emily cuando tenía ocho años y que muy bien hubiera podido ser primo lejano de quien lo narra, es decir, mío.

Cuando sus hijos fueron suficientemente mayores para echarle una mano, Irv restauró el semiderruido establo, una enorme arca gris desfondada y volcada entre la alta hierba a unos cien metros de la casa, que un experto del estado de la Universidad Estatal de Pensilvania había datado como anterior a la guerra de Secesión.

—Nunca he estado en una auténtica granja —dijo James cuando, justo después de dejar atrás el Odd Fellows Hall, giramos a la derecha y nos metimos por un camino bordeado de gruesos olmos, todavía sin hojas, que iba desde la carretera de Kinship hasta la casa. Los árboles habían sido plantados a intervalos regulares el siglo pasado por meticulosas manos utópicas, y gracias a la providencial orientación de los vientos se libraron durante muchos años de la plaga que afecta a los árboles de esa especie, aunque ahora había bastantes huecos en la doble hilera. El verano pasado había ayudado a Irv a talar dos árboles marchitos, y, por lo que se veía, unos cuantos más ya no habían rebrotado aquella primavera. Las imponentes hileras acabarían desapareciendo en pocos años.

—No te impresiones demasiado —le dije—. Si esto es una granja de verdad, yo soy un buen profesor de literatura.

—¡Mira! —exclamó James sin hacer caso de mi consejo, y señaló un par de vacas lecheras que eran, junto con un irritable caballo castrado de pelaje claro, los únicos ocupantes actuales del restaurado establo—. ¡Vacas!

—¿Es que no las hay en Carvel? —pregunté, impresionado por el ingenuo entusiasmo con que respondió a la dulce mirada de las vacas—. Pensaba que era un pueblo pequeño.

—No en todos los pueblos hay vacas.

—Eso es cierto —admití—. El animal de pelaje claro es un caballo.

—¿Sí? —dijo James—. He oído hablar de ellos.

—Son un buen alimento —le expliqué.

Aparqué detrás del Bug de Emily, bajo la intermitente sombra de un castaño de Indias, y nos apeamos. El árbol debía de tener unos ochenta años, y ya le habían brotado las hojas; en pocas semanas estaría cubierto de flores blancas. En el jardín delantero del Hotel McClelland también había un castaño de Indias igual de alto, rebosante de ramas y de forma ovalada. Mientras bajaba del coche sentí un hormigueo en las mejillas, los oídos me zumbaban debido al viento y tenía el pelo echado hacia atrás, como la tiesa cabellera de cromo de las figuritas ornamentales de los capós de ciertos automóviles. El tobillo se me había quedado rígido durante el trayecto y resultó que a duras penas me podía mantener de pie.

—Echa un vistazo ahí —le dije a James, y señalé el prado que había detrás del majestuoso y viejo árbol. En él asomaba un irregular círculo de piedras blanqueadas que parecía un monumento megalítico. Bajo cada una de las piedras, le expliqué a James, reposaba el esqueleto de uno de los animales de compañía de la familia

Warshaw, enterrados al modo egipcio junto con sus collarines de falsa pedrería, huesos de plástico o ratones de juguete. La mayoría de los nombres escritos en la piedra ya se habían borrado, pero todavía se podían leer las inscripciones sobre la última morada de Shlumper, Farfel y el gato Earmuffs. A un lado, apartada de las restantes, había una enorme y erosionada piedra molar. Señalaba la tumba de un perro schnauzer que le regalaron a Emily para consolarla tras la muerte de su hermano mayor, que se ahogó el verano en que ella cumplió nueve años. Emily insistió en llamar al perro igual que al muchacho, y, cuando el animal murió, su nombre, Sam, quedó escrito en la piedra, donde, aunque un poco borrado, continuaba siendo legible. Los huesos del otro Sam, el chico, yacían bajo una placa de bronce en el cementerio Beth Shalom, en North Hills, en la esquina entre la avenida Tristán y la calle Isolda.

—Yo de niño tenía peces —recordó James—. Pero cuando se morían, simplemente, los tirábamos al retrete.

—¡Oh, mierda! —dije—. ¡Las flores para Emily!

Eché un vistazo al asiento trasero y descubrí que durante el viaje el viento había hecho volar hasta el último pétalo de las rosas. Debíamos de haber dejado un rastro de pétalos por toda la autopista desde Pittsburgh hasta Kinship. No era más que un ramo de seis dólares, apañado con un relleno de musgo y lilas, pero de todas formas su pérdida hizo que me sintiera desconcertado y, en cierto modo, desarmado.

—¡Vaya! —exclamó James, que me miraba con una expresión a medio camino entre la lástima y la reprobación, la típica mirada que se le dedica a un borracho que al ponerse en pie comprueba que llevaba una hora sentado encima de su sombrero.

—Por aquí —le indiqué con un gesto vago. Lancé el arruinado ramo sobre la tumba de Sam—. Y no olvides tu mochila.

Fui cojeando hasta la puerta del lavadero e hice pasar a James. Nadie entraba por la puerta principal. Atravesamos el cálido y dulzón olor de la secadora y entramos en la cocina, rebosante de vapor. Descubrí una mueca de decepción en James. Supuse que esperaba encontrar una cocina rústica, con madera de pino, cacharros de cobre y cortinas de encaje en la ventana. Pero Irene la había reformado en plenos años setenta según el gusto de la época, y era una auténtica orgía de colores: dorados, verde aguacate y naranja oscuro; el acabado de los armarios era de formica de nogal, con recargados pomos dorados. Olía a mantequilla requemada y cebollitas caramelizadas, y se percibía también el intenso aroma, como de pólvora, de los cigarrillos canadienses de Emily. Pero no había ni rastro de ella. Irene y Marie, la esposa de Philly, estaban junto al horno, de espaldas a nosotros, echando bolas de *matzoh*^[15] todavía crudo en una cacerola de hierro. Cuando entramos en la cocina, ambas se volvieron.

—¡Sorpresa! —dije, y pensé que me sentiría fatal si Irene Warshaw no se alegraba de verme.

—¡Hola, hola! —me dijo a modo de saludo mientras me tendía los brazos y meneaba la cabeza con un gesto de incredulidad. Irene no era alta, pero pesaba sus buenos veinte kilos más que yo, y cuando sacudía alguna de las partes de su cuerpo, las restantes tendían a sumarse al bamboleo. En el campo —y desde la jubilación de Irv, hacía cinco años, vivían prácticamente siempre en el campo— procuraba vestir siguiendo en lo posible los modelos de Monet en Giverny, y llevaba un ancho sombrero de paja y un guardapolvo de batista azul con mangas amplias y largo hasta las rodillas. Era rubia natural, de manos y pies delicados, y en sus fotografías de juventud aparecía una chica de ojos burlescos y sonrisa trágica, dos adjetivos que el curso de su vida se encargaría de intercambiar.

La besé en la suave mejilla. Cerré los ojos y apreté con fuerza mi frente contra sus labios. Desprendía un olor amargo e intenso, mezcla de aceite de cocina, jabón de tocador y vitamina B, de la que se tomaba diariamente una dosis de quinientos miligramos.

—¡Hola, cariño! —dijo—. Me alegro mucho de verte.

—Y a mí me alegra oírlo —dije.

—Estaba segura de que vendrías.

—¿Cómo lo sabías?

—Lo sabía —respondió con un encogimiento de hombros.

—Irene, te presento a James Leer, un alumno mío. Es un escritor de mucho talento.

—¡Qué maravilla! —dijo Irene, y alargó el brazo para tomar la pálida mano de James.

A principios de los años cuarenta, en el Carnegie Tech, Irene se había especializado en literatura inglesa, y, a pesar de su prolongado trato conmigo, seguía teniendo en alta estima a los escritores. Tenía un gusto literario más selectivo y refinado que Sara, y leía con mayor meticulosidad: releía, subrayaba frases, anotaba listas de personajes en las solapas y trazaba su árbol genealógico. De la pared de su estudio, sobre su escritorio, colgaba una severa fotografía de Lawrence Durrell, su escritor predilecto, con un suéter y rodeado de una espiral de humo de tabaco. Y en la cartera llevaba siempre un pedazo de un arrugado programa, rescatado de una papelera, en el que un aburrido John Updike había dibujado, durante la ceremonia de entrega de premios de un certamen poético, un incisivo cariado que le estaba matando. Hacía mucho tiempo que me beneficiaba de la buena consideración que mi trabajo le merecía a Irene.

—¿Qué tal estás, James? ¿Eres escritor? ¿Y has venido a celebrar el *seder* con nosotros?

—Yo... creo que sí —respondió James, que trataba de esconderse en su mugriento abrigo negro. En el faldón se veía la mancha circular de azúcar—. Quiero

decir que sí, si a ustedes les parece bien. Yo nunca..., uh, he..., ¿se dice celebrado?, uno antes.

—¡Por supuesto que sí! ¡Por supuesto que sí!

Irene arrugó la cara y mostró su mejor sonrisa de abuelita, pero vi que sus ojos azules, con los que escrutaba a James, eran fríos como sólo pueden serlo los de una abuela. James Leer tenía esa palidez y ese aire desgarrado que para una mujer de la edad de Irene denotaban constitución enfermiza, onanismo, educación defectuosa o desequilibrio mental. Pensé que el haber crecido en una década en la que la gente se pirraba por los tonos verde aguacate, naranja oscuro y dorado podía haber afectado el cerebro de James.

—Ésta es Marie, mi nuera.

—¿Qué tal, James? —le saludó Marie.

Nacida —eso me encantaba— durante una parada de emergencia para repostar carburante en la isla de Wake, pecosa, de caderas anchas, Marie, a diferencia de mi, se había convertido al judaísmo al casarse con un miembro de la familia Warshaw y, excepto por el hecho de no haber tenido hijos, se comportaba como una intachable nuera judía. En realidad, Marie era la mejor judía de la familia, mucho más practicante que su marido o los padres de éste. Los viernes por la noche se prendía un pañuelito en el cabello para encender las velas, horneaba galletas triangulares cuando tocaba hacerlo y se sabía de memoria el himno de Israel en hebreo. Como muchos hijos de militares, tenía un natural abierto e imperturbable, idóneo para convivir con la familia de su marido, en la cual no había dos personas de carácter o ADN similares y cuyos miembros no se parecían entre sí más que los diecisiete países en que había vivido Marie durante su infancia y adolescencia.

—Pareces cansado —me dijo, y me dio una palmadita en la mejilla.

—Trabajo mucho últimamente —le expliqué. Me pregunté qué sabría de lo ocurrido entre Emily y yo.

—¿Cómo va el libro?

—Bien, muy bien. Lo tengo casi acabado. —Llevaba diciéndole lo mismo desde la época de su noviazgo con Philly—. ¿Ya lo tenéis todo preparado? Huele estupendamente.

—Más o menos —intervino Irene—. ¡Había tanto que hacer! Marie me ha ayudado mucho. Y Emily también. —Me miró a los ojos—. Me alegro de que viniese con un día de antelación.

—Ajá —dije.

Pensé que quizá se estaba quedando conmigo —como buen porrata, solía obsesionarme con la idea de que la gente se estaba quedando conmigo—, pero no había rastro de sarcasmo ni en su rostro ni en su tono. Lo cual, sin embargo, no significaba necesariamente que no se estuviese quedando conmigo. Antes de

jubilarse, Irene había dirigido una agencia privada que proveía a todo el valle del Ohio de bebés coreanos, y era una consumada experta en cierto tipo de inexpresividad administrativa que nunca fui capaz de descifrar.

—Pero no debería quejarme de tener tanto que hacer —dijo Irene, y soltó un dramático suspiro. Con gesto mecánico, metió una mano en el bolsillo de su guardapolvo, sacó un pollito de chocolate envuelto en papel de plata amarillo brillante, lo desenvolvió y lo decapitó limpiamente de un bocado—. Siempre es mejor que morirse de aburrimiento.

—¡Oh, vamos, Irene! —dije.

—No debí dejarme convencer cuando me propuso vender nuestra casa de la avenida Inverness —comentó mientras masticaba el chocolate.

—Lo sé —dije. Durante los años que vivieron en ella, Irene nunca sintió demasiado aprecio por la casa de la avenida Inverness, un estrecho edificio de dos plantas, mucho más pequeño que las casas vecinas, y se alegró cuando finalmente la vendieron. Sin embargo, desde que se mudaron a Kinship, aquella casa había adquirido en su mente las fabulosas proporciones de una Jerusalén o una Tara ^[16] perdidas—. Ha sido duro para ti.

—Ha sido muy duro —le dijo Marie a James.

—Siempre digo lo mismo, ¿verdad?

Irene le guiñó un ojo a James y meneó tristemente la cabeza.

Después de haber dedicado su vida a crear, legalizar y construir miles de familias en Ohio y el oeste de Pensilvania —a la macrogerencia de familias, por decirlo de algún modo—, el destino le había reservado aquel melancólico final, lejos de los hijos que le quedaban, en un pueblo fantasma, con un marido que se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en una cabaña, construyendo aparatos para medir la resistencia eléctrica y reproducciones en miniatura del Kremlin para dar cobijo a las golondrinas.

—¿Dónde están los demás? —pregunté, y miré a mi alrededor.

Junto al tostador de pan, sobre un platillo de porcelana, estaba la pequeña vela en recuerdo de Sam de la que Irv me había hablado, con su minúscula y estática llama. Llevaba una etiqueta con una inscripción en letras azules que imitaban los caracteres hebreos pegada en diagonal y el precio —79 centavos— marcado con un rotulador fluorescente de color naranja.

—Deborah está en el embarcadero —dijo Irene siguiendo mi mirada—. No ha movido un dedo para ayudar, por supuesto. Y creo que Philly... ¿Sigue en el sótano?

—Claro. Jugando con Grossman —explicó Marie—. El señor Grossman volvió a largarse anoche.

—¿El señor Grossman? —preguntó James—. ¿Quién es?

—Estoy segura de que no tardarás en averiguarlo —dijo Irene poniendo los ojos en blanco. Me miró y añadió—: Y ya sabes dónde está Irv.

—En la cabaña.

—¿Dónde, si no?

—Entonces voy a saludarlo con James.

—Buena idea —dijo Irene. Se apartó un mechón de pelo húmedo de los ojos con el antebrazo e hizo un gesto de desesperación que abarcaba todos los cazos, cuencos de loza y cáscaras de huevo esparcidos por la cocina—. Me temo que todavía tenemos para varias horas.

—¡Oh, vamos! —intervino Marie—. No es para tanto.

—Por cierto —dijo Irene, y miró a James—. ¿Qué edad tienes?

—¿Eh? —exclamó James, sobresaltado. Llevaba un rato contemplando la modesta pero omnipresente vela que los Warshaw habían encendido para conmemorar el aniversario del fallecimiento de Sam Warshaw—. Veinte. Casi veintiuno.

—Bueno, entonces eres el más joven. —Irene intentó usar un tono animado, propio de un simple comentario amable, pero le salió una voz sepulcral, y era evidente que se estaba preguntando cómo era posible que un extraño de veinte años envuelto en un abrigo apestoso resultase ser el más joven de la casa. Por consideración, ni ella ni yo miramos a Marie, quien, me percaté, era la depositaria de sus últimas esperanzas de ver nacer un nieto—. Tendrás que recitar las cuatro

preguntas del *seder*.

—Estupendo —aceptó James, que se encogió aún más bajo el abrigo—. Lo haré con sumo gusto.

—A Philly le encantará —dijo Marie con un tono que también sonó ligeramente sepulcral.

—Entonces, todo solucionado. —Posé una mano sobre el hombro de James y nos encaminamos hacia la puerta. Ya en el lavadero me volví—. Oh, por cierto —dije en un tono que confié que sonase ligero y despreocupado, sin asomo de aflicción marital—, ¿dónde está Emily?

—Oh, en el embarcadero con Deb —dijo Marie—. Están charlando.

—Charlando —repetí. Como Deborah Warshaw había dedicado la mayor parte del invierno a divorciarse de su tercer marido, estaba seguro de que debían tener mucho de qué hablar—. Muy bien, estupendo.

—Grady —dijo Irene. Dejó la cuchara que llevaba en la mano, se me acercó, me cogió las manos y me miró con aire esperanzado y cierta impaciencia—. Me alegro de que hayas venido. —Señaló con un gesto de la cabeza hacia la cabaña y añadió—: Ya sabes lo feliz que hace que se sienta Irv.

—¿Y Emily? —quise saber.

—Por supuesto, Emily también. ¿Por qué lo preguntas? No seas tonto.

Sonreí. Supuse que Irene estaba dando muestras de un profundo espíritu de abnegación, algo que hoy día se considera pasado de moda. Siempre me ha resultado difícil ver la diferencia entre la abnegación y lo que antes se conocía como esperanza.

—No creo que sea una pregunta tonta —dije, algo aturdido por la intensidad del optimismo de Irene. De pronto me pareció que no era del todo imposible que mi corazón, aquel timonel desquiciado agarrado al timón en la cabina del piloto de mi caja torácica, me hubiese guiado hasta Kinship con la única finalidad de reconciliarme con mi esposa—. No estoy tan seguro de que le vaya a entusiasmar verme por aquí.

Irene puso los ojos en blanco y se acercó para darme un cariñoso cachete en la mejilla.

—Espero que no hagas demasiado caso de las cosas que este hombre te explique —le dijo a James. Metió la mano en el bolsillo del guardapolvo, sacó otro pollito de chocolate, lo desenvolvió, lo decapitó cruelmente de un mordisco y, una vez más, volvió a guardarse el resto en el bolsillo. Debía de tenerlo repleto de cuerpecitos mutilados.

James y yo atravesamos el lavadero y salimos al jardín.

—¿Qué sucede, James? —le pregunté—. Pareces un poco alterado.

Llevaba las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo, y al volverse hacia mí pude ver una expresión de terror en sus ojos.

—¿Cuatro preguntas sobre qué? —inquirió.

Al llegar la primavera, como de costumbre, el pequeño lago de los Warshaw se había desbordado hasta convertir su jardín trasero en una zona pantanosa. Los rosales que constituían el imperio de Irene estaban anegados; el bebedero de piedra para los pájaros se había tumbado y lo cubría el agua, y la estatuilla del Gautama Buda que había colocado para que vigilase sus plantas estaba hundida en el barro hasta sus divinos pezones y nos contemplaba imperturbable desde detrás de una azalea. Recorrí cojeando con James el chapucero sendero de tablones construido por Irv, que partía de la puerta trasera de la casa, atravesaba el anegado jardín y llevaba hasta la grisácea cabaña que los antiguos utopistas habían construido para tener la carne y los melones frescos en verano. El sendero, como todo lo que construía Irv, era complicado y estrambótico, un caótico montaje de tablones, maderas y troncos fijados precariamente con clavos siguiendo un ambicioso proyecto que preveía pilotes, pretil e incluso un pequeño banco a mitad de camino, y aquella estructura se hacía más compleja cada año. Yo estaba convencido de que un simple dique de sacos de arena colocados estratégicamente alrededor del lago resultaría mucho más efectivo, pero la mente de Irv *no* funcionaba así. Mientras avanzábamos con ruidosos pasos por el sendero, llegaron a mis oídos desde la cabaña los brillantes sonidos y los espacios vacíos llenos de ecos de la música serial que tanto entusiasmaba a Irv. En su juventud, antes de decidirse por la ingeniería metalúrgica, Irv estudió composición en el Carnegie Tech con un músico emigrado, discípulo de Schonberg, y escribió algunas piezas inaguantables con títulos como «Moléculas I-XXIV», «Concierto para botella de Klein ^[17]» y «Reductio ad infinitum». Así era como funcionaba la mente de Irv.

A mitad de camino hacia la cabaña, me detuve y contemplé el lago, azul y jaspeado como el capó de un Buick y con una forma que recordaba vagamente un calcetín. Y en el talón del calcetín había un pequeño cobertizo para guardar barcas y un embarcadero en miniatura, en el que estaban Deborah Warshaw y Emily en sendas *chaises longues*. Emily nos daba la espalda, pero Deborah nos saludó con las manos, hizo bocina con ellas y gritó:

—¡Grady!

Emily se volvió y me miró. Al cabo de unos instantes, levantó la mano y nos saludó sin mucho entusiasmo. Llevaba unas gafas de sol con forma de bucle y era imposible descifrar su expresión a aquella distancia. Supuse que *El grito* de Munch podría ser una apuesta ganadora.

—Es mi mujer —dije.

—¿Cuál de las dos?

—La que está a punto de sufrir un paro cardíaco. La del traje de baño azul.

—Nos está saludando —observó James—. Es una buena señal, ¿no?

—Supongo que sí —admití—. Apuesto a que está alucinando.

—¿Y qué es lo que lleva la otra?

Miré con atención. Sobre el pecho de Deborah se vislumbraban dos pálidos óvalos, como las cazoletas de un bikini, decorados con sendos rosetones más oscuros en el centro.

—Lleva los pechos al aire —dije.

Junto a su silla, en el embarcadero, había una botella baja, ancha y angulosa, con un líquido oscuro, y una pila de lo que parecían revistas, pero que debían de ser cómics. Deborah no tenía un buen nivel de lectura en inglés y raramente leía otra cosa. No me pareció que fuese un día tan caluroso como para tomar el sol en topless, pero era propio de Deborah decidir que la mejor manera de prepararse para el *seder* familiar era beber Manischewitz y tomar el sol medio desnuda leyendo *Betty y Veronica*. Deborah era siete años mayor que Emily, pero, paradójicamente, conocía a sus padres desde hacía mucho menos tiempo. Tenía casi catorce años cuando llegó de Corea y, a diferencia de Emily y Phil, jamás logró amoldarse del todo a la vida americana ni a una casa construida de modo chapucero con materiales de lo más variopinto, como todos los inventos de Irving Warshaw. Lamentaba no haber podido celebrar el *bat mitzvah*^[18], a causa de la edad a la que había sido adoptada, y yo sabía por pasadas pascuas que consideraba el *seder* como una especie de innecesaria e infinitamente más tediosa reduplicación de la comida del Día de Acción de Gracias. Deborah era una especie de antítesis de Emily; era normal y corriente, mientras que Emily era guapa; era agresiva, mientras que Emily era sosegada; era dada a las rabietas y a la exaltación, pero inepta, a diferencia de Emily, que era un modelo de reflexión y saber estar en su sitio. Yo siempre había pensado que era como si los Warshaw hubiesen adoptado una niña salvaje, criada por los lobos.

—¡Hola, Grady!

Trazó un lento círculo en el aire con una mano. Quería que nos acercásemos a saludarlas. Emily seguía sentada, inmóvil, con un cigarrillo en la mano, mientras el viento mecía su lacio cabello negro. Me di cuenta de que todavía no me sentía preparado para encontrarme cara a cara con ella. Así que le respondí con un alegre saludo con la mano y un simpático meneo de cabeza, me volví y conduje a James hasta la cabaña. Llamé a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Irv.

Cuando estaba allí dentro y alguien llamaba nunca decía directamente «Adelante».

—Soy Grady —respondí.

Se oyó rechinar una silla contra el suelo de madera y un «¡ay!» proferido en voz baja mientras Irv trataba de ponerse en pie.

—No te levantes —dije mientras empujaba la puerta y pasaba de la intensa luz exterior a la penumbra y el inagotable frescor de aquella cabaña en la que

antiguamente se guardaban los alimentos durante el verano. El manantial que brotaba en su interior se había secado en los años veinte, pero, a pesar de todos los cambios que había introducido Irv a lo largo del tiempo, dentro se seguía sintiendo el fresco que procuraba el agua del pozo artesiano y reinaba un aire de perpetuo crepúsculo, como si estuvieses en una caverna y la árida música que entusiasmaba a Irv fuese el sonido del agua goteando desde las altas estalactitas en el insondable y oscuro pozo.

—Adelante, adelante —dijo Irv, que dejó el libro que estaba leyendo y gesticuló con sus brazos como aspas de helicóptero desde la recargada butaca. Mientras entrábamos, se agarró la rodilla en la que llevaba la prótesis y logró levantarse. Me acerqué a él, nos estrechamos las manos y le presenté a James. No nos habíamos visto desde enero, y me sorprendió comprobar que durante ese tiempo el cabello se le había vuelto completamente gris. Por lo visto, los sucesivos desastres matrimoniales de sus hijas le habían afectado mucho. Tenía los ojos enrojecidos y las ojeras delataban la falta de sueño. A pesar de que llevaba, como solía en las celebraciones familiares, pantalón de vestir, zapatos ingleses negros y corbata, la camisa tenía arrugas y manchas de sudor en las axilas, e iba muy mal afeitado, con numerosos pelos blancos en la barba y abundantes cortes.

—Tienes un aspecto magnífico —le dije.

—¿Qué te ha pasado en el pie? —Bajó el volumen de estéreo—. Cojeas.

Miré a James y dije:

—He tenido un accidente. —Como vi que la respuesta no satisfacía a Irv, añadí —: Me ha mordido un perro.

—¿Te ha mordido un perro?

—Tal como suena —respondí, y me encogí de hombros.

—Déjame echarle un vistazo —me pidió, y señaló mi tobillo—. Acércate a la luz.

—No tiene importancia, Irv, en serio. ¿Qué estabas leyendo?

—Nada. Ven aquí, déjame echarle un vistazo.

Me agarró por el codo e intentó apartarme de su butaca y llevarme hasta una lámpara de pie con la pantalla rota. Me liberé de su mano y fui a mirar qué estaba leyendo cuando entramos, porque me divertía tomarle el pelo por sus lecturas, que eran del tipo *Estructuras permeables al gas en el diseño de polímeros* o *Análisis modal de la música sacra italiana pretonal del siglo xvii*. Cuando quería relajarse, leía algo de Frege ^[19] o un viejo libro de George Gamow ^[20] mientras masticaba la colilla de un apestoso puro. Había dejado el libro boca abajo, abierto sobre el brazo de la butaca. Era un volumen en tela, con una encuadernación azul de biblioteca, y el título impreso en blanco en el lomo: *Tierras bajas*. Noté que me ponía colorado y al levantar la vista comprobé que también a Irv se le habían subido los colores.

—¿Has tenido que pedirlo prestado en la biblioteca? —le pregunté.

—No encontraba mi ejemplar. Ven.

Irv me condujo hasta la lámpara. Bajo su dominio, la cabaña estaba dividida, de manera invisible pero estricta, en tres zonas. En primer lugar, la sala de lectura, con sus dos butacas de orejas, un par de lámparas, una estufa eléctrica y una pared con estantes repletos de sus libros sobre metalurgia y teoría musical. En el centro estaba el laboratorio, con su tina y su par de obradores, uno lleno de cosas y el otro vacío, en los cuales realizaba sus trabajos mecánicos y químicos, desde reparar un tostador hasta desarrollar una sustancia capaz de adherirse al revestimiento de teflón. Y, por último, en el extremo opuesto había un catre plegable del ejército con una pila de mantas y una nevera llena de latas de cerveza Iron City Light, de las que cada tarde a las cinco se bebía una —ni una más ni una menos— a modo de medicina. De hecho, había montado un tinglado envidiable. Irv había redescubierto, como sólo un número sorprendentemente escaso de hombres hace, que el secreto para la completa felicidad de un varón es un chalé bien equipado. En una ocasión tratamos de calcular cuántas horas se había pasado allí desde su jubilación, y contando por lo bajo llegamos a estimar que unas veinte mil. Creo que Irene habría multiplicado por dos la cifra.

—Ven aquí. —Irv apartó mi libro y dio una palmada en el brazo de su butaca, lo que levantó una espesa nube de polvo—. Pon aquí el pie. Y tú, James, siéntate, por favor.

Me apoyé en su hombro para mantener el equilibrio y puse el pie sobre la butaca. Me subí el dobladillo de los tejanos y, con sumo cuidado, me bajé el calcetín. No me había preocupado de vendarme de nuevo la herida, y al verla me estremecí. Las cuatro marcas del tobillo se habían ennegrecido y arrugado. Alrededor de los mordiscos la carne estaba hinchada y rojiza, y sembrada de manchas amarillentas. Aparté la vista. Sin saber por qué, me sentía avergonzado.

—Tiene muy mal aspecto —dijo James.

—Se ha infectado —opinó Irv mientras se agachaba para examinar las heridas más de cerca.

Olía a brillantina, cuero y sudor, con lo que se mezclaba la fragancia —entre piel de naranja y Listerine— de Lucky Tiger, la loción para después del afeitado que se ponía en las ocasiones especiales. Yo seguía de pie, con los ojos cerrados, aspirando aquel olor familiar. Me pregunté si sería la última vez que lo olería.

—¿Cuándo te ha mordido el perro?

—Anoche —dije. Realmente, parecía que hiciese mucho más tiempo—. Pero estaba vacunado y demás —añadí, porque me pareció razonable suponerlo—. Bueno, ¿qué mosca te ha picado para leer esa vieja novela?

—La vi en la biblioteca ayer por la tarde. —Se encogió de hombros—. Estaba pensando en ti. —Me dio una palmada en la rodilla, y el golpe me hizo sentir una punzada de dolor en el tobillo—. No te muevas. Te voy a limpiar la herida.

Se enderezó y fue hasta su laboratorio. Permanecí inmóvil, contemplando un

mapa de Marte del National Geographic que Irv había clavado en la pared con chinchetas, justo encima de la butaca. Tuve que contener unas lágrimas de agradecimiento por su solicitud.

—Bueno, James —dijo Irv mientras rebuscaba ruidosamente en cajones y armarios, sacaba botellas, leía las etiquetas y las volvía a guardar—, deduzco que te entusiasma Frank Capra.

Me quedé perplejo; estaba seguro de que nunca le había hablado de James Leer y su cinefilia. Miré a James, que estaba de pie junto a la butaca, con el ejemplar de *Tierras bajas* en la mano derecha, mientras que la izquierda colgaba en un extraño ángulo detrás del libro abierto.

—Es..., uh..., es uno de mis cineastas favoritos —reconoció James—. Quiero decir que lo era. Murió el otoño pasado.

—Lo sé.

Irv volvió con un poco de algodón, una botella de alcohol, unas cuantas gasas, un rollo de esparadrapo y un tubo de unguento antibiótico bastante aplastado y enrollado. Se inclinó poco a poco hasta arrodillarse sobre la rodilla en la que llevaba la prótesis.

—¡Oooh! —gimoteó mientras la doblaba—. ¡Caramba!

Destapó la botella de alcohol, empapó el algodón y empezó a desinfectarme las heridas dando toques suaves. Me estremecí.

—¿Pica?

—Un poco.

—¿Te lo has hecho con una navaja? —le preguntó a James al tiempo que giraba la cabeza para mirarlo.

James pareció sentirse atrapado.

—Con una aguja —respondió.

—¿De qué demonios estáis hablando?

—De su mano —me aclaró Irv—. Tiene grabado el nombre de Frank Capra. Enséñaselo.

James dudó unos instantes y después sacó lentamente la mano izquierda de detrás del libro. Entonces vi las leves marcas rosadas que debían de haber sido letras grabadas en el dorso de la mano. Hasta entonces nunca me había fijado en ellas.

—¿Realmente pone «Frank Capra» en tu mano, James? —le pregunté.

Asintió y dijo:

—Me lo hice el día que murió, el tres de septiembre.

—¡Joder! —Meneé la cabeza y miré a Irv—. Es un fanático del cine —le comenté.

Irv se puso un poco de unguento en la punta del dedo índice.

—Hay que serlo para hacerse eso —dijo.

Extendió con suma delicadeza el unguento sobre las heridas. Se me ocurrió pensar que, bien mirado, las cicatrices que me quedarían en el tobillo no se habían producido de una manera mucho más razonable que las de la mano de James.

—Bueno —le dije a Irv al cabo de un minuto—. ¿Qué te parece?

—¿Qué?

—El libro. *Tierras bajas*.

—Ya lo había leído.

—Sí, pero ¿qué te ha parecido esta vez?

—Es una obra de juventud —dijo, no sin benevolencia—. Me ha hecho recordar cómo me sentía cuando era joven.

—Tal vez debería releerlo.

—¿Tú? No me parece que corras ningún riesgo de envejecer prematuramente. —Este comentario no me sonó como un cumplido—. ¿De quién era el perro que te ha mordido?

—Oh, de la rectora —le dije, y volví a contemplar el mapa de Marte—. Ayer noche hubo una fiesta en su casa.

—¿Y no te van a echar de menos en el festival literario? —preguntó Irv mientras se apartaba un poco para echar un vistazo a las heridas—. Tus alumnos.

—Volveré mañana —dije—. Además, he traído conmigo a uno de ellos.

—Muy inteligente por tu parte —comentó Irv—. Recuerdos a la rectora. Una mujer encantadora.

—Ajá —dije con la mirada perdida en un imponente cráter marciano denominado Nix Olympica.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Irv.

—¡Hola, papá! ¡Hola, Grady!

Era Philly, o más bien su cabeza y la parte superior de su torso que asomaban por la puerta de la cabaña mientras sus dedos agarraban la jamba como para evitar darse de bruces contra el suelo. Si bien en el pasado había sido testigo de alguna que otra muestra de mutuo afecto entre ellos, los hombres de la familia Warshaw solían tratarse con cierto despego y parecían sentirse cohibidos si estaban juntos. Irv tenía su cabaña, y el territorio de Philly, cuando iba a aquella casa, era el sótano. En lo posible, se mantenían a cierta distancia el uno del otro.

—Éste es James —le presenté.

Philly saludó con la cabeza y dijo:

—¡Hola! ¡Dios mío, Grady, qué te ha pasado en la pierna!

—Me he cortado al afeitarme.

Contempló cómo Irv desplegaba una gasa y la cortaba a la medida adecuada con los dientes.

—¿Habéis visto las tetas de Deb?

—Sí —respondí—. Las hemos visto.

Sonrió y dijo:

—Bueno, escucha: uh, mamá me ha enviado a preguntarle a nuestro huésped si querría venir a ver a Grossman.

—¿Quieres ir, huésped? —le pregunté a James.

—No lo sé —respondió, y miró a Philly con cautela. Philly Warshaw era un chico apuesto, delgado, con la piel de color té con leche y una mandíbula perfecta. Vestía una immaculada camiseta blanca y tejanos. Llevaba el pelo, espeso y erizado, muy corto y en los antebrazos se le marcaban las venas—. ¿Quién es?

—Una serpiente, tío —le informó Philly—. Una jodida boa constrictora.

—Ve —le dijo Irv—. Yo me ocupo de Grady.

James se encogió de hombros y me miró. Asentí. Dejó el libro y salió detrás de Philly. Oímos sus pisadas a lo largo del sendero de tablas, alejándose en dirección a la casa.

—Espero que realmente sea capaz de escribir —dijo Irv.

—Lo es —le aseguré—. Es un buen chico. ¡Ay! Quizá va un poco a la deriva.

—Entonces ha venido al lugar adecuado —dijo Irv—. Estáte quieto.

—Bueno, Irv.

—No sé qué te pasa. —Me rodeó el tobillo con una mano para aguantar el vendaje, mientras con la otra se llevó el rollo de esparadrapo a la boca. La presión de sus dedos era suficientemente fuerte para resultar dolorosa—. Tú y Emily. Si esto le sucediese a Deborah —dijo, con voz entrecortada—, vale, eso lo podría entender. Me entristecería que sucediese...

—Irv, no sé, es...

—Ha hablado con su madre. —Con rabia, cortó el esparadrapo con los dientes y lo pegó sobre el vendaje—. Parece que conmigo no quiere hablar.

—Es una situación difícil para Emily —le dije—. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Se lo guarda todo para sí. —Colocó el último trozo de esparadrapo sobre el vendaje y me dio una palmadita con tal delicadeza que se me llenaron los ojos de lágrimas. Levantó la vista y se las arregló para sonreír un poco—. Creo que eso lo ha heredado de mi.

Después bajó la cabeza y se quedó mirando las gasas y medicinas esparcidas por el suelo a su alrededor.

—Irv... —dije.

Le tendí la mano y le ayudé a ponerse en pie.

—Se supone que las familias deben crecer —comentó—. Ésta, en cambio, no hace más que reducirse.

Salimos de la cabaña y contemplamos los últimos y oblicuos rayos de sol de

aquel atardecer de abril. Ya no había nadie junto al lago, y nos quedamos allí unos instantes, mirando las *chaises longues* vacías en el embarcadero y el sol ya muy bajo sobre las amarillentas y desnudas colinas de Utopia.

—No tengo intención de marcharme —dije, sólo para comprobar lo verosímil que era capaz de hacer que sonase esta afirmación.

Irv sonrió amargamente y me dio una palmada en el hombro, como si mi interpretación hubiese sido perfecta.

—Dame un respiro, Grady —dijo.

En la casa había un único lavabo, en el piso superior, al final del pasillo, en una amplia buhardilla de proporciones irregulares. Era un bonito lavabo, con un friso acanalado, grifería de cobre y una enorme bañera con cuatro patas, pero, dado el comportamiento impredecible de los intestinos de Irving y la notable tendencia de las mujeres de su familia a eternizarse en la bañera, era un lugar muy solicitado y, por lo general, siempre estaba ocupado cuando más necesidad tenías de visitarlo. Al regresar a la casa, subí por las escaleras para echar una meada y me encontré con que la pesada puerta de cuarterones estaba cerrada. Golpeé suavemente con los nudillos tres veces, dando mi nombre en código Morse.

—¿Sí?

Di un paso atrás.

—¿Em? —dije—. ¿Eres tú?

—No —respondió Emily.

Giré el pomo de la puerta. No estaba puesto el pestillo; todo lo que tenía que hacer era empujar ligeramente. Pero lo que hice fue soltar con sumo cuidado y sin hacer el más mínimo ruido el pomo y retirar la mano. Y me quedé allí, contemplando la puerta cerrada.

—Yo..., uh..., necesito hacer pis, chica. —Tragué saliva, consciente de la delicada situación que provocaría la pregunta que iba a hacerle, ya que dejaría al descubierto las dañadas entrañas de nuestra confianza e intimidad—. ¿Puedo...? ¿Te importa que entre?

Se escuchó un chapoteo y el leve eco en la porcelana.

—Estoy dándome un baño.

—De acuerdo —le dije a la puerta, contra la que apoyé la frente. Escuché el ruido de una cerilla al encenderse y después la lenta exhalación de Emily, entremezclada con un suspiro de irritación. Dejé pasar treinta segundos y decidí bajar por las escaleras y salir al jardín.

Descendí por el camino de acceso a la casa, hacia la carretera de Kinship, levantando la vista hacia las ramas de los árboles para dar con un olmo marchito contra el cual mear sin ofender a la ley judía. El aire traía un aroma fresco y huidizo de corteza húmeda, y, a pesar de la negativa de mi esposa a dejarme compartir su desnudez —me dolió en el alma pensar que posiblemente no volvería a verla desnuda—, me sentía feliz de estar fuera de la casa, solo, llevando en mis entrañas el puño cerrado que era mi repleta vejiga. Llegué a un recodo del camino y vi a mi cuñada Deborah. Caminaba alicaída unos quince metros por delante de mí, envuelta en un vaporoso vestido púrpura cuya cola arrastraba por el suelo de gravilla como si fuera un pequeño tren. Llevaba un cigarrillo encendido y tarareaba para sí, con voz de falsete, lo que parecía la parte lenta y gimoteada de «Whole Lotta Love». Sabía que lo prudente era dejarla sumida en sus inimaginables ensueños, pero estaba alterado y

confundido por la reacción de Emily, y en el pasado, en algunas ocasiones, los consejos de mi cuñada, si bien nunca me habían resultado útiles, sí me habían proporcionado cierto bienvenido aturdimiento, como los avisos de un pájaro oracular. Oyó el sonido de mis pisadas en la gravilla y se volvió.

—¡Qué sorpresa! —exclamé, a modo de saludo.

—¡Hola, Doc! —dijo ella.

—¡Vaya vestido!

La tela llevaba entretejidos pequeños espejitos plateados y el dibujo parecía diseñado inspirándose en el efecto psicodélico, como de cachemira de neón, que visualizas después de cerrar los ojos y presionártelos con fuerza con los nudillos. Era la clase de modelo que se suele ver colgando en el armario de las mujeres que sólo tienen un vestido.

—¿Te gusta? Es de la India, o por ahí —me comentó Deborah, y aplastó sus labios fruncidos contra mi mejilla, su versión de un beso, y me dio un doloroso apretón de manos—. ¿Te ocurre algo?

—Em..., no me ha dejado entrar en el lavabo a echar una meadita. Estaba dentro, tomando un baño.

—Está hasta el moño de ti, Doc —me explicó—. Le han llegado rumores de que te lo montas con otra. —Doc era el apodo que Deborah me había puesto. Años atrás, al principio, me llamaba Gravy, y después Gravy Boat, que se metamorfoseó, de un modo que supongo que mi físico hizo inevitable, en Das Boot ^[21]. En determinado momento Deborah se olvidó del Boot y al cabo de un tiempo el Das acabó convertido en Doc, apelativo que, dado que siempre que había una emergencia yo disponía de un buen surtido de fármacos, acabó adoptando definitivamente. Deborah había accedido al idioma inglés tarde, como ya he explicado, y era imposible predecir lo que podía suceder una vez que un concepto como *gravy boat* se introducía en su cerebro—. ¡Cabrón! —Me lanzó un suave puñetazo al estómago—. ¡Saco de mierda!

—¿En serio que ha oído decir eso? —pregunté, sin tomarme su agresión muy en serio. Una de las cosas que siempre había admirado en Deborah era su inconsciente aspereza en su trato con los hombres en general y conmigo en particular. Había desembarcado en nuestras costas con muy pocas cosas en su equipaje aparte de los siete mayores insultos en inglés, a los que había seguido devotamente apegada a lo largo de todos aquellos años, al igual que a otros recuerdos (un marchito ramo de orquídeas, una rancia e intacta tableta de chocolate que le habían dado en el orfanato para el viaje) de su emigración a los Estados Unidos—. ¿Y dónde lo ha oído, si puede saberse?

—¿Crees que se lo he dicho yo?

—La verdad es que me da igual —dije—. ¿Qué tal estás, chiquilla?

Estiré el brazo para apartarle un mechón de pelo que le caía sobre el ojo derecho

y ella miró hacia otro lado. Tenía una bonita y espesa cabellera, que utilizaba para taparse la cara, una cara anodina que perdía todavía más por la poca estima en que Deborah le tenía. Odiaba su nariz, que consideraba a un tiempo bulbosa y excesivamente pequeña; se refería a ella —de manera muy original, en mi opinión, aunque resultaba lastimoso— como su púding. Sus ojos, aunque muy expresivos, bizqueaban terriblemente, y cuando sonreía sus dientes asomaban como granos de maíz en la punta de una panocha.

—No sabes nada sobre monos, ¿verdad?

—No tanto como debiera.

—¿Son buenos animales de compañía? Estaba pensando en comprarme un mono. Un mono ardilla, ya sabes, uno de esos pequeños, para llevarlo en el hombro. ¿Sabes algo sobre los monos ardilla?

—Sólo que asesinan a sus dueños.

Deborah me mostró su torcida dentadura.

—De todas formas me sigues cayendo bien, Doc —dijo, con su habitual tono insincero. Como muchas personas a las que sólo les queda un ligerísimo acento de su lengua original, sus palabras siempre sonaban algo falsas—. Quiero que lo sepas. Todo el mundo opina que eres un capullo. Pero yo no. Quiero decir que yo también, pero que aun así me caes bien.

—¡Eso es estupendo! —dijo—. Eres la persona peor dotada para juzgar a los demás que conozco, Deb.

—Sí, en eso tienes toda la razón —admitió, y por un momento pareció deprimirse. Su último marido, por ejemplo, un dentista medio coreano llamado Alvin Blumentopf con el que estuvo casada durante un año entero, recibió una paliza de unos prestamistas por impago de deudas de juego y dos años después fue declarado culpable de fraude fiscal y enviado a la prisión federal de Marion. El hecho de que Deborah se hubiese enamorado de él prácticamente garantizaba semejante destino—. Gracias por recordármelo, ¿vale?

Tiró el cigarrillo a medio fumar al suelo, como si se hubiese hartado de él. En ciertas situaciones, Deborah resultaba mucho más sensible que Emily, y recordé que siempre se me olvidaba —deslumbrado por su desenvoltura y aire desenfadado— lo fácil que resultaba herirla en sus sentimientos. Apagué el cigarrillo por ella, aplastándolo con el pie.

—¡Qué caballero! —dijo—. Bueno, vale, así que no te ha dejado entrar en el lavabo.

—Ni siquiera se ha dignado a dirigirme la palabra.

—¿No ha abierto la boca?

—No, pero la verdad es que sólo he esperado veinte minutos.

—¿Y después has salido para orinar aquí fuera?

—Sí —dije, y me dirigí hacia un árbol cercano que, tras una meticulosa inspección, me pareció aceptablemente marchito—. ¿Me disculpas?

—¿Puedo verte la salchicha?

—Claro. —Me coloqué detrás del árbol y me bajé la cremallera—. ¿Tienes un bolígrafo?

—No, ¿por qué?

—Quiero dibujarle una cara en la punta para enseñártela.

—¿Los gusanos tienen cara?

—Vas a conseguir que me deprima.

—Doc —dijo Deborah—, ¿cuántas veces has estado casado?

—Tres.

—Tres. Igual que yo.

—Igual que tú.

—Y apuesto a que las engañaste a todas.

—¡Oh! Más o menos.

—¿Y yo soy la persona peor dotada para juzgar el carácter de los demás con la que te has topado?

—Ajá —dije. Acabé la operación, me subí la cremallera y salí de detrás del árbol—. Bueno, y aparte de pensar en monos, ¿qué estabas haciendo aquí, Deb? ¿Emprendías la huida de Egipto?

—Oh, no lo sé. Daba una vuelta alrededor del establo, mirando debajo de las boñigas de vaca.

—¿Buscas setas? —Asintió—. ¿Has encontrado alguna? —Asintió de nuevo—. ¿Te las has comido? —Me miró de hito en hito, con los ojos muy abiertos, iluminados por la escasa luz del atardecer, y el rostro inexpresivo—. ¡Por Dios, Deb, es una locura!

Me dio un suave puñetazo en el brazo y sonrió jovial.

—Te he asustado, ¿eh? —Metió la mano en uno de los bolsillos del vestido y sacó un sucio puñado de escuálidas setas grisáceas—. De momento me he limitado a guardarlas, por si las cosas se ponen realmente insoportables.

Se las volvió a guardar en el bolsillo y del otro sacó un paquete de cigarrillos. Cuando podía encontrarla, fumaba una repugnante marca coreana sin filtro llamada Chan Mei Chong, que costaba el doble que un paquete de cigarrillos americanos y olía a piel de cerdo chamuscada.

—Cuando ayer vi a Emily —encendió el cigarrillo sin apartar su intensa y bizca mirada de la llama—, supe que tenía alguna cosa que contarme. Ya sabes que en esos casos toda su cara parece replegarse alrededor de su nariz.

—Ajá.

—Pensé que iba a decirme que estaba embarazada.

—¡Qué curioso! —dije, con un tono ligeramente apagado.

—¿Qué es curioso?

—Nada.

—Dímelo.

Llegados a este punto, debo decir que no confiaba en absoluto en Deborah y no tenía ninguna razón para pensar que ella confiase en mi. Siempre que estábamos juntos a solas, como entonces, notaba que ambos nos sentíamos incómodos —nos dábamos abundantes puñetazos, nos insultábamos y nos balanceábamos ahora sobre un pie, ahora sobre el otro, contemplando cómo el humo salía de nuestras bocas—, debido a motivos de índole en parte sexual y en parte social, pero que mayormente tenían que ver con nuestro conocimiento de los más íntimos secretos del otro, a pesar de no haberlos compartido jamás. En otras palabras, era mi cuñada.

—La mujer en cuestión —dije al cabo de un rato, con un hondo suspiro—, ésa de la que nunca le has dicho nada a Emily...

Frunció los labios y expulsó una gran bocanada de humo en dirección a Pittsburgh.

—La rectora.

—Está embarazada.

—¡Joder! ¿Y Emily lo sabe?

—Todavía no —dije—. Yo mismo acabo de enterarme. Digamos que es la razón por la que he venido.

—¿Qué? ¿Piensas anunciarlo durante la cena?

—Lo pensaré.

Meneó la cabeza, me miró un instante y apartó la vista. Se quitó una brizna de tabaco del labio inferior.

—Tu amante está casada, ¿no es así?

Asentí y dije:

—Con el director de mi departamento. O sea, digamos que con mi jefe.

—¿Y va a tener la criatura?

—No, creo que no. Espero que no.

—Entonces no le digas nada a Emily.

—Tengo que hacerlo.

—No, no tienes por qué. Al menos, no esta noche. ¡Joder, Doc!, ¿qué prisa tienes? Espera un poco. A ver qué pasa, ¿no? ¿Por qué tienes que contárselo si al final ni siquiera va a haber un bebé por medio? Le vas a hacer mucho daño.

Estaba impresionado. Aunque sabía que ella y Emily tenían una muy buena relación, era extraño verla mostrarse tan abiertamente preocupada por su hermana. En parte porque, por más que hubiera aterrizado en medio de la familia Warshaw, Deborah nunca dejó de considerar en su fuero interno que eran un grupo de extraños

y que, por muy buenas intenciones que tuvieran, no estaban a su altura; no eran más que una tripulación de rudos pescadores que había rescatado a la única superviviente de una familia imperial cuyo yate había naufragado. Ella, claro. Posó suavemente su mano sobre mi brazo y me pregunté si no tendría algo de razón. ¿Por qué herir los sentimientos de Emily más de lo que ya lo había hecho? Entonces me recordé a mí mismo que me encantaba escuchar argumentos a favor de soluciones que me evitasen un mal trago, y meneé la cabeza.

—Tengo que hacerlo. He prometido que lo haría.

—¿A quién se lo has prometido?

—Oh —dije—, a mí mismo.

Entonces, ¿qué más da? No vendrá de una promesa incumplida más o menos, me dijo Deborah con la mirada.

—¿Pasarás la noche aquí? —me preguntó.

—No lo sé. Tal como van las cosas, probablemente no.

—Entonces deja que se lo diga yo. Después que te hayas marchado.

—¡No! —Me arrepentí de habérselo contado a Deborah, que, además de un genuino cariño por Emily, también sentía, como buena hermana mayor, un particular entusiasmo por ver a su hermanita horrorizada y abriendo una boca de a palmo—. ¡Por el amor de Dios, Deb, júrame que no le dirás ni una palabra a nadie! ¡Por favor! Todavía no he decidido qué voy a hacer, eso es todo.

—¿Y a qué esperas? —preguntó, con un tono inequívocamente despectivo.

—¡Eh, vete a tomar por el culo! —repliqué—. Ya lo decidiré. Venga, ¿me lo juras?

—Sí —dijo, y su ligero acento coreano revoloteó en sus palabras—. Seré una tumba.

—Muy bien.

Asentí con firmeza, como para mostrar que confiaba en su palabra.

—¡Dios mío, Doc! —dijo—. ¿Cómo te las arreglas para joderlo todo y de un modo tan retorcido?

Le respondí que no lo sabía. Me volví hacia la casa.

—Será mejor que vaya a rescatar a James de las garras de Philly —comenté—. ¿Vienes?

Parecía a punto de añadir algo, pero finalmente se limitó a asentir y me siguió. Subimos por el camino de acceso hacia la casa acompañados por los crujidos de la gravilla a cada paso que dábamos.

—¿Quién es ese chico? —preguntó Deborah—. El tal James.

—Un alumno mío.

—Es guapo.

—Por favor, déjalo en paz.

—Me ha dicho que le gustaba mi vestido.

—¿Sí? —pregunté, y lancé una burlona mirada de escepticismo al vestido en cuestión—. Es un chico muy educado.

—¿Muy...? ¡Eh, vete a la mierda! —dijo secamente, sin el menor asomo de hilaridad, y comprendí que había vuelto a herirla en su amor propio. Se detuvo en medio del jardín y se miró el vestido—. Es horroroso, ¿no?

—No, Deb, es...

—¡Mierda, no me puedo creer que haya comprado esto! —Su tono de voz cambió de repente: ahora chillaba—. ¡Míralo!

—Me parece muy bonito —le dije—. Te sienta estupendamente, Deb.

Pasó por delante de mí, llegó hasta la puerta trasera y abrió la mampara de tela metálica contra los insectos, pero no entró. Al llegar junto a ella vi que trataba de vislumbrar su débil reflejo en el cristal translúcido de su puerta.

—Voy a cambiarme —anunció, con el ceño fruncido. Le temblaba la voz—. Parezco una jodida tienda de campaña hippie o algo por el estilo. Se diría que llevo a algún vendedor de bongós bajo la falda.

Le posé una mano sobre el hombro, tratando de consolarla, pero la rechazó y abrió la puerta bruscamente. Entró en la casa, atravesó la cocina y desapareció escaleras arriba entre un gran estruendo de pisadas. Por mi parte, fui absorbido por la chisporroteante humareda de la cocina, donde Marie, ya vestida para la cena, removía la sopa de bolas de *matzoh* en la sopera. Me miró arqueando una ceja y levantó el cucharón como si fuera un signo de interrogación.

—Estaba volviendo a cogerle el tranquillo al ambiente familiar —dije.

Bajé al sótano para rescatar a James Leer y me lo encontré ante la mesa de ping-pong, frente a Philly Warshaw, con una pala en la mano. Estaban jugando una partida de ping-pong cervecero, una especie de novatada a la que, en su época más desmadrada, Philly sometía a cuanto pretendiente o joven varón en general visitaba la casa, yo incluido. Había consenso entre los miembros de la familia Warshaw sobre el hecho de que la época desmadrada de Philly se había prolongado excesivamente, pero al fin había sentado la cabeza, y sólo cuando iba a Kinship y no tenía que conducir volvía a beber como una esponja; supongo que era algo que hacía más estimulantes sus visitas a la familia. Me senté en la escalera para contemplar el partido.

—Tómatelo con calma, James —le dije.

—No se le da mal —comentó Philly, que golpeó con un gesto exagerado la bola y le dio el efecto justo para enviarla directamente al vaso de cerveza colocado sobre la punta de la línea central, en el lado de la mesa que ocupaba James Leer—. Está jugando bien. —Sonrió—. De un trago, James.

Obedientemente, James tomó el vaso lleno de cerveza, sacó la bola, se lo llevó a los labios y lo vació de un único e inacabable trago que pareció costarle cierto esfuerzo. Una vez ingerida toda la cerveza, alzó el vaso hacia mí, con una sonrisa boba petrificada en la cara, igual que un chiquillo que trata de parecer mayor sonríe a la concurrencia después de hacer el esfuerzo de tragarse por primera vez una ostra.

—¡Hola, profesor Tripp! —saludó.

—¿Cuántos llevas?

—Éste es el segundo.

—El tercero —le corrigió Philly, y rodeó la mesa para volver a llenar el vaso de James con una lata de cerveza Pabst que sacó de la neverita que tenía en su guarida. Con suma delicadeza, James secó la bola con el faldón de mi vieja camisa de franela. Su cabello había vencido el amarre de la gomina y se distribuía en extraños ángulos por su cabeza. James no paraba de sonreír y los ojos le brillaban, igual que la noche anterior cuando irrumpimos, ante cientos de cabezas vueltas, en el resplandeciente auditorio, riéndonos a carcajadas y sin aliento. Se lo estaba pasando de miedo. Pero era evidente que no aguantaba nada bien el alcohol.

—¿Qué le ha pasado a tu coche? —quiso saber Philly—. ¿De quién es el culo que tiene marcado?

—De un tipo que saltó sobre el capó —le expliqué. Estaba mosqueado con él por haber enredado al pobre James Leer para jugar al ping-pong cervecero, pero tampoco podía echárselo en cara. Phillip Warsahaw era un agente del caos nato y un maestro del desmadre en todas sus formas posibles. Había llegado de Corea en 1965 con la reputación de ser el más travieso e incontrolable chiquillo del orfanato de Soodow, y tras su llegada a los Estados Unidos no tardó nada en dedicarse a lanzarse de cabeza de manera más o menos intencionada a través de ventanas cerradas y a atar a los

niños del vecindario a los árboles. Su carrera como vándalo adolescente se hizo legendaria en el instituto Allderdice; en un cuatrimestre, con la ayuda de un grueso rotulador, cubrió hasta la última superficie lisa de Squirrel Hill, en Greenfield, y algunas zonas de South Oakland de una arcana simbología que finalmente la policía logró identificar como su verdadero nombre, escrito en la caligrafía de su desaparecida madre. Después, en sus desplazamientos a Panamá y las Filipinas como soldado, había encontrado sendos paraísos para dar rienda suelta a sus excesos, y le llevó varios años amoldarse a la vida conyugal una vez estacionado en la base de Aberdeen.

—¿Un tipo? ¿Qué tipo?

—Un tipo llamado..., uh... —miré a James—, Vernon Hardapple.

Philly volvió a lanzar la bola con efecto, pero esta vez no logró meterla en el vaso de James.

—¿Hardapple?

—Era torero —dijo James, sin mirarme. Se preparó para sacar—. Cero a nueve —dijo, y puso la bola en juego con un elegante gesto.

—¿Un torero llamado Vernon Hardapple?

—Estuvo casado con una mexicana —dije—. Aprendió a torear allí.

—Pero ella lo abandonó —continuó James, que devolvió el raquetazo de Philly y envió la pelota fuera de la mesa de juego, hasta una caja llena de viejos números de la revista *Commentary*—. Cero a diez. Y creo que eso le llevó a no tomar las debidas precauciones en la plaza.

Yo no podía aguantarme la risa; James, en cambio, seguía imperturbable, con la mirada fija en la bola.

—¿Le dieron una cornada? —preguntó Philly.

—No, pero un toro lo pateó —dije—. Le rompió la cadera y ahí se acabó su carrera.

—Así que ahora se dedica a torear coches en el aparcamiento del Hi-Hat —continuó James—. Te toca servir.

—El viejo Hi-Hat —recordó Philly, e hizo el primer saque. La bola pasó por encima de la red y se paseó por el borde del vaso de James. No cayó dentro por los pelos. Philly Warshaw era una fiera jugando al ping-pong cervecero—. Once-cero. ¿Todavía vais?

—Alguna que otra vez. —De pronto, me sentí un poco intranquilo. Al recordar el incidente de la noche pasada con Vernon en el Hi-Hat, algo me preocupó. ¿Por qué había asegurado que el coche era suyo, había dicho correctamente la matrícula y había definido como verde esmeralda lo que yo siempre había considerado un espantoso verde culo de mosca? Reflexionando, llegué a la conclusión de que muy bien podía haber sido suyo; Happy Blackmore pretendía haberlo ganado en una

partida de póquer, pero la explicación siempre me pareció algo inverosímil, dada la magnitud cósmica de la mala racha en la que estaba sumido Happy. Esperé durante una semana a que me trajese la documentación del vehículo, pero entonces me enteré por un colega suyo del *Post-Gazette* de que estaba en los montes Catoctin jugándose sus últimos fondos—. ¿Todavía está ese tío cachas como portero? ¿Cómo se llama? ¿Cleon? ¿Clement?

—Sí, sigue ahí.

—El tío tiene unos bíceps de cincuenta centímetros —dijo—. Una vez se los medí.

—¿Clement te permitió medirle los bíceps?

Philly se encogió de hombros y dijo:

—Le gané una apuesta. —Me dirigió una rápida mirada y le lanzó otra bola a James—. Bueno, Grady, he oído..., doce-cero..., he oído que nos has traído un peregil muy especial para la celebración de la pascua esta noche.

—Ajá —dije, y miré a James, que se había sonrojado. Supuse que se había sentido adulado por las atenciones de Philly y, antes de que apareciese yo, había estado alardeando ante él de lo mucho que le enrollaban las drogas—. Tengo un poco en el coche.

—¿Y?

—¿Y qué? —pregunté, cruzándome de brazos.

Philly sonrió y simuló un grito de alarma cuando James consiguió meter la bola en su vaso de cerveza. Levantó el vaso y movió las cejas con un gesto de complicidad dirigido a mí.

—Oh, vale, de acuerdo —dije, fingiendo, como buen porrata, una despreocupada indiferencia ante la perspectiva de colocarme—. Si te apetece...

Me moría de ganas de fumarme un buen canuto. Me puse en pie y me encaminé hacia la puerta del sótano. Philly tiró estruendosamente su pala sobre la mesa.

—¿No seguimos jugando? —preguntó James, afligido.

—Tengo que echar una meadita —dijo Philly, y se dirigió hacia las escaleras—. Nos encontraremos fuera.

—Acompáñame, James —le dije.

Abrí la chirriante puerta del sótano y subí por las escaleras, llenas de telarañas. Antes de que llegase arriba, James tiró del dobladillo de mis pantalones.

—¡Grady! —dijo—. ¡Grady, mira!

Bajé de nuevo al sótano. James me sonrió y me condujo, tirándome de la manga, hasta una amplia y maloliente estructura construida a base de madera de embalaje y tela metálica que ocupaba la esquina opuesta del sótano. Señaló con el dedo y anunció:

—¡Una serpiente!

En el interior de la gran jaula había un tronco de olmo muerto, del cual colgaba un largo y perfecto músculo adornado con unos elegantes pliegues, semejante a una serpiente. Era Grossman, la boa constrictora de tres metros que, para su pesar, llevaba veinte años conviviendo con los Warshaw. Philly la había ganado en una sala de billar de la avenida Liberty durante su último año en el instituto Allderdice, y al otoño siguiente, cuando se alistó, la dejó al cuidado de sus padres. En aquella época Grossman ya no era un ejemplar joven, y su muerte inminente había sido profetizada por los veterinarios y ansiosamente esperada por Irene Warshaw desde el ya lejano día en que Philly les prometió que pronto se haría cargo de ella. Pero Grossman seguía viva en su jaula climatizada, de la que se escapaba regularmente mediante las más diversas estratagemas para atormentar al andrajoso tropel de pollos de Irene y depositar escultóricas e increíblemente apestosas defecaciones por toda la casa, en lugares escogidos con indudable gusto estético.

Le di a James una palmada en la espalda y le dije:

—Es una serpiente, en efecto.

James se arrodilló, deslizó un dedo a través de un agujero hexagonal de la tela metálica e hizo sonidos de besos.

—Creo que le gusto —comentó James.

—Seguro —le confirmé. Traté de recordar si alguna vez había visto moverse a Grossman—. Estoy convencido.

James me siguió escaleras arriba, salimos del sótano y dimos la vuelta a la casa para llegar a mi coche, mientras nos desenganchábamos los trozos de tela de araña que se nos habían pegado en las cejas y labios. Estaba cayendo la noche. Un fular como de cachemira de nubes púrpuras iluminadas por una ya débil luz solar se movía lentamente a través de Ohio hacia el oeste. Se notaba mucha humedad y la hierba rechinaba bajo nuestros zapatos. Olía a estiércol de caballo y a cebollas fritas en grasa de pollo. Una de las vacas que estaban junto al establo hizo un lúgubre comentario sobre la pesada carga que supone la vida. Cuando ya casi habíamos llegado junto al Galaxie, para mi sorpresa, James lanzó un grito de corsario y aceleró el paso en los últimos tres metros. Apoyó las manos sobre la portezuela y dio un salto como para lanzarse en el asiento delantero del descapotable. Daba la impresión de que se había elevado suficientemente y la trayectoria parecía la correcta, pero en el último momento se refrenó e hizo un aterrizaje de emergencia sobre la hierba. Se volvió, con una expresión muy seria, y me dijo:

—Me lo estoy pasando estupendamente, profesor Tripp.

—Me alegro —le aseguré, y alargué el brazo para abrir la guantera. Saqué la bolsita y el papel de fumar y empecé a liar un canuto encima de una zona intacta del abollado capó.

—Son encantadores —continuó James—. Y ese Phil es un fenómeno.

—Lo sé —dije, sonriendo.

—Aunque no parece muy despierto.

—No —dije—. Pero es fenomenal.

—Me hubiera gustado tener un hermano como él —comentó James, en tono melancólico.

—Juega bien tus cartas y tal vez lo consigas —le dije—. Yo diría que la política de esta casa es de puertas abiertas.

—Grady, tú no tienes, digamos, más familia que ésta, ¿no?

—No, lo cierto es que no. Aparte de un par de tías en mi ciudad natal a las que no veo desde hace siglos. —Acabé de arreglar las puntas y las apreté—. Y supongo que de los Wonder. ¡Malditos sean!

—¿Los Wonder?

—Los hermanos de mi novela. Es como si fuesen mis hermanos. —Sorbí por la nariz—. Supongo que eso es mejor que nada.

—Eh, ¿sabes una cosa? ¡Yo estoy en la misma situación! —Se llevó el dorso de la mano a la frente e hizo un gesto melodramático—. ¡Los dos somos huérfanos! —gritó.

Me reí y le dije:

—Estás borracho.

—Tú tienes suerte —comentó, y miró hacia la casa.

—¿Tú crees?

Pasé la punta de la lengua por el papel de fumar.

Los ojos de James se toparon con los míos y, para mi sorpresa, descubrí en ellos un indicio de lástima.

—Grady, ¿recuerdas a ese tipo que ayer por la noche estuvo hablando de, bueno, ya sabes, de que tenía un doble? Un doble que se dedica a arruinarle la vida, y que eso le da mucho material sobre el que escribir. —Mientras hablaba, tenía la mirada fija en la huella de las dos nalgas estampadas en el capó del coche—. ¿Crees que sólo eran paridas?

—No —respondí—. No lo creo, ni mucho menos.

—Yo tampoco —dijo.

—¡Grady! ¡James! —Era Irene, que nos llamaba desde el porche—. ¡Ya es hora de cenar!

—¡Enseguida vamos! —gritó James—. Me parece que Philly no va a venir a encontrarse con nosotros aquí.

—Creo que no —dije—. Es duro ir de desmadrado y escaparse al jardín a fumar un porrete cuando uno es un hombre casado como él.

—Un marido.

—Un marido —repetí. Encendí el canuto y di una larga primera calada. Después

se lo pasé a James—. Toma.

James dudó unos instantes, se acercó el canuto a la nariz y lo olfateó.

—¿Doy una calada?

—Venga.

—Vale. —Alzó el porro y me hizo un gesto con la cabeza, como si levantase un vaso de vino para proponer un brindis—. Por los hermanos Wonder. —Dio una larguísima y ambiciosa calada e inmediatamente empezó a toser—. Me pasa una cosa rara cuando fumo marihuana —se disculpó.

—¿Qué?

—Me hace sentir como si todo hubiese sucedido hace cinco minutos.

—Y así es.

Dio otra calada, más breve, y esperó un poco para espirar el humo. Miró la casa que había construido Irv Warshaw, la enredadera que cubría el porche delantero, las siluetas que se movían detrás de las ventanas iluminadas.

—Creo que en este momento soy feliz —dijo, como hablando consigo, con un tono de voz tan inexpresivo que no me molesté en replicar.

Como judía, Emily era una practicante tan sólo ocasional. Durante nuestro matrimonio, mi percepción como mero gentil de la sucesión de fiestas judías al hilo de su extraño calendario lunar, con sus normas peregrinas y su incomprensible significado, había acabado por parecerse a la que tenía, como fanático del béisbol, de los partidos del campeonato internacional de críquet. Pero siempre había sentido cierta debilidad por la pascua. Me gustaba la impostura y astucia que implicaba la preparación de los alimentos, la manera como el omnipresente «pan de la aflicción» se transformaba mágicamente durante la celebración de la pascua en algo diverso y sabroso —pastelitos de *matzoh*, relleno de *matzoh*, púding de *matzoh* y fideos—; algo parecido a lo que sucede con esos humildes pero ricos mamíferos de los que los indios aprovechan la carne, el pellejo, los huesos, las entrañas y la grasa. Me gustaba el hecho de que la religión judía parecía, por regla general, haber dedicado grandes esfuerzos al arte de encontrar fisuras en sus absurdas reglas; me gustaba lo que eso parecía indicar acerca de su actitud respecto a Dios, el viejo aguafiestas dictatorial y arbitrario, con todas sus maldiciones, sus creaciones y su pasión por la carne asada a fuego eterno. Además de todo esto, con el paso de los años acabé por percatarme de que me producía un intenso placer compartir aquella absurda comida a base de perejil, huesos, huevos duros, galletas y agua salada con un grupo de judíos, tres de los cuales eran coreanos. Para mí suponía la confirmación de que, aunque hubiese fracasado en todo lo demás, como mínimo había cumplido mi temprano sueño de marcharme muy lejos, si no física sí al menos espiritualmente, de mi ciudad natal.

En la época de mi infancia, en esa ciudad sólo había siete judíos. Los cinco miembros de la familia Glucksbringer: el anciano señor Louis P., que cuando yo era niño ya hacía mucho tiempo que se había retirado a la sección de sellos y monedas de los almacenes de la calle Pickman que había fundado cincuenta años atrás; su hijo, Maurice; la esposa de Maurice, cuyo nombre he olvidado, y sus hijos, David y Leona. Estaba también el señor Kaplan, que compró la farmacia Weaver cuando yo iba al instituto, y una guapa mujer pelirroja, casada con uno de los profesores de Coxley, que acudía a la iglesia episcopaliana y celebraba las navidades, pero que se sabía que pertenecía a la familia Kaufmann de Pittsburgh. Hasta que un día mi padre mató a David Glucksbringer y sólo quedaron seis. A menudo me rondaba la idea de si no me habría casado con un miembro de la familia Warshaw en parte para compensar esa terrible pérdida. Los Warshaw también habían perdido a un hijo, y el primer año que me uní a ellos en la mesa del *seder* (Irv, Irene, Deborah, Emily, Phil y el tío Harry, el hermano de Irv, que murió al año siguiente de cáncer de próstata) ocupé la séptima silla.

En aquella ocasión éramos ocho, lo cual implicó sacarle las dos alas a la mesa, ya que, debido a un error de cálculo arquitectónico de Irv, que Irene se encargaba de recordarle periódicamente, el comedor era demasiado pequeño para acogernos a

todos. Irene tuvo que apartar los sofás, mesas de centro y lámparas de pie y apretarnos en la sala, que ocupaba toda la parte frontal de la casa, desde la ennegrecida chimenea de piedra hasta la empinada y torcida escalera que conducía a los dormitorios. Cuando se mudaron de la casa de la avenida Inverness, se trajeron todas sus pertenencias, y ahora se pasaban la mitad del tiempo recolocando los muebles y tropezando con los escabeles. Habían comprado muchos muebles de diseño danés moderno en la época de apogeo de este estilo, y todo era cristal, cuero negro y formas abstractas de teca y caoba, mientras que el acabado interior de la casa consistía en suelo de abeto y paredes de nudosa madera de pino, amarillenta y astillada. Irene siempre estaba amenazando con vender su mobiliario y comprar otro más apropiado, pero ya llevaban cinco años viviendo allí y no habían cambiado ni un simple cojín. Siempre pensé que para Irene mantener la casa repleta de recuerdos de la época de Pittsburgh obedecía a razones sentimentales y era al mismo tiempo su manera de protestar por la mudanza.

Cuando James y yo entramos, Irv ya estaba sentado a la cabecera de la mesa, cerca de la chimenea, con un cojín del sofá en la silla, lo que le proporcionaba unos centímetros de elevación. Philly, con una camisa almidonada con el botón superior desabrochado y el erizado cabello peinado hacia atrás a base de humedecerlo, ocupaba la silla situada a la izquierda de Irv. Ambos rebuscaban en una caja de zapatos llena de *yarmulkas*, esos gorritos que se ponen en la coronilla los judíos, leyendo las inscripciones y tratando de recordar las ceremonias en las que se habían utilizado. Oí los nerviosos susurros de Marie e Irene en la cocina, tranquilizándose mutuamente. Pero de las dos hijas de los Warshaw no había ni rastro. Debían de estar en el piso de arriba o en el exterior, hablando de sus cosas, conspirando o ayudándose a vestirse. Me estremecí ligeramente, lleno de malos presentimientos.

—Andrew... Ab... Andrew Abraham —deletreó Irv, que levantaba con el brazo extendido un gorrito púrpura y escrutaba con el ceño fruncido la inscripción semiborrada del forro—, no sé qué día... de julio de 1964. De tu primo Andy.

—¿En serio?

—Chaval, lo recuerdo perfectamente. Fue en Buffalo. Había miles de mosquitos. Dios mío, fue horrible.

Philly sonrió y movió las cejas a modo de saludo cuando James y yo nos sentamos a la mesa.

—Conque mosquitos, ¿eh? —Introdujo la mano en la caja y sacó un gorrito dorado—. ¿Y se te metieron en la nariz? Odio que lo hagan. Eh, huéspedes, ¿cómo va eso?

—Hola —respondimos James y yo, mal sincronizados, y los tres estallamos en risas. Irv nos miró, perplejo, tratando de descifrar dónde estaba la gracia. Tomó un par de gorritos y nos los ofreció a James y a mí.

—En la nariz —dijo, mientras le daba a James un gorrito negro y a mí uno azul marino y escrutaba nuestros rostros con ojos de ingeniero—, en la boca, en las orejas... Fue horrible. Tomad, James, Grady.

—Gracias —dijo James. Examinó su gorrito con una expresión mezcla de duda y respeto, como si Irv le hubiese entregado una tortita milagrosa en la que, según alguna leyenda, hubiese aparecido el rostro de un santo.

—Phillip y Marie Warshaw —leyó Philly en el interior del gorrito dorado—. 11 de mayo de 1988. —Ladeó la cabeza y levantó la vista hacia el techo—. *Creo* que estuve presente. ¿No fue en esa ocasión cuando el padre del novio y el tío de la novia se enzarzaron en una discusión sobre Arnold *Shoneberger* y se pusieron a gritar de tal manera que todos los bebés empezaron a llorar? Sí, creo que fue entonces.

Dominando, no sin esfuerzo, el impulso de corregir el error de pronunciación de Philly, Irv apoyó el mentón en una de sus manos y no dijo nada. Toda su vida se había preocupado por ganarse una reputación de hombre mesurado y razonable, y sabía que le dolía recordar que su devoción por el compositor le había hecho quedar como un tipo capaz de discutir acaloradamente con sus parientes políticos en plena boda.

—*Bat mitzvah* de... Osnat... Gleberman —leí, no sin dificultad, en el interior de mi pequeño gorro antes de ponérmelo—. 17 de febrero de 1979.

—¿Osnat Gleberman? —preguntó Philly—. ¿Quién demonios es?

—Ni idea —dijo Irv, y se encogió de hombros—. Debe de ser alguna amiga tuya.

—¡Eh, mirad esto! —dijo James mostrándonos el forro de su gorrito negro—. En el mío pone: «Funeraria Dawidov».

—¡Oh, toma! —le propuso Irv tendiéndole la caja de zapatos—. Coge otro.

—No, gracias —dijo James, y se colocó el gorrito negro en la coronilla.

—Nunca he tenido ninguna amiga llamada Osnat —replicó Philly, indignado. Tal como había hecho yo, pronunció ese nombre como si rimara con el pequeño insecto ^[22] que arruinó el *bar mitzvah* de Andy Abraham en Buffalo.

—Creo que se pronuncia Osmak —le corrigió Irv levantando con pedantería un dedo, y los tres rompimos a reír de nuevo—. ¡Chist! —Se enderezó en la silla y apuntó con su dedo levantado hacia el techo—. Ahí viene.

Había un ligero e involuntario tono de advertencia en su voz, como si anunciase la llegada de un notorio alborotador, de un niño cascarrabias o de una mujer con muy mal genio.

Nos callamos y seguimos atentamente los leves crujidos del techo, producidos por decididos pasos que cruzaban la habitación que había sobre nuestras cabezas, bajaban uno a uno los peldaños de la desvencijada escalera y finalmente emergían en la sala en la forma de Emily Warshaw. Y, hablando de formas, tal como habría añadido Julius Henry Marx ^[23], aquéllas no estaban nada mal. Mi esposa era una mujer

delgada y fina, aunque de caderas prominentes, con un cabello siempre suave al tacto y un rostro que, según solía decir Crabtree, citando una frase que había leído, era todo cortantes aristas y dramáticos ángulos. Iba maquillada con pintalabios y sombra de ojos, y vestía unos tejanos negros, un jersey de cuello de cisne negro y una rebeca también negra. Cuando me vio ni se paró en seco, ni salió corriendo, ni sufrió un derrame cerebral, ni nada por el estilo. Tuvo sólo un momentáneo acceso de timidez, durante el cual desvió la mirada hacia James y le dedicó una amable sonrisa nada espontánea. Después se dirigió directamente hacia la silla vacía que había junto a la mía y, para mi sorpresa, tomó asiento.

—¿Cómo estás? —preguntó, en voz tan baja que sólo yo pude oírla. Emily tenía una voz débil, en ocasiones incluso inaudible, pero al mismo tiempo profunda y masculina, propia de un hombre que en un local lleno de gente hablase por teléfono con su amante. En las raras ocasiones en que se dejaba arrastrar por la emoción, su voz subía de tono y se quebraba como la de un adolescente. Sostuvo mi mirada durante unos instantes, con expresión tierna y sorprendentemente satisfecha, y después se volvió, con un ademán casi coqueto, como si fuésemos un par de extraños a los que la anfitriona hubiese decidido sentar juntos. Sospeché que, al menos por el momento, Deborah había sabido guardar mi secreto. Me tocarla a mi arruinar la velada.

—Me alegro de verte —le dije, con una voz que emergió de mi garganta con cierto temblor adolescente. Al volver a ver a Emily sentí un intenso deseo de besarla, o al menos de acariciarle la mano, pero estaba sentada con aire grave, con las manos cruzadas y la mirada baja; encerrada en sí misma, distante, absorta en sus pensamientos. Me llegaba el olor de los polvos de talco con los que se había frotado la nuca y el del champú aromatizado con clavo que utilizaba para lavarse su negro y brillante cabello. Sentí que un campo magnético de energía sexual invadía los quince centímetros que separaban su muslo izquierdo de mi muslo derecho—. Te presento a James Leer, un alumno de mis clases de escritura creativa.

Emily se apartó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos —que eran largos y estrechos, como un par de trazos inclinados; en Corea a los ojos como ésos los llaman ojales— y saludó a James con un gesto de la cabeza. Detestaba estrechar la mano.

—El cinéfilo —dijo—. He oído hablar de ti.

—También yo de usted —replicó James.

Por un momento pensé que Emily le preguntaría por Buster Keaton, que era uno de sus ídolos, pero no lo hizo. Se acomodó en la silla, con los hombros echados hacia adelante y la expresión que ponía cuando se moría por un cigarrillo. Durante varios segundos todo el mundo se quedó callado; la llegada de Emily a una fiesta o a una cena solía provocar, dado el profundo y absorbente magnetismo de su silencio, esas interrupciones en la conversación.

—Y Deb, ¿baja de una vez? —preguntó finalmente Irv.

—En un minuto —respondió Emily, y en su pequeña boca aparecieron una ligera sonrisa y una simulada mueca de desagrado—. Si es que baja.

—¿Cuál es el problema?

Emily meneó la cabeza. Por un momento, pensé que no diría ni una palabra más.

—Siempre está alterada por una cosa o por otra —dijo, y se encogió de hombros.

Mientras hablaba, se escucharon nuevos crujidos procedentes del techo y después un sonoro y sincopado repiqueteo en la escalera, como si una bola de croquet y un pomelo estuviesen echando una carrera para ver quien llegaba antes abajo.

—Mirad eso —dijo Philly, impresionado, cuando Deborah hizo su aparición en la sala.

—¿Te has puesto eso para el *seder*? —protestó Irv.

Deborah ignoró el comentario, se sentó junto a su hermano y esperó, con el mentón bien alto y un aire de infinita paciencia, a que todos nos percatásemos de que se había quitado el desafortunado vestido púrpura, las medias y los zapatos, y había bajado a cenar descalza y ataviada sólo con un albornoz. Era, desde luego, un bonito albornoz, aunque —todos estuvimos de acuerdo en eso— algo pesado, de color chillón y con un motivo de espigas, como si la materia prima hubiese sido una manta pasada de moda comprada en una parada de mercadillo.

—Es de Alvin —nos informó, haciendo una exagerada mueca de dolor al pronunciar el nombre de su más reciente ex marido—. He pensado que, como esta noche no va a estar entre nosotros, al menos lo represente su albornoz.

—Es todo un detalle —dijo Philly.

—Hola a todos —saludó Marie, que había salido por fin de la cocina, con las mejillas hinchadas y su fina melena rubia suelta. Llevaba un plato de plata con un montoncito de *matzohs*, y otro más grande con un montón más voluminoso. Cuando rodeó la mesa se percató de que Emily y yo estábamos sentados el uno junto al otro en actitud aparentemente amistosa y de que su otra cuñada había optado por una sorprendente indumentaria, pero no dijo nada y se limitó a esbozar una sonrisa algo cansina dirigida a Irv. Dejó el plato grande de *matzohs* entre Emily y Deborah, y el más pequeño ante Irv. Mientras hacía esto último, le puso una mano sobre la mejilla y le dio un amable beso en la amplia frente. Después tomó asiento junto a él. Ya sólo quedaba vacía la silla situada frente a Irv.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó éste en dirección a la cocina—. Vamos, Irene. James se está empezando a impacientar.

—No, de verdad —dijo James.

—¡Ya voy, ya voy! —Irene hizo su aparición en la sala, con un aspecto todavía más aturdido que Marie, la cara roja y la frente brillante de sudor. Como en todas las ocasiones especiales, iba envuelta en uno de los muchos vestidos amplios que

diseñaba y cosía ella misma inspirándose, según me parecía, en el caftán, el muumuu^[24] y, probablemente, el vestuario de ciertos capítulos de *Star Trek*—. Estaba acabando de decorar el plato del *seder*. El que compramos en México el invierno pasado. —Cuando se disponía a colocar ante Irv el gran plato de loza pintada, junto a los de *matzoh*, se detuvo y se puso a escudriñarlo, meneando la cabeza. Era un bonito plato, decorado con hojas de parra, flores amarillas y líneas onduladas azul oscuro, y contenía los típicos manjares rituales—. He puesto *moror*^[25], perejil, *charoses*^[26], el hueso, el huevo... ¡Maldita sea, nunca recuerdo qué es lo que va en el sexto círculo!

—¿Qué sexto círculo? —preguntó Irv con un tono que indicaba que el problema que había estado retrasando el *seder* no era sólo menor sino que, una vez estudiado a la luz de su impaciente análisis lógico, resultaría ser inexistente—. Rábano picante, perejil, *charoses*, el hueso de pierna, el huevo. Son cinco cosas.

—Compruébalo tú mismo —le dijo Irene, y le dejó el plato delante.

Irv contó, ayudándose de un dedo, los cinco alimentos colocados sobre cinco de los seis círculos marcados en el plato mientras murmuraba para sí la lista que acababa de recitar.

—Hueso, huevo y uh... ¡Oh! —Chasqueó los dedos—. ¡El *matzoh*! El sexto círculo es para el *matzoh*.

—¡El *matzoh*! —Irene le golpeó en la sien con la palma de la mano—. El *matzoh* no puede ir ahí, Irv. Es absurdo. ¿Qué se supone que debo hacer, desmenuzarlo? Y mira eso, lee lo que pone aquí. —Señaló una palabra escrita en caracteres hebreos de color azul sobre el círculo vacío—. ¡Aquí no pone *matzoh*!

Emily se reclinó sobre mí y estiró el cuello para leer la inscripción. Su seno izquierdo rozó mi brazo. Estaba tan pegada a mí, que oía hasta el leve ruido que producían sus tejanos cuando se movía en la silla.

—Pone *cazart* —aventuró.

—*Chaz-art* —propuso Irene—. *Chazrat*.

—¿*Chazrat*? —dijo Irv con incredulidad—. ¿Cómo que *chazrat*? Mira, pone «*matzoh*». Esto debe de ser una *mem*, una «m» en hebreo. —Puso los ojos en blanco e hizo una mueca de disgusto—. ¡Esos mexicanos!

—No pone *matzoh*.

—Quizá es para el agua salada —sugirió Philly.

—Quizá sólo sea un simple cenicero —dijo Deborah.

—Quizá no sea un plato de *seder* —dijo. Creí recordar vagamente que acabábamos enzarzados en aquella polémica cada año—. Quizá sea un plato para alguna otra fiesta similar.

—Creo que pone *chazeret* —dijo Marie sin levantar la voz.

—¿*Chazeret*? —preguntamos todos al unísono.

Marie asintió.

—¿Una hortaliza, quizá? —Lo dijo como si estuviese desempolvando unos pobres y fragmentarios conocimientos sobre cultura judía que cualquiera de nosotros sería capaz de rebatir. Pero me percaté de que sabía perfectamente de qué estaba hablando y no había tenido la menor duda desde el primer momento. Marie obraba con suma delicadeza para no poner en evidencia a los judíos de nacimiento o de adopción que había entre nosotros—. Creo que es una hortaliza amarga.

—Eso es el *moror*, querida —dijo Irene con condescendencia—. Hierbas amargas.

—Lo sé, pero creo que el *chazeret* también es algo amargo. Parecido al berro, me parece.

—Pon berros, Irene —dijo Irv de pronto, fiándose, como sabiamente solía hacer en tales casos, de la erudición de su nuera.

—¿Berros? ¿Por qué tengo que poner berros?

—En lugar del *chazeret*. —Parecía irritado, como si su mujer fuese obtusa—. Hay a montones junto al lago.

—No pienso ir hasta el lago en plena noche para recoger berros entre el barro, Irving. Olvídalo.

—Podríamos poner endivias —sugirió Marie.

—¿Qué os parece pimienta roja? —dijo James, que parecía dispuesto a agitar aún más las embravecidas aguas de la disputa religiosa de los Warshaw.

—¡Pimienta roja! —gritó Irene.

—¡Ya lo tengo! —dijo Emily con una sonrisita—. ¿Por qué no ponemos un poco de *kimchee*^[27]?

Todo el mundo se rio ante la propuesta, pero al final decidieron ir a buscar una porción de apestoso y endiabladamente rojo *kimchee* al recipiente herméticamente cerrado en que se guardaba en la nevera. Pensé que la velada empezaba muy bien. Entonces recordé que poco podía importarme, ya que no iba a formar parte de aquella familia mucho tiempo más y las noticias que había ido a comunicarle a Emily aniquilarían en un segundo todo lo que de prometedor tenía la fiesta y cualquier atisbo de felicidad familiar.

—¿Empezamos? —propuso Irv—. James, ¿me puedes alcanzar los *Haggadahs*^[28]?

Señaló el aparador que había a nuestras espaldas y James alargó el brazo para coger una pila de pequeños opúsculos que Irv distribuyó. Eran los que siempre utilizaba, una edición barata de regalo, en la que predominaba el texto en inglés, y adornada por todas partes con el nombre de una desaparecida marca de café. Irv sacó sus gafas del estuche de plástico que llevaba en el bolsillo de la camisa, se aclaró la garganta y una vez más nos dispusimos a conmemorar el inicio del largo viaje a través de un pequeño desierto que emprendió una multitud ruidosa y turbulenta de

antiguos esclavos. Irv empezó leyendo la breve plegaria inicial, que invocaba de forma bastante convencional, y más bien anticuada desde el punto de vista de la corrección política, al Todopoderoso, la familia, la amistad, el sentimiento de gratitud y el espíritu de libertad, justicia y democracia. James se volvió hacia mí, con expresión aterrada, y le mostré la peculiaridad de los libros judíos enseñándole que el *Haggadah* se abría por lo que él creía que era el final, pero que en realidad era la primera página. Después incliné la cabeza, escuché la lectura y, mirando por encima de mis gafas, eché un vistazo a los convocados en torno a la mesa. Todos leían con Irv, excepto Deborah, que ni siquiera miraba el *Haggadah* que tenía en las manos. Sostuvo mi mirada durante unos instantes, inexpresiva y sin perder la compostura, después miró a Emily y, finalmente, se concentró en su libro.

—Y ahora llenemos la primera copa de vino —dijo Irv al concluir la plegaria inicial—. En total son cuatro —le explicó a James.

—¡Cuidado! —intervino Philly—. James ya se ha bebido cuatro cervezas.

—No tiene por qué beberse las cuatro copas —dijo Irene, con aire preocupado—. No tienes que bebértelas todas, James.

Me volví hacia James y le dije:

—Sí, será mejor que te lo tomes con calma.

—Ha hablado el señor Hombre Modélico —comentó Deborah. Miró a James y le dijo—: Seguro que te mueres de ganas de seguir su ejemplo.

—¡Deb! —intervino Emily con un tono de amable llamada al orden. Y mientras alzábamos las copas e Irv leía la bendición del vino, me sentí tan agradecido por la intervención de mi esposa en mi defensa, que casi se me saltaron las lágrimas. ¿Era posible que me hubiese perdonado? ¿Y yo iba a tirar por tierra aquel inmerecido perdón, aquella gracia que me concedía? El espeso vino dejó un regusto cálido y salado en mi garganta. Y vi que James se bebía la copa hasta la última gota.

—Muy bien —dijo Irv. Retiró hacia atrás su silla y se puso en pie—. Ahora voy a lavarme las manos.

—Yo también voy a lavármelas —dijo Marie.

Esto pareció irritar a Deborah.

—Normalmente es sólo papá quien se lava las manos, ¿no? —preguntó con simulada ingenuidad.

—Todo el mundo se puede lavar las manos —dijo Irv.

—Sí, podríamos hacerlo todos —propuso Marie, como si quisiese empezar un juego.

—¿Por qué no ha de lavarse las manos? —le preguntó Irene a Deborah al tiempo que le hacía un gesto de recriminación con la mano.

—Quizá tú también deberías lavártelas —intervino Philly. Le guiñó un ojo y añadió—: Me parece que no te has limpiado bien el pastel de vaca.

—¡Vete a la mierda! —replicó Deborah—. Detesto que me hagas guiños.

—Y yo, ¿puedo lavármelas? —preguntó James.

—Por supuesto que sí —respondió Irene, y contempló con una gran sonrisa cómo se levantaba y seguía a Irv y a Marie a la cocina. Oímos el chorro de agua repiqueteando contra la pica de acero inoxidable. Su sonrisa se apagó y dijo—: Realmente, eres un encanto, Deborah.

—Sí —añadió Philly—. ¿Cuál es tu problema?

Deborah me miró, y sentí que la sonrisa se me congelaba en los labios.

—Muy bien, estupendo —dijo Deborah levantándose de un salto de su silla. Por un momento, pensé que la cena iba a terminar antes de haber empezado—. Yo también me voy a lavar las jodidas manos.

Emily me miró y puso los ojos en blanco, como queriendo decir que su hermana sólo estaba montando uno de sus numeritos habituales. Asentí, y ese instante de intimidad, de callada risa cómplice, me sobrecogió. Cuando los entusiastas de la higiene regresaron tras sus abluciones, procedimos a mojar el perejil en el agua salada mientras leíamos por turnos las páginas de los libritos que relataban las esperanzas de los judíos, sus pesares y las antiguas costumbres del Oriente Próximo en materia de entrantes. Después Irv tomó el pedazo de *matzoh* de en medio, de los tres que había en el plato de plata, lo partió en dos y lo envolvió en una servilleta.

—¡Ahora! —exclamó Irv volviéndose bruscamente hacia James, que seguía la operación embobado y pegó un bote del susto.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Esto recibe el nombre de *afikomen* —le explicó Irv dándole un golpecito al pequeño bulto—. No se te ocurra robarlo ahora.

—No, por supuesto que no —dijo James con unos ojos como platos.

—Colega —le dije—, eso es precisamente lo que se supone que debes hacer. Tómatelo con calma. Lo escondes y entonces Irv tiene que rescatarlo.

—Y, por si te interesa, puede haber un poco de dinero para ti ahí dentro. —Irv colocó el pequeño bulto junto a su plato, lo desplazó unos centímetros hacia James y, con ironía, se aclaró la garganta—. ¡Ahora! —volvió a exclamar. Tomó de nuevo su *Haggadah* y todos pasamos la página. Entonces vi que en los ojos de James asomaba una mirada de pánico irracional. Había estado señalando aquellas líneas con un tembloroso pulgar todo el rato, y ahora había llegado el momento. Palideció y me miró en busca de ayuda. Le di una palmadita en la espalda y le dije:

—Adelante.

—No puedo leer esta parte porque está en hebreo.

—No pasa nada, ya lo sabemos.

—Tómate tu tiempo —dijo Irene—. Respira hondo.

Aspiró y espiró, y empezó a leer las líneas del extravagante interrogatorio

compuesto de cuatro preguntas que en ocasiones anteriores se encargaba de recitar Philly de una tirada y en un hebreo cansino. Le preguntó a Irv por qué, aquella noche en que se conmemoraba una extraña variedad de peligros y milagros, se dedicaba a comer galletas, rábanos picantes y perejil, apoyado en un cojín de ganchillo naranja. Y los Warshaw, aparcadas sus trifulcas, sus ironías y sus constantes movimientos en las sillas, escucharon, inmóviles, cómo James abordaba cuidadosamente el pasaje, con su clara pero ya estropeada voz de niño de coro, como si su *Haggadah* fuese un manual de instrucciones y en aquella sala hubiese una complicada máquina que tratáramos de montar entre todos.

—Ha estado muy bien, James —le dijo Irene cuando terminó.

A James se le subieron los colores y le sonrió como un enamorado.

—¿Señor Warshaw? —dijo con voz entrecortada por la emoción.

—No me llames señor, trátame de tú.

—Irv, ¿puedo...? No...

—¿Qué, James? ¿Qué quieres?

—¿Puedo coger un cojín para..., uh, para reclinarme?

—Dadle un cojín —dijo Irv.

Deborah se levantó y fue hasta uno de los dos sofás arrinconados, que estaban casi enterrados en cojines. En los almohadones y cojines esparcidos por toda la casa se podían descifrar, como en los estratos de una roca metamórfica, las sucesivas fases de la dedicación a los trabajos manuales de las hijas de los Warshaw: la era del punto de cruz, la del bordado, la del estampado manual, la del ganchillo. Trajo un cojín con la efigie de un Peter Frampton ^[29] de piel verde y rizos amarillo taxi, y se lo puso a James detrás de la espalda.

—Aquí tienes, guapo —le dijo al tiempo que le daba una palmadita en la mejilla, lo que provocó un nuevo acceso de rubor en el aludido.

Disciplinadamente, Irv se preparó para responder a las cuatro preguntas. Paseó la mirada por la mesa, a la que estaban sentados tres coreanos de nacimiento, un baptista renegado, un metodista descarriado y un católico de personalidad dudosa pero atormentada, levantó su *Haggadah* y, sin el menor asomo de ironía, empezó:

—En la época en que éramos esclavos en Egipto...

James, sentado muy tieso con la mirada fija en la gesticulante mano derecha de Irv, meneaba ligeramente la cabeza y escuchaba sus respuestas con esa fingida solemnidad con que los jóvenes borrachos intentan prestar atención a algo que no les interesa lo más mínimo. Finalizada esta parte, leímos por turnos los textos referidos a los cuatro hijos, los mal avenidos hermanos, uno de los cuales era farisaico, otro retrasado mental, otro gilipollas y el último infantil —intenten adivinar cuál me tocó —, que año tras año eran criticados y comparados unos con otros de un modo que suponía que había servido de útil ejemplo a los padres judíos durante siglos. Después

llegó el turno del largo relato de la triste, operística y, en mi opinión, algo tópica historia del pueblo judío en Egipto, desde las milagrosas proezas de José hasta la matanza de los niños hebreos. Generalmente, era durante la narración de esta historia cuando me sumergía en cierta íntima celebración pascual. Me reclinaba en la silla, cerraba los ojos y me imaginaba a mí mismo solo y abandonado, a la deriva en una pequeña cesta de mimbre a merced de la corriente de un inmenso río de aguas turbias y bajo la sombra de susurrantes juncos. Egipto era la extensión de un cielo color lapislázuli que pasaba sobre mi cabeza, el gruñido de un cocodrilo, la risa de una princesa transportada por el viento mientras sus criadas jugueteaban en la orilla... Sentí una punzada en el costado izquierdo y abrí los ojos de golpe. Era James, que me había dado un codazo en las costillas.

—¿Me toca leer? —pregunté.

—Si no te importa... —dijo Irv secamente. Parecía molesto. Paseé la mirada por la mesa y contemplé a mi mujer y a su familia. «Ya vuelve a ir colocado», pensaban todos, según se deducía de la expresión de sus rostros. Entonces del estómago de Irv surgió un largo e indignado gruñido de cocodrilo y todo el mundo se rio—. Será mejor que nos demos prisa.

Así que Irv nos guió rápidamente a través de las diez plagas de Egipto y la ingestión de diversos bocadillos de *matzoh*. Se sirvió y bendijo una segunda copa de vino y de nuevo James se bebió el contenido íntegro —a excepción de las diez gotas que vertió a la salud de los desgraciados egipcios— de un trago y soltó un grito sofocado, como un marinero feliz.

—¡Tomad un huevo! —dijo Irving—. ¡Tomad un huevo!

Por fin había llegado la hora de comer. Mientras los demás nos pusimos a cascar los huevos duros, Irene, Marie y Emily empezaron a servir el primer plato. Era *gefilte*, una especie de albondiguillas de pescado hervido, pan rallado y huevo cocidas en caldo de pescado. Estaban amazotadas, viscosas y frías. Desde luego, no era mi comida favorita. James realizó cautelosos experimentos con el tenedor y la punta de un dedo sobre la informe masa grisácea de su plato, sin hacer caso de las exhortaciones a hincarle el diente de Irv.

—Es lucio —le explicó Irv, como si fuese una información infalible para abrirle el apetito.

—¿Lucio?

—Son peces que viven en el fondo de ríos y lagos —le explicó Philly—. Dios sabe lo que comen.

Disimuladamente, James camufló el *gefilte* que le quedaba bajo unos rábanos y apartó el plato. Vio llegar con sumo agrado el oloroso cuenco amarillo con la sopa de bolas de *matzoh*.

—¿Qué simboliza todo esto? —preguntó James mientras hundía la cuchara en la

sopa.

—¿Qué? —dijo Irv.

—Esta sopa. El pescado —aclaró James—. Los huevos. ¿Por qué se supone que debemos comer tal cantidad de pequeñas bolas blancas?

—Es lo que comía Moisés —le explicó Philly.

—Es posible que se trate de algún símbolo relacionado con la fertilidad —matizó Irv.

—Que, en el caso de esta familia, es obvio que no funciona —dijo Deborah. Me miró y volvió la cabeza—. Al menos para algunos.

—Deb, por favor —dijo Emily, que interpretó, erróneamente, el comentario de su hermana como una referencia a nuestras fallidas tentativas de concebir un hijo, fracaso que, según me constaba, la familia Warshaw atribuía al efecto que sobre la calidad de mi esperma tenía mi prolongada adicción a la marihuana. «Si lo supierais», pensé, pero pronto se enterarían—. Te lo ruego, no...

—¿No qué?

—Nada de todo esto simboliza nada, ¿vale? —dijo Philly señalando los platos y boles que Irene y Marie traían—. Todo esto no es más que..., bueno, ya sabes, comida. Una cena.

La cena consistía en pierna de cordero asada, con la piel crujiente, sazonada con romero y servida con patatas nuevas asadas en la cazuela con la grasa de la propia carne. Según se nos dijo, este plato, así como la sopa de bolas de *matzoh* y una enorme ensalada verde adornada con pimiento amarillo y cebolla roja, eran obra de Irene. Marie, por su parte, se había encargado de una cazuela de batatas guisadas con cebollas y ciruelas pasas, un plato de calabacín con salsa de tomate y eneldo, y los dos montones de sabrosos buñuelos de *matzoh* colocados uno a cada lado de la mesa, duros por fuera y jugosos por dentro, llamados *bagelach*. Sin embargo, por desgracia, la afirmación de Philly de que el menú no tenía nada de simbólico no era del todo cierta, porque incluía también la contribución de Emily, un *kugel* o púding de patata. Se había pasado toda la mañana preparándolo, según nos informó Irene en tono admonitorio. Cuando nos llevamos los primeros bocados a la boca, Emily frunció el ceño y nos miró muy tensa.

—¡Mmm! —dije—. ¡Estupendo!

—¡Delicioso! —comentó Irene.

Todos los demás se mostraron de acuerdo, aunque masticaban sin decidirse a tragar.

Finalmente, Emily probó un bocado. Se las arregló para mostrar una valerosa sonrisa. Después bajó la cabeza y se tapó la cara con las manos. Una de las cosas que más le desagradaba de sí misma era su ineptitud para la cocina. Era una cocinera impaciente, precipitada, descuidada y que se distraía fácilmente. La mayoría de sus

intentos llegaban a la mesa crudos por dentro, con algunos ingredientes de menos y una disculpa de la mortificada chef. Creo que ella veía en eso una parábola de su vida: en su juventud soñaba con escribir apasionantes novelas y relatos, pero había acabado redactando eslóganes para la salchicha más grande del mundo. Y tenía la impresión de que se había olvidado de alguna cosa o de que había retirado algo del fuego demasiado pronto.

—Este sabor me recuerda algo —comentó Deborah, con cara de esfinge—. Algo que probé en la escuela. ¡Oh, ya sé! —Asintió—. Barro de modelar.

—¡Te odio! —le dijo Emily a su hermana—. ¡Vete a la mierda!

—Perdón —se disculpó Deborah, y fijó la vista en el plato.

—Cariñito —le dije a Emily mientras alargaba el brazo para acariciarla por primera vez en toda la noche. Puse una mano sobre su mentón, le pasé la otra por el cabello y admiré por enésima vez los sorprendentes ángulos de su cara, que ahora mantenía inclinada, mirando hacia el suelo. Emily era una mujer reflexiva, apasionada y compleja, que sabía escuchar, mostraba un encantador sentido del absurdo y tenía un corazón leal, pero lo que de verdad hizo que me enamorase de ella era su rostro. No me importa lo que piensen de mí: la gente se casa por motivos más absurdos que éste. Pero como sucede con todas las caras hermosas, la de Emily te hacía creer que era mejor persona de lo que resultaba ser en realidad. Le permitía pasar por estoica cuando simplemente estaba petrificada, por misteriosa y reservada cuando en realidad lo que sucedía era que su inseguridad patológica le llevaba a comprar regalos para los demás cuando era ella quien celebraba su cumpleaños. Su conversación estaba sembrada de disculpas y lamentaciones, y, a pesar de su talento, era incapaz de encadenar veinticinco párrafos para construir un relato—. En mi opinión sabe muy bien, de verdad.

Tomó mi mano y me apretó los dedos en señal de gratitud.

—Gracias —dijo.

Deborah pareció ligeramente disgustada.

—¡Vaya par! —exclamó meneando la cabeza con aire cansino—. ¡Mierda, tío!

Evidentemente, su actitud obedecía a algo más que al mero despliegue de su talento natural para la grosería, pero sólo yo era consciente de ello. Con mis comentarios de antes sobre su vestido había herido sus sentimientos, y eso explicaba en parte su cabreo, sin duda, pero, por otro lado, era obvio que mi confesión acerca de Sara la había llenado de una irritación que todavía no sabía sobre quién descargar. Eso, unido a su sentimiento de lealtad fraternal, que, aunque se enredaba sobre sí mismo de modo tan complejo como una cinta de Moebius, era muy intenso, la había llevado a decir que el *kugel* de Emily sabía a barro de modelar.

—Bueno, Grady —dijo Irene en un decidido aunque imprudente intento de cambiar de tema—, ¿cómo va tu libro? Emily nos ha dicho que ibas a verte con tu

editor este fin de semana.

—En efecto —confirmé.

—¿Y se ha presentado? —preguntó Emily con voz jovial, levantando la cara y mostrando una esforzada sonrisa—. ¿Qué tal está Terry?

—En plena espiral de descontrol —respondí—. Como siempre.

—¿Qué ha dicho del libro?

—Que le quiere echar un vistazo.

—¿Y se lo vas a dejar? ¿Lo has terminado?

Dudé unos instantes y paseé la mirada por la mesa. Todo el mundo esperaba expectante mi respuesta. No los culpo por ello. Llevaba muchísimo tiempo asegurando de manera vaga y confiada que estaba a punto de terminarlo. Probablemente, el que lograra acabarlo supondría para ellos una sensación de alivio casi física. Debían de verme como un manitas absolutamente incompetente que llevaba varios años en el tejado de su casa tratando de retirar un viejo y nudoso tronco que, al ser partido por un rayo, había caído sobre ella, el cual en cada reunión, en cada discusión para tratar de asuntos familiares, en cada tentativa de sentarse juntos y planear el futuro, hacía acto de presencia con el lejano pero incesante gimoteo de su sierra.

—Ya lo tengo prácticamente acabado —dije, con una sonrisa que, al menos moralmente, era prima carnal de la desdentada, deshonesto y vagamente estúpida sonrisa del poco de fiar y borracho Everett Tripp—. Estará listo dentro de un par de semanas.

Hubo un breve silencio, como el que podría haber seguido al anuncio por parte de un hombre con cáncer terminal de que se había comprado una entrada para la final del campeonato nacional de béisbol, el próximo otoño.

Deborah dejó escapar una risa amarga y exclamó:

—¡Oh, estupendo!

El tenedor de Emily tintineó contra su plato.

—Te ruego que pares de una vez, Deborah —dijo.

—¿Que pare el qué, Em?

Emily empezó a decir algo, recordó la presencia de James, lo miró y se calló. Cogió el tenedor y le dio vueltas entre los dedos de su mano izquierda, una y otra vez, como si tratase de descubrir en él alguna marca. No iba con su carácter empezar una pelea durante la cena, y me sentí aliviado (aunque, en el fondo, decepcionado) cuando vi que se tranquilizaba. No quería ni pensar en qué sorprendentes revelaciones podía hacer Deborah si se sentía directamente retada. Pero cuando se calentaban los ánimos, siempre se podía contar con la sorprendente capacidad de autocontrol de Emily. Durante nuestros ocho años de vida en común tuvimos una única pelea: algo relacionado con kirsch y una fondue de queso. Lo que Emily odiaba

por encima de todas las cosas era llamar la atención o montar escenas de cualquier clase; así había sobrevivido a su infancia como única niña judía con ojos achinados de Squirrel Hill.

—Te ruego que dejes en paz a Grady —dijo finalmente con una susurrante y oscura voz de Casanova, en un intento de darle un aire de broma al comentario—. Sólo por esta noche.

Deborah permaneció sentada, reflexionando.

—Estás loca, Em —dijo.

—¡Deborah! —intervino Irv—. ¡Ya está bien!

—¿Estoy loca? ¡Mírate al espejo!

—¿Qué has dicho?

—¡Que te mires al espejo! —repitió Emily. Agarró el tenedor con más fuerza, hasta que los nudillos se le pusieron blancos, y pensé que Deborah podía acabar recibiendo mucho más de lo que se imaginaba. De pronto recordé que la milagrosa noche de la fondue de queso Emily me había amenazado con un tenedor de postre—. Mírate: sentada ahí, con un albornoz. Y ni siquiera te has peinado.

—Deborah, Emily, ¡basta! —exclamó Irene tras dejar sobre la mesa su tenedor—. Dejad de pelearos inmediatamente. —Elevó las comisuras de los labios simulando una sonrisa y miró a James—. ¿Es que no os dais cuenta de la impresión que le estáis causando a nuestro invitado?

Emily obedeció. Con un gesto de alivio relajó la presión de su mano sobre el tenedor y desapareció la tensión de sus hombros. Me quedé amarga y absurdamente decepcionado al ver con cuánta docilidad obedecía.

—Lo siento —se disculpó. Sonrió a James—. Lo siento, James.

James asintió, pero parecía más perplejo que feliz por las disculpas. Bebió con avidez un largo trago del tinto de California que tomábamos con la cena, como si tuviera la garganta seca. Durante unos instantes, Deborah siguió acariciándose su despeinada melena negra. De pronto se levantó y se ciñó estrechamente el albornoz.

—¡Tú siempre pidiendo perdón! —le espetó a Emily, con las mejillas temblándole de lástima y desprecio. Su silla, una de las ocho de elegante madera de abedul escandinavo, permaneció unos instantes en precario equilibrio sobre las patas traseras y después cayó al suelo con gran estruendo. Deborah se volvió con brusquedad, en un vano intento de atraparla, y el cinturón del albornoz golpeó su copa de vino y la volcó—. ¡Estoy harta de la pascua! —dijo, aunque el comentario era a todas luces superfluo. Volvió a abrir la boca, y cerré los ojos y me preparé para lo que pudiera decir.

Cuando oí cerrarse de golpe la puerta de la cocina, abrí los ojos y vi que Deborah había desaparecido. Marie tampoco estaba en la sala, pero al cabo de un momento volvió a entrar desde la cocina con un paño húmedo con el que limpió la mancha de

color púrpura del mantel. Le pidió secamente a Philly que recogiera la silla, y éste se inclinó y la levantó. Irv, empleando su estrategia habitual ante lo que denominaba las crisis histéricas de Deborah, se concentró en su plato y se dedicó a atacar con determinación un grande y espeso pedazo de *kugel*. James estaba ocupado en la lectura de la etiqueta de la botella de vino, con una expresión preocupada, como si acabase de percatarse de que lo que había estado bebiendo desde el principio de la velada era vino y estuviese buscando en la etiqueta si ponía cuánto se podía beber. Miré a Emily, que clavaba los ojos en su madre, que, ante mi sorpresa, tenía los ojos fijos en mí. Me pregunté, presa del pánico durante unos instantes, si Deborah se habría ido de la lengua no con Emily, sino con su madre. Pero entonces caí en lo que estaba pensando Irene. El mismo optimismo que la impulsaba a creer que Emily y yo tal vez podíamos seguir juntos la llevaba a no perder las esperanzas de que el extraño comportamiento de Deborah estuviese motivado por elementos externos. Estaba pensando que Deborah se había colocado con la hierba que yo le había proporcionado.

—¡Vaya con Deborah! —dije la mar de sonriente y meneando la cabeza con un gesto meticulosamente calculado. Oí un frufú contra mi oreja y vi aparecer una brillante mancha azul sobre mi plato. Mi gorrito acababa de caer en la ensalada.

Emily se puso en pie.

—Vuelvo enseguida —dijo con determinación. Entró en la cocina y salió por la puerta trasera, y unos segundos después llegaron hasta nosotros los cambiantes tonos de las voces de ambas desde el anegado jardín. Seis personas permanecíamos sentadas a la mesa contemplando los pedazos de *matzoh* esparcidos sobre el mantel como páginas arrancadas de los libros de plegarias. Marie, Irene e Irv hicieron varios esforzados e inútiles intentos de iniciar y mantener una discusión acerca de un documental sobre unos judíos que pretendían reconstruir el Templo de Jerusalén, que habían visto la noche pasada en la cadena PBS. Era cuanto se podía hacer para seguir comiendo y vencer la exasperante tentación de tratar de escuchar la conversación del jardín. Yo, evidentemente, no lo logré. No oía claramente de qué hablaban las dos hermanas, pero lo cierto es que no lo necesitaba. Podía imaginarme el diálogo palabra por palabra.

—¿Y qué me dices de esa granja en Suecia en la que crían terneras especiales de piel roja ^[30]? —preguntó Marie.

—Me resulta difícil imaginarme que nuestros queridos amigos Ken y Janet Abramowitz de Teaneck puedan reunir cinco mil dólares para sacrificar su propia ternera roja en Jerusalén —comentó Irene.

—Creo que será mejor que recuperemos el dinero que dejamos en depósito —dijo Irv.

En ese momento Emily entró corriendo en la casa y atravesó con un inusual

estruendo la cocina y la sala. Fue directa al armario del recibidor, tomó el largo abrigo de cuero con el cual se había marchado de Pittsburgh el día antes por la mañana y, después de detenerse un instante para lanzarme una desolada mirada con los ojos humedecidos por las lágrimas, volvió a salir. Durante unos veinte segundos nadie se movió y todas las miradas se concentraron sobre mí hasta que, con sigilosos pasos, reapareció Deborah mascando chicle con aire satisfecho.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó Irv.

—Ha ido a dar una vuelta en coche —respondió Deborah con un ligero encogimiento de hombros.

—¿Le pasa algo?

—No, está perfectamente.

Desde el exterior llegó el carraspeo del motor del viejo Bug de Emily y después el ruido de la gravilla al arrancar el coche. Pensé que ojalá no tuviese ningún percance, conduciendo en estado de shock, con aquellos faros de escasa potencia, por caminos rurales sin iluminación. De todas formas, sus escapadas en coche cuando se enfadaba no eran algo inusual. La sosegaba conducir por las carreteras de los alrededores de Kinship, hasta Barkeyville, Nectarine y la frontera con Ohio en Shanon.

Deborah paseó larga y lentamente la mirada por la mesa en la que había naufragado la cena que se había iniciado con tanta alegría.

—¡Vaya mierda de celebración! —sentenció. Pasó por detrás de mí. Me llegó una vaharada acre procedente del bolsillo de su albornoz, y me percaté de que lo que mascaba no era chicle.

Posó una mano sobre el hombro de James y le dijo:

—Venga, chaval. Vamos a tomar algo que nos quite el gusto de tanto *matzoh*.

Una vez recogida la mesa, los que seguíamos al pie del cañón nos reunimos y afrontamos rápidamente el final de las plegarias. Deborah había desaparecido escaleras arriba —supuse que a esperar que los hongos hicieran su efecto—, y Emily no había regresado. Irv leyó precipitadamente la acción de gracias, murmurando fatigosamente los versículos en hebreo y deteniéndose una y otra vez para frotarse los ojos. Después llegó el momento de abrir la puerta al profeta Elias y, a petición de Irv, James se levantó de su silla y fue dando traspiés hasta la cocina para franquearle el paso al esperado fantasma, para quien se había preparado una copa de vino que le esperaba en el centro de la mesa. Yo sabía que años atrás la tradición familiar otorgaba a Sam Warshaw el privilegio de abrir la puerta mágica.

—No —dijo Irv con voz un poco ronca—. La puerta delantera.

James se volvió, miró a Irv, asintió lentamente y se dirigió hacia la puerta delantera. Tuvo que empujarla con el hombro para desbloquearla, y al abrirla los goznes produjeron un misterioso crujido, muy adecuado para el momento. Entró una corriente de aire frío que hizo temblar la llama de las velas. Miré a Irv, que escrutaba el vacío a su alrededor como si percibiese algún movimiento. Yo sabía que si Elias se presentaba para beberse su copa de vino, eso significaría que el Mesías estaba en camino y la noche sería como el día, y que las colinas saltarían como carneros y los padres se reunirían con sus hijos ahogados.

James volvió a sentarse pesadamente y nos dedicó una sonrisa ebria.

—Gracias, hijo —le dijo Irv.

—Eh, Irv —intervine, pensando que ya era hora de hacer la quinta pregunta, la que nunca se hacía—. ¿Cómo es que el bueno de Yahvé permitió que los judíos vagaran por el desierto de esa manera durante cuarenta años? ¿Cómo es que no..., bueno..., no les mostró el camino correcto? Hubiesen podido llegado a su destino en un mes.

—No estaban preparados para entrar en la Tierra Prometida —dijo Marie—. Hicieron falta cuarenta años para que dejasen de pensar como esclavos.

—Ésa podría ser una explicación —admitió Irv, que escrutaba a James con una mirada sombría y profunda—. O tal vez, simplemente, se extraviaron.

Cuando Irv pronunció la palabra «extraviaron», súbitamente James se inclinó hacia atrás en la silla, con otra copa de Manischewitz en la mano, y cerró los ojos. La copa se le escurrió de la mano y golpeó ruidosamente el canto de la mesa.

—¡Joder! —exclamó Philly, impresionado—. ¡Se ha desmayado!

—¡James! —dijo Irene, que rodeó la mesa a toda velocidad hasta llegar junto a él—. ¡Despierta! —Su tono era severo, con esa frialdad y brusquedad propias de una madre que se teme lo peor. James parpadeó y le sonrió—. Vamos, cariño, sube y estírate en la cama.

Irene ayudó a James a levantarse y lo acompañó arriba, entre crujidos de los

escalones. Justo antes de desaparecer de nuestro campo de visión, Irene se volvió y me miró con severidad. ¿Qué clase de profesor era? Evité su mirada. Marie se levantó y corrió hacia la cocina en busca de otro trapo húmedo.

Al cabo de diez minutos reapareció Irene, con una chaqueta negra de satén con cuello blanco de piel. Le iba pequeña.

—Mirad lo que me ha dado James —dijo—. La llevaba en su mochila. —Pasó la mano por el cuello de piel—. Es armiño.

—¿Ya se encuentra mejor? —preguntó Philly.

Irene negó con la cabeza y dijo:

—Acabo de telefonar a su madre. —Me lanzó una mirada perpleja, como si no pudiera entender por qué le había contado aquella sarta de mentiras sobre el pobre chico que estaba arriba, estirado en la vieja cama de Sam Warshaw—. No estaban en casa, pero la criada me ha dado otro número al que podía llamar. Era de un club de campo, San no sé qué. Estaban en una fiesta. Llegarán en un par de horas.

—¿En un par de horas? —dije tratando de conectar las palabras «madre» y «club de campo» con los datos que tenía sobre James Leer—. ¿Viniendo desde Carvel?

—¿Qué es eso de Carvel? —preguntó Irene.

—El chico es de un pueblecito llamado Carvel, cerca de Scranton.

—Yo he llamado a un teléfono de Pittsburgh —dijo Irene—. Empezaba por 412.

—Un momento —terció Irv. Se levantó y sacó de la estantería que había debajo de la escalera un viejo ejemplar del *Atlas de carreteras Rand McNally*. Se humedeció la punta de los dedos y se aplastó un mechón de pelo revoltoso. Parecía feliz de haber reconducido el asunto hacia el siempre sensato terreno de los libros de referencia. Repasamos el índice tres veces, pero, por supuesto, allí no aparecía ningún lugar llamado Carvel.

Estaba sentado detrás del volante del Galaxie 500 de Happy Blackmore, contemplando el cielo. Me había liado un porro del tamaño de un pepinillo, de un pequeño frankfurt para canapé, de la picha de un spaniel, y me disponía a fumármelo apurándolo hasta la última calada. Intentaba localizar la séptima estrella de la constelación de las Pléyades, pensaba en Sara y trataba de no pensar en Hannah. El jardín estaba tan silencioso que oía los crujidos del esqueleto de la casa y los ronquidos de las vacas en el establo. Muy de tarde en tarde se oía pasar un coche por la carretera de Youngstown, un sonido de neumáticos y de motor breve como un suspiro. Las ventanas de la planta baja de la casa estaban a oscuras, pero en el piso de arriba las luces seguían encendidas en todas las habitaciones excepto la que ocupaba James Leer. Emily seguía sin volver, pero había llamado desde una cabina para decirle a su madre que no la esperaríamos levantados. Pasé un par de horas ante el televisor con Philly, viendo a Edward G. Robinson paseándose en sandalias por la faraónica Menfis ^[31], y después me dejé reclutar para una aburrida partida de scrabble con Irv e Irene. Finalmente todo el mundo optó por acostarse, hartos de esperar a que aparecieran los padres de James; ya llevaban casi dos horas de retraso.

No podía evitar pensar en cómo reaccionaría Hannah cuando se enterase de que James nos había tocado la fibra sensible y se había ganado nuestra simpatía con una falsa biografía. Ella lo conocía mucho mejor que yo, lo cual significaba, pensé, que en realidad no lo conocía en absoluto. Todavía me costaba borrar mi concepción de James Leer como un chico de clase trabajadora de un pueblo del noroeste de Pensilvania, dominado por la aflicción tras la muerte de su madre. Pero supuse que ésa debía de ser, simplemente, la situación del protagonista de su *Desfile del amor*. ¿Cuánto de lo que me había contado de sí mismo acabaría formando parte del perfil del personaje de su novela?

Miré hacia la ventana sin luz y pensé en la creencia común de que las personas que padecen insomnio agudo a menudo tienen cierta dificultad para discernir claramente entre los sueños y la vigilia, por experimentar en su vida real la extraña pesadez de las pesadillas. Quizá el mal de la medianoche producía esa misma sensación. Al cabo de cierto tiempo, uno era incapaz de distinguir entre el mundo de ficción y el real; se confundía a sí mismo con sus personajes, y los azarosos avatares de la propia vida se entretejían con las maquinaciones de una trama novelística. De ser así, pensé que James Leer era el caso más grave con el que me había topado; pero entonces recordé a otro fabulador solitario, hundido en su mecedora, con la pistola en la mano, balanceándose lentamente, una y otra vez. Quizá también Albert Vetch había acabado creyéndose el protagonista de uno de sus propios relatos. Sus solitarios arqueólogos y bibliófilos de pueblo eran más proclives a acabar sus días pegándose un tiro que en las fauces babeantes de algún monstruo lleno de tentáculos que su irracional sed de conocimiento les hubiese llevado a liberar, devorados por esas

sonrisas tan oscuras y vacías como la fría negrura del espacio interestelar.

El porro se me había apagado. Lo encendí de nuevo con el encendedor del coche. Ahora me daba cuenta de que, no obstante todas sus criaturas surgidas de la nada cósmica —con sus cuencas sin ojos y sus gigantescas y aterradoras fauces—, los relatos de August Van Zorn trataban en el fondo del horror al vacío: el vacío de un par de zapatillas de mujer abandonadas en el fondo de un armario, de un folio en blanco, de una botella de bourbon apurada hasta la última gota en el alféizar de una ventana a las cinco y media de la madrugada. Tal vez Albert Vetch, al igual que su personaje Eric Waldensee al enfrentarse a las habitaciones y los pasillos desiertos en *La casa de la calle Polfax*, apoyó una pistola contra su sien porque al final descubrió que había demasiados silbantes agujeros negros en su habitación del Hotel McClelland. Ése era el auténtico *Doppelgänger* del escritor, pensé, y no alguna especie de personificación de la perversidad que te vigilaba desde las sombras y se presentaba periódicamente vestida con tu ropa y llevando en el bolsillo las llaves de tu casa para destrozar tu vida. No, era más bien el prototípico protagonista —Roderick Usher, Eric Waldensee, Francis Macomber, Dick Diver^[32]— de las obras de un escritor; al principio, los avatares de aquél reflejaban aspectos de la personalidad de éste, pero acababa por determinar el mismísimo curso de la vida de su creador.

Pensé en mis propios personajes, en aquel heterogéneo grupo de azorados y desacreditados románticos sin suerte: Danny Fixx, que al final de *Tierras bajas* se mete con su canoa en la oscuridad de una cueva en Nuevo México para esconder el cadáver de Big Dog Slaney; Winthrop Pease, el protagonista de *La novia del pirómano*, que sufre un ataque al corazón mientras cava un hoyo en el jardín trasero de su casa para enterrar los chamuscados restos del esmoquin que llevaba cuando prendió su último gran incendio, y Jack Haworth, el héroe de *El mundo subterráneo*, que se dedica a gobernar y engrandecer su pequeño imperio del sótano, con su tren en miniatura y sus pulcros y ordenados pueblecitos bautizados con los nombres de sus hijos y sus esposas, mientras en el pueblo que hay en la superficie, en la casa que hay sobre su cabeza, su familia y su propia vida se vienen abajo. No me había percatado antes, pero en mi obra había una permanente invocación a lo subterráneo (un tema clásico de la literatura de terror), un recurso al entierro y el ocultamiento en las profundidades de la tierra como leitmotiv. De hecho, tenía previsto un episodio similar en *Chicos prodigiosos*, en el que Lowell Wonder, después de dejarse seducir por Valerie Sweet, forzaba la entrada del refugio antiatómico de su antiguo instituto y permanecía escondido allí durante tres semanas. Cuando decidía salir —muerto de hambre, muy pálido y medio ciego—, se enteraba de que su padre, el viejo Culloden, había fallecido. Al parecer, mis personajes siempre trataban de huir de sus terribles errores de juicio refugiándose en cuevas, bodegas y sótanos, o de ocultarlos —de deshacerse de ellos— enterrándolos. «¡Claro, lo mejor es enterrarlo!», pensé. Respiré

profundamente, me aseguré de que no había nadie rondando por allí y tiré la colilla de porro. Bajé del coche, fui hasta el maletero y lo abrí.

La luz del maletero llevaba años fundida, pero gracias a la luna llena era fácil distinguir lo que había en su interior. Me quedé parado un momento contemplando el cadáver y la funda de la tuba, amigablemente pegados uno al otro. Me dije que no era correcto dejar a Doctor Dee tirado allí dentro. Una de sus orejas colgaba retorcida formando un conmovedor ángulo con su cráneo, y el pobre animal empezaba a descomponerse. En el porche trasero de la casa, una a cada lado —las recordaba perfectamente— había dos palas, excedentes del ejército, recubiertas de una mohosa capa de mugre. Un par de veranos atrás, Irv y yo cavamos con ellas un agujero en el jardín delantero para colocar un largo poste de abedul que sostenía un refugio para pájaros. Era una magnífica pieza de artesanía, en forma de palacio ruso, con cúpulas bulbosas de diferentes colores, pero, por desgracia, la cola, basada en esmalte para uñas resistente a las inclemencias meteorológicas que Irv había inventado para pegar las piezas, se disolvió al llegar el invierno y la nieve quedó sembrada de multicolores pedazos de madera. Miré las lápidas desperdigadas entre la hierba bajo el castaño de Indias. Después volví a echarle un vistazo al cadáver de Doctor Dee. Sus dementes ojos sin vida parecían mirarme fijamente de nuevo. Me encogí de hombros.

—Enseguida te saco de ahí —dije, y cerré el maletero.

Di la vuelta a la casa hasta la parte trasera, encontré las palas justo donde recordaba que estaban y llevé una hasta el jardín delantero, arrastrándola por la hierba anegada. Las lápidas, iluminadas por la luna, proyectaban en el suelo sombras de contornos irregulares. Hundí la pala en la tierra y empecé a cavar en un espacio libre entre las tumbas de Earmuffs y Whiskers, un conejillo de Indias de larga pelambreira, si no recordaba mal. Mientras cavaba, debido al colocón y al miedo, me pareció oír voces indignadas procedentes del interior de mi cabeza o de algún rincón de la granja. Cada vez que sacaba una palada de tierra hacía ruido, y estaba convencido de que en cualquier momento saldría alguien de la casa y me preguntaría qué demonios estaba haciendo, y tendría que explicarle que me disponía a enterrar a otro perro en el jardín.

Al cabo de diez minutos mi carrera como personaje de uno de mis libros estaba acabada. No tenía fuerzas para seguir cavando. Me apoyé contra el castaño de Indias y traté de recuperar el aliento mientras contemplaba un hoyo que, según mis cálculos, era suficientemente profundo, todo lo más, para meter en él a un chihuahua grande. Mi jodido *Doppelgänger* no estaba para aquellos trotes, pensé. Suspiré, y mi suspiro tuvo su eco en la carretera comarcal. Me volví a tiempo de ver una larga y pálida estela de luz que topaba con la hilera de olmos. Un coche se acercaba a considerable velocidad a la casa, golpeando las ramas y traqueteando ruidosamente cada vez que encontraba un bache. Miré hacia la casa. En el antiguo dormitorio de Sam Warshaw se había encendido una luz y se veía una silueta en la ventana. James Leer

contemplaba cómo se acercaba por el camino el coche de sus padres.

Era un modelo reciente de Mercedes. El motor hacía un ruido peculiar; se diría que utilizaba soda como carburante. A la luz de la luna parecía delicado, grisáceo y majestuoso como un sombrero de fieltro. Se detuvo detrás de mi coche y permaneció un minuto con el motor en marcha y los faros encendidos, como si sus ocupantes estuviesen pasando por unos momentos de duda, fuese ésta de orden geográfico o moral. Después el conductor hizo marcha atrás, giró bruscamente hacia la izquierda, dio media vuelta y dejó el coche orientado hacia la carretera antes de apagar el motor; supuse que era por si tenían que huir precipitadamente. Del lado del conductor emergió un largo zapato negro y puntiagudo, que emitía destellos a la luz de la luna de pascua. Estaba unido mediante un calcetín oscuro y varios centímetros de blancuzca pantorrilla a un hombre vestido con un traje de etiqueta y un fular blanco de esmoquin que en un primer momento tomé por un chal para las plegarias. No era tan alto como James, pero era de porte desgarbado y sus hombros parecían anudados el uno contra el otro por lo encorvado que iba. Me saludó alzando la pálida y sombría palma de la mano y después ayudó a salir a la mujer que lo acompañaba. También era alta y, además, gruesa, una mujerona envuelta en el blanco luminoso de la piel de algún animal muerto, que se tambaleaba por el camino de acceso a la casa sobre unos altísimos tacones. Se acercaron hacia mí, sonriendo como si hubiesen pasado a visitar a unos viejos amigos. Una de las manos del hombre reposaba sobre la cintura de la mujer en un gesto de bailarín de cha-cha-cha. Con sus trajes oscuros y sus estolas de un blanco radiante, parecían figurantes de un anuncio de una marca francesa de mostaza, o la pareja que se coloca encima de una tarta de bodas, o un par de elegantes fantasmas que murieron en el choque de dos limusinas mientras se dirigían a un baile de etiqueta.

—¡Hola! Soy Fred Leer —me saludó el hombre cuando llegó a los escalones en los que yo los esperaba. Había dejado la pala clavada en la hierba del cementerio de mascotas, junto a la tumba inacabada, y me había dirigido a la escalera del porche como si fuese el lugar donde siempre se recibía a los visitantes. Así que allí estaba yo, Grady, el jovial posadero, sonriendo, con las manos detrás de la espalda—. Ella es mi mujer, Amanda.

—Grady Tripp. —Le tendí la mano y él me dio un largo y fuerte apretón. Era un apretón de vendedor, automatizado por la práctica—. El profesor de James. ¿Cómo están ustedes?

—Muy desconcertados —respondió la señora Leer. Me siguieron por el porche hasta la puerta principal, y esperaron con paciencia mientras manoseaba torpemente las llaves. Hacía años que no había tenido que vérmelas con una cerradura en aquella casa—. Les pedimos disculpas por el comportamiento de James.

—No es necesario —dije—. No ha hecho nada malo.

Entré en la sala, encendí la luz y descubrí que ambos tenían al menos quince años más que el magnate de cabellos plateados y la canosa ex animadora que había visto venir hacia mí a ritmo de foxtrot por el prado iluminado por la luna de mi imaginación. De acuerdo, iban vestidos como para el baile de gala de un crucero, pero sus mejillas estaban hechas un desastre, el blanco de sus ojos era de un tono más bien amarillento y ambos tenían la cabellera de un gris metálico, aunque él lucía un pelo crespo muy corto, al estilo marinero, y ella un peinado a lo *garçon*. Calculé que Fred andaría por los sesenta y cinco y Amanda tal vez fuera un par de años más joven. James debía de ser, por tanto, una incorporación de última hora al núcleo familiar.

—¡Vaya! Es una casa encantadora —dijo Amanda Leer. Entró en la sala caminando con precaución. Sus tacones eran excesivamente altos para ella, teniendo en cuenta su talla y su edad. Los zapatos eran negros, de piel de becerro, con un lazo negro de cuero en la punta y aspecto de caros. El vestido, también negro, era de manga larga, con tres volantes, discreto, pero no exactamente de señora mayor. Se había hecho la manicura, llevaba los labios pintados y olía a Chanel Número 5—. ¡Oh, es una casa adorable!

—Sí, señor Grady, su hogar es una preciosidad —añadió su marido.

Eché un vistazo a la sala. Todo el mobiliario había vuelto al desorden habitual. No había ni una sola silla que guardase cierta simetría con otra, y apenas quedaba espacio para que una persona de mi corpulencia pudiera desplazarse desde las escaleras hasta la chimenea. De las paredes de nudosa madera de pino, en lugar de los grabados de cacerías de patos, paisajes idílicos o láminas amarillentas de catálogos antiguos de material agrícola que uno habría esperado encontrar, colgaba un revoltijo de reproducciones de Helen Frankenthaler^[33] y Marc Chagall, vistas aéreas de Pittsburgh y Jerusalén, retratos de ceremonias de *bar mitzvah* y de graduación de las chicas Warshaw, un póster de Diane Arbus^[34], una fotografía enmarcada de Irv con varios fornidos y sonrientes miembros de la familia Mellon ^[35] en lo alto del campanil, y un par de lamentables imitaciones de Miró que Deborah había pintado en la escuela. Había también una escultura israelí, consistente en una maraña de alambre de espino, que ocupaba buena parte de una mesita baja. El tablero del scrabble seguía sobre la mesa de centro, abandonado a mitad de partida, y ofrecía, como si de la mesa de un espiritista se tratase, un enigmático mensaje formado por las palabras ÚVULA y JERINGA. En un par de vasos que alguien había dejado junto al televisor seguían derritiéndose varios cubitos de hielo.

—Es de mis suegros —les expliqué—. Sólo estoy de visita.

—Su suegra parecía tan amable y preocupada cuando he hablado con ella... —dijo Amanda Leer.

—Bueno, querían conocerles —les aseguré—. Pero estaban muy cansados. Hoy

ha sido un día muy especial.

—Bueno, verá... —dijo Fred Leer—. La verdad es que nos hemos retrasado. — Se levantó la manga del elegante traje de etiqueta para consultar su reloj, que reconoció al instante. Era el Hamilton de oro, con una cara alargada de estilo modernista dibujada en la esfera, que James llevaba en ocasiones en clase y al que se ponía a dar cuerda ruidosamente cuando los demás alumnos criticaban sus escritos—. ¡Oh, Dios mío, nos hemos retrasado dos horas!

—No podíamos marcharnos precipitadamente —explicó Amanda—. Hoy es el cumpleaños de Fred y dábamos una fiesta en el club de golf. Llevábamos un año preparándola. Ha sido una fiesta encantadora.

—¿Y qué club de golf es ése? ¿Dónde viven ustedes?

Pero ya me imaginaba dónde vivían. Eran una pareja de ricos cabrones.

—El Saint Andrew's —respondió Fred—. Vivimos en Sewickley Heights.

Así que aquellos místicos relámpagos que iluminaban los amenazadores cielos de los relatos de James Leer, aquel catolicismo eslavo basado en la culpa y el infierno, eran también puro camelo.

—Bueno —dijo Amanda Leer, de cuyos labios había desaparecido la sonrisa presbiteriana—, ¿dónde está James?

—Arriba —dije—. Duerme. No creo que se haya enterado de que están aquí. Voy a avisarle.

—¡Oh, no! —dijo ella—. Iré yo.

—Bueno, tal vez sería mejor que yo me encargara de eso. —Por la agresividad de su tono se diría que pretendía sacar a James de la cama tirándole de la oreja y arrastrarlo por el mismo sistema escaleras abajo hasta el coche. Me pregunté si realmente había sido una buena idea avisar a sus padres. James no era un chiquillo. Los jóvenes de su edad tenían todo el derecho a emborracharse y caerse en redondo. Es más, me habría atrevido a decir que más que un derecho era casi una obligación—. En el piso de arriba hay un montón de puertas, y quizá despierte usted a la persona equivocada, ¡ja, ja, ja!

—Oh, es cierto, tiene usted razón, señor Grady —aceptó, y volvió a aparecer la sonrisa—. Esperaremos aquí.

—Siento causarle tantos problemas —dijo Fred, y meneó la cabeza—. Me gustaría saber qué demonios le pasa a nuestro James, se lo aseguro.

—Yo sé qué le pasa —intervino Amanda en tono sombrío, pero no especificó qué era—. ¡Vaya si lo sé!

—De una cosa no me cabe duda: le encanta el cine —dije para cambiar de conversación.

—No me tire de la lengua —refunfuñó Amanda.

—No lo haga —intervino el padre de James—, por favor.

Trató de darle al comentario un tono festivo, pero su voz dejaba entrever que se trataba de una amable súplica.

—Enseguida vuelvo —dije—. Y, por cierto, feliz cumpleaños.

—Gracias, señor Grady —dijo Fred.

James no estaba en la cama, sino en el rellano del piso de arriba, con el largo abrigo negro puesto. Me miró como si fuese el carcelero que iba a conducirlo a la horca.

—No quiero ir con ellos —me dijo.

—Escucha, James... —Hablaban en voz baja. Por debajo de todas las puertas se filtraba luz, y no quería que la multitud se arremolinara a nuestro alrededor. Conduje a James al lavabo y pasé el pestillo—. Bueno, James —le dije—. Escucha, colega, creo que debes irte a casa.

—¡Pero si estoy perfectamente! —se quejó—. ¡Me lo paso la mar de bien!

—Yo diría que te lo pasas *demasiado* bien. Es evidente que no soy la compañía más adecuada para ti. ¿Me escuchas, James?

Evitaba mirarme. Le puse una mano en el hombro.

—James —dije. Sentí que estaba rompiendo alguna promesa trascendental que le había hecho en algún momento durante las últimas veinticuatro horas, pero me era imposible recordar de qué podía tratarse—. Últimamente, ¿sabes...?, últimamente me pasan cosas muy raras. Estoy... Estoy hecho un lío. Bueno, un poco confundido. Yo... Escucha: ya me siento suficientemente culpable, ¿vale?, para tener que sentirme todavía más culpable si te pasa algo malo. Vamos, hablo en serio. Vete a casa.

—Ésa no es mi casa —dijo fríamente.

—¿Ah, no? —pregunté—. Entonces, ¿cuál es? ¿La de Carvel? —Retiré la mano de su hombro—. ¿O acaso vives en Sylvania?

Fijó la vista en sus desgastados zapatos de estilo inglés. Hasta nosotros llegaban los murmullos de los dos ancianos que esperaban en el piso de abajo.

—¿Por qué me contaste todas esas historias, James? —pregunté.

—No lo sé —respondió—. Lo siento. De verdad. Por favor, no me obligues a irme con ellos.

—James, son tus padres.

—No, no lo son —dijo levantando la vista y abriendo unos ojos como platos—. Son mis abuelos. Mis padres están muertos.

—¿Tus abuelos? —Bajé la tapa del retrete y me senté. El tobillo me palpitaba por el esfuerzo de cavar la tumba de Doctor Dee, y el vendaje de Irv se había deshecho al chapotear en el inundado jardín trasero—. No te creo.

—Te lo juro. Mi padre tenía un avión. Solíamos viajar en él a Quebec. Mi padre había nacido allí. De verdad. Teníamos una casa en los montes Laurentians. Un día que viajaban hacia allí sin mí, se estrellaron. ¡Te lo juro! ¡Salió en el periódico!

Lo miré. Lloraba, y en su pálido rostro se marcaba levemente el mapa de sus venas. Su tono era de absoluta sinceridad.

—Salió en el periódico —repetí, y me froté los ojos para tratar de despejarme y aclarar mis ideas.

—Era vicepresidente de la empresa Dravo. En serio, era amigo de Caliguri y gente así. Mi madre pertenecía a la alta sociedad, ¿vale? Su apellido de soltera era Guggenheim.

—Sí que lo recuerdo —afirmé. En efecto, había salido en el periódico—. Hace cinco o seis años.

Asintió y dijo:

—El avión se estrelló en las afueras de Scranton.

No pude resistirlo y pregunté:

—¿Cerca de Carvel?

James se encogió de hombros y pareció sentirse incómodo.

—Supongo que sí —dijo—. Por favor, no me obligues a irme con ellos, ¿de acuerdo? —Se había percatado de que dudaba—. Baja y diles que no has conseguido despertarme. Por favor. Así se irán. En realidad, no les importo en absoluto.

—James, les importas mucho —dije, aunque lo cierto es que parecían mucho más preocupados por la impresión que me habían causado que por el bienestar de su hijo. O de su nieto, si es que era cierto lo que me acababa de contar James.

—Me tratan como a un bicho raro —me aseguró—. ¡Me obligan a dormir en el sótano de mi propia casa! Es mi casa, profesor Tripp. Mis padres me la dejaron en herencia.

—Pero ¿por qué iban a decir que son tus padres si no lo son, James? No tiene pies ni cabeza.

—¿Han dicho eso? —preguntó. Parecía realmente sorprendido.

Entorné los ojos, me mordí el labio y traté de reconstruir la conversación en la sala.

—Creo que sí —dije—. Pero, si he de serte sincero, no estoy del todo seguro.

—Será una nueva mentira. ¡Joder, son tan *retorcidos*! No sé por qué le di a la señora Warshaw su número de teléfono. Debía de estar borracho. —Se puso a temblar, a pesar del calor casi sofocante que hacía en el lavabo—. Son tan *fríos*.

Me enderecé y escruté su pálido, desdibujado, apuesto y joven rostro, intentando creerle.

—Vamos, James —dije—. Ese hombre es tu padre, está clarísimo. Eres clavado a él.

Parpadeó y apartó la mirada. Al cabo de unos instantes respiró profundamente, tragó saliva y metió las manos en los bolsillos del desastrado abrigo. Me miró directamente a los ojos y, en tono ronco y tembloroso, me dijo:

—Eso tiene una explicación.

Pensé en ello un par de segundos.

—Sal de aquí —le ordené finalmente.

—Por eso me odia *ella*. Por eso me obliga a dormir en el sótano. —Bajó la voz hasta el susurro—. ¡En ese sótano húmedo y cubierto de salitre!

—En ese sótano húmedo y cubierto de salitre —repetí. De repente, me di cuenta de la descarada cita de Poe y comprendí que me engañaba de nuevo, por lo que añadí —: Entre ratas y barricas de amontillado.

—¡Te lo juro! —dijo, pero se había excedido, y lo sabía. Apartó de nuevo la mirada. Las dos personas que esperaban abajo tenían que ser por fuerza sus padres; tal vez Amanda no me hubiese dicho que era la madre de James, pero sin duda sí se identificó como tal cuando habló por teléfono con Irene. Me puse en pie y meneé la cabeza.

—Ya basta, James —dije—. No quiero oír ni una palabra más.

Lo agarré por el codo y lo conduje fuera del lavabo. Se dejó arrastrar sin rechistar. Lo llevé hasta la sala y lo dejé a cargo de los Leer.

—¡Mira qué facha tienes! —le dijo Amanda mientras bajábamos por las escaleras—. ¡Debería darte vergüenza!

—Vámonos de aquí —pidió James.

—¿Qué has hecho, James? —Amanda lo repasó de arriba abajo, horrorizada—. Este abrigo lo había tirado a la basura.

—Lo recuperaré —dijo, y se encogió de hombros.

Amanda se volvió hacia mí y, realmente preocupada por primera vez, preguntó:

—Supongo que no se presenta así en clase, ¿verdad, profesor Tripp?

—No, jamás —respondí—. Es la primera vez que lo veo con este abrigo.

—Vamos, Jimmy —intervino Fred, que agarró a James por el delgado brazo—. No molestemos más a esta buena gente. Buenas noches, señor Grady.

—Buenas noches. Encantado de haberlos conocido —dije—. Cuiden de él —añadí, e inmediatamente me arrepentí de haberlo dicho.

—No se preocupe por eso —dijo Amanda Leer—. Cuidaremos de él, se lo aseguro.

—¡Suéltame! —protestó James, e intentó librarse de la mano del anciano, pero éste lo agarraba con humillante firmeza. Mientras lo arrastraban afuera, James se volvió y me miró, con la boca torcida en una mueca sarcástica y la mirada llena de reproches.

—Los hermanos Wonder —dijo.

Sus padres lo empujaron por el jardín y, como un par de secuestradores de una película policiaca de tres al cuarto, lo metieron sin contemplaciones en el asiento trasero de su precioso coche.

Después que James se marchó subí a la antigua habitación de Sam y me quedé un rato en la puerta. Por la ventana se filtraba la luz de la luna, que iluminaba la cama sin hacer, vacía, deslumbrantemente desnuda y fría. Me sentí como imantado por ella. Entré en el cuarto y encendí la luz. Varios años después del fallecimiento de Sam, su dormitorio de la casa de la avenida Inverness fue reconvertido en una especie de cuarto de costura y estudio para Irene, pero su habitación de la casa de campo no fue tocada, y tanto la decoración como el mobiliario eran los de un dormitorio juvenil pasado de moda. La colcha estaba adornada con el semiborrado dibujo de unos vaqueros a caballo tirando el lazo. Los libros colocados en el estante sobre el pequeño escritorio tenían títulos como *El gran libro de la policía montada del Canadá*, *¡Ensayo!*, *Historia de la Academia Naval* y *Lew Walker, cirujano del espacio*. La cabecera de la cama, el armario y el ya mencionado escritorio eran del mismo estilo, de inspiración vagamente náutica, y estaban guarnecidos con cuerdas y falsas anillas de hierro. Todo estaba descolorido y raído, con manchas de moho y agujeros causados por la carcoma. Irene e Irv nunca habían pensado conscientemente en convertir la habitación en un santuario o un museo dedicado a su hijo —su único hijo biológico— muerto, pero lo cierto es que no habían tocado nada, y algunas de las viejas pertenencias de Sam de la casa de Pittsburgh —una caja hecha con un caparazón de tortuga, una estatuilla de Kali, un banderín del instituto Reisenstein— habían ido a parar, como huesecillos de dedos a un relicario, al dormitorio de Sam en Kinship.

Me senté en la pequeña cama y me dejé caer hacia atrás. Mientras intentaba levantar las piernas para estirarlas sobre el colchón, el tobillo sano se me enredó con algo semejante a una cuerda. Me reincorporé y vi que eran las correas de la mochila de James. Cuando descubrí que se la había dejado sentí una aguda punzada de culpabilidad. Pensé que no debiera haber permitido que aquel par de fantasmas lo secuestrasen y se lo llevasen en su fantasmagórico coche gris.

—Lo siento, James —dije.

Metí la mano en la mochila y saqué el manuscrito de *El desfile del amor*. Lo abrí y volví a estirarme, con la cabeza apoyada en la cabecera de la cama de Sam. A mi alrededor, la casa y sus ocupantes dormitaban. Estaba enclaustrado, aislado del mundo por el haz de luz de la lámpara de la mesilla de noche. Empecé a leer.

Comprobé que era una novela de época, ambientada a mediados de los años cuarenta. Comenzaba en una triste y sucia población industrial del árido interior de Pensilvania, surgida de lo más profundo de la imaginación de James. El protagonista, un chico de dieciocho años llamado John Eager^[36], vivía en una destartada casa a orillas de un río apestoso con su padre, conductor de carretilla elevadora en la fábrica de maniqués Seitz, y su abuelo paterno, un viejo cabrón llamado Hamilton Eager que aparecía por primera vez en la página 3 envenenando al perrito del chico. La madre

de John Eager, una mujer enfermiza que era cocinera en la cantina de la fábrica de maniqués, había fallecido la primavera anterior de neumonía; sus últimas palabras dirigidas a su hijo fueron: «Eres un chico apuesto».

Tan apuesto era, que resultaba invisible, según se desprendía del párrafo siguiente:

Su rostro era como el de uno de los maniqués para sombreros de la fábrica Seitz. La nariz, semejante a una aleta de tiburón. Los labios, rojos como una señal de stop. Los ojos, negros, con largas pestañas, y vidriosos como los de una cabeza de ciervo colgada en una pared. No había nada en su rostro que quedase grabado en la memoria de la gente que lo veía. Sólo la vaga impresión de que era apuesto. En las fotografías siempre aparecía como si hubiese movido la cabeza en el momento de tomarlas.

Las primeras ciento cincuenta páginas del libro consistían en la ensoñación autobiográfica de John Eager mientras viajaba en autobús a Wilkes-Barre para comprar la pistola con la que en la página 163 le dispararía un tiro entre ceja y ceja a Hamilton Eager como venganza por el envenenamiento de su querido perro Warner Oland. Era una ensoñación perturbadora y poética, demasiado larga, pero con momentos muy convincentes relacionados con episodios de abusos sexuales, violación, incesto, cacería de ciervos, instintos pirómanos, la habitual marca de fábrica de James a base de torturado catolicismo en clave bufa, tentativas de suicidio y los momentos de éxtasis del joven protagonista en la primera fila del cine del pueblo, el Marquis. Al lector no podía sorprenderle que John Eager acabara convirtiéndose en un chico solitario que padecía una profunda falta de autoestima y contaba descomunales mentiras al primero que se le ponía a tiro.

Después de asesinar a su abuelo, John Eager hacía una aparición sorpresa en el baile de homenaje a los ex alumnos del instituto y le pegaba un tiro a un compañero de clase, un matón llamado Nelson McCool que se había pasado la vida aterrorizándolo de maneras tan diversas y crueles que el lector agradecía que finalmente recibiese su merecido. Tras cometer estos crímenes, con los dobladillos de los pantalones empapados de sangre, John Eager se arrodillaba para confesar sus pecados en la iglesia de San Juan Nepomuceno. Después se largaba en otro autobús que lo conducía, en bastantes menos páginas que en el trayecto anterior, a Los Angeles, donde trataba infructuosamente de entrar en el recinto de la Fox, recibía una paliza en el pórtico de la iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles y, en una escena a un tiempo tierna y siniestra, estaba a punto de ligar con un olvidado actor del cine mudo antes de decidir entregar su infeliz alma al océano Pacífico en la playa de Venice. En la penúltima escena, de camino a Venice en un autobús, se topaba con una

chica rubia más bien patética llamada Norma Jean Mortensen, en quien reconocía a un alma gemela —una informe suma de anhelos, mentiras, falta de autoestima y sensación de vacuidad—, y su ajustado suéter barato, sus medias con carreras y su transparente ambición de convertirse en la mayor estrella del mundo ayudaban a John, por algún motivo que no acabé de entender, a reafirmarse en su decisión definitiva de tirarse al mar.

Leí todo el manuscrito —doscientas cincuenta páginas justas— de un tirón en algo menos de un par de horas. Al acabarlo no sabía muy bien qué pensar. La narración era dinámica y sólida, y, como la mayoría de buenas primeras novelas, mostraba esa convicción imperturbable, aunque errónea, de que todos los episodios chocantes y los comportamientos humanos extremos que aparecían en sus páginas provocarían en el lector sensaciones de asombro y horror totalmente nuevas. Se trataba de un ejercicio insolente, ridículo y apasionante a un tiempo, con un poso de genuina tristeza que impedía que la obra naufragase en las aguas revueltas del melodrama. Lo cierto es que James, por evolución personal, por simple aburrimiento o por haberse hartado de escuchar mis continuas críticas y las de sus condiscípulos, había dejado de lado sus estúpidos experimentos de sintaxis y puntuación, y la prosa resultante, aunque caprichosa y cuajada de símiles, resultaba convincente y uno tenía la sensación, al menos mientras duraba la frase o el párrafo que leía, de que los acontecimientos descritos habían sucedido de verdad.

Y, sin embargo, cuando acabé el manuscrito no pude evitar pensar que la mayor parte de lo narrado parecía totalmente falso. La apabullante acumulación de detalles de época, sin un solo anacronismo o dato erróneo, resultaba algo forzada y mecánica: había decenas de referencias a la moda, las orquestas de jazz y los grandes automóviles cromados, pero resultaba obvio que no era material de primera mano, sino que estaba tomado de viejas películas. Aparte de varias anécdotas de la infancia y primera adolescencia, y del extraño episodio con la vieja estrella de cine de cara empolvada y fular anudado al cuello, el grueso de *El desfile del amor* parecía escrito a base de cosas oídas, retazos y material de segunda mano. La gente hablaba, se divertía y reaccionaba ante los otros como en las películas. Las cosas que sucedían eran las que suelen suceder en las películas. Dejando al margen algunas reacciones emocionales, había muy pocos episodios en la novela que pareciesen provenir de la experiencia vital de su autor. Era una obra de ficción escrita por alguien que sólo conocía ficciones, una especie de *La tempestad* que hubiera sido escrita por la solitaria Miranda^[37], cuya idea del mundo procedía exclusivamente de la lectura de las novelas de la biblioteca de su padre.

Dejé el manuscrito en la mesilla de noche. Pensé que quizá no era la persona más indicada para juzgar con imparcialidad el trabajo de James Leer. Sabía que en el fondo sentía celos del chico: de su talento, a pesar de que yo también lo tenía, y de su

juventud y energía, a pesar de que era absurdo por mi parte lamentarme de haberlas perdido; pero, por encima de todo, sentía celos de algo tan tonto como el hecho de que hubiese terminado su libro. A pesar de todos los defectos que quizá tuviera, podía sentirse orgulloso de haberlo conseguido. La reacción dinámica que se produce por la combinación de ostracismo e imaginación, así como los problemas de convivencia en una familia desestructurada, eran temas muy bien tratados, y la escena en el autobús con una todavía desconocida Marilyn, aunque no resultaba del todo convincente, estaba escrita con el entusiasmo de un auténtico fan y era una grata sorpresa. Y había otra escena anterior que no me había podido quitar de la cabeza durante la lectura y que todavía me inquietaba. Tomé de nuevo el manuscrito y lo abrí por la página 52, en la que el narrador rememoraba con suma crudeza el día de agosto de 1928 en que el viejo Ham Eager violó a la esposa de su recién casado hijo.

Así pues, el viejo la agarró por el cuello como si fuese una paloma. Le aplastó la cara contra el polvoriento y amarillento colchón de su cama. Ella no podía respirar. Él había estado recogiendo moras al borde de la carretera y todavía tenía los dedos manchados.

El narrador proseguía su relato en el mismo tono desapasionado y comentaba que nueve meses después nació John Eager. Al leer ese pasaje por primera vez se me erizó el vello de la nuca, y al releerlo ya no me sentí tan seguro de que hacía un rato James Leer me hubiese mentido, a pesar de que no ignoraba que los mentirosos más hábiles siguen haciéndolo a la perfección mucho tiempo después de haber sido descubiertos. No creía que Fred Leer fuese al mismo tiempo el padre y el abuelo de James, pero aun así no pude evitar una súbita punzada de culpabilidad en el pecho por haber permitido que aquel par de elegantes espectros se lo llevaran. Volví a dejar el manuscrito, me puse en pie y empecé a dar vueltas por la habitación, pensando en James Leer.

¿Por qué *El desfile del amor*? Como de costumbre, James parecía haber elegido ese título más por lo bien que sonaba que por la conexión que pudiese tener con la trama o los personajes de la historia. Había una especie de simpático guiño en la elección de títulos por parte de James, como si escribiendo libros titulados *La diligencia* o *Avaricia* esperase convertirse no en un simple escritor, sino en todo un estudio cinematográfico; quería construir, en el solar vacío que era su vida, una ciudad rebotante de figurinistas, ingenieros de sonido, guerreros griegos, bucaneros e indios kickapoo, una ciudad en la que pudiera ejercer de productor y director, guionista, foquista y maquillador, figurante destinado al estrellato y actriz principal en la cima de su carrera. He conocido a montones de cinéfilos en mi vida, desde gentes que soñaban con ser travestís e idolatraban los rostros de las grandes divas,

hasta nostálgicos compulsivos que se metían en una película como quien se mete en una máquina del tiempo o en una botella de whisky y programa un viaje sin regreso. Y, en mayor o menor grado, esa obsesión estaba relacionada, como cualquier otra, con una sensación de vacío existencial. Pensé que en el caso de James lo que debía de fascinarle eran las cambiantes personalidades de los actores y actrices: las biografías oficiales de las oficinas de prensa; los seudónimos artísticos; los papeles que interpretaban, saltando continuamente de un personaje a otro. Y había influido sobremanera en él, según se desprendía de la lectura de su novela, la atmósfera de comunidad que emanaba de la vida en las pequeñas ciudades de provincias cuyas excelencias cantaban muchas de las películas del Hollywood de los años dorados.

Sin embargo, era lo bastante inteligente para percatarse de que esa atmósfera era una pura ilusión —cuya ambivalencia quedaba reflejada en *El desfile del amor*—, y lo bastante depresivo para que le fascinase el reverso del medallón hollywoodiense, representado por la aspirante a estrella que aparece en un rincón en la escena de la fiesta de *Cautivos del mal* y después se toma noventa y dos nembutaes y se precipita al vacío desde la terraza de su casa, por la desolación del guionista incluido en la lista negra durante la caza de brujas, por la triste patología de la verdadera vida sexual de un mítico galán de la pantalla o por el trágico destino de Sal Mineo, Jayne Mansfield o Thelma Todd. Y me dije que el acto culminante de su particular pasión cinéfila había sido tatuarse el nombre de Frank Capra en una mano. A Capra siempre se le ha considerado un director sentimentaloides, pero el mundo que aparece en sus películas está lleno de sombras —recuerden que sólo la vida de un hombre separaba Bedford Falls de la chillona pesadilla de Pottersville—, en las que a menudo acecha el espectro de la ruina, el suicidio y la vergüenza. Apesadumbrado por el fallecimiento del director que había dotado de un aura romántica a la América de las pequeñas ciudades de provincias, James decidió grabarse su nombre en su propia carne con una aguja.

Me senté en la cama, crucé los brazos y al cabo de un momento me puse en pie de nuevo. Tomé del estante *Lem Walker, cirujano del espacio* y leí un pasaje en el que se relataba la ceremonia de graduación en la Academia de Medicina de Altair IV, mientras en el cielo estallaba una tormenta de positrones. Abrí los cajones del viejo escritorio de Sam y comprobé que no había nada, excepto un caramelo Pez y un centavo de 1964. Traté de borrar de mi mente la sensación de que, de todas las personas cuya confianza había traicionado a lo largo de mi vida, James Leer era probablemente la menos capaz de soportarlo.

—Muy bien —dije en voz alta mientras contemplaba con remordimiento la mochila de James al tiempo que deseaba con toda mi alma egoísta y marchita como una pasa tumbarme en la cama de Sam Warshaw, fumarme un canuto y leer el episodio de la epidemia de «fiebres cetusianas» entre los «pueblos de las colmenas»

de Betelgeuse y de las aventuras de Lem Walker. Pero mi negro y mezquino corazón estaba prisionero en el asiento posterior de un Mercedes gris que había emprendido un largo y silencioso viaje de regreso a Pittsburgh—. Creo que eso es lo que debo hacer.

Cogí el manuscrito y la mochila y bajé por las escaleras. En el último peldaño perdí el equilibrio y me torcí el tobillo sano. Fui hasta la cocina dando saltos y descolgué el teléfono. Marqué el número de mi casa. Respondió Hannah. Le expliqué dónde estaba.

—Te echamos de menos —dijo ella casi gritando. Al fondo se oía a Wilson Pickett, los elefantes de Aníbal, un tiroteo, gritos de mujeres histéricas y unos ruidos que podían ser de una partida de dados.

—Crabtree anda por ahí, ¿verdad? —dije. Me resultaba difícil seguir hablando en voz baja.

—Ha montado una fiesta.

—¡Dios mío! —suspiré—. Una idea genial. —Metí el manuscrito de James en la mochila y la cerré—. Por favor, asegúrate de que no se largue, ¿de acuerdo?

—Vale. ¡Escucha, Grady! —Hannah ya hablaba a gritos—. Escucha, tengo que decirte una cosa. Ha venido por aquí un policía. Esta noche, hace un rato. Un tal Popnik, o algo por el estilo.

—Pupcik. Le conozco. —Irene había dejado la chaqueta de satén negro colgada en el respaldo de una de las sillas de la cocina. La cogí y me la acerqué a la cara. El cuello de piel desprendía un ligero olor amargo, a vitamina B—. ¿Qué quería?

—No lo sé. Ha dicho que quería hablar contigo. Grady, ¿cuándo vas a volver a casa?

La puerta trasera se abrió y se cerró de un portazo. Un instante después apareció en la cocina Emily. Apestaba a tabaco y se le había corrido el maquillaje hasta convertirse en una máscara de Pierrot. Caminaba rígida y un poco ladeada, como un gato atemorizado. Cuando pasó junto a mí, rozándome, nuestras miradas se cruzaron, y, al contemplar los borrosos círculos negros en que se habían convertido sus ojos, me sentí como uno de los personajes de August Van Zorn en el preciso momento en que su desventurada existencia se enfrenta a su terrible final. No había absolutamente nada en aquellos ojos. Era una mirada vacía, un agujero en el tejido del mundo.

—¡Lárgate! —dijo.

Recogí la mochila de James y me colgué la chaqueta robada sobre un hombro. Me acerqué el auricular a la boca y le dije a Hannah:

—Justamente ahora iba a salir hacia allí.

De pronto, mientras recorría el camino bordeado de olmos, noté que las ruedas del Galaxie pasaban sobre algo considerablemente voluminoso. Durante un horrible instante, al pisar el freno, el coche derrapó. Bajé y fui hasta la parte posterior del

Galaxie, donde, iluminado por el resplandor sanguinolento de las luces traseras, descubrí en el suelo una especie de cable extendido formando un semicírculo, con una de las puntas completamente aplastada. Había atropellado a Grossman. En un primer momento me dejé llevar por el pánico y me metí de nuevo en el coche con la intención de no levantar el pie del acelerador hasta llegar a Wood Buffalo o Uranium City^[38] y no volver a poner los pies en casa de los Warshaw en mi vida. Arranqué, pero después de recorrer apenas diez metros paré y volví atrás para recoger los sorprendentemente pesados restos mortales de Grossman. Pensé que nadie echaría de menos a aquel detestado e imprevisible miembro de la familia. Así que lo llevé hasta el coche, abrí el maletero y lo metí dentro, junto a la tuba y a Doctor Dee.

Lo único que recuerdo del viaje de regreso a Pittsburgh es el complicado proceso que supuso liar tres canutos con una sola mano y la intermitente compañía de un programa de homenaje a Lennie Tristano en una emisora de radio que resultó ser la WABI, la voz en FM de la vieja Universidad de Coxley, que arrastraba hacia mí una fantasmagórica corriente formada en el etéreo espacio de las ondas radiofónicas. Hacia las dos de la madrugada dejé la desierta carretera y continué en dirección a Squirrel Hill. Iba a casa, pero no tenía intención de quedarme más tiempo del necesario para hablar con Crabtree, suponiendo que estuviese en condiciones de escucharme. Había decidido hacer una cosa temeraria, absurda y estúpida, y en esa clase de empresas no había compañía más útil que la de Terry Crabtree.

De todas las casas de la adormecida calle, la mía era la única bien iluminada, emitía luz, como si de una pista de aterrizaje se tratase. Mientras recorría el camino de acceso llegaron hasta mí las jugosas risas de un saxofón y sentí vibrar los cristales de las ventanas al ritmo de un contrabajo. La casa estaba llena de escritores. En la sala había varios bailando descalzos y contemplando qué tal lo hacían los demás. En la cocina otro grupo mantenía una conversación que oscilaba peligrosamente entre amables mentiras y hediondas verdades, y utilizaban las latas de cerveza como ceniceros. En el suelo de la sala donde tenía el televisor había otra media docena, tendidos en actitud reverente alrededor de una bolsa de papel pequeño, de los que usan en las tiendas de ultramarinos, llena de marihuana de aspecto succulento y contemplando cómo Ghidrah destruía Tokio^[39]. En el sofá que había detrás de ellos pude ver a dos de mis alumnos, adscritos a la escuela de los jóvenes airados y que se habían perforado los labios y llevaban botas militares con hebillas de metal, fundidos en un abrazo tan estrecho que hacía pensar en las obras de David Smith^[40]. En las escaleras que conducían a mi dormitorio se habían sentado tres agentes neoyorquinos —mejor vestidos y menos borrachos que los escritores— para intercambiar exquisitas confidencias y practicar la desinformación. Y en el recibidor había tal cantidad de poetas de Pittsburgh, que si en aquel instante un meteorito hubiese atravesado el tejado de la casa, no habría quedado vivo en la ciudad ni un solo perpetrador de estrofas dedicadas a padres avejentados, trabajadores siderúrgicos impotentes y el convertidor de Bessemer como símbolo amoroso.

En mi estudio había sólo una escritora. Estaba sentada en mi sofá, con la puerta cerrada, y tenía las rodillas metidas debajo del suéter, de forma que la puntiaguda puntera de sus botas sobresalía bajo el dobladillo. Ladeaba la cabeza y leía con atención una hoja de un grueso manuscrito que tenía junto a ella sobre el sofá, mientras enroscaba un largo mechón de cabello rubio alrededor de un dedo y después lo soltaba para empezar de nuevo la operación.

—¡Eh! —dije mientras entraba en la habitación y cerraba la puerta detrás de mí. Eché un vistazo a mi escritorio. Sólo entonces me percaté de que al marcharme por la

mañana había dejado el manuscrito de *Chicos prodigiosos* a la vista de cualquiera, incluido Crabtree.

—¡Oh! —exclamó Hannah, que devolvió a la pila la hoja que estaba a punto de pasar y la tapó con ambas manos como si se tratase de un escrito suyo que no quisiera enseñarme—. ¡Grady! ¡Oh, Dios mío! ¡Me siento tan avergonzada! Espero que no te moleste. Estaba descansando y... —Arrugó la nariz al pensar en lo que había estado haciendo—. Soy una fisgona.

—No, no lo eres —dije—. De verdad que no me importa.

Reunió las lonchas dispersas del Gran Queso de Grady y las devolvió a su sitio, levantó el tocho, le dio unos golpecitos contra un cojín para igualarlo y lo dejó sobre uno de los brazos del sofá. Después se puso en pie, se me acercó y me abrazó.

—Me alegro mucho de verte —dijo—. Hemos estado intentando localizarte por todas partes. Empezábamos a estar preocupados.

—Estoy bien —le aseguré—. Sólo he tenido que vérmelas con un pequeño brote de «fiebres cetusianas».

—¿Qué?

—Nada, olvídalo. —Señalé con un movimiento de la cabeza el manuscrito que se balanceaba al borde del sofá—. ¿Sabes si..., uh, si Crabtree lo ha visto?

—No, no lo sé —respondió Hannah—. Quiero decir que me parece que no. Estuvimos fuera todo el día, en el festival literario. Regresamos muy tarde. —Sonrió y añadió—: Y él ha estado muy ocupado todo el rato.

—Ya me lo supongo —dije tratando de soltarme de su abrazo, aunque de mala gana—. Bueno, ¿y dónde está nuestro bienamado Crabtree?

—¡Quién sabe! Yo llevo un par de horas en el estudio. Ni siquiera sé si anda por aquí o... ¡Oh, no, no te vayas! —Redobló la fuerza de su abrazo—. ¡Quédate! ¿Adónde vas?

—Tengo que hablar con él —dije, aunque de pronto la perspectiva de volver al coche y conducir hasta Sewickley Heights para cumplir la absurda misión que me había impuesto me pareció cualquier cosa menos apetecible. Podía quedarme allí con Hannah y olvidarme de Deborah y Emily, de Sara y el sonriente renacuajo que llevaba en el vientre, y, sobre todo, del pobre y patológico mentiroso de Jimmy Leer. Hannah no me soltaba; cerré los ojos e imaginé que la seguía escaleras abajo hasta su habitación, y que me echaba junto a ella sobre su colcha de satén, bajo el retrato de Georgia O’Keeffe obra de Stieglitz, y hundía mi mano en sus botas de vaquera y deslizaba los dedos por el húmedo y fino empuje de sus pies—. Tengo que...

Desde la sala llegaron los acordes de *The Horse*, y Hannah me cogió la mano.

—Vamos —dijo—. Te conviene bailar.

—No puedo. Mis tobillos.

—¿Tus tobillos? Vamos.

—No puedo. —Me condujo hasta la puerta y la abrió, con lo que franqueó el paso a una animada ráfaga de notas de la sección de metales. Meneó un par de veces sus huesudas caderas de vaquera—. Escucha, Hannah, James se ha..., se ha metido en un pequeño lío esta noche. Necesito encontrar a Crabtree para que me ayude a solucionarlo.

—¿Qué clase de lío? Déjame ir contigo.

—No, no te lo puedo explicar, pero no es nada grave. Escucha: Crabtree y yo nos encargaremos de echarle un cable a James, ¿vale? No tardaremos nada, lo traeremos aquí y entonces bailaré contigo. ¿De acuerdo? Te doy mi palabra.

—Le pegó un tiro al perro de la rectora, ¿no?

—¿Qué? —dije, y cerré la puerta—. ¿A quién?

—Alguien se cargó a su perro anoche. Al chucho ciego. Al menos eso es lo que cree la policía. El perro ha desaparecido y han encontrado manchas de sangre en la alfombra. Y además he oído que el doctor Gaskell ha encontrado una bala incrustada en el suelo.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Es terrible!

—Según Crabtree, James sería muy capaz de hacer algo así.

—¡Pero si ni siquiera conoce a James! —protesté.

—¿Y quién lo conoce?

«Tú no, desde luego», pensé. Le apreté la mano y le dije:

—Volveré enseguida.

—¿No puedo acompañarte?

—Es mejor que no.

—Practico el boxeo chino.

—Hannah...

—Bueno, vale —dijo. En Provo, su pueblo natal, Hannah tenía nueve hermanos mayores que ella, y estaba acostumbrada a que los chicos la dejaran de lado—. ¿Al menos puedo seguir leyendo *Chicos prodigiosos* hasta que vuelvas?

Todavía no me había hecho a la idea de que alguien había estado leyendo mi libro. Resultaba doloroso, pero estimulante.

—¿Por qué no? —acepté—. De acuerdo.

Hannah deslizó un dedo entre mi barriga y la hebilla de mi cinturón, y me atrajo hacia sí hasta que casi perdí el equilibrio.

—¿Me lo puedo llevar a mi habitación para leerlo en la intimidad?

—No sé —dije, y retrocedí un paso. Se me ocurrió que siempre reulaba ante Hannah Green—. ¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora?

—Me encanta.

—¿En serio? —La alabanza de Hannah, aunque escueta, me provocó un ímpetu inesperado y sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Me di cuenta de hasta qué

punto la redacción de *Chicos prodigiosos* se había convertido en una aventura solitaria en la que me sentía prisionero, perdido y ciego. Le había enseñado a Emily alguno de los primeros capítulos, y su único comentario fue: «Resulta terriblemente masculino». No me tomé el comentario muy en serio, pero desde entonces había sido el único lector del libro, el profeta, fundador y único morador de mi utopía particular, materializada en una pequeña ciudad de Pensilvania—. Bueno, en ese caso, de acuerdo.

Hannah acercó su cara a la mía, hasta casi tocarnos. Tenía los labios cortados y se los había untado con un protector que olía a vainilla.

—Y, además, creo que me estoy enamorando de ti —dijo.

«¡Oh, qué demonios!», pensé. «Quizá sería mejor que me quedase».

—¿Está por aquí Tripp? —preguntó Crabtree desde el pasillo. Su voz sonaba tan lastimera, que sentí un súbito acceso de culpabilidad al oírle—. ¿Dónde está? ¿Tripp? Me sobresalté y me aparté de Hannah.

—No dejes que vea el manuscrito, ¿de acuerdo? —le pedí—. Escóndelo hasta que nos marchemos. —Le di un beso en la mejilla y salí al pasillo—. Hasta luego.

—Ten cuidado —dijo, y se apartó un mechón de pelo que se le había pegado a la crema protectora en la comisura de los labios.

—Lo haré —le aseguré.

Ya que se estaba enamorando de mí, podía empezar a hacerle promesas que no pensaba cumplir.

Encontré a Crabtree en el recibidor. Estaba solo, contemplando a los que en la sala trataban de bailar al ritmo de *The Horse*. Tenía una mano metida en el bolsillo y con la otra asía una botella de agua con gas. Parecía que durante mi ausencia hubiese estado tratando de borrar su reputación de Crabtree el Espíritu Burlón, de artista del desmadre, manteniéndose pegado a la pared, solo en medio de su propia fiesta, con aspecto sobrio, aislado y aburrido. Llevaba uno de sus trajes cruzados de tono metálico, de un azul muy pálido, casi imperceptible, como el del resplandor que emite un televisor en blanco y negro. Sus ojos carecían de brillo tras los cristales de sus gafas redondas, y tenía las mejillas hinchadas y enrojecidas. Al verlo allí, mirando a los que bailaban, me recordó al James Leer de la noche anterior, un chico sin amigos, corroído por la envidia, merodeando por el jardín de los Gaskell, con la mirada fija en una ventana iluminada.

Cuando Crabtree me vio, su rostro recuperó su habitual gesto sosegado, me saludó con un gesto de la cabeza y se volvió de nuevo hacia la sala.

—Helo aquí —dijo, como si mi abrupta aparición le hubiese dejado totalmente indiferente, como si unos segundos antes no hubiese estado recorriendo la casa como un alma en pena, gritando mi nombre—. ¿Dónde estabas?

—Fui a Kinship.

—Eso he oído.

—¿Qué tal estás?

—Agonizante —dijo, y puso los ojos en blanco—. Lo del festival literario es, sin ninguna duda, el asunto más soporífero en el que me has metido en tu vida, Tripp.

—Lo siento —me disculpé.

—Mira a esta gente —dijo, meneando la cabeza.

—Son escritores. Por regla general, los poetas suelen ser bailarines medianamente buenos. Pero este año vamos cortos de poetas.

—Éstos son narradores.

—La mayoría de ellos. —Me encogí de hombros varias veces—. Nos encanta hacer este gesto de Snoopy con los hombros.

—Y, además, todos son heteros en esta movida. ¿No hay ninguna locaza en Pittsburgh?

—Claro que sí —le dije—. Voy a llamarlas.

—Y, encima, esta mañana te largas con mi botiquín.

—¿Las pastillas? ¿Estaban en el coche?

—Ajá. Al menos, eso espero. Creo que están en tu maletero. Se te debieron caer anoche mientras revolvías en mis maletas.

—Lo siento —me disculpé—. En serio. Escucha, colega, salgamos.

Se cruzó de brazos y puso cara de ofendido.

—No quiero marcharme.

—No vamos a marcharnos.

Me miró fijamente, apartó la vista y dijo:

—Ya vas colocado.

—Lo sé.

—Tienes una pinta horrible, Tripp.

—Lo sé, lo sé, Crabtree. Vamos, te necesito, tío. Necesito que me acompañes.

—¿Que te acompañe adónde?

—Colega —le dije, y, sin proponérmelo, imité los gestos de Hannah conmigo. Deslicé un dedo por detrás de la hebilla de su cinturón, le di un tirón brusco para atraerlo hacia mí y hacia la puerta. Crabtree se clavó sobre sus talones y no dio ni un paso—. ¿No vas a acompañarme si te lo pido? ¿Tengo que decirte adónde vamos?

—No, no tienes por qué hacerlo. —Sacó mi mano de su cinturón, me volvió la palma hacia arriba, la miró y me la devolvió, como si rechazase un regalo. Estaba tan aburrido, que hasta había olvidado que pretendía parecer malhumorado—. Esta mañana no me has dicho adónde ibas.

—Lo sé, lo sé, de acuerdo, soy un gilipollas. —No le culpaba por estar enojado conmigo. Le había invitado al festival literario con la promesa de que sería una oportunidad para vernos después de meses, o quizá años, sin encontrarnos, y yo desaparecía y lo abandonaba a su suerte, condenándolo a asistir a seminarios soporíferos y conferencias de una banalidad sobrehumana. Y por la noche tenía que organizar su propia fiesta con una pandilla de mamones que, encima, eran todos heteros—. Lo siento, de verdad.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido por allí?

—Estupendo. Horrible.

—¿Emily sigue decidida a dejarte?

—Creo que sí. —Meneé la cabeza—. Para serte sincero, ha sido un completo desastre. James...

—¿Mi James? —Crabtree se despertó de golpe y se tocó el pecho con la punta de los dedos para recalcar el posesivo—. ¿Ha ido contigo? ¿Está aquí?

—No, y por eso te necesito, colega. —Bajé el tono de voz y acerqué la boca a su oreja—. Lo han...

—¿Arrestado? —gritó Crabtree.

—¡Chist! No, lo han secuestrado.

—¿Secuestrado? ¿Quién?

Dejé pasar unos segundos para que mi respuesta resultase más impactante y dije:

—Sus padres.

El padre de Crabtree era predicador pentecostal en el condado de Hogscrotum, Misuri, y su madre, editora jefe de una revista para entusiastas de las máquinas de tricotar. «Mi madre puede hacerte cualquier cosa» era una de las frases favoritas de

Crabtree. «A mí me hizo maricón». Crabtree había caído en las garras de Satán desde su temprana adolescencia y no veía a sus progenitores desde hacía años.

—¿Sus padres?

A sus oídos eso debía de sonar como el más horripilante de los destinos.

—¿Sabes que lleva el nombre de Frank Capra grabado en el dorso de la mano?

—Espera, voy por mi abrigo —dijo Crabtree.

Tomando impulso desde la pared en la que estaba apoyado, se lanzó como un nadador hacia la cocina, cogió su abrigo de estilo militar, que colgaba del respaldo de una silla, y echó un trago de una botella medio vacía de Jim Beam que estaba sobre la mesa. Después encendió un cigarrillo y se ajustó el cinturón del abrigo. Se guardó la botella de Jim Beam en el bolsillo izquierdo y al pasar junto a la nevera se detuvo un momento para llenar el otro bolsillo con un par de botellines de licor de malta Mickey. Cuando volvió al recibidor sonreía y estaba completamente despierto.

—¡Vamos a comprar una pistola! —exclamó alegremente.

Salimos y fuimos hasta el coche. Estaba a punto de meterme en él cuando Crabtree gritó:

—¡Eh!

Estaba junto al maletero, dando golpecitos con los dedos de una mano.

—¿Qué? —pregunté, aunque ya sabía lo que quería—. ¡Oh! —Caminé lentamente hasta la parte posterior del coche—. Creía que habías dicho que no las querías.

—Mentía.

—Lo suponía.

—Abre el maletero.

—¿Y si esperamos...?

—Ábrelo.

—Hablo en serio, Crab, yo...

—Ahora.

Lo abrí.

—¡Dios bendito! —exclamó Crabtree—. ¡Tú eres el que se ha cargado al perro!

—No, espera un momento, Crab...

—¡Puaj! —A aquellas alturas el hedor era indescriptible, una mezcla de los olores típicos de un coche viejo y los de la sangre y la descomposición de un cadáver. Era un hedor dulzón como el de la basura y acre como el de la gasolina, mezclado con un pestazo como el que desprenderían miles de neumáticos cubiertos de cagadas de murciélago al quemarse—. ¿Y esto qué es? —Se apartó del coche, estiró el cuello y metió la cabeza en el maletero, moviéndola en todas direcciones como si fuese una cámara colocada en el extremo de una pértiga. De repente, la sacó con un movimiento brusco y enfocó sobre mí su asombrado objetivo—. ¿Es una serpiente?

—preguntó.

—Es un *trozo* de serpiente —le expliqué, y empecé a cerrar el portaequipajes—. Vamos. Te lo contaré por el camino.

—No tan rápido. —Me agarró por la muñeca—. Quiero mis medicinas. —Tras un breve forcejeo, me apartó y volvió a abrirlo—. Por mí, como si tienes un casuario muerto ahí dentro. —Con sumo cuidado metió la mano hasta el fondo del maletero y, frunciendo la nariz, empezó a palpar—. ¡Puaj!

Legamos a Sewickley Heights hacia las tres de la madrugada y circulamos con la capota bajada por calles sinuosas y oscuras. Las aceras estaban bordeadas por enormes sicomoros y altos setos que ocultaban las mansiones que había detrás. Crabtree tenía en las manos un plano de Pittsburgh y sus alrededores, y sostenía entre los labios una notificación de retraso en la devolución de un libro de la biblioteca de la universidad, enviada por correo hacía un par de semanas a James Selwyn Leer, Baxter Drive, 262. Los Leer, tal como pudimos comprobar en la cabina telefónica de una gasolinera Shell, no figuraban en el listín; pero Crabtree, como hombre de recursos que era, inspeccionó la mochila de James y encontró la notificación entre las páginas de la biografía de Errol Flynn. Ahora la mochila descansaba sobre su regazo.

—¿Y la dirección que figura en el manuscrito? —preguntó Crabtree, que ladeó el plano para aprovechar la débil luz de la guantera—. Harrington 5225.

—Es la casa de su tía. Está en Mount Lebanon.

—Lo he mirado en el índice y el nombre de esa calle no está.

—¡Qué extraño!

Mientras conducía hacia la zona residencial de las afueras de Pittsburgh, había puesto a Crabtree en antecedentes de lo que nos había sucedido a James Leer y a mí desde el momento en que le quité al chico su pequeña pistola la noche anterior, así como todas las verdades y mentiras que había descubierto acerca de él. Pero me salté la parte que concernía a la chaqueta de Marilyn Monroe. Me dije que, a fin de cuentas, la tenía perfectamente doblada en el asiento trasero, así que lo único que debía hacer era dejarla ahí hasta mañana y devolverla cuando acompañara a James a casa de los Gaskell para aclararlo todo. Pero lo cierto era que me incomodaba hablar de eso con Crabtree. No tenía ninguna gana de intentar explicarle qué hacíamos James y yo en el dormitorio de los Gaskell. Así que le dije que fue un estúpido accidente el que James le pegara un tiro a Doctor Dee. Mientras le hablaba de James y su libro, Crabtree parecía cada vez más convencido no sólo de que el chaval llegaría a convertirse en un excelente escritor —durante el trayecto le echó un rápido vistazo profesional al manuscrito de *El desfile del amor* a la luz de la lamparilla de la guantera—, sino, además, de que él, Terry Crabtree, Agente del Caos, era un cambio de agujas hacia el que el tren de James Leer se precipitaba inexorablemente. También le hice un breve resumen de mis penosas andanzas con Emily y los Warshaw, pero no pareció interesarse demasiado por mis problemas, o, al menos, eso era lo que quería que creyese. Todavía estaba enojado conmigo por haberlo dejado solo por la mañana. En cuanto a *Chicos prodigiosos*, no hizo ningún comentario, y me daba miedo preguntarle al respecto. Si se lo había mirado y no tenía nada que decirme, su silencio resultaba bastante significativo.

—La calle Baxter es la siguiente —dijo levantando la vista del plano.

Opté por girar a la izquierda. La numeración empezaba en el 230 e iba hacia

arriba. Apagué los faros, y cuando nos aproximábamos al 262 paré el motor. Gracias al impulso que llevaba, el coche se deslizó hasta el camino de acceso a la mansión de los Leer. La entrada estaba bordeada por columnas coronadas por piñas de piedra. A ambos lados se extendía una verja de hierro con unas puntas de lanza de aspecto horrible, que se extendía unos treinta metros hacia ambos lados y después se perdía en la oscuridad. Nos apeamos del coche y cerramos con sumo cuidado las puertas. Después nos adentramos con paso inseguro en el camino de acceso a la casa de los Leer, un largo y serpenteante río de la mejor gravilla, con piedrecitas que parecían hematites y ópalos tallados, y que describía una serie de perezosos meandros a través de los treinta metros de césped que nos separaban del amplio porche de la casa. Éste tenía que ser amplio por fuerza pues rodeaba por completo la mansión de los Leer, un excéntrico edificio de piedra con cubierta de tejamaniles y adornado con marquesinas, entramados y ventanas abuhardilladas que asomaban en todas direcciones, a lo que habría que añadir una amplia colección de aleros. La puerta principal y buena parte de la fachada estaban iluminadas por focos ocultos entre los setos.

—¡Dios mío, Crabtree! —dije en voz baja—. Esta casa tiene cincuenta o sesenta ventanas. ¿Cómo vamos a dar con el dormitorio de James?

—Lo tienen confinado y encadenado en el sótano, ¿recuerdas? Sólo tenemos que encontrar la puerta de la bodega.

—Si es que James no mentía —comenté—. Si es que no es mentira todo lo que ha contado.

—Si todo lo que ha contado fuese mentira —reflexionó Crabtree—, ¿cómo habríamos llegado hasta aquí?

—Buena pregunta —admití.

Recorrimos el camino en dirección a la casa y cuando ya estábamos cerca, vislumbré una larga y estrecha franja de luz que se filtraba a través de los árboles de la izquierda. En alguna parte del piso superior, en un extremo de la casa, había una lámpara encendida.

—Sus padres todavía están despiertos —dije señalando la luz.

—Deben de estar afilándose los dientes —comentó Crabtree, que a causa de la genuina simpatía y el creciente deseo que sentía por James Leer se sentía inclinado a decir tonterías; era algo habitual en él—. Vamos.

Lo seguí. Rodeamos la casa y llegamos al jardín trasero. Parecía saber adónde se dirigía. La gravilla crujía ruidosamente bajo nuestros pies, y traté de caminar con el sigilo de los indios, apoyando sólo la punta y el talón de uno y otro pie alternativamente, pero me resultaba doloroso, así que al final opté por recorrer el trecho sembrado de gravilla lo más deprisa que pude.

No se veía ninguna puerta de una posible bodega, ni había señales de que hubiera

una bodega, pero en los cimientos de cemento visto de la parte trasera de la casa había una especie de piso bajo con una puerta acristalada y una ventana a cada lado. Las ventanas estaban tapadas con visillos punteados, que filtraban el brillo de la luz proveniente del interior. Al otro lado de la puerta una dulce y melancólica voz femenina cantaba:

*¿Por qué estar triste,
aunque él me haya abandonado?
¿Por qué llorar, suspirar y preguntarse el porqué?
¿Y preguntarse el porqué?*

—Es Doris Day —dijo Crabtree.

Sonreí, y asintió.

—Aquí está James Leer —dijimos al unísono.

Golpeé con los nudillos en la puerta de vidrio y después de varios segundos James abrió. Vestía un pijama rojo que le iba corto de mangas y de piernas, le sobraba en los fondillos y tenía agujeros y manchas de tinta por todas partes. Estaba despeinado, le brillaban los ojos y no dio muestras de sorprenderse de vernos. De hecho, al principio ni siquiera pareció reconocernos. Se rascó la nuca con la punta de un lápiz y parpadeó.

—¡Hola! —nos saludó, meneando la cabeza como para acabar de despertarse de un sueño—. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido a rescatarte —le dijo Crabtree—. Vístete.

—Teniendo en cuenta el pijama que llevas, no entiendo por qué te reías de mi albornoz —añadí.

Entramos en la habitación, que yo había imaginado como una celda de castigo: bombillas desnudas, un camastro de hierro en una esquina con una colcha andrajosa y paredes sin otro recubrimiento que una fina capa de pintura blanca. En cambio, nos encontramos con una vieja bodega bastante bien arreglada y tan amplia como la propia casa, de la que emanaba un agradable olor subterráneo de barro, libros de segunda mano y mantas enmohecidas. El bajo techo estaba sostenido por imponentes vigas de roble y el suelo había sido pintado en la época en que estaba de moda que los aposentos de la servidumbre pareciesen cubiertos por una alfombra persa roja. La pintura de la falsa alfombra había saltado en su mayor parte, dejando al descubierto el gris original, pero en las esquinas y los bordes todavía quedaban vistosos fragmentos de motivos geométricos de color sangre. La habitación estaba iluminada por una docena de candelabros eléctricos, algunos de ellos tan altos como James; un bosquecillo de árboles negros de hierro forjado con adornos dorados, conectados a un par de enchufes de la pared por medio de un manojo de cables. Las paredes, que eran

de mampostería, de un gris muy subido, estaban cubiertas de libros amontonados formando escaleras de caracol, arcos hundidos y puntiagudas torres gaudinianas, y sobre los capiteles de esa ciudad de papel colgaba una colección de fotografías, pósters y otros fetiches cinematográficos reunidos por el entusiasta James. A la derecha de la puerta, bajo un enorme y barroco dosel de terciopelo negro abombado y lleno de agujeros, estaba la cama de James, como un galeón hundido. Junto a la gran cama había una mesilla de noche con la parte superior de mármol rosa encajada en un fino reborde dorado, sobre la que había un paquete de Kleenex, un vaso de zumo vacío y un tarro de vaselina para usos masturbatorios. La cama todavía estaba sin deshacer, y James había doblado cuidadosamente la ropa vieja que yo le había prestado y la había colocado no menos cuidadosamente a los pies. Del abrigo negro no había ni rastro.

—Me gusta cómo te lo has decorado —comentó Crabtree, rodeando uno de los árboles de hierro forjado, mientras echaba un vistazo al lugar. Algunas de las bombillas de los candelabros eran de las que simulan el parpadeo de una llanita—. ¿Cuándo se muda aquí el capitán Nemo?

James se sonrojó, no sé si por la pregunta o por la proximidad de Crabtree. Parecía un poco asustado por su presencia, una actitud realmente juiciosa.

—Son todo cosas de mi abuela —explicó James, que dio un paso atrás para apartarse de Crabtree—. Se iba a deshacer de ellas.

—¿Tu abuela? —pregunté—. ¿La mujer a la que he conocido esta noche?

James no respondió.

—Eh, Tripp me lo ha contado todo sobre tus padres, tus abuelos y demás, y yo te creo, ¿vale? —le aseguró Crabtree, que por supuesto no era sincero pero, como siempre, lograba resultar convincente—. Por eso hemos venido. —Eché un vistazo al escritorio de James, un primoroso buró con tiradores dorados y una silla giratoria de roble a juego, situado junto al televisor. Sobre el escritorio había una vieja Underwood con una hoja de papel en el carro en la que se veía un párrafo interrumpido en mitad de una frase. Al lado de la máquina de escribir había un montón de hojas pulcramente apiladas; en la mitad inferior de la de encima se vislumbraba la mancha de un texto mecanografiado a un espacio—. ¿Qué estabas escribiendo?

A James la pregunta pareció cogerle por sorpresa. Se abalanzó sobre el escritorio, cogió el manuscrito y lo guardó en uno de los cajones.

—Es otra narración —dijo, y cerró bruscamente el cajón—, pero es una mierda.

—Déjamela ver —le pidió Crabtree, indicándole con la mano que se la trajese—. Quiero leerla.

—¿Qué? ¿Ahora? —James consultó el reloj eléctrico que colgaba de la pared junto a la que estaba su cama. Había reemplazado la esfera original por una fotografía

en blanco y negro de un mofletudo actor cinematográfico de mirada enloquecida y disparatados bigotes cuya cara me resultaba familiar; era un secundario de los años treinta—. Es muy tarde.

—No es muy tarde, tío, es pronto —le contradijo Crabtree, que le dirigió una mirada a la que yo mismo había sucumbido muchas veces cuando a las tantas de la madrugada mi amigo decidía que todavía quedaban varias horas de diversión—. Además, Grady me ha dicho que no querías quedarte aquí.

—No, no quería —dijo James, que sucumbió a su vez—. No quiero.

—Pues entonces no veo dónde está el problema.

James sonrió y dijo:

—No hay ningún problema. Dadme un minuto para vestirme.

—Un momento —intervine. Ambos se volvieron para mirarme—. Yo no lo veo nada claro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Crabtree.

—James, debo decirte que tengo la sensación de que una vez más te has estado quedando conmigo.

—¿Por qué? —Parecía nervioso—. ¿Ahora qué he hecho?

—Por lo que me explicaste, parecía que en cuanto llegarais a casa te iban a echar a un pozo repleto de alimañas —le espeté—. Y resulta que vives en un jodido palacio, colega.

James inclinó la cabeza y fijó la mirada en sus manos.

—James —intervino Crabtree—, ¿le dijiste a Grady que tus padres...?

—Son mis abuelos. —Levantó la vista y me lanzó una mirada desafiante—. De verdad.

—No lo pongo en duda. —Crabtree sonrió levemente—. ¿Le dijiste que al llegar a casa tus abuelos te echarían a un pozo repleto de alimañas?

—No, creo que no.

—Bueno. —Crabtree me dio un amigable puñetazo en el brazo, como diciendo: «¿Lo ves?»—. Ve a vestirme.

—De acuerdo. —Fue hasta la cama y recogió rápidamente la ropa que le había prestado por la mañana—. ¿Puedo...? ¿Puedo volver a ponérmela, profesor Tripp? —preguntó.

Lo miré y me encogí de hombros.

—¡Joder, si no hay otro remedio! —dije.

Se arredró y comprobé que lo había ofendido. Asintió lentamente y se quedó de pie durante un minuto, jugueteando nervioso con el cuello de mi camisa de franela. Después se volvió y se alejó arrastrando un poco los pies. Desapareció tras una de las dos puertas que había al fondo de la habitación. Al cabo de un instante oímos el aleteo del ventilador del cuarto de baño.

—¡Qué modesto es! —comentó Crabtree con admiración, no sabría decir si auténtica o burlona.

—Ajá.

—Oh, vamos, Tripp. ¿Por qué estás tan cabreado con él?

—No lo sé —respondí—. En realidad, no creo estar cabreado con él. Es sólo toda esa mierda sobre que sus padres no son sus padres, ¿sabes? Quiero decir que ¿a qué viene todo ese rollo? —Meneé la cabeza—. Supongo que lo único que quiero es saber de una vez por todas cuál es la verdadera historia de este capullo.

—La verdad —dijo Crabtree. Se acercó a una pila de libros y tomó los tres de encima. Eran volúmenes de tapa dura, de un tono oscuro y sin adornos—. Eso siempre ha sido importantísimo para ti, ya lo sé.

Estiré el brazo derecho hacia él con el puño cerrado.

—Elige un dedo —le dije.

—Creo que deberías tomártelo con más calma con respecto a ese chico.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Porque ayer te largaste y lo dejaste a oscuras sentado en el aula.

Bajé el puño y exclamé:

—¡Oh!

No se me ocurrió una respuesta mejor. Contemplé con más detenimiento la colección de fetiches cinematográficos de James y descubrí que la decisión de grabarse el nombre del director fallecido en el dorso de la mano no había sido un mero capricho de adolescente. El chico era un fanático de Capra. En la pared contra la que estaba colocado el escritorio se acumulaban en diversos estantes pilas de vídeos en cuyas carátulas se leían títulos como *El secreto de vivir*, *Horizontes perdidos*, etcétera, y montones de guiones encuadernados en plástico negro con algunos de los mismos títulos escritos en mayúsculas en los lomos. Y por encima de los estantes estaban colgados los carteles de quince o dieciséis películas de Capra — algunas me resultaban familiares, otras ostentaban títulos desconocidos para mí, como *Dirigible* o *La locura del dólar*—, además de docenas de fotografías de plató, la mayoría de las cuales me pareció que procedían de *¡Qué bello es vivir!* y *Juan Nadie*. Esa pared era, por decirlo de algún modo, la capital del reino de la devoción cinematográfica de James, desde la cual su imperio se había ido extendiendo hacia arriba, por las gruesas vigas del techo, y hacia los lados, por las restantes paredes de la habitación, en las que se habían formado prósperas colonias consagradas a algunas de las grandes estrellas que trabajaron a las órdenes de Capra: Jimmy Stewart, Gary Cooper y Barbara Stanwyck, de las que había fotos enmarcadas, pósters y programas de mano de muchas de sus películas, tanto obras maestras como olvidados filmes menores, desde *Annie Oakley* a *Ziegfeld Girl*. En las esquinas más alejadas el imperio de la obsesión de James parecía desintegrarse en una vaga zona fronteriza de culto

hollywoodiense, en la que se habían establecido unos pocos puestos avanzados en los que asomaban Henry Fonda, Grace Kelly o James Mason.

Después, abriéndome camino entre los candelabros y las pilas de libros y vídeos, me acerqué al enorme y negro barco naufragado que era su cama y comprobé que la pared posterior estaba cubierta por unas cuarenta fotografías en papel satinado de actores de cine cuyo nexo de unión entre ellos o relación con Frank Capra no fui capaz de dilucidar. Ahí estaban Charles Boyer, una exquisita mujer que me pareció que podía ser Margaret Sullavan, y, de nuevo, el rostro sonriente, mofletudo y bigotudo del personaje del reloj de James. Al igual que el de este individuo, los rostros de muchos de los actores de las fotografías me resultaban familiares, pero no podía identificarlos con precisión; algunos otros, en cambio, me eran completamente desconocidos. El centro estaba reservado a varias fotografías muy famosas de Marilyn Monroe —tumbada desnuda sobre terciopelo rojo, leyendo el *Ulises*, luchando contra la corriente de aire de la rejilla del metro que le levanta la falda—, y mientras las contemplaba creí descubrir cuál era el eje vertebrador de las fotos que colgaban de aquella pared. Deduje que se trataba de un imperio rival que se disponía a conquistar las paredes de la habitación de James: el advenedizo reino de los suicidas de Hollywood. Supuse que la chaqueta de satén habría pasado a formar parte de él.

—¿Herman Bing se suicidó? —le pregunté a Crabtree, y señalé al tipo de los bigotes tiesos—. ¿Reconocerías a Herman Bing si vieras su fotografía?

—Mira esto —dijo Crabtree, haciendo caso omiso de mi pregunta. Y tomó varios libros con cada mano para mostrármelos—. Todos estos volúmenes son de bibliotecas públicas.

—¿Y?

—Y deberían haber sido devueltos —me miró y enarcó las cejas en un gesto de complicidad— hace un par de años. Éste hace tres. —Tomó otro libro y le echó un vistazo al pequeño papel pegado en la solapa. Lanzó un silbido—. Este hace cinco. —Tomó otro—. Éste ni siquiera tiene anotada la fecha del préstamo.

—¿Crees que los ha robado?

Crabtree se puso a revolver los libros, derrumbando torres y hundiendo bóvedas.

—Todos son de bibliotecas —aseguró mientras, acuclillado y dando pasos hacia atrás como un cangrejo, echaba un vistazo a los libros de la parte baja de la pared—. Todos, sin excepción.

—Ya estoy listo —dijo James, que reapareció con mis tejanos, que le iban enormes, y subiéndose las largas mangas de mi camisa de franela.

—Me da la impresión de que le van a caer a usted unas multas de campeonato, señor Leer —dijo Crabtree señalando los libros.

—¡Oh! ¡Ah! Yo..., uh, bueno, yo nunca... —balbució James.

—Tranquilo —dijo Crabtree. Cerró bruscamente uno de los libros robados y me lo tendió—. Toma. —Se enderezó y cogió a James del brazo—. Larguémonos.

—Uh, hay un pequeño problema —dijo James, que se liberó de la mano de Crabtree—. La vieja baja aquí más o menos cada media hora para vigilarme, lo juro. —Echó un vistazo a las manecillas sobre el rostro de Herman Bing—. Probablemente vendrá dentro de unos cinco minutos.

—La vieja —repitió Crabtree, y me guiñó un ojo—. ¿Y por qué te vigila? ¿Qué teme que hagas?

—No lo sé —respondió James, sonrojándose—. Supongo que escaparme.

Miré a James y recordé su aparición en el jardín de los Gaskell con aquel oscilante brillo plateado en su mano. Después eché un vistazo al lomo del libro que Crabtree me había dado y descubrí con asombro que era un ejemplar reencuadernado de *Las abominaciones de Plunkettsburg*, de August Van Zorn, propiedad de la Biblioteca Pública de Sewickley. Según constaba en la etiqueta de control, había sido dejado en préstamo en tres ocasiones, la más reciente en septiembre de 1974. Cerré los ojos y traté de apartar de mi mente aquella prueba de la inutilidad del arte de Albert Vetch, de la inutilidad de cualquier manifestación del arte, del esfuerzo humano, de la vida humana en general. Sentí un súbito acceso de náuseas y el ya familiar zumbido que me perforaba el cráneo. Me pasé la mano por delante de la cara, como si tratase de ahuyentar una nube de avispas. Comprendí que podía escribir diez mil páginas más de brillante prosa y no por ello dejar de ser un minotauro ciego dando traspiés sin ton ni son, un ex chico prodigioso fracasado, adicto a la marihuana, con problemas de obesidad y un perro muerto en el maletero del coche.

—Necesitamos un señuelo —dijo Crabtree—, eso es lo que necesitamos. Hay que meter algo que haga bulto en tu cama para que parezca que estás durmiendo.

—Claro, un par de buenos jamones, por ejemplo —propuso James—. Utilizaron ese truco en *La isla de los corsarios*.

—No —dije, y abrí los ojos—. Un par de jamones no. —Ambos se quedaron mirándome—. ¿No tienes alguna lona o algo parecido por aquí? O una manta de reserva. Algo resistente.

James reflexionó unos instantes y con un movimiento brusco de la cabeza señaló las puertas al fondo de la habitación.

—Allí. La puerta de la izquierda. En el armario hay varias mantas. ¿Qué pretendes hacer?

—Voy a vaciar mi maletero —respondí.

Fui hasta la puerta contigua a la del lavabo, la abrí y entré en un cuarto oscuro que olía menos a rancio y a humedad que el aposento de James. Encendí la luz y descubrí que se trataba de una especie de informal sala de juegos, con paredes forradas de madera de abeto sin barnizar y una alfombra beréber. Había un bar y un

viejo televisor Philco, al fondo, y, justo en el centro, una mesa de billar. En el bar no había nada, el televisor estaba desenchufado y ni rastro de tacos de billar. El armario que había mencionado James estaba junto a la puerta. Lo abrí y en uno de los estantes bajos encontré una pila de andrajosas colchas y mantas. Ninguna de ellas parecía suficientemente grande para lo que tenía pensado hacer, pero había una manta a rayas como la que Albert Vetch solía ponerse sobre el regazo para combatir los gélidos vientos que soplaban desde el vacío cósmico. Me la eché sobre un hombro y volví a la habitación de James. Él y Crabtree estaban sentados en la cama. La mano de Crabtree había desaparecido bajo la camisa de James —mi camisa— y se movía sobre el pecho del chico con un arrobamiento sosegado y metódico. James miraba hacia abajo y contemplaba a través de la abertura del cuello cómo Crabtree le metía mano. Cuando entré en la habitación, James me miró y me sonrió con una expresión soñolienta y vulnerable, como la de alguien sorprendido sin sus inseparables gafas.

—Estoy listo —dije en voz baja.

—Ajá —dijo Crabtree—. Nosotros también.

Abrí el maletero muy lentamente, para evitar que chirriase. La luz de la luna iluminó a Doctor Dee, Grossman y la tuba huérfana, cada uno durmiendo su particular sueño. Envolví a Doctor Dee con la manta, plegué las puntas bajo su pelvis y pecho, levanté el rígido cadáver y me lo coloqué sobre los brazos. Parecía que pesaba menos que la noche anterior, como si la materia de su cuerpo se fuese evaporando en forma de pestilentes gases.

—Tú serás la siguiente —le prometí a Grossman. En cuanto a la tuba, todavía no tenía decidido qué hacer con ella.

—¿Te parece bien que te esperemos aquí? —preguntó Crabtree a través de la ventanilla abierta mientras yo rodeaba el coche. Oí el leve golpeteo de las píldoras en el frasquito que tenía en la mano.

—Lo prefiero —dije.

Miré a James, que estaba en el asiento trasero junto a Crabtree. Tenía los ojos vidriosos y la sonrisa petrificada de alguien que trata de sobrellevar un moderado malestar intestinal. Me di cuenta de que hacía un serio esfuerzo por no dejarse arrastrar por el pánico.

—Y tú, James, ¿estás de acuerdo con el plan? —le pregunté, e hice un gesto con la cabeza que abarcaba el cadáver de Doctor Dee que sostenía entre los brazos, el amplio y sombrío asiento trasero del coche, la mansión de los Leer, la luz de la luna, el desastre que se avecinaba.

Asintió y me advirtió:

—Si oyes un ruido raro, como de un ascensor, sal corriendo.

—¿De qué es el ruido?

—De un ascensor.

—Vuelvo enseguida —dije.

Cargué con Doctor Dee por el camino de gravilla y rodeé la parte trasera de la casa hasta la habitación de James. Necesitaba una mano libre para girar el pomo, así que apoyé el cadáver del chucho contra la puerta, abrí y entré. Aguantando todo el peso de Doctor Dee con un solo brazo, retiré la colcha de la cama de James y tiré al perro sobre el colchón. Los muelles resonaron como campanas. Volví a colocar la colcha hasta cubrir la cabeza de Doctor Dee y dejé que asomase un mechón de pelo negro. Me daba cuenta de que era algo pueril, pero resultaba tan convincente, que no pude menos que sonreír.

Cuando volví a entrar en la sala de billar para dejar la manta, reparé en otro conjunto de fotografías colgadas en la pared, encima del televisor. Éstas, sin embargo, no eran de ninguna película. Eran viejas fotos de familia, la más reciente de las cuales mostraba a un inconfundible James de cinco años, con un disfraz de cowboy rojo y negro y blandiendo con gesto serio un par de revólveres cromados. En otra aparecía un hombre apuesto que me resultó completamente desconocido con un

James bebé en brazos; al fondo los vagones de un tren atravesaban un paisaje invernal. En otra se veía a James con una minúscula pajarita roja sentado sobre el regazo de una Amanda Leer mucho más joven. El resto de las fotografías eran típicos retratos de estudio de la Europa y la América de antes de la guerra, con hombres engominados, mofletudos bebés con vestidos de volantes y mujeres de tonos sepia con ondulantes bucles. Probablemente no me habría fijado en ellas de no ser porque una era la copia exacta de una fotografía que colgaba de la pared del amplio recibidor de mi casa, en el que Emily había enmarcado y colgado su museo histórico personal.

En la fotografía aparecían nueve varones de semblante serio, entre la juventud y la mediana edad, ataviados con trajes negros y sentados en sillas de respaldo recto tras una lustrosa pancarta de terciopelo. Sabía que el hombre que ocupaba el centro del grupo, un individuo pequeño, pulcro y con un aire ligeramente enojado, era Isidore Warshaw, el abuelo de Emily, que había sido propietario de una confitería en Hill, no lejos de donde modernamente se erigía el Hit-Hat de Carl Franklin. CLUB SIONISTA DE PITTSBURGH, se leía en la pancarta, formando un arco sobre una estrella de David. Había una segunda inscripción, bordada bajo la estrella en brillantes caracteres hebreos. Me sorprendió tanto encontrar esa fotografía en casa de otra persona, que tardé un minuto en darme cuenta de que no era la que tenía en la mía, sino una copia idéntica. Reparé entonces en el tipo alto y delgado sentado con las piernas cruzadas en una esquina de la fotografía, que miraba hacia su derecha mientras todos los demás tenían la vista fija en la cámara; siempre había estado allí, así que debía haberlo visto miles de veces antes, sin fijarme en él. Era delgado, apuesto, de cabello oscuro, pero sus facciones parecían borrosas, distorsionadas, como si hubiese movido la cabeza en el instante en que el obturador de la cámara se abría y cerraba.

Oí un ruido, una especie de gemido semihumano, débil y afligido, como la llamada de un faro entre la niebla. Durante un extraño instante me pareció escuchar el sonido de mi propia voz, pero comprobé que el sonido provenía de las profundidades de la casa y hacía vibrar las vigas, el techo y el cristal de las fotografías enmarcadas que colgaban de la pared. Era el ascensor. Amanda Leer bajaba, tal vez para cerciorarse de que su hijo no había seguido los pasos de George Sanders y Herman Bing hacia la definitiva disolución.

Apagué la luz y me dirigí cojeando a la habitación de James. Cuando estaba a punto de apagar también la luz de esa habitación y largarme de la casa embrujada de los Leer, mi mirada se posó sobre la vieja Underwood manual que había en el escritorio, cuya negra masa estaba decorada, como un coche mortuorio pasado de moda, con una tira de hojas de acanto. Me acerqué y abrí el cajón en el que James había guardado lo que estaba escribiendo cuando llegamos. Consistía en diez u once versiones de un primer párrafo, cada una de las cuales tenía una frase más que la

anterior. Todas estaban repletas de subrayados y retoques señalados con flechas. En la hoja de encima se leía algo semejante a esto:

ÁNGEL

Cuando fueron a celebrar la comida de pascua con la familia de él, ella llevaba gafas de sol y su famoso cabello rubio recogido en un pañuelo con un estampado de cerezas. En el taxi, camino del apartamento de los padres de él, se pelearon, pero hicieron las paces en el ascensor. El matrimonio de ella había fracasado, y el de él estaba a punto de hacerlo. Ella no estaba muy segura de que aquél fuese el mejor momento para conocer a la familia de él, y sabía que él tampoco lo tenía muy claro. Se habían desafiado mutuamente a dar aquel paso, como niños que apuestan a ver quién es capaz de caminar por la barandilla de un puente. En la vida de ella, las cosas buenas a menudo acababan resultando ilusorias, y nunca sabía si a sus pies había una profunda corriente de agua o tan sólo una tela pintada de azul.

Él le explicó que en una noche como aquélla, en Egipto, hacía tres mil años, el Ángel de la Muerte había visitado las casas de los judíos. Y que en otra noche como aquélla, hacía diez años, su hermano se había suicidado, y le advirtió que en la mesa de la cocina habría una vela encendida en su memoria. Ella nunca había pensado en la muerte bajo la forma de un ángel, y la idea la fascinó. Sería un ángel con aspecto de obrero, con un delantal de cuero, las mangas subidas y los tendones y músculos marcados en los antebrazos. Seis años después, justo antes de suicidarse, recordaría.

El lamento del ascensor se había agudizado hasta convertirse en un mecánico chirrido herrumbroso, como el sonido de una vieja bomba de agua, y se hacía más fuerte a cada segundo que pasaba. La casa se estremecía, suspiraba y bombeaba como un corazón. No disponía de mucho tiempo. Dejé el manuscrito donde lo había encontrado, cerré el cajón y me dirigí hacia la puerta. Cuando pasé junto a la cama, me fijé en el vaso vacío de la mesilla de noche, en el que ya había reparado antes, y descubrí que tenía pegada una etiqueta naranja con el precio, 79 centavos. ¡James había robado de la cocina de los Warshaw el vaso que había contenido la vela en memoria de Sam! Me acerqué a la mesilla y lo cogí. Descubrí que durante sus veinticuatro horas de vida una polilla había caído sobre la vela conmemorativa del *yahrzeit* y se había ahogado en la piscina de cera. Metí un dedo, saqué el cadáver de la polilla errante y lo deposité sobre la palma de mi mano. Era una polilla pequeña, anodina, de un color como de polvo, con las alas destrozadas.

—¡Pobre bicho! —dije.

El ascensor aterrizó como un martillazo. Se escuchó el crujido de la caja y un chirrido de goznes. Me metí la polilla en el bolsillo de la camisa, apagué la luz y salí corriendo a la profunda, silenciosa y episcopaliana oscuridad, solemne y dulzona como la noche en un campo de golf.

Una vez alcanzada la seguridad del coche, encendí el motor y nos alejamos de la entrada y de su discreto par de piñas.

—James —dije cuando ya habíamos recorrido la mitad de la manzana y ganábamos velocidad. Miré por el retrovisor, casi esperando ver una fantasmagórica silueta en camión gesticulando indignada junto a la verja de la mansión de los Leer. Pero no había nada, excepto la luz de la luna, los oscuros setos y un lejano y negro punto de fuga—. ¿Eres judío?

—Más o menos —respondió. Iba en el asiento trasero, con su mochila sobre el regazo y aspecto de estar totalmente despierto—. Quiero decir que si, pero mis abuelos... Digamos que... no sé... Creo que abjuraron.

—Siempre había creído que... Como el catolicismo ocupa un lugar tan importante en tus relatos...

—No, simplemente, me gustan los rollos católicos por lo retorcidos que pueden llegar a ser.

—Y esta noche estaba convencido de que eras episcopaliano. O al menos presbiteriano.

—De hecho, vamos a la iglesia presbiteriana —dijo James—. Bueno, *ellos* van. Por navidades. Mira, recuerdo que una vez fuimos a un restaurante de Mount Lebanon y pedí un *cream soda*^[41]. Se pusieron a chillarme, diciendo que era *demasiado judío*. Al parecer, tomar un *cream soda* es lo único que he hecho que puede considerarse propio de un judío.

—Pues te libraste por los pelos —dijo Crabtree con solemnidad—. Antes de que te hubieras dado cuenta, te habrían atado las filacterias.

—Entonces, ¿qué opinas de la pascua? —le pregunté a James—. ¿Y del *seder* de los Warshaw?

—Fue interesante —respondió—. Y fueron muy amables.

—¿Y estar con ellos te hizo sentirte judío? —quise saber, pues se me había ocurrido que tal vez fuese ésa la razón de que robase la vela extinguida de la cocina de los Warshaw.

—Pues no, la verdad. —Se puso cómodo, echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo estrellado a través del semitransparente dosel que formaban las ramas de los árboles—. Me hizo sentir que no era nada.

Añadió algo más, pero, como tenía la cabeza echada hacia atrás, la voz le salía ahogada de la laringe y el viento que pasaba por encima del coche se llevaba sus palabras.

—No he oído la última frase —le dije.
—He dicho: «Que no soy nada» —repitió.

Al llegar a mi casa nos encontramos la puerta abierta de par en par y todas las luces encendidas. De la sala llegaba la música del estéreo con el volumen bajo.

—¿Hola? —llamé.

Entré en la sala. La alfombra estaba sembrada de patatas chips aplastadas y había casetes y fundas de discos esparcidas por todos lados. Un gigantesco cenicero con forma de mapa de Texas que alguien había dejado en precario equilibrio en el brazo de una mecedora había caído sobre el cojín del asiento y las colillas y la ceniza estaban desparramadas sobre la tela clara a rayas. Entré en el comedor, pasé a la cocina y eché un vistazo en el lavadero, en busca de supervivientes, mientras iba recogiendo latas de cerveza vacías y apagaba las luces a medida que salía de cada habitación.

—No hay nadie —dije al volver al recibidor, donde había dejado a Crabtree y James; pero también ellos se habían volatilizado. Fui en su busca por el pasillo, a ver si convencía a alguno de los dos para fumarse un canuto conmigo y después buscar en la programación televisiva nocturna algún buen publrreportaje o una película de Hércules. Pero no había dado ni dos pasos cuando oí que la puerta de la habitación que ocupaba Crabtree se cerraba suavemente.

—¿Crabtree? —susurré, asustado.

Hubo una pausa y, al cabo de un momento, asomó la cabeza al pasillo.

—¿Sí? —dijo. Parecía un poco exasperado. Lo había pillado en el preciso instante en que se metía la servilleta por el cuello de la camisa y se relamía los incisivos—. ¿Qué pasa, Tripp?

Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta. No sabía qué decirle. Quería pedirle que pasáramos la noche en vela juntos, como en los viejos tiempos, sentados frente a frente, con un pack de nueve latas de Old Milwaukee, despotricando contra nuestros enemigos, fumando puros, especulando durante horas sobre el significado de cierta enigmática pregunta en la letra de «Any Major Dude». Quería decirle que no podía afrontar una noche más en mi cama sin nadie a mi lado. Quería preguntarle si había algo en mi vida que fuese auténtico, coherente y que tuviera visos de seguir existiendo incólume al día siguiente.

—Toma —le dije. Y de uno de los bolsillos de mi chaqueta saqué el fabuloso condón Lov-O-Pus que había comprado por la mañana en el supermercado Giant Eagle camino de Kinship. Se lo lancé y él lo atrapó con una mano—. Úsalo, por precaución.

—Gracias —dijo, y empezó a cerrar la puerta.

—¡Crabtree!

Volvió a asomar la cabeza al pasillo.

—Y yo ¿qué hago?

Se encogió de hombros y me dijo:

—¿Por qué no aprovechas para acabar tu libro? —Había en sus ojos un desagradable e inequívoco brillo, así que comprendí que había echado un vistazo al manuscrito de *Chicos prodigiosos*; no cabía la menor duda—. ¿No estás a punto de terminarlo?

—Sí, a punto.

—Pues venga —dijo—. ¿Por qué no le dedicas unas buenas horas y lo dejas listo de una vez?

Volvió a meterse en la habitación y cerró la puerta sin contemplaciones.

Fui de nuevo a la cocina, aplasté la oreja contra la puerta del sótano y escuché durante unos minutos, pero no oí otra cosa que la lenta y profunda respiración de la vieja casa. Sentía la fría madera contra la mejilla. El tobillo me palpitaba, y me percaté de que hacía un buen rato que había empezado a dolerme, pero no le di importancia hasta que el dolor resultó insoportable; me dije que tenía que coger el coche y llegarme al hospital de Shadyside para que le echasen un vistazo, pero en vez de eso me dirigí al caótico amasijo de botellas y vasos de cristal y plástico que había sobre la mesa de la cocina y me administré una elevada dosis de anestesia en forma de bourbon de Kentucky. Y me llevé un vaso de reserva a mi estudio. El manuscrito había desaparecido de su lugar habitual sobre el escritorio, y por un instante fui presa del pánico, hasta que recordé que Hannah se lo había llevado a su habitación para leerlo.

—¡Eh!

Me volví. Había alguien sentado en mi sofá, mirando la televisión con el volumen apagado. Era uno de mis antiguos alumnos, el que había dejado de asistir a mis clases después de llegar a la conclusión de que no era más que un imitador barato de Faulkner sin nada relevante que enseñar. Estaba repantigado con una botella de cerveza entre las rodillas, que asomaban de sus tejanos rotos. Me sonreía como si fuésemos viejos amigos y llevase la noche entera esperando a que apareciese. Sobre su regazo reposaba un ejemplar abierto de *El mundo subterráneo*, pero no parecía prestarle especial atención. De hecho, me dio la impresión de que lo tenía colocado al revés.

—¿Cómo estás? —saludé—. Tu nombre es Jim, ¿verdad?

—Jeff —me corrigió.

—Bienvenido —le dije con burlona solemnidad, para que se percatase de que, en mi opinión, era un caradura y no tenía ningún derecho a estar allí—. ¿Qué estás mirando?

—Las noticias —respondió—. Las noticias de Bulgaria.

La pantalla tenía el color muy subido, y la imagen se veía borrosa, rayada y punteada por la ionosfera. El presentador llevaba una americana deportiva color

amarillo taxi y un peinado que parecía un grueso gorro de marta. Según la fecha que aparecía en una esquina de la pantalla, la emisión era de hacía varios días, pero pensé que daba igual, ya que se trataba de noticias de Bulgaria y no había sonido. Me senté y miré el programa con Jeff durante unos cinco minutos.

—Bueno —dije finalmente, y me puse en pie—. Buenas noches.

—*Ciao* —respondió Jeff sin molestarse en mirarme.

Bajé a la habitación de Hannah. Tenía las luces encendidas y estaba echada en la cama, rodeada de páginas desparramadas del manuscrito de *Chicos prodigiosos*. Se había quedado dormida. Llevaba un camisón blanco con encajes en la parte superior. Tenía los pies desnudos. Eran pies gruesos y amplios, vulgares, con largos dedos en forma de garfio. Me senté al borde de la cama y dejé caer la cabeza. Entonces vi la pequeña polilla que llevaba en el bolsillo. La cogí y estuve contemplándola un rato.

—¿Qué tienes en la mano? —me preguntó Hannah.

Me sobresalté. Me miraba con los ojos entornados, todavía medio dormida. Abrí la mano y le mostré la polilla, embalsamada en una fina capa blanquecina de cera.

—Una polilla.

—Me he quedado dormida —dijo, con la voz pastosa por el sueño—. Estaba leyendo.

—Y te gusta, ¿no? —dije. No hubo respuesta—. ¿Hasta dónde has llegado?

Pero se le habían vuelto a cerrar los ojos. Consulté su despertador. Eran las cuatro treinta y dos de la madrugada. Recogí las hojas del manuscrito, las reuní y las dejé sobre la mesilla de noche. La ropa de cama se le había retorcido y enmarañado, así que la desplegué con una sacudida y dejé que cayera sobre ella como un paracaídas. Le tapé los pies, le di un beso en la mejilla y le deseé buenas noches. Después apagué la luz y subí a mi estudio. Jeff también se había quedado dormido, descalzo y estirado en el sofá. Apagué el televisor, me senté ante mi escritorio y me puse a trabajar.

A las nueve de la mañana, cuando yo seguía tecleando y Jeff durmiendo, vino el agente de policía para llevarse a James Leer.

Un pálido y sonrosado Terry Crabtree estaba sentado en el lecho, apoyado en un par de almohadas de pluma y un cojín, entre un caótico montón de ropa de cama, desnudo excepto por unos calzoncillos a rayas azules, con las piernas flexionadas. Su vello era mucho más rubio de lo que recordaba, y la luz matinal del domingo, que entraba por la ventana que tenía detrás, formaba una leve aureola dorada alrededor de sus muslos, sus pantorrillas y el dorso de sus manos. Sostenía el manuscrito de *El desfile del amor* con una mano, apoyado en equilibrio sobre las rodillas, y con la otra acariciaba el cabello de su compañero de lecho. Era lo único visible de James Leer cuando entré en el dormitorio; el resto tan sólo se podía intuir entre el montón de mantas y sábanas retorcidas de las que emergía su pelo junto a la almohada, igual que el negro mechón de Doctor Dee que había quedado a la vista. Alrededor de la cama, por el suelo, había camisas y pantalones tirados de cualquier manera. Había cierto aroma otoñal en el ambiente que me recordó el olor de unos guantes de trabajo de cuero, del vestuario del instituto a final de curso, del interior de una vieja tienda de campaña. Me quedé en la puerta, con una mano en el pomo. Crabtree me miró y sonrió. Era una sonrisa amable, sin asomo de ironía. No le había visto sonreír así desde hacía años. Lamenté tener que borrarla.

—¿Está despierto? —pregunté, aliviado por no haberlos interrumpido en plena exploración mutua de las respectivas superficies lunares o enfrascados en alguna otra de las actividades lúdicas favoritas de Crabtree, lo que hubiese obligado a James a recibir al agente Pupcik disfrazado de búho y subido al techo—. Tiene una visita.

Crabtree enarcó una ceja y estudió mi rostro, tratando de leer en él la identidad de la visita de James. Tras unos segundos de inútiles esfuerzos, se estiró sobre la cama y abrió el capullo en el que estaba envuelto James, dejando a la vista su cabeza, su vellosa nuca y parte de su pálida y suave espalda. James Leer yacía enroscado como un niño, con la cara vuelta hacia la ventana y completamente inmóvil. Crabtree frunció los labios, me miró y meneó la cabeza. James estaba profundamente dormido. La sonrisa de Crabtree era indulgente y casi dulce. Pensé que parecía enamorado. Era una idea demasiado turbadora para darle vueltas mucho rato, así que la borré de mi mente. Siempre había confiado, no sin cierta reconfortante satisfacción, en la inmutabilidad del sincero y despiadado desdén con que Terry Crabtree trataba todo amor romántico.

—Supongo que el pobre está agotado —comentó Crabtree, y volvió a tapar a James.

—Pues lo siento —dije—, pero tendrá que levantarse.

—¿Por qué? —preguntó Crabtree—. ¿Quién lo espera? ¿El viejo Fred? —Sonrió e hizo un amplio gesto con el brazo que comprendía todos los olores y el desorden de la habitación—. Dile que pase.

—Un agente de policía —le aclaré.

Crabtree abrió la boca y la cerró. Ante tan inesperada situación, no supo qué decir. Dejó el manuscrito de *El desfile del amor* en la mesilla de noche que tenía al lado, acercó sus labios a la oreja de James y le susurró algo al oído, tan bajo que no lo entendí. Tras unos instantes, James dejó escapar un leve gimoteo y levantó la cabeza; su cabello engominado salía disparado en todas direcciones. Giró el cuello hasta dar conmigo, bizqueando, todavía no despierto del todo.

—Hola, Grady —dijo.

—Buenos días, James.

—¿Un policía?

—Pues sí.

Tardó unos instantes en reaccionar, después se volvió y se puso boca arriba. Se reincorporó y se apoyó sobre un codo, guiñando un ojo y después el otro y haciendo movimientos circulares con la mandíbula, como si estuviese probando el funcionamiento de los mecanismos de un cuerpo recién estrenado. Las mantas resbalaron de sus hombros, dejando a la vista su desnudez hasta la cintura. La piel de su vientre había quedado sembrada de arrugas durante el sueño. Y en sus hombros se veían las huellas de los labios y dientes de Crabtree.

—¿Qué quiere?

—Bueno, creo que quiere hacerte unas preguntas sobre lo que pasó el viernes por la noche en casa de la rectora.

James no dijo nada. Se quedó recostado, sin moverse, con la sien izquierda tiernamente apoyada contra el bíceps del brazo derecho de Crabtree.

—¿Sabes que roncas? —le dijo a Crabtree.

—Eso me han dicho —respondió éste, y le dio un cariñoso golpecito con el hombro—. Vamos, Jimmy —añadió—. Dile a ese poli lo que te he dicho que digas.

James asintió lentamente y contempló con nostalgia el profundo socavón, que ya empezaba a enfriarse, en el centro de su almohada. Después abrió completamente los ojos y me miró.

—De acuerdo —dijo. Hizo un decidido gesto de asentimiento con la cabeza, sacó las piernas del colchón, se puso en pie y fue con el culo al aire hasta el pie de la cama, donde dio con sus calzoncillos. Se vistió con decisión y rapidez. Mientras se ponía la camisa, descubrió el archipiélago de marcas de incisivos en su hombro. Pasó la mano por encima con delicadeza y miró a Crabtree con una sonrisa turbia y medio agradecida. Me pareció que no estaba particularmente angustiado o aturdido al despertarse tras compartir el lecho por primera vez con un amante de su mismo sexo. Mientras se abotonaba mi vieja camisa de franela no le quitó ojo a Crabtree, al que no contemplaba con sensiblería sino con determinación y cierto asombro, como si estuviese estudiando su cuerpo, memorizando la geometría de sus rodillas y codos.

—Bueno, ¿y qué le has dicho que diga? —le pregunté a Crabtree.

—Oh, que siente muchísimo haberse cargado al perro de la rectora y que está dispuesto a hacer lo que sea para reparar el daño causado.

James asintió y se inclinó para recoger sus calcetines.

—Me temo que no será tan sencillo —dije.

James se reincorporó.

—Los zapatos los dejé en el pasillo —dijo.

—No creo que vayas a necesitarlos —dijo Crabtree—. Ese tipo no te va a arrestar.

Se oyeron un crujido del parquet y un tintineo metálico procedentes del recibidor. Los tres nos miramos.

—¿Señor Tripp? —llamó el agente Pupcik—. ¿Todo en orden por ahí?

—Sí —respondí—, ahora mismo salimos. —Puse una mano sobre el hombro de James y lo conduje hacia la puerta—. Vamos, Jimmy.

Mientras salíamos del dormitorio, James se volvió hacia Crabtree y señaló con un movimiento de la cabeza el manuscrito que reposaba sobre la mesilla de noche.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó.

Crabtree alzó el mentón, echando la cabeza hacia atrás hasta que el cabello le rozó los hombros, y miró a James con los ojos entrecerrados. Se me ocurrió la idea de que un editor era una especie de Oppenheimer^[42] en versión artística, y necesitaba gruesas gafas protectoras para contemplar el tremendo resplandor producido por la vanidad de los escritores.

—No está mal —dijo, con un tono no precisamente neutro—. No está nada mal.

James sonrió y agachó la cabeza con infantil deleite. Después recogió sus zapatos, pasó ante mí rozándome, bajó dando brincos hasta el recibidor y se dirigió al porche, donde yo había dejado al agente Pupcik esperando.

Crabtree se reacomodó en la cama y volvió a abrir los ojos de par en par.

—Quiero publicarlo —aseguró al tiempo que cogía el manuscrito y dándole una manotada—. Espero que me dejen hacerlo. Estoy convencido de que así será, porque es realmente brillante.

—Estupendo —dije, no sin sentir una leve punzada de celos—. Sólo hace falta un poco más de ayuda de tu parte y del agente Pupcik para que acabe convertido en el nuevo Jean Genet. Hace mucho tiempo que nadie escribe un buen libro en la cárcel.

Arrugó la nariz y comentó:

—No creo que matar al perro de alguien sea un crimen tan terrible, Tripp. ¿No se considera un mero acto de gamberrismo?

—¿No te ha dicho nada de la chaqueta, Crabtree?

Negó con la cabeza, y su expresión cambió y se hizo ligeramente vaga; había conseguido alarmarlo. Y ésa era otra constatación inquietante.

—Míralo de esta manera —le dije—: no tendrás ninguna dificultad para hacerle publicidad.

James y el policía estaban de pie en el porche, el uno junto al otro, y miraban hacia el interior de la casa a través de la puerta abierta como un par de repartidores de periódicos que hubieran ido a cobrar. Me tranquilizó comprobar que las esposas seguían colgadas del cinturón del agente Pupcik.

—Lo siento mucho, señor Tripp —dijo el policía—, pero tengo que llevarme a James al campus. El doctor Gaskell quiere hablar con él.

Asentí, miré a James, me encogí de hombros y levanté las palmas de las manos, entregándolo una vez más a la custodia y juicio de otras personas. Pero en aquella ocasión no había en sus ojos la concomitante mirada de reproche. Se limitó a sonreír y siguió a su captor por las escaleras del porche a paso ligero.

—Espera un momento, James —dije, y cogí de la mesilla de madera que había junto a la puerta las llaves del coche. Ambos se detuvieron y se volvieron. Alcé y agité las llaves y señalé con la cabeza la esquina de la casa en la que había aparcado el Galaxie—. Hay algo que sería mejor que te llevases, ¿no crees?

—¡Oh, sí! —respondió James, y se sonrojó ligeramente. Era obvio que se sentía rebosante de cariño, satisfecho sexualmente, extraño y terso y delicado como el pétalo apenas abierto de una flor. Era difícil que algo le afectase. Supuse que se había olvidado por completo de la chaqueta y le traía sin cuidado el terrible destino que pudiera aguardarle en el despacho de su jefe de departamento. Se limitaba a dejar que las cosas sucediesen y a esperar el siguiente acontecimiento—. Me parece que ayer la vi en el asiento trasero.

—¿Qué? —preguntó el agente Pupcik.

—La chaqueta de Walter —dije—, del doctor Gaskell. Uh, bueno, él es su propietario. Fue un malentendido. Yo tuve la culpa. Le dije a James que le enseñaría una cosa en el piso de arriba y él no comprendió que no era mía y... —Me detuve, porque comprobé que la mirada del agente Pupcik empezaba a nublarse. A un policía ninguna explicación le parece lo bastante concisa o sincera—. En cualquier caso, a James le gustaría devolverla.

—¡Oh! —dijo el agente Pupcik—. Entonces, ése es el problema, ¿no? —Asintió, con pinta de estar encantado consigo mismo por haberlo entendido—. Lo ha llevado usted al taller. —Levantó el pulgar por encima del hombro, señalando el camino de acceso—. Le repateaba verlo con esa horrible abolladura en el capó, ¿no?

—¿Qué? —pregunté—. No entiendo... ¡Dios mío!

Bajé las escaleras del porche y miré hacia el camino de acceso, detrás del parterre. No había nada, excepto una espesa y negra mancha de aceite sobre el cemento.

—¡Oh, mierda! —dije.

—¿Qué sucede? —preguntó el agente Pupcik.

—¿Grady? —dijo James.

—No pasa nada, James —dije, tratando de ganar tiempo y de recordar dónde podía haber dejado el coche la noche pasada. Había vuelto a casa caminando después de la conferencia en el campus, sí y... No, eso fue dos noches atrás—. Trata de explicarle lo mejor que puedas al doctor Gaskell lo ocurrido. Yo iré con la chaqueta en cuanto la recupere.

—Bueno, pero ¿dónde está? —preguntó el agente Pupcik.

—¿Dónde está el qué? ¡Oh, en el mecánico! Sí, exacto. ¡Mierda! Deberla haberla sacado antes de dejárselo.

—¿Quiere que le acerque hasta allí con mi coche?

—Sí, por supuesto. Uh, bueno, no —rectifiqué a tiempo—. No hace falta. Todavía no estoy listo para salir de casa. —Con un gesto que esperé que resultase gracioso, di un tirón al faldón del albornoz de la señora Knopfmacher—. Tengo que vestirme. Crabtree..., mi editor, Terry Crabtree..., me acompañará. Ve, James, nos reuniremos contigo.

James asintió. Ahora parecía menos seguro del cariz que podía tomar aquel asunto. El agente Pupcik lo cogió del codo con aire profesional y lo condujo hasta el coche patrulla. Los acompañé hasta el final del camino de acceso, con las manos congeladas metidas en los bolsillos adornados con un motivo de geranios de mi enorme albornoz afelpado. Mientras se metían, cada uno por un lado, en el coche, ambos me miraron con casi idéntica expresión de recelo.

Antes de arrancar, el agente Pupcik bajó su ventanilla. Sostenía unas gafas de sol de aviador en una mano, pero no parecía muy decidido a ponérselas.

—Bueno, a ver si he comprendido las cosas —dijo—. Ha dicho usted que tiene algo que pertenece al doctor Gaskell, o que al menos sabe dónde encontrarlo, ¿es así?

—Exacto. Está a buen recaudo.

—Y en cuanto lo recupere del interior de su coche, que está en el mecánico, se lo llevará al doctor Gaskell.

—Eso es.

Asintió lentamente, echó una última mirada furtiva al albornoz de la señora Knopfmacher y se puso las gafas de sol. Subió la ventanilla y se alejó con James en el asiento del acompañante. Los despedí moviendo la mano sin demasiado entusiasmo. Y mientras seguía saludando a la calle ya vacía, como una reina loca presidiendo el desfile de la flota, apareció Crabtree a mis espaldas.

—¿Adónde se lo lleva? —preguntó. Se había puesto una de mis viejas camisetas, que le cubría los calzoncillos, y unas sandalias que años atrás me llevé de su armario. De hecho, recordé que también la camiseta había sido suya; era de propaganda y se la había regalado un antiguo amante, farmacéutico de profesión; decía en letras azul lavanda que Ativan mejoraba tu estado vital. Me pregunté si me reclamaría todo lo que me había llevado de su casa—. ¿Qué es eso de la chaqueta? ¿Qué hizo con ella?

—Creo que ya te lo expliqué —le dije—. Es una chaqueta de satén negra, con el cuello de piel. La llevaba Marilyn Monroe el día que se casó con Joe DiMaggio.

—¡Ah, sí! —recordó Crabtree. Cruzó los brazos sobre su pecho. Era una mañana ventosa y fría, que amenazaba lluvia—. Siempre he deseado verla.

—Llevé a James al dormitorio de los Gaskell para enseñársela. Y supongo que le apenó verla allí, tan sola.

—¿Y?

—Y mientras yo estaba en el pasillo, ya sabes, luchando con Doctor Dee... se la metió en la mochila.

—Muy propio de él —dijo Crabtree. El acerado centelleo de la ironía volvía a estar presente en su tono—. Pero ¿y qué? No veo dónde está el problema.

—¿No?

—Puede devolverla.

—Ajá. Muy agudo, Crabs.

Me miró de soslayo, tratando de descubrir por qué mi tono parecía indicar que le estaba tomando el pelo.

—Bueno, ¿dónde está? —preguntó.

—En el asiento trasero del coche.

Crabtree volvió la cabeza y echó un vistazo al camino de acceso por encima del hombro.

—Ya veo —dijo al cabo de unos instantes—. ¿Y dónde lo dejamos anoche? La verdad es que no lo recuerdo.

—Estoy casi seguro de que lo dejamos exactamente donde estás mirando.

—¿Eh? ¡Mierda, Tripp, lo han robado!

—No exactamente —dije—. Creo más bien que ha sido recuperado por su propietario.

—¿Su propietario? ¿Qué quieres decir? Si no oí mal, me dijiste que el jodido coche era el pago de una deuda de Happy Blackmore, que te debía dinero.

—Lo era —dije—. Porque, en efecto, me debía dinero. El problema es que me temo que el coche no debía de ser exactamente suyo. No sé si me explico. Nunca me trajo ningún papel. Todavía no he podido hacer el cambio de nombre. —Sentí que me ruborizaba—. Cada vez que le pedía la documentación, me decía que la tenía en su archivo.

—¿En su *archivo*? —preguntó Crabtree, en cuyos ojos había aparecido una mirada burlona—. ¿El de Happy Blackmore?

—Lo sé —admití—. Ya sé que parece el colmo de la gilipollez.

Años atrás, Crabtree le pagó a Happy un adelanto de varios miles de dólares para que escribiera como negro la autobiografía de un jugador de béisbol, una estrella en alza que jugaba en el equipo de Pittsburgh y hacía unas carreras de las que se

recuerdan durante años. El bueno de Happy se pasó meses enfrascado en lo que llamaba, con tono solemne, investigaciones preliminares, antes de entregar un bosquejo tan pobre y lleno de inexactitudes que Crabtree y sus jefes decidieron rescindir el contrato inmediatamente. Poco después, el gran bateador objeto del libro murió en un accidente automovilístico en la carretera de Mount Nebo, y en el famoso archivo de Happy no quedaron más que retazos dispersos de la vida de un fantasma.

—Quizá encontremos el coche por aquí cerca —dije esperanzado.

—Seguro. Quizá por error lo aparcaste en el camino de acceso de alguna otra casa.

—¡Sería capaz de haberlo hecho! —dije—. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —coreó Crabtree—. ¡Yo también!

Entramos en casa, nos pusimos los pantalones y los zapatos y dimos la vuelta a la manzana para ver si encontrábamos el Galaxie. La mañana era fría y poco propicia, y me deprimía comprobar que tras el paréntesis de sol del día anterior habían vuelto las habituales nubes, bajas y amenazantes, que filtraban la luz solar y proyectaban un resplandor tan intenso que hacía daño a los ojos. Mientras caminábamos, le relaté a Crabtree mi rifirrafe con Vernon Hardapple en el Hi-Hat.

—¿Cómo dio contigo?

—No lo sé. Tal vez Happy... ¡Oh!

Ya habíamos dado la vuelta completa a la manzana y nos acercábamos al camino de acceso a mi casa cuando reparé en un pedazo de cartulina arrugada cuyo color blanco destacaba entre el verde del césped. Me agaché para recogerlo, lo sacudí para que cayera el rocío y se lo tendí a Crabtree.

—Creo que esa noche debí de perder un montón de éstas —dije—, porque se me cayó la cartera.

—«Grady Tripp, novelista» —leyó Crabtree en la sucia tarjeta de presentación, en la que encima de mi dirección y número de teléfono aparecía esta dudosa frase.

—Me las regaló Sara por mi último cumpleaños —le expliqué, haciendo esfuerzos por no ruborizarme—. Creo que intentaba animarme.

—¡Qué tierna! —comentó Crabtree, y se guardó la tarjeta en el bolsillo de la camiseta—. Bueno, entonces está claro que Vernon se ha llevado su coche.

—Sin duda.

—¿Qué hacemos?

—Sí, ¿qué hacemos?

—Tendremos que dar con él y con el coche, y conseguir que nos devuelva la chaqueta. —Asintió, dándose ánimos—. Yo me encargaré de hablar con él, soy capaz de enfrentarme a cualquiera.

—Lo sé, Terry, pero...

—Debemos hacerlo, Tripp. —Su expresión era ahora sorprendentemente grave—.

Yo... no quiero..., no permitiré que... le pase nada malo a James. —Me miró con cierta timidez e inmediatamente me dio un puñetazo en un brazo—. ¿Qué coño estás mirando? ¡Vete al carajo!

—Nada —dije.

—Ese chico me gusta.

—Sí, supongo que a mí también —dije. Empezamos a subir por el camino de acceso a la casa—. Voy a preguntarle a Hannah si podemos tomar prestado su coche.

—Yo diría que esa chica dejaría que tomases prestado hasta su páncreas —comentó Crabtree.

Me miró de hito en hito. Era la primera vez que lo hacía en toda la mañana, y pensé que no parecía interesarle demasiado lo que veía. El viento soplaba ahora con más intensidad y empecé a temblar. De pronto, se me ocurrió que cuando Crabtree me observaba con aquella frialdad y aquel distanciamiento, en realidad no me veía a mí, a su viejo amigo, al que los hados habían concedido el acceso a las más estafalarias promesas de la vida y todas las oportunidades de alcanzar la gloria: tan sólo veía al porrata que había escrito una novela monstruosa de dos mil páginas, hinchada, deslavazada y que nunca acababa de convertirse en una realidad tangible; una mistificación que a él le había costado decenas de miles de dólares y probablemente su carrera.

—¿Eh? —recordó que tenía que preguntarme algo—. ¿Qué hay entre vosotros dos?

—Nada —respondí—. He puesto todo mi empeño en dejarla en paz.

—Sorprendente —sentenció Crabtree.

La puerta de casa estaba abierta, y oí las melancólicas notas de un acordeón procedentes del interior. Hannah se había levantado y estaba preparando el desayuno; de la cocina llegaba un estruendo de cacharros. De pronto me inquietó la idea de verla cara a cara, y me pregunté por qué. Al cabo de un instante me di cuenta de que lo que temía no era ver a Hannah, sino saber su opinión sobre *Chicos prodigiosos*. Tenía la premonición de que iba a ocurrir un desastre; mi libro llegaba por fin a los lectores, pero no como yo había imaginado, como una gran locomotora aerodinámica, con las luces centelleando, banderines tricolores y las ruedas de acero lanzando chispas. No, lo hacía por accidente, en el momento menos adecuado, como una pequeña camioneta sin frenos a la que han quitado las zapatas que la mantenían fija en el garaje y se desliza marcha atrás colina abajo.

—Crabtree —dije, y tiré de él para que se detuviera en el umbral—. Ni siquiera sabemos cuál es el verdadero nombre de Vernon. Lo de Vernon Hardapple... nos lo inventamos nosotros.

—¡Oh, es cierto! —Crabtree pareció aturdirse. Vi que trataba de reunir todos los datos que poseíamos sobre el tipo de la cabellera tiesa como la cresta de un gallo y la

horrible cicatriz purpúrea en pleno rostro—. ¿Sabes? —dijo al cabo de un rato—, si lo piensas bien, podría decirse que ese tipo es producto de nuestra imaginación.

—Sí, no me extraña que se cabrease con nosotros —dije.

Hannah Green y el inevitable Jeff estaban cascando huevos en un cuenco y sacando lonchas de bacon de un paquete de plástico. Del sótano subía una melancólica música argentina, y al entrar en la cocina nos encontramos a Jeff explicándole con aire doctoral a la escéptica Hannah que los orígenes del tango se encontraban en las peleas a navajazos provocadas por el amor homosexual latente, una teoría que, sin duda, había tomado de Jorge Luis Borges. Pensé que el tal Jeff era un personaje no exento de interés: demostraba ciertas aptitudes tratando de seducir a una chica mediante un plagio de Borges.

—Es decir, fíjate en cómo bailan... Es sodomía pura —le explicaba, desplegando todos sus encantos.

—Apártate —le dijo Hannah mientras sacaba del cuenco varios trozos de cáscara de huevo.

—Hablo en serio.

—Jeff —dijo Crabtree meneando la cabeza con aire tristón—. Jeff, tenemos que hablar.

—¡Oh, hola! —dijo Hannah, y levantó la vista. Me saludó agitando la mano con gesto desmañado y extrañamente formal. Llevaba un largo camisón púrpura que le cubría las gastadas botas rojas. Su dedo índice estaba coronado por un elegante sombrero de cáscara de huevo. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, y cuando hablaba su voz dejaba adivinar que había dormido estupendamente: sonaba fuerte y un poco apremiante, como la de alguien al que por fin le ha bajado la fiebre—. ¿Os apetecen unos huevos?

Negué con la cabeza y señalé con un dedo la puerta del sótano.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Hannah? —le pedí.

—¿Eras tú el que roncaba, colega? —oí que Jeff le preguntaba a Crabtree mientras bajábamos las escaleras del sótano—. Parecías un jodido terremoto.

—¿Qué sucede? —preguntó Hannah con aire preocupado.

Le conté que la policía se había llevado a James y que, aunque rescatarlo sería muy sencillo, para ello necesitaba tomar prestado su coche. Le expliqué la súbita desaparición de mi viejo automóvil con una vaga pero convenientemente ominosa referencia a Happy Blackmore. No, dije, meneando la cabeza con idéntica actitud vaga y ominosa, pero llena de serenidad, sería mejor que no nos acompañase. Era mejor que ella y Jeff fuesen al festival literario y en una hora, sin mayores problemas, James, Crabtree y yo nos uniríamos a ellos. Eso fue todo lo que le dije —era cuanto creía que necesitaba decirle—, pero, para mi sorpresa, no me dijo que cogiera las llaves del coche. Se cruzó de brazos, dio unos pasos hacia atrás y se sentó pesadamente en su cama. El manuscrito de *Chicos prodigiosos* estaba apilado sobre la mesilla de noche, inmaculado y pulcramente ordenado. Hannah lo contempló durante largos segundos y después volvió la cara para mirarme. Se mordisqueó el

labio inferior.

—Grady —dijo. Respiró hondo y, sin precipitarse, me preguntó—: ¿No estarás, por casualidad, colocado?

No lo estaba, y así se lo juré. Mi reivindicación de mi inocencia me sonó completamente inverosímil. Y pude comprobar que ella tampoco me creía. Como suele suceder en estos casos, cuanto más le juraba que no estaba colocado, más falso sonaba.

—Vale, vale, tranquilo —dijo por fin—. En realidad, no es asunto mío. Ni siquiera debería haber..., quiero decir que normalmente...

Me sorprendió lo alterada que parecía.

—¿Qué, Hannah? ¿Qué me quieres decir?

—A veces pienso que fumas demasiada mierda de ésa.

—Tal vez sí —acepté—. Sí, tienes razón. Pero ¿por qué? Me refiero a por qué me comentas esto ahora.

—No... No he querido...

Estiró el brazo para coger el manuscrito de *Chicos prodigiosos*. Con el peso se le torció la muñeca, y lo dejó caer sobre su regazo; al golpear contra sus rodillas resonó como si fuese una sandía. Echó un vistazo a la primera página, a aquellas frases iniciales que había reescrito al menos doscientas veces. Meneó la cabeza y pareció a punto de decir algo, pero cerró la boca de nuevo.

—Di lo que tengas que decir, Hannah. Adelante.

—Empieza muy bien, Grady. Espléndidamente. Las primeras doscientas páginas me han encantado. Bueno, ya te lo comenté anoche.

—Sí, me lo comentaste —dije, con el corazón en un puño.

—Pero después... No sé.

—¿No sabes qué?

—Bueno, después empieza a... Sigue habiendo partes muy buenas, formidables, pero al cabo de un rato empieza a... No sé... Queda todo desperdigado.

—¿Desperdigado?

—Bueno, desperdigado no es la palabra: colapsado por un exceso de material. Por ejemplo, el pasaje de las ruinas indias. Primero relatas la llegada de los indios, la construcción de las edificaciones, la muerte de los indios, el desmoronamiento al cabo de cientos de años de lo que construyeron y la desaparición de las ruinas al quedar cubiertas de tierra; después, en los años cincuenta, un científico lo encuentra y lo desentierra, y al cabo de un tiempo se suicida... La historia sigue y sigue durante unas cuarenta páginas y, no sé... —Se calló un momento, parpadeó y reflexionó sobre lo novedoso que resultaba criticar algo escrito por su profesor—. Realmente, muchos fragmentos de la novela no parecen tener nada que ver con tus *personajes*. La prosa es realmente buena, espléndida, pero... Esa historia sobre el cementerio de la

ciudad, con todas las lápidas, las inscripciones y los huesos y cadáveres enterrados debajo. Y el pasaje sobre las diversas armas de fuego guardadas en la vitrina de la vieja casa de los protagonistas. Y las genealogías de sus caballos. Y...

Se dio cuenta de que estaba soltando una letanía y se calló.

—Grady —añadió, con un tono que sonaba algo más que ligeramente horrorizado—, hay en el libro capítulos enteros de treinta o cuarenta páginas en los que no interviene ni *un solo personaje*.

—Lo sé. —Lo sabía, pero nunca me lo había planteado de aquella manera. De pronto me percaté de que había en *Chicos prodigiosos* montones de detalles en los que hasta entonces no me había parado a pensar. A cierto nivel crucial, ¡qué extraño resultaba!, no sabía de qué trataba en realidad la novela ni tenía la más remota idea de qué impresión podía producir en un lector. Incliné la cabeza—. ¡Dios mío!

—De verdad que lo siento, Grady. Pero no he podido evitar preguntarme...

—¿Qué?

—Cómo sería el libro... si tú no... Si no estuvieses siempre colocado cuando escribes.

Fingí indignarme.

—No sería ni la mitad de bueno —le aseguré, y me pareció que sonaba más falso que nunca—. De eso estoy convencido.

Hannah asintió, pero evitó mi mirada y se le enrojecieron las puntas de las orejas. Sentía vergüenza ajena.

—Espera a terminar de leerlo —le dije—. Ya verás cómo cambias de opinión.

De nuevo optó por no responder, pero en esta ocasión tuvo fuerzas para sostener mi mirada, y su expresión era la de una mujer que, tras descubrir en el último momento que su prometido es un impostor y todo lo que ha dicho acerca de sí mismo es falso, ha deshecho las maletas, ha devuelto su billete y ahora debe decirle lisa y llanamente que no piensa irse con él. Había en su rostro lástima, resentimiento y la seriedad de una muchacha de Utah que decía: «¡Basta!» Fuese la que fuese la página hasta la que había llegado en su lectura de la noche anterior y aquella mañana, era obvio que la mera idea de acabar el libro le resultaba excesivamente penosa para contemplarla siquiera.

—Bueno —dije, y aparté la mirada. Me aclaré la garganta. Ahora era yo quien me sentía incómodo—, ¿nos dejas el coche?

—Por supuesto —respondió, con una generosidad cruel que acompañó con un gesto como de rechazo con la mano—. Las llaves están sobre la cómoda.

—Gracias.

—No hay de qué. Cuidad de James.

—Lo haremos. —Me volví—. Tenlo por seguro.

—Grady —me llamó.

Volví la vista atrás. Me tendió el manuscrito como si me devolviese un anillo de compromiso. Lo cogí, así como las llaves, y desaparecí escaleras arriba.

A sí que Crabtree y yo emprendimos nuestra peregrinación final al Hi-Hat, la capital provincial del imperio de nuestra amistad a lo largo de su prolongado declive. Era el único lugar en el que pensamos que podíamos dar con la Sombra, aquel implacable trasgo de cabellos tiesos que nos inventamos y perdimos de vista el viernes por la noche. Debido a su insistencia, Crabtree conducía, y lo hacía demasiado deprisa. Manejaba el viejo y traqueteante Renault de Hannah a la francesa, cambiando continuamente de marcha como si entre el coche y él hubiera una relación de caballo a jinete. En sus manos, en sus ojos y en la inclinación de sus delgados hombros se percibía una fría y expectante agitación bajo cuyos efectos hacía años que no le veía. Por el momento, al menos, parecía haber logrado sacar su propia balsa del banco de niebla del fracaso y otros malos hábitos por el estilo, entre cuya bruma habíamos flotado los dos durante largo tiempo. Advertí que mientras conducía, tamborileando sobre el salpicadero y fumándose un Kool, iba considerando mentalmente todos los imprevistos, percances y consecuencias que pudiera acarrear nuestra expedición, y reflexionaba sobre las posibles opciones y estrategias alternativas. En otras circunstancias me hubiese sentido muy satisfecho de verlo tan apasionadamente enfrascado en el análisis de las posibilidades narrativas de nuestro problema. Era como en los viejos tiempos: estaba escribiendo su nombre en el agua. Pero cada vez que nos deteníamos en un semáforo en rojo me miraba, y la expresión de su rostro era de incomprensión, de incredulidad, con un punto de lástima, como si no fuese más que un autoestopista empapado al que hubiera recogido en medio de una tormenta en una carretera entre Zilchburg y Palookaville: un don nadie que no sabía muy bien adónde iba y que desprendía un tufillo a lana húmeda. Tenía el presentimiento de que, si nuestra empresa fracasaba, yo no tendría un papel relevante en su siguiente tentativa de rescatar a James Leer.

Me dediqué a ver pasar las imperturbables casas de ladrillo de Pittsburgh. Me sentía perplejo e inútil tras las críticas de Hannah, aunque, a pesar de todo, esperaba recuperar la bolsita de marihuana que había dejado en la guantera del Galaxie. Ya habíamos recorrido la mitad del camino hasta el distrito de Hill cuando me percaté de que todavía tenía en mis manos el manuscrito de *Chicos prodigiosos*, con la primera página arrugada entre los dedos. No me extraña que le resultase tan patético a Crabtree con aquella pinta de viejo ilusionista en plena decadencia que guarda sus pañuelos apolillados, sus mugrientas cartas de tarot y las notas de alabanza enviadas por zares y condesas en una pequeña maleta de cartón que lleva sobre el regazo. No había subido al coche con el manuscrito a propósito, sino por puro despiste, y me pareció que probablemente había sido un tremendo error. Pero lo cierto era que tampoco había tenido la clara intención de dejarlo, y aunque me sentía avergonzado, resultaba, como siempre, reconfortante sentir sobre mis muslos aquel montón de papel que pesaba como una sandía. Ni Crabtree ni yo dijimos una palabra.

Los escaparates de la avenida Centre estaban enrejados y cerrados con candados; en las maltrechas aceras no había ni un alma, excepto un grupo de chicas, vestidas con elegantes vestidos almidonados rosas y amarillos, y varias mujeres con sombreros de ala ancha que bajaban por las escaleras de la iglesia metodista episcopaliana africana que ocupaba la esquina del bloque en el que estaba el Hi-Hat. Crabtree metió el coche en el aparcamiento del club, en el que el viernes por la noche nuestra escurridiza Sombra se había puesto a torear al Galaxie. Estaba desierto; tan sólo se veían vasos de plástico, resguardos de apuestas perdidas, trozos de periódico con ofertas de empleo, una redecilla para el cabello y revoloteantes papeles encerados manchados de salsa barbacoa, que giraban en círculo arrastrados por la fuerte brisa. Las negras puertas de acero del club estaban cerradas a cal y canto, y la ventana de la cocina tenía la persiana ondulada bajada. El lugar parecía abandonado, como suele ser habitual en los clubes nocturnos durante el día; todo desconectado, sin pizca de magia, como un kiosko de helados cerrado en un paseo desierto en pleno invierno.

—¡Oh, vaya! —exclamé.

—Ni vaya ni nada —dijo Crabtree. Dio marcha atrás, giró el volante y puso la primera—. Vamos a... ¡Eh!

Miré y vi que en la otra punta del callejón, donde desembocaba en otra calle, había un deportivo rojo mal aparcado que bloqueaba el paso, como si su conductor tuviese demasiada prisa para preocuparse en estacionarlo de forma que no molestase. Era uno de esos nuevos modelos japoneses de líneas angulosas que tienen un inquietante parecido con el cráneo de una rata.

—¿Crees que es de Carl Franklin? —preguntó Crabtree.

—¿Qué te parece si me acerco a echar un vistazo? —propuse.

—Es una idea.

Asentí. Dejé el manuscrito sobre el asiento y bajé del coche. Crabtree lo miró y por un momento pensé que lo iba a coger. Pero no lo tocó. Se metió la mano en el bolsillo para sacar su paquete de cigarrillos.

—Adelante —dijo, y apretó el encendedor del salpicadero—. No andamos sobrados de tiempo.

Me acerqué a las puertas del club y llamé golpeando con la mano. En un parterre oblongo lleno de barro junto a las puertas vi una servilleta de cóctel manchada de lápiz de labios agitada por el viento. Años atrás allí había habido un seto, superviviente de los días de gloria del Hi-Hat, del que en verano brotaban unas flores blancas del tamaño de gardenias, pero resultaba una diana demasiado atractiva para el club de tiro local, así que ya no había más que barro. Reconocí el lápiz de labios de la servilleta, era Rosa Salvaje. Pasó un minuto. Eché un vistazo al coche, rezando porque Crabtree estuviese leyendo el manuscrito. No, no era así. Estaba sentado, expeliendo el humo del cigarrillo, con las manos sobre el volante, el ceño fruncido y

escrutándome, atento a cualquier signo indicativo de que yo estuviese a punto de perder los nervios. Volví a llamar, esta vez más fuerte. Esperé, volví la cabeza para mirar a Crabtree y me encogí de hombros. Golpeó varias veces con el índice en su muñeca, en un gesto de impaciencia, y empecé a caminar de regreso al coche. En ese momento oí el rumor de un cerrojo abriéndose y un chirrido de goznes, y, detrás del parabrisas del coche de Hannah, Crabtree abrió los ojos de par en par. Me volví y ante mí apareció un pecho desnudo, lampiño, sudoroso, rebosante de músculos y de un bonito color como de hígado crudo. Clement, el portero, no sólo iba sin camisa, sino que llevaba los tejanos desabrochados, bajo los que asomaban algunos centímetros de sus calzoncillos de seda rojos. No parecía precisamente encantado de verme.

—¡Hola, Clement! —saludé—. Siento molestarte.

—Ajá. —A sus espaldas, el interior del club estaba oscuro, pero llegaba a mis oídos la lenta exhalación de un saxo y los irresistibles argumentos carnales de Marvin Gaye. Clement cruzó sus sesenta centímetros de bíceps sobre el pecho. A su alrededor flotaba un olor a coño, que escapaba de la bragueta abierta, un olor a comino, a cerdo salado, a serrín todavía caliente—. Pues lo has hecho.

—Lo siento, de verdad que lo siento. Sabes quién soy, ¿verdad? —Me llevé una mano al corazón, que bombeaba enloquecido—. Me llamo Tripp. Solía venir aquí a menudo.

—Tu cara me suena.

—Estupendo, vale. Bueno, escucha, yo..., uh, mi amigo y yo estamos buscando a una persona. Un tipo bajito. Con el pelo tieso. Negro. Con una cicatriz enorme que hace que parezca que tenga una segunda boca aquí.

Me pasé los dedos por la mejilla para indicárselo. Durante un instante Clement entrecerró los ojos y después se relajó.

—¿Ah, sí? —dijo. Se llevó los dedos de la mano izquierda a la nariz y se los olió distraídamente. Estaba claro que eso era todo lo que iba a decir por el momento.

—¿Lo conoces? —le pregunté.

—Me temo que no.

—¿En serio? Apuesto a que frecuenta el local. Es un tipo bajito, parece un jockey. «Y se llama Vernon», estuve a punto de añadir.

Clement dio un paso atrás y, con una teatral mueca de profundo pesar, empezó a cerrar la puerta.

—El club está cerrado, tío —dijo.

—¡Espera! —Puse ambas manos sobre la puerta. Lo hice sin pensar y el gesto era puramente simbólico, pero enseguida me encontré tirando con todas mis fuerzas. No quería que me cerrase la puerta en las narices—. ¡Eh, colega...!

Clement sonrió, mostrando un diente de oro, y soltó la puerta. Salí despedido

hacia atrás y me agarré al pomo como un windsurfista a la barra metálica de la vela antes de perder el equilibrio y caer de culo sobre el polvoriento parterre. El estruendo del impacto fue impresionante, pero carente de toda dignidad. Clement se acercó a mí y se quedó mirándome, con las manos en la cintura. Respiraba concienzudamente, como un corredor preocupado por mantener el ritmo. Supuse que disponía de un par de segundos para decir algo que estuviese a la altura de las circunstancias. Le ofrecí todo el dinero que llevaba en la cartera y también el que pudiese llevar Crabtree. Rechazó la oferta. El diente de oro brilló ante mí. Clement era de esos hombres que sólo sonríen cuando están enfadados. Le hice una segunda oferta y en esta ocasión me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie. Eché un vistazo al parterre en el que había dejado grabado mi sello personal y avancé cojeando hacia el coche mientras me despegaba los tejanos del culo.

Crabtree había bajado la ventanilla. Tenía las cejas enarcadas y mostraba su inconfundible sonrisa, pero algo en la expresión de sus ojos dejaba entrever que la situación no le divertía en absoluto.

—Bueno —dije, y me apoyé contra la portezuela.

—¿Bueno qué?

Tragué saliva y evité su mirada. Me limpié el polvo de los dedos restregándolos contra el pantalón. Y le dije qué le había prometido a Clement a cambio del verdadero nombre de nuestro amigo Sombra.

—De ninguna manera —dijo, pero sin dudarle ni un segundo metió la mano en el bolsillo de su americana de lino y depositó en la palma de mi mano el frasquito de plástico con píldoras—. Así que lo conoce, ¿eh? ¿Quién es?

—Eso es lo que estoy a punto de averiguar.

—Peterson Walker —me informó Clement mientras se guardaba el frasquito en el bolsillo trasero de los tejanos—. Lo llaman El Guisante. Era boxeador.

Era de esperar; buena parte de las indeseables amistades de Happy Blackmore eran especialistas en hinchar ojos y entusiastas del boxeo de la zona norte de Ohio.

—Peso mosca —conjeturé.

Se encogió de hombros y dijo:

—Más bien peso pulga. Trabaja en una tienda de material deportivo. No recuerdo el nombre. Está por el centro de la ciudad, en la Segunda o Tercera Avenida. Es un nombre que empieza con K.

—¿Está abierta los domingos?

—Tío, ¿de qué vas? ¿Tengo pinta de ser una sucursal de las jodidas Páginas Amarillas?

—Perdón —dije, y me volví para marcharme—. Muchas gracias.

—No vas a conseguir que te devuelva el coche —me aseguró Clement, con un tono súbitamente amistoso. Me detuve y me volví hacia él—. Pero puedes ir a que te

pegue un tiro. —Era una posibilidad que en abstracto parecía divertirse—. El Guisante llevaba meses buscando ese coche, tío. Decía que era de su hermano y demás.

—¿Qué le pasó a su hermano?

—Lo tirotearon. —Ladeó su enorme cabeza y se rascó ociosamente el cuello—. Un par de tipos de Morgantown. Era por algo relacionado con un caballo. Oí que en realidad al que buscaban era a Guisante Walker.

—Ah, sí —dije—. Ya lo había oído. —Noté que a Clement le costaba creerme—. Entonces supongo que el tal Guisante llevará una pistola, ¿no?

—En efecto. Una alemana enorme del nueve.

—Supongo que es una de esas cosas que no se te pasan por alto —dije, considerando su reputación como maestro de la confiscación—. ¿Es habitual que la gente venga por aquí con esa clase de armas?

—Uno no se topa cada día con un peso mosca con una pipa —reflexionó Clement, con aires de sabio, mientras cerraba las negras puertas de acero.

—Sorprendente —dijo Crabtree cuando me metí de nuevo en el coche y le conté lo que acababa de oír. Sonrió ampliamente—. La historia que inventamos no iba tan desencaminada.

—No, sólo que nos equivocamos de deporte.

—Es agradable comprobar que seguimos teniendo buena traza.

—Sí, es agradable —dije.

Enfilamos la avenida Centre y nos dirigimos hacia el centro de la ciudad. A diferencia de Crabtree, que parecía haber encontrado en las últimas doce horas una cura para su melancolía, yo me sentía pegajoso, sucio y cansado, y estaba tan ansioso por fumarme un canuto que desde allí podía oler el aroma de menta quemada de la bolsita que había dejado en la guantera del Galaxie.

—¿Qué? —preguntó Crabtree.

—Sí, ¿qué?

—Has suspirado.

—¿Sí? —dije—. No me pasa nada. Sólo estaba pensando en que me gustaría tener buena traza para otras cosas.

—¿Por ejemplo?

Levanté el manuscrito que llevaba sobre el regazo.

—Por ejemplo, para escribir novelas —dije—. ¡Ja, ja, ja!

Crabtree asintió y esbozó una sonrisa para mostrar que había captado el chiste. Nos acercamos a un semáforo en rojo y empezó a reducir velocidad. Se puso verde y aceleró. Seguimos avanzando en el pequeño coche de Hannah, que olía a moqueta vieja y tierra húmeda, sin decidirnos a hablar de *Chicos prodigiosos*.

—¿Realmente es tan mala? —pregunté al fin.

—¡Oh, no! Hay en ella muestras de gran talento, Tripp —me aseguró Crabtree en tono conciliador—. Hay un montón de cosas admirables.

—¡Mierda! —dije—. ¡Oh, Dios mío!

—Escucha, Tripp...

—Por favor, Terry, ahórrame el típico discursito de editor, ¿de acuerdo? —Incliné la cabeza hasta que las cejas tocaron el salpicadero. Permanecí así unos instantes, mirando hacia abajo, suspendido como un puente sobre las aguas turbias del serpenteante río de mi novela—. Límitate a decirme lo que piensas. Sé honesto.

—Tripp... —empezó, pero se detuvo para dar con frases amables y argumentaciones diplomáticas.

—No —dije, y levanté la cabeza con un movimiento tan brusco que por unos instantes me faltó irrigación sanguínea en el cerebro y aparecieron ante mis ojos lucecitas parpadeantes. Temí que me viniera una nueva crisis, así que me puse a hablar deprisa para ahogar el zumbido de la sangre circulando por mis venas—. Escucha, he cambiado de opinión, olvídalo. No me digas lo que piensas. Quiero decir que ya estoy harto de este juego. ¡Harto! Admito que no la he terminado, ¿vale? ¿De acuerdo? ¡Mierda!, es evidente. No la he terminado, ni mucho menos. Llevo siete años trabajando en esa maldita novela, y me parece que tengo para otros siete. ¿Vale? Pero voy a terminarla.

—Seguro que sí. Por supuesto.

—Y quizá sea verdad que tiene ciertos problemas. Es algo errática, de acuerdo. Pero es una gran novela. Y eso es lo que cuenta. Lo sé. Es lo único que tengo claro.

Habíamos llegado al centro de la ciudad; ante nosotros apareció la enorme y siniestra mole de la cárcel del condado de Richardson. Es un edificio célebre, y sin duda merece serlo. Con sus torres y torrecillas, y sus torreones rematados por lo que parecían sombreros de verdugo, y con aquellas aberturas en la piedra que recordaban cuencas vacías en un rostro sombrío, siempre me había parecido un castillo encantado lleno de prisioneros y enanos, en el que se horneaba a los niños para convertirlos en galletas y se asaba vivos a hermosos ejemplares de pájaros cantores ensartados en largos espetones. Esa parte de la ciudad estaba incluso más desierta que la zona de Hill; no se veía ni un alma aquella ventosa mañana de domingo, y en las calles apenas había coches aparcados. Parecía fácil dar con un Galaxie verde mosca.

—No has sido honesto conmigo —dije.

—Acabas de decirme que no querías oír mi opinión.

—Y no quiero.

—Entonces, asunto zanjado.

—Bueno, dímela de todos modos.

—Es una novela caótica. —Hablaba con un tono de voz suave, vagamente apesadumbrado—. Resulta confusa. Hay demasiados personajes. El estilo cambia

cada cincuenta páginas. Y has metido todo ese rollo a lo García Márquez, lo del bebé fosforescente, el cerdo vidente y demás. En mi opinión, todo eso no acaba de funcionar bien, y...

—¿Cuántas páginas has leído?

—Las suficientes.

—Tienes que continuar —le dije—. Tienes que seguir leyendo. —Era un razonamiento que llevaba años haciéndome a mí mismo, al severo e infatigable editor que llevaba en lo más profundo de mis entrañas—. Es un libro del estilo de *Ada o el ardor*, ya sabes, o de *El arco iris de gravedad*. Te va enseñando cómo leerlo a medida que lo lees. O de... Kravnik.

—¿De quién es eso? ¿De Gombrowicz? —preguntó Crabtree—. No lo he leído.

—Kravnik, Material Deportivo. Acabo de acordarme. —Lo había visto cientos de veces sin prestarle atención, en la Tercera Avenida, cerca de Smithfield—. Gira aquí. A la izquierda. Después creo que es la primera a la derecha, allí. Ahora en serio, Crabs, ¿cuántas páginas has leído?

—No lo sé. Le he echado un vistazo en diagonal.

—¿Pero cuántas aproximadamente? ¿Cincuenta? ¿Ciento cincuenta?

—Las suficientes, Tipp, he leído las suficientes.

—¡Joder, Crabtree! ¿Cuántas has leído?

—Las suficientes para llegar a la conclusión de que no me apetecía seguir.

No supe qué responder a eso.

—Escucha, Tripp, lo siento. Lo siento muchísimo. No debería haber dicho eso. —Pero no parecía sentirlo demasiado. Seguía manejando el volante con aplomo y exhalando nubes de humo mentolado que desaparecían a una velocidad vertiginosa por la ventanilla. Iba tras la pista de Guisante Walker y estaba preparado para negociar la salvación de James—. No puedo hacer nada con un libro como ése. Al menos por el momento. Tiene demasiados problemas. Siento decírtelo así, Tripp, pero trato de ser sincero, aunque sólo sea por una vez. Por el momento no puedo dedicarle ni un minuto de mi tiempo a *Chicos prodigiosos*. Como tú bien sabes, mi situación en Bartizan pende de un hilo. Tengo que presentarles algo nuevo. Algo vigoroso y deslumbrante. Algo que resulte encantador y perverso al mismo tiempo.

—Algo como James —dije.

—Es mi última esperanza —reconoció Crabtree en el momento en que nos deteníamos ante Kravnik, Material Deportivo—. Si todavía no es demasiado tarde.

—Demasiado tarde —repetí, deprimido.

Kravnik ocupaba la planta baja de un edificio de oficinas de diez pisos que, como la mayoría de los obsoletos rascacielos de aquella parte del centro, fue en su época un audaz exponente del capitalismo decimonónico. Las ventanas estaban cubiertas de una película de polvo y las paredes tatuadas con carteles. El rótulo, con su enorme K

roja, estaba decorado en una esquina con una grotesca caricatura de Bill Mazeroski^[43], cuyo tono de piel se había tornado verdoso tras treinta años a la intemperie. En las mugrientas ventanas había unos plásticos azules translúcidos para filtrar la luz del sol, que hacían prácticamente imposible ver el interior. Era una de esas tiendas semienterradas en polvo, hollín y un enigmático manto de penumbra centroeuropea, cada vez más raras en Pittsburgh, que venden llanas para yeseros, moldes para repostería rusa o brazos ortopédicos y a cualquier hora del día o de la noche parecen llevar siglos y siglos cerrados. Sin embargo, en la puerta de Kravnik había un cartelito que en brillantes letras rojas proclamaba todo lo contrario.

—Estamos de suerte —dije—. Está abierta.

—Estupendo —se alegró Crabtree—. Escucha, Tripp, dame un par de meses, ¿de acuerdo? Tómame un par de meses más. O un año. Métele tijera. Tómame tu tiempo para acabarla. Para entonces, cuando realmente la hayas terminado, yo estaré en una situación mucho mejor para echarte un cable, ¿de acuerdo?

—Un par de meses. —No me satisfizo en absoluto conseguir por fin la ampliación del plazo de entrega con la que llevaba semanas soñando. La promesa de Crabtree sonaba vaga y burocrática, y además... ¿meterle tijera? Cómo iba a saber dónde cortar si ya ni siquiera tenía claro de qué iba el libro—. Mira —dije, señalando con un dedo y tratando de parecer de buen humor—. «Aparcamiento gratuito detrás de la tienda».

Crabtree metió el coche por un estrecho callejón que había entre Kravnik y el edificio de al lado. Al pasar junto a la fachada de la tienda, traté de vislumbrar su interior a través de los sucios escaparates, pero sólo entreví la difusa silueta de varios maniqués sin cabeza, equipados para practicar deportes rarísimos o pasados de moda, como la cacería del oso con perros, el lanzamiento de martillo o la caza del armiño. Salimos a una amplia zona de carga y descarga cuadrangular, repleta de contenedores de basura y paletas de madera desechadas, parte de la cual servía de improvisado aparcamiento. Entre algunos de los edificios vecinos había estrechísimas callejuelas que, sin una ordenación clara, desembocaban en aquel espacio, partido por la mitad por un callejón más amplio paralelo a la Tercera Avenida, que iba desde la calle Wood a Smithfield. Había media docena de plazas de aparcamiento reservadas para los clientes de Kravnik, y Crabtree, disciplinadamente, metió el coche entre las líneas paralelas de una de ellas. Tres plazas más cerca de la parte trasera de la tienda estaba aparcado el Galaxie, vacío y con las ventanillas cerradas. Y junto a él había un Coupé de Ville de hacía diez años en cuya matrícula se leía KRAVNIK. Aparte de esos dos automóviles, el aparcamiento estaba desierto.

—Espera aquí —le dije a Crabtree mientras abría mi portezuela. Dejé el manuscrito de *Chicos prodigiosos* debajo del asiento y rebusqué en el bolsillo las llaves del Galaxie—. Prepárate por si tenemos que largarnos a toda prisa.

—Estoy preparado para salir pitando —dijo Crabtree medio en broma—. Ahora en serio, Tripp, ¿no crees que sería más sencillo hablar con él? No entraba en mis planes dedicar la mañana a... bueno, ya sabes, a cometer un robo.

—Ese tipo no querrá hablar con nosotros —le expliqué a Crabtree—. No se fía de nosotros. No le caemos bien.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué no ha de querer hablar con nosotros?

—Porque supone que somos amigos de Happy Blackmore.

—Hábil deducción —admitió Crabtree—. Pues venga, date prisa.

Me acerqué rápidamente al Galaxie y eché un vistazo al interior a través del cristal trasero, utilizando la mano como visera para protegerme los ojos del reflejo de la luz. La chaqueta estaba en el suelo, justo detrás del asiento del conductor, pero pude comprobar que seguía pulcramente doblada y, al parecer, intacta. Abrí la portezuela, cogí la chaqueta, pasé al asiento delantero y alargué la mano libre hasta la guantera. Sentí un estremecimiento de desesperación en el estómago. Era imposible que la bolsita de marihuana siguiera allí. Sabía que al abrir lo único que encontraría sería un desordenado surtido de mapas de carreteras mexicanas y un boleto de apuestas del hipódromo de Charles Town con marcas en los nombres de los caballos elegidos por el poco afortunado Happy Blackmore.

Milagrosamente, la hierba seguía allí. Supuse que la guantera era un escondite tan bueno para Guisante Walker como para mí. Salí del coche exultante, y, con la emoción, metí la bolsita en el bolsillo de mi chaqueta con tal ímpetu que mi mano atravesó el bolsillo y llegó al forro.

—¡Mierda! —dije; había sentido una leve punzada de pánico al oír cómo se rasgaba la seda, y fue en ese momento cuando comprendí que Crabtree no iba a publicar *Chicos prodigiosos*. Me iba a borrar de su lista de escritores. De pronto sentí que me faltaba el aire y que mi corazón había dejado de bombear. No había ni un solo pájaro en el cielo, ya no hacía viento y acababa de estropear mi chaqueta de pana favorita. Entonces respiré, una ráfaga de viento arrastró por el aparcamiento vacío un espectral montón de hojas de periódico. Miré hacia nuestro coche y vi que Crabtree seguía mi incursión con moderado interés y sin levantar el pie del acelerador.

Sin dejar de pensar en las ideas que me rondaban por la cabeza, subí de nuevo al Galaxie y me coloqué detrás del volante. Todavía tenía las llaves de aquel coche, y pensé que era una de las pocas cosas que me quedaban. Así que me pareció que lo que debía hacer era sacar el coche del aparcamiento, enfilear el callejón hasta la calle Smithfield, atravesar el río Monongahela y largarme de Pittsburgh a la mayor velocidad que pudiese alcanzar aquel viejo cacharro de Michigan. No había ningún lugar en concreto al que quisiera llegar con él, pero eso tampoco era una buena razón para quedarse. Me acomodé, ajusté el retrovisor y eché el asiento hacia atrás. El coche estaba impregnado de un olor nuevo, pero que me resultaba extrañamente

familiar, un olor penetrante, con algo de jengibre, que me despejó la cabeza y me llenó el pecho de un ligero y bienvenido estremecimiento de pesar. Olía a Lucky Tiger: Irving Warshaw y Peterson Walker usaban la misma colonia. Sonreí y metí las llaves para dar el contacto, pero dudé. Antes de ir a donde fuera, quería desembarazarme de todo lo que me había estado persiguiendo durante el fin de semana como un montón de ruidosas latas atadas a una cuerda.

—¿Qué estás haciendo, tío? —preguntó Crabtree cuando volví a salir del coche—. Me ha parecido oír que se acercaba alguien.

Sin responderle, fui hasta el maletero del Galaxie y lo abrí. La tuba y los restos de la pobre Grossman seguían allí, sin que, al parecer, el dueño del automóvil se hubiese percatado de su presencia. Durante la noche Grossman no había hecho gran cosa por aligerar el hedor, y me pregunté si Walker no habría rociado generosamente el interior del coche de Lucky Tiger en una batalla predestinada al fracaso contra el hedor de la putrefacta boa. Cogí la maltrecha funda del instrumento con una mano y agarré a Grossman con la otra. Estaba retorcida y rígida, y pesaba mucho.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó Crabtree.

—¿A ti qué te parece? —le dije.

Pensé que la pregunta le mantendría ocupado un rato. Al otro lado del aparcamiento había un caótico batallón de contenedores de basura de color verde. Justo cuando empezaba a dirigirme hacia ellos con mi surrealista cargamento escuché el chirrido de un automóvil que tomaba con brusquedad una curva cerrada y, al levantar la vista, vi una camioneta blanca de reparto que venía hacia mí por el estrecho callejón por el que Crabtree y yo habíamos entrado hacía un rato. El asiento del acompañante lo ocupaba Guisante Walker, mientras que al volante iba un tipo blanco mucho más voluminoso y con el cráneo rapado que conducía la camioneta directamente hacia mí. El tipo entresacaba la lengua por la comisura de los labios como si estuviese muy concentrado en conseguir aplastar a su presa. Pero, obedeciendo a una indicación de Walker, giró el volante e interpuso la camioneta entre mi persona y el coche de Hannah, dejándome bloqueado entre los contenedores. Entonces dio un frenazo.

Walker saltó de la camioneta y, sin decir palabra, vino hacia mí dando enérgicos saltitos y ladeando la cabeza como si estuviese encantado de volver a verme. Vestía un vistoso chándal color berenjena y un par de zapatillas deportivas de rebuscado diseño; tanto el calzado como la ropa estaban adornados, igual que si de un código maya se tratase, con todo tipo de jeroglíficos y pictogramas. Llevaba una enorme botella, cuyo contenido no logré adivinar, envuelta en una bolsa de papel marrón. La dejó en el suelo con pesar y le dio una palmadita al tapón.

—¡Eh, Booger, encárgate del tipo del coche! —le dijo a su colega.

El tal Booger obedeció y saltó de la camioneta para lanzarse sobre Crabtree. Este

optó por una peculiar estrategia defensiva consistente en hacer sonar la bocina repetidamente. Cuando se percató de que la idea resultaba, como no era de extrañar, del todo ineficaz, arrancó marcha atrás para salir de la plaza de aparcamiento, dio un brusco giro y enfiló el callejón que desembocaba en la calle Wood. Durante la operación derribó, sin querer, al calvo Booger y le aplastó el pie izquierdo con la rueda trasera.

—¡Joder! —aulló Booger.

Quedó tendido en el suelo, apoyado en los codos. Parecía indignado. Volví a dirigir mi atención hacia Guisante Walker, alerta a la posible aparición de la pistola que Clement había mencionado. Pero, para mi sorpresa, mientras se acercaba a mí, lo único que Walker blandió fueron sus puños, moviéndolos en el aire como si fueran gatitos tratando de atrapar un cordel. Aquellos puños eran gruesos y deformes como nudos de un manzano. Yo pesaba como mínimo unos cincuenta kilos más que él. Sonreí; Walker también. El tipo tenía los ojos inyectados en sangre, balanceaba ligeramente la cabeza y al sonreír mostraba la falta de un considerable número de dientes. Me pregunté si sería consciente de ello.

Mientras calibraba el valor estratégico de limitarme a dejar que Walker me arrease algún que otro puñetazo con sus calamitosos puños de peso mosca, él metió la mano bajo su chándal púrpura a la altura de la cintura y sacó una pistola ridículamente enorme, el diámetro de cuyo cañón era sólo superado por el de su desagradable sonrisa. La mano con la que sostenía el arma no parecía estar dotada de un pulso demasiado firme, pero supuse que a la distancia a la que estaba de mí eso carecía de importancia.

Hice una finta hacia la izquierda y salí corriendo hacia el coche de Hannah. Pero la tuba y el pedazo de boa me entorpecían los movimientos, y Walker tuvo tiempo de reaccionar y cortarme el paso.

—Eh, Guisante —dije.

—¿Qué pasa?

Permanecimos así un minuto; un Minotauro roñoso, obeso y miope, y un Teseo cascado, desdentado y de manos temblorosas.

Cara a cara en el punto en que confluían nuestros dispares laberintos. El viento soplaba con más fuerza y levantaba a nuestro alrededor nubes de polvo y arrastraba papeles y otros desechos.

—¡Tripp! —gritó Crabtree, para alertarme del peligro que corría o, simplemente, expresando un desesperado deseo de que no me sucediese nada. Avanzaba despacio con el coche por el callejón, como para darme una última oportunidad de reunirme con él antes de abandonarme definitivamente a mi suerte.

Walker volvió la cabeza para echar un vistazo al Renault, momento que aproveché para alzar por encima de mi cabeza el pesado cadáver de Grossman y —

como Aarón, la elocuente sombra de Moisés— arrojárselo encima a mi contrincante. Le golpeó en plena cara, con un sonoro chasquido, y el peso mosca perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. La pistola salió despedida de su mano y se deslizó ruidosamente, como un patín de ruedas, por el aparcamiento. Corrí hacia el callejón, tropezando con desechos diversos arrastrados por el viento, balanceando la tuba delante de mí y con la chaqueta bajo el brazo. No perdí de vista ni un segundo las tambaleantes rodillas de Booger, que se había puesto en pie y perseguía cojeando al Renault, sin demasiado entusiasmo, me pareció. Probablemente no tenía ni la más remota idea de a quién estaba persiguiendo ni por qué. Evidentemente, Crabtree habría podido dejar atrás a Booger sin ningún problema, pero seguía recorriendo el callejón a tres kilómetros por hora, con la portezuela del acompañante abierta, esperando a que le alcanzase. Cuando llegué a la altura del infortunado Booger, traté de golpearle sin piedad en las rótulas con la tuba. Pero se me desvió un poco el proyectil y le di en pleno estómago, cortándole la respiración en seco. Dio un par de tambaleantes pasos y cayó al suelo. Por el callejón, como si de una maraña de maleza seca arrastrada por el viento se tratara, vino rodando hasta él una mugrienta bola de cinta adhesiva para embalar y hojas de periódico, que se le pegó unos instantes a un lado de la cabeza y después siguió su camino.

—Me has dado con la tuba —se quejó Booger, que me miraba con una mueca de dolorida perplejidad.

—Lo sé —le dije—. Lo siento.

De pronto llegó volando una hoja de papel que se aplastó contra mi cara. Me la quité de encima. Era un folio, y, al mirarlo con cierto detenimiento, descubrí que en él se describía el peor momento de un lamentable episodio de la carrera médica de Culloden Wonder, máximo sinvergüenza y patriarca del lamentable clan. Eché un vistazo al Renault y me percaté de que si Crabtree había estado conduciendo tan lentamente, no era porque me estuviese esperando, sino porque estaba enfrascado en una batalla con la puerta abierta del coche, tratando al mismo tiempo de cerrarla, salir del callejón y, a ser posible, evitar que el viento se llevase hasta la última hoja del manuscrito de mi novela. El aire estaba lleno de páginas de *Chicos prodigiosos*; de pronto caí en la cuenta de que una considerable cantidad de la porquería que volaba por el callejón y el aparcamiento eran hojas de mi libro. Caían como gigantescos copos de nieve sobre Booger y se abalanzaban como gatitos contra mis piernas.

—¡Dios mío! —grité—. ¡Crabtree, para el coche!

Crabtree frenó y bajó del Renault, y entre los dos intentamos salvar el mayor número posible de páginas, cazándolas al vuelo y recogéndolas del suelo como si fuesen hojas secas.

—Lo siento mucho, tío —se disculpó Crabtree. Dio un salto para tratar de atrapar una hoja que volaba bastante alto, pero falló por un centímetro y la hoja se alejó—.

No me había dado cuenta.

—¿Cuántas páginas han salido volando?

—No muchas.

—¿Seguro? —pregunté alarmado—. Crabtree, parece que esté nevando.

A nuestras espaldas se oyó una detonación. Nos volvimos y vimos a Walker junto a la camioneta blanca, con una rodilla en el suelo, blandiendo la pistola con una temblequeante mano.

—¡Mierda! —gritó Booger, que se llevó la mano izquierda a la flor de un rojo intenso que súbitamente apareció en su brazo derecho, sobre la manga de su camisa.

—¡Dios bendito! —dijo Crabtree, que me agarró y me arrastró hacia el coche—. ¡Larguémonos!

Lancé la tuba al asiento trasero, le di a Crabtree la chaqueta de Marilyn, subí al coche y nos largamos del aparcamiento de Kravnik, Material Deportivo, abandonando a su suerte a mi novela, a la que vimos alejarse como la blanca estela espumosa de una lancha.

Todavía sin aliento por la emoción de haber logrado salir airosos, Crabtree se lanzó a recapitular los acontecimientos de los últimos veinte minutos, estableciendo los más mínimos detalles de nuestra huida con una precisión narrativa equivalente a la de un relojero con unas pinzas y abillantando la fachada de la trama con una retórica equivalente al chorro de agua de una manguera.

—¿Te has fijado en que Booger llevaba un tatuaje en el dorso de la mano? Era un as de corazones, pero el corazón no era rojo, sino negro. ¡Hasta he podido olerle el aliento, Tripp! ¡Había bebido cerveza negra, lo juro por Dios! En un determinado momento incluso he pensado que iba a besarme. ¡Dios mío, era feísimo! Ambos lo eran. Y qué me dices de la pistola, ¿eh? ¿Era una nueve milímetros? Lo era, ¿no? ¡Coño, esas balas sonaban como jodidos colibríes!

En la hipotética biografía de Crabtree ya había un breve capítulo titulado «Gente que me ha disparado», y ahora, de camino al campus, lo estaba revisando concienzudamente, empezando por el episodio protagonizado por ambos unos once años atrás, cuando le ayudé a introducir a su amante de aquel entonces, el pintor Stanley Feld, en una casa de East Hampton propiedad de un abogado coleccionista de arte que se negaba a cumplir la promesa de permitir que Feld fuese a ver el que consideraba su mejor lienzo. Como todas nuestras grandes aventuras, era, en teoría, un noble acto solidario para echarle un cable a un amigo, pero desde el primer momento de su ejecución se convirtió irremediamente en un disparate. En aquella ocasión, debido a que Feld olvidó mencionar que el coleccionista en cuestión era un abogado de la mafia y que no sólo su colección, sino toda su propiedad, estaba custodiada por gorilas armados hasta los dientes, cuya puntería, por suerte para nosotros, dejaba mucho que desear. Después de aquel episodio, en el que varias ráfagas disparadas por armas automáticas arrancaron una rama de una picea a unos palmos por encima de nuestras cabezas, Crabtree pasó, como era de esperar, a recordar las dos balas que seis meses después le disparó un enojadísimo Stanley Feld, una de las cuales acabó alojada en su nalga izquierda.

Ahora tenía una nueva anécdota que añadir a su hipotético capítulo favorito, y pude comprobar que estaba encantado con ello.

—¡Qué caos! —exclamó. Bajó la ventanilla y aspiró profundamente, como si llegase hasta su nariz el olor de hierba recién cortada o del océano. Meneó la cabeza entusiasmado y añadió—: ¡Qué confusión!

—Y que lo digas —repliqué, y bajé la vista hasta los patéticos restos de *Chicos prodigiosos* que tenía sobre mi regazo.

Pensé que yo debería tamborilear en el salpicadero, cantar alabanzas al dulce caos, contrario a la muerte y que por ello le impedía actuar, y manifestar, para que quedase constancia de ello, que el aliento de Vernon Hardapple tenía un olorcillo anisado de salchicha italiana, con un punto amargo de cerveza. Desde el día en que,

hacía casi veinte años, caí bajo el hechizo de Jack Kerouac y su errabunda prosa jazzística de estilo libre, con toda su peligrosa blandura y pobre puntuación, siempre había considerado de manera instintiva como un artículo de fe que las incursiones como el rescate de James Leer de su mazmorra de Sewickley Heights, o la recuperación de la chaqueta desaparecida, eran intrínsecamente buenas. Buenas como material literario, como material para una charla de bar, como vigorizantes del espíritu. ¡El caos! Debería aspirar sus efluvios igual que Knut Hamsun, sentado sobre una locomotora que atravesaba el corazón de América, tragó miles de kilómetros de aire helado en su afortunada tentativa de liberar a su cuerpo de la tuberculosis. Debería darle la bienvenida al luminoso ángel del desorden, que entraba en mi vida como el hormigueante caudal de sangre que revitaliza un miembro adormecido.

Pero, en lugar de eso, me pasé todo el trayecto hasta la universidad tratando de evaluar y asimilar el fatal golpe asestado al manuscrito de *Chicos prodigiosos*. Crabtree había logrado impedir que salieran volando del coche exactamente siete páginas. Todas tenían la marca de la suela de sus zapatos o habían quedado rugosas, como la superficie granulada de una pelota de baloncesto, tras ser aplastadas contra el asfalto; a una de las páginas, además, le faltaba un trozo. Dos mil seiscientos cuatro páginas —¡siete años de mi vida!— habían quedado desperdigadas por el callejón que había detrás de Kravnik, Material Deportivo, junto a una decrépita camioneta Ford y tres cuartas partes del cadáver de una serpiente. Reagrupé los escasos restos de mi manuscrito, atontado, perplejo, como un accionista arruinado tras una súbita caída de la bolsa, apretando el fajo de tinta y papel arrugado que era el único resto de lo que sólo una hora antes constituía mi fortuna. Era una muestra completamente aleatoria de mi novela, una serie de páginas sin ninguna relación entre sí, excepto un par en las que, por pura coincidencia, se mencionaba una marca de nacimiento en la espalda de Helena Wonder que tenía la forma de su estado natal, Indiana. Dejé caer la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el reposacabezas y cerré los ojos.

—Siete páginas —dije—. Seis y media.

—Pero tienes copia, ¿verdad? —presupuso Crabtree.

No respondí.

—¿Tripp?

—Tengo borradores y versiones alternativas.

—Entonces la puedes reconstruir.

—Sí, seguro que sí. Espero que la próxima versión me salga mejor.

—Dicen que siempre es así —aseguró Crabtree—. Acuérdate de Carlyle cuando perdió su equipaje.

—Ése fue Macaulay.

—O de Hemingway, cuando Hadley ^[44] perdió todos aquellos relatos.

—Jamás logró reescribirlos.

—Ése no es un buen ejemplo, pues —dijo Crabtree—. Ya hemos llegado.

Giró por la larga avenida bordeada de tuliperos que llevaba de Folder's Hill hasta el centro del campus, y lo guié hasta el Arning Hall, donde la secretaría de la Facultad de Lengua y Literatura Inglesa estaba abierta a pesar de ser domingo. Dejamos el coche en el minúsculo aparcamiento de la facultad, en el espacio reservado para nuestro experto en Milton. Crabtree consultó su reloj y se pasó una mano por la melena en un gesto de presumido. Todavía faltaba media hora para que diese comienzo el acto de clausura del festival literario; Crabtree, por lo tanto, disponía de treinta minutos para preparar sus artilugios de mago, los grilletos trucados y la caja con doble fondo, y esconder palomas y conejos para su representación ante Walter Gaskell. Estiró el brazo para coger del asiento trasero la llave maestra de satén negro que le permitiría liberar a James Leer. Después bajó del coche y se puso la americana. Se estiró las mangas, flexionó el cuello y encendió un Kool Mild.

—¿Quieres acompañarme?

—No tengo especial interés.

Crabtree metió la cabeza en el coche y me echó un rápido vistazo, más para darse ánimos que para dárme los a mí, tal como haría un actor que está a punto de salir al escenario y repasa nerviosamente el traje de un compañero de reparto que sale un par de escenas más tarde. Me subió las gafas por el caballete de la nariz empujándolas con el dedo índice.

—¿Estarás bien aquí?

—Por supuesto. Uh, Crabtree —dije—, dime si me equivoco. Antes me ha parecido que no tenías intención de publicar mi libro. ¿Me equivoco?

—Sí. Escucha, Grady, no quiero que pienses... —No acabó la frase. Era horrible ver cómo Crabtree era incapaz de decidirse a decirme alguna de las muchas cosas inconcebibles que no quería que yo pensase—. Pero... quizá..., en cierto modo..., quizá eso... —señaló con un gesto de la cabeza los escasos restos de *Chicos prodigiosos* que descansaban sobre mi regazo— sea lo mejor que podía pasar.

—¿Te refieres a que ha sido una especie de señal?

—En cierto modo.

—No lo creo —dije—. Mi experiencia me dice que las señales suelen ser más sutiles.

—Ajá. Bueno, de acuerdo. —Se reincorporó y se retocó las solapas de la americana—. Deséame suerte.

—Suerte.

Cerró la portezuela.

—Entonces, ¿sigues queriendo ser mi editor? —le pregunté, con la mirada fija en el parabrisas y en un tono de voz que esperé que sonase diferente y burlón.

—Por supuesto. Dame un respiro. —Su tono era impaciente o burlonamente

impaciente—. ¿Tú qué crees?

—Creo que sí —dije.

—Pues así es.

—Te creo.

Pero no le creía.

—Estupendo —dijo. Volvió a mirarme a través de la ventanilla. De pronto, en su rostro reaparecieron la palidez, la delgadez y el aspecto pueblerino de veinte años atrás, cuando lo conocí—. Creo que será mejor que no vengas conmigo.

—Supongo que tienes razón —acepté. Me dolió tener que decirlo. Toda amistad entre hombres es esencialmente quijotesca: sólo perdura mientras ambos amigos están dispuestos a limpiar el casco de batalla, subirse al burro y cabalgar detrás del otro en pos de una dudosa aventura y una ilusoria gloria. Durante veinte años, ni una sola vez había declinado secundar a Crabtree, compartir con él las culpas y ser testigo de sus hazañas. Quería acompañarlo. Pero tenía miedo, y no sólo de tener que confesarle a Walter Gaskell mi papel en el asesinato de Doctor Dee y los ignominiosos medios mediante los cuales había llegado a conocer la combinación del cierre de seguridad de su armario secreto. En estos temas, al menos, sabía, más o menos, qué debía decirle a Walter. Pero si de lo que se trataba era de decidir la posible expulsión de James Leer, esa decisión correspondía a la rectora, y entonces Sara también estaría presente en la reunión. Y lo cierto era que no tenía ni la más remota idea de qué quería decirles a ella y al creciente grupito de células que albergaba su vientre. Fijé la mirada en la página 765b de mi manuscrito y dije, dirigiéndome al cuello de mi camisa:

—La próxima vez.

Crabtree asintió, tosió tapándose la boca con el puño cerrado y cruzó el aparcamiento hacia el Arning Hall, dejándome allí con la tuba, que parecía tan empeñada en seguirme a todas partes que empecé a mirarla con cierta inquietud. Contemplé a Crabtree mientras subía por los escalones de granito del Arning Hall. Llevaba la chaqueta de satén cogida de los hombros y la sacudió suavemente, como quien sacude un mantel para que caigan las migas. Después desapareció en el interior del edificio.

Voluntariamente, o por despiste, había dejado las llaves del coche puestas, y encendí la radio. Estaba sintonizada en la emisora WQED. Un reportero de la sección cultural local por el que no sentía especial admiración entrevistaba al viejo Q. sobre su vida, obra y demonios personales. Reflexioné unos instantes sobre el eufemismo periodístico consistente en hablar de los demonios personales de un escritor en lugar de decir, simplemente, que estaba como una chota.

ENTREVISTADOR: Entonces, ¿diría usted, quizá, que era una especie

de, y ya sé que es un término muy manido pero permítame utilizarlo, una especie de catarsis el revelar o descubrir, si prefiere esta expresión, en su relato *La verdadera historia*, utilizando la palabra «descubrir», por supuesto, en su sentido original de «retirar lo que cubre algo», los abismos en los que un hombre, un hombre quizá en muchos aspectos muy parecido a usted, aunque, como es natural, no usted mismo, se hunde en su desesperada e incluso me atrevería a decir extrañamente heroica búsqueda de lo que él denomina «la verdadera historia»? Me refiero, en concreto, a la escena de la lavandería, en la que el protagonista roba del bolso de la anciana el medicamento antihistamínico.

Q: Sí, exacto. (*Una risa embarazada*). Algunas de esas píldoras producen un efecto contundente.

Pasé a AM y moví el dial hasta que di con una polca. Bajé y subí la ventanilla varias veces, retoqué el retrovisor, ajusté el asiento, abrí y cerré la guantera. Hannah la mantenía muy limpia y ordenada, y seguían allí los mapas de carreteras que la habían conducido de Provo a Pittsburgh dos años atrás. Había también una linterna, un pequeño paquete de tampones y una cajita de hojalata de puritos Wintermans que me resultó vagamente familiar.

La abrí y descubrí que contenía nada menos que varios cigarrillos de marihuana impecablemente liados. No me sorprendió en absoluto esa maestría, ya que fui yo quien los lio y le regalé la cajita a Hannah en octubre, por su cumpleaños. Le regalé una docena, y seguía habiendo doce. Me pasé uno por debajo de la nariz e inhalé el aroma como de corcho, mezcla de marihuana y cigarro puro desmenuzado. Recordé que la hierba que había utilizado era de gran calidad, la mejor mierda afgana que jamás había llegado al valle del río Ohio. Apreté el encendedor del coche, me acomodé en el asiento y esperé. Por el retrovisor vislumbré la tuba, que me había estado acechando durante todo el fin de semana, y me estremecí. Me vino a la memoria uno de los últimos relatos que escribió August Van Zorn antes de abandonar su magistral cultivo de aquel género literario menor que era su especialidad en favor del humor suburbano y los chistes inacabables y sin gracia. Era un relato titulado *Guantes negros*. Trataba de un hombre, un poeta fracasado, que había cometido algún crimen no especificado, pero sin duda horrible, y que continuamente se encontraba — en un bar, en el andén mientras esperaba el tren, en alguna habitación de cada casa que visitaba, en su estudio sobre un busto de Hesiodo o incluso entre las sábanas de su cama— un par de guantes negros de mujer. Los tiraba a la basura, los echaba al río, los quemaba, los enterraba, pero irremediamente reaparecían. Una noche se despertó y aquellas negras manos huecas lo estaban estrangulando.

El encendedor saltó, y pegué un bote. Las páginas de *Chicos prodigiosos* cayeron

al suelo y quedaron amontonadas alrededor de mis tobillos. Di una calada al potente canuto y me llené los pulmones del apestoso humo verde. Lo exhalé. En el breve intervalo entre la inspiración y la exhalación me sentí a disgusto conmigo. Apagué el canuto, lo volví a guardar en la cajita de hojalata, la tapé y la metí en la guantera. Tratando de evitar cualquier movimiento brusco que pudiese alarmar a la tuba, bajé del coche, me monté en mi burro y salí trotando por el tortuoso camino tras los pasos de Terry Crabtree.

La suerte que le esperaba a James Leer no se debatía en la benedictina penumbra del despacho de Walter Gaskell en la tercera planta del Arning Hall, sino en aquella especie de frío y aséptico terrario que era el edificio administrativo —una construcción ultramoderna obra de un discípulo de un discípulo del hijo de Frank Lloyd Wright—, en la desoladora brillantez formal del despacho de la rectora, con su moqueta negra y su mobiliario de acero. Alcancé a Crabtree a medio camino entre el Arning Hall y el edificio administrativo, y juntos nos dirigimos al encuentro con los Gaskell. La puerta de la sala de espera era un simple panel de cristal grueso, así que cuando salimos del ascensor vimos a James Leer hundido en un sofá bajo, con las rodillas separadas, los tobillos juntos, las manos en el regazo y pinta de estar aburriéndose soberanamente. Al vernos aparecer con la chaqueta de Marilyn se reincorporó y nos saludó con la mano, con cierta indecisión, como si no tuviese muy claro si nuestra llegada anunciaba buenas o malas noticias. Yo mismo tampoco estaba muy seguro al respecto. Había bastado una calada de aquel canuto de legendaria marihuana para que lo viese todo ligeramente borroso. Me arrepentí de haberla dado. Tarde o temprano siempre acababa arrepintiéndome de haber fumado.

—¡Vaya, mira a quién tenemos aquí! —dijo Crabtree—. Es Santa María de las Flores^[45] en persona.

—Estoy jodido —anunció James, no muy apesadumbrado, mientras entrábamos.

—¿Te van a expulsar? —pregunté.

James asintió y dijo:

—Sí, creo que sí. No estoy completamente seguro. Llevan ahí dentro un buen rato. —Bajó la voz y añadió—: De hecho, me parece que se están peleando o algo por el estilo.

—¡Dios mío! —dijo Crabtree, que volvió a flexionar el cuello para desagarrotarlo antes del combate.

Escuchamos con atención: se oía una voz masculina, un murmullo ininteligible que argumentaba algo. No oí a Sara.

—Ahora no se pelean —dije.

—Vamos allá —propuso Crabtree, y se acercó a la puerta para llamar.

—Han dejado de pelearse cuando han llegado Fred y Amanda —explicó James.

La mano de Crabtree se quedó congelada en mitad del gesto de golpear con los nudillos en la puerta.

—¿También están ahí dentro?

—Sí —respondió James—. Ya os lo he dicho, estoy jodido.

—Ya veremos.

—Han traído al perro.

—Entonces sí que estamos jodidos —le dije a Crabtree.

—Quizá tú lo estés.

—¿Parezco colocado? —El corazón me empezó a latir con fuerza. La clásica obsesión de todo adicto a la marihuana es parecer totalmente sobrio (y, si es posible, manejar alguna maquinaria complicada) mientras una chillona nebulosa estalla en su cerebro. Fracasar (ser descubierto) conlleva una misteriosa carga de ansiedad y vergüenza—. ¿Cómo tengo los ojos?

—Parece que te acaban de gasear —respondió sin contemplaciones Crabtree. A causa de aquel súbito ataque de paranoia, me entraron serias dudas sobre si realmente estaba contento de tenerme a su lado—. Límitate a quedarte detrás de mí, ¿de acuerdo? Deja que hable yo.

—¡Oh, por supuesto! —dije.

Sara abrió la puerta. Hay que decir en su honor, como administradora y como amante de un personaje imprevisible como yo, que no pareció particularmente sorprendida de vernos allí a Crabtree y a mí.

—Pasad —dijo, y puso en blanco sus fatigados ojos. Entonces vio la chaqueta y eso sí la sorprendió—. ¿La habéis encontrado? ¡Walter, la han encontrado!

Walter Gaskell saltó de su silla y se precipitó hacia nosotros. Por un instante tuve la sensación de que se me iba a tirar al cuello y di un paso atrás, pero él ni siquiera me miró. Fue directo hacia el trofeo de satén negro. Crabtree se mantuvo firme, con la chaqueta colgando del antebrazo, y se la ofreció a Walter para que la examinara con orgullo y refinada delicadeza, como un *sommelier* con una botella de un tinto de crianza de una añada excelsa. Walter la tomó con pareja delicadeza y la sometió a un minucioso repaso en busca de cualquier posible signo de deterioro.

—Parece que no ha sufrido ningún daño —anunció.

—¡Oh, gracias a Dios! Bueno, James Leer, tienes *mucha* suerte —dijo la señora Leer, y añadió, con la mirada: «de estar vivo».

Ella y su marido se habían levantado de sus sillas cuando entramos, y ahora el señor Leer le rodeó la cintura con su huesudo brazo en un gesto a un tiempo protector y triunfante, como diciendo: «¿Lo ves?, ya te dije que todo saldría bien». Imaginé que él siempre estaba diciéndole cosas por el estilo, con la vana esperanza de que esas lecciones de buen talante acabasen haciendo efecto por su fuerza acumulativa y un buen día ella se diese cuenta de que, en general, todo solía tener un final feliz. Me dije que el principal obstáculo para una buena relación matrimonial era ese perpetuo abismo entre el fundado y loable pesimismo femenino y el totalmente estúpido optimismo animal masculino. Esta última fuerza era, además, la principal responsable del lamentable estado del mundo. La señora Leer iba vestida como para un funeral, con un traje negro con cinturón, medias negras y zapatos negros, y llevaba su cabello claro recogido en un moño, impecablemente sostenido sobre su cabeza como si de una cofia de enfermera se tratase. Y era obvio que había pasado a buscar a Fred por un campo de golf para que la acompañase a la ciudad. De acuerdo con la vestimenta

de éste, estaba claro que a Fred le encantaba el color pistacho. Amanda Leer se liberó del protector brazo de su marido y se me acercó.

—Ahora escúchenme todos —pidió Crabtree, tratando de interponerse entre la señora Leer y yo. Ella lo rodeó y se plantó ante mí. Su vestido desprendía un intenso olor acre a cedro.

—Es usted un caradura, señor —me espetó.

—Lo siento —dije.

La severidad de su tono atrajo la atención de Walter, que levantó la vista de la chaqueta.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo sin mirarme a la cara, me pareció que no porque mi presencia lo intimidase, sino porque sentía vergüenza ajena. Mi paranoia de adicto al cannabis volvió a hacer de las suyas. ¿Vería todo el mundo que iba colocado?—. Tú y yo tenemos que hablar.

—Supongo que tienes razón —dije. Me pregunté cuánto le habría contado Sara. Probablemente, pensé, todo.

Crabtree cogió del brazo a Walter, intentando que se calmase.

—Walter, si pudiéramos...

—No creo que haya nadie en esta habitación que en estos momentos te tenga en gran estima, Grady —me dijo Sara en un tono amenazador.

Miró hacia una esquina de su despacho en la que había una enorme bolsa de nailon de esas que utilizan los esquiadores para llevar el equipo. No tuve excesivas dudas sobre cuál podía ser su contenido. La imagen del cadáver de Doctor Dee en su ataúd de nailon me conmovió profundamente. De pronto recordé su afición a colocar palos sobre la hierba del jardín trasero de los Gaskell de manera que formaban jeroglíficos casi descifrables. Se había pasado toda la vida tratando desesperadamente de comunicar algún importante mensaje que nadie fue capaz de entender y que se llevó a la tumba consigo. Esta reflexión me produjo una reacción sorprendente. Sorprendente al menos para mí. Me senté ruidosamente en una de las sillas de cuero y cromo del despacho, me tapé la cara con las manos y rompí a llorar.

—Grady. —Sara acudió a mi lado, tan cerca que hubiera podido tocarme; pero no me tocó—. ¿Terry? —insistió, en un tono de voz entre suplicante y recriminatorio. Supongo que creía que Crabtree me había suministrado alguna cosilla de su legendaria farmacia ambulante. Cuando Sara y yo nos conocimos abusaba del alcohol, pero hacía muchos años que no me veía llorar, y nunca lo había hecho cuando otras personas se encontraban a nuestro alrededor. Debo añadir que cuando digo que me senté y rompí a llorar no me refiero a copiosas lágrimas y a un vigoroso sollozo de ópera de Puccini. No. Tan sólo fui capaz de la más trillada muestra de aflicción masculina, sofocada, prácticamente silenciosa, con los ojos apenas humedecidos, como alguien que trata de contener un bostezo.

—Sí, bueno... —dijo Crabtree. Tras comprobar que perdía el control y me metía en un arcén lleno de zarzas, decidió coger el volante—. Señora Leer, señor Leer, encantado de conocerlos. Me llamo Terry Crabtree, y soy editor de Bartizan. He estado leyendo la obra de James este fin de semana y he quedado maravillado por su talento. Deberían sentirse orgullosos de él.

—Oh... Bueno... —Fred Leer echó un vistazo a la expresión de su esposa para decidir qué debía responder. Ella asintió—. Por supuesto que lo estamos. Pero...

—Walter, si tú, James y los señores Leer queréis acompañarme... Sara, ¿hay algún sitio donde podamos hablar tranquilamente? Walter, por fin he podido echarle una ojeada a tu libro, y hay varias cosas que querría comentarte.

—¿En serio? Pero yo... Creo que debería...

—He quedado impresionado.

—Walter —intervino Sara, en un tono seco y administrativo—, ¿por qué no acompañas al señor Crabtree y a los señores Leer a la sala Hurley? Yo me ocuparé del profesor Tripp.

Walter dudó unos instantes, sin dejar de mirar a su esposa. Su rostro de facciones marcadas mostraba una sonrisa pétrea, que tanto podía denotar enojo como mera resignación. Advertí que evitaba de forma deliberada mirarme a la cara. Pensé que, de todas las posibles formas de reaccionar ante mi presencia, aquella ofendida altivez no era ni la menos adecuada ni la menos merecida por mi parte. Walter llevaba la chaqueta de Marilyn colgada de un brazo y acariciaba su cuello maquinal y delicadamente. Su mirada ausente seguía fija en su esposa. Pensé que le estaba dando una última oportunidad. Ella puso una mano sobre mi hombro. Él asintió y salió del despacho detrás de Crabtree y los Leer.

—Bueno, ¿qué mosca le ha picado, profesor Tripp? —me preguntó Sara.

En un primer momento no respondí, porque me costaba respirar.

—He perdido mi novela —conseguí decir, identificando por fin el origen de mis lágrimas. La imagen de Doctor Dee ordenando inútilmente sus palos sobre la hierba me había hecho sentir una terrible lástima, pero, evidentemente, no por él—. He perdido *Chicos prodigiosos*.

—¿El manuscrito entero?

—Salvo siete páginas.

—¡Oh, Grady! —Se acuclilló junto a mi silla y atrajo hacia su pecho la confusa cabeza en la que vastos universos aullantes estaban estallando en mil pedazos. Apoyó la fría palma de su mano sobre mi frente, como para comprobar si tenía fiebre. El tono de su voz era áspero pero tierno—. Eres un desastre.

—Lo sé.

Eché un vistazo a mis sienes en busca de canas. Cuando encontró una, dio un despiadado tirón.

—¡Aaay! ¿Cuántas tengo?

—Docenas. Es lamentable.

—Ya soy viejo.

—Muy viejo. —Me arrancó otra y se puso a examinarla con aire filosófico, como Hamlet con la calavera—. Bueno, pues se lo he contado todo a Walter.

—Me lo figuraba. ¡Ay! Ya lo sabía, ¿verdad?

—Por lo que me ha dicho, no.

Levanté la cabeza y la miré.

—¿Todavía te quiere?

Sara meditó la respuesta. Apretó la lengua contra una mejilla, se balanceó sobre los talones y entornó los ojos, tratando de recordar la conversación que habían mantenido.

—No me comentó nada al respecto —dijo finalmente—. Y tú, ¿todavía... quieres a Emily? No me respondas. ¿Qué dijo cuando le contaste lo nuestro?

¿Le había contado a Emily lo nuestro? Era incapaz de recordarlo. Todavía sentía la fría huella de la mano de Sara sobre la frente.

—No —dijo cuando se dio cuenta de que de mi bloqueado cerebro no saldría ninguna respuesta en breve plazo—. Tampoco me respondas a eso. Sólo... Sólo dime qué piensas hacer.

De pronto fui consciente de la presencia de mis pulmones, de su inexplicable y regular funcionamiento, del ritmo de mi respiración, siempre presente, audible, visible, palpable. ¿Por qué mis pulmones no se detenían sin más? ¿Qué sucedería si lo hiciesen? ¿Qué sucedería si lo único que hubiese mantenido a mis pulmones en funcionamiento durante todos aquellos años hubiera sido el mero hecho de que jamás había pensado en ellos?

—¿Grady?

—No puedo respirar —dije.

La mente académica de Sara Gaskell creyó descubrir en mi comentario algún mensaje subliminal. Se puso en pie y se apartó de mí, como si la hubiese magreado. Sara entendió que lo que yo pretendía decir era que ella y el asunto del bebé me asfixiaban. Y tal vez fuese cierto.

—Muy bien —dijo, señalando la puerta—. Fuera. Adiós.

—No, lo siento. —Extendí una conciliadora mano hacia ella—. No quería decir eso..., es sólo que estoy muy cansado.

—Muy colocado, querrás decir.

—¡No! ¡Sólo he dado una calada! ¡De verdad! ¡Después lo he apagado inmediatamente!

—¡Vaya novedad! —dijo con sorna, y consultó su reloj—. ¡Las dos menos cuarto! ¡Dios mío, la fiesta de clausura!

Cuando levantó la vista, su mirada era cortante, fría y no desprovista de odio. Le había hecho perder el tiempo, y eso era lo peor que uno podía hacerle a Sara Gaskell.

—Muy bien, Grady, tú te quedas y yo me marcho. Tengo que solucionar el tema James Leer antes de la fiesta de clausura. Tú puedes quedarte aquí sentado y recuperar la respiración, ¿de acuerdo? Respira mucho. Respira, fúmate un porro y tal vez consigas alguna que otra absurda lagrimita más.

—Sara...

Me puse en pie, di un paso hacia ella e hice la última intentona cínica y patética que cualquiera que me conociera bien esperaría de mí.

—Sara —dije—, ¿qué me dirías si te propongo que te cases conmigo?

Sara extendió el brazo, puso su mano izquierda sobre mi estómago y me mantuvo unos instantes a esa distancia. Después, como si me estuviese balanceando sobre el estrecho filo de una roca, en lo alto de un cañón, con un profundo abismo a mis espaldas, Sara me dio el más cariñoso de los empujones. Antes de caerme, me fijé, con una súbita punzada de dolor, en el pálido brillo de su alianza. Después me di un buen golpe contra el suelo.

Pasó por encima de mí, salió a la sala de espera y se marchó con paso presuroso hacia la sala Hurley. Sus tacones resonaban contra el suelo de mármol y el dobladillo de su falda plisada se mecía en el aire tras ella como las colas de un látigo. Al cabo de un rato oí voces en el pasillo y el traqueteo del ascensor. Después, silencio absoluto. Y ésa, habría opinado sin duda cualquiera que me conociera bien, era exactamente la respuesta que me merecía.

No quería llamar la atención entrando en el auditorio en plena conferencia, así que subí por las escaleras hasta el anfiteatro y tomé asiento en una butaca del fondo. Sin embargo, había menos gente allí escuchando la despedida de rigor a cargo de Walter Gaskell que dos noches atrás en la conferencia de Q., y a los pocos minutos bajé hasta la primera fila y me senté en la butaca de la esquina izquierda. Junto a mi cabeza, sujeta a la pared por un hierro en arabesco, había una enorme cortina de terciopelo llena de polvo. Me apoyé contra ella, inhalé el denso olor del mohoso paño y eché un vistazo a las quinientas cabezas que tenía debajo, tratando de localizar a Sara.

Di con Crabtree, repantigado y en mangas de camisa en la primera fila, que miraba a Walter con expresión somnolienta y satisfecha. De ser un gato, hubiera estado relamiéndose los bigotes para limpiarse los restos de sangre y plumas. Vi que le había dejado para la ocasión su americana de color champiñón a James, que la llevaba encima de la vieja camisa de franela. James estaba sentado a su lado, muy tieso, con las manos cruzadas pulcramente sobre el regazo y la nuez subiendo y bajando como si estuviese bebiéndose los mesurados consejos de su singular decano, la previsible homilía de Walter Gaskell que, ante una audiencia en la que abundaban agentes y editores, invitaba a trabajar duró en la obra que uno está escribiendo sin pensar en cosas tan vulgares como encontrar agente o editor.

Cuando en la punta de su fila alguien tosió, James se volvió y alzó la vista, y, claro, me vio. Me sobresalté, porque creía que ahí arriba, escondido como John Wilkes Booth ^[46] tras una polvorienta cortina de terciopelo y tras el telón de mi propia soledad, pasaba totalmente inadvertido. James abrió unos ojos como platos y estuvo a punto de darle un codazo en las costillas a Crabtree, pero lo detuve a tiempo llevándome el índice en posición vertical a los labios y tapándome la cara con un pliegue de la cortina. Aunque en un primer momento pareció dudar, acabó por asentir con solemnidad y se volvió hacia el escenario. Al ver a James con la americana de Crabtree me sentí abandonado, una reacción, sin duda, desproporcionada ante algo tan anodino como que dos amantes compartieran su ropa. De pronto me sentí privado no sólo de Crabtree y su cariño, sino también de la brillante imagen que tenía de mí y de mi trayectoria vital. Ya sé que no está muy de moda en estos tiempos nada románticos que un hombre razonablemente heterosexual piense en encontrar su destino en el amor de otro hombre, pero siempre había tenido esta actitud con respecto a Crabtree. Supongo que se podría decir que siempre había creído que, hasta cierto punto, Crabtree era el hombre de mi vida, y que yo representaba lo mismo para él. Supongo que, en el fondo, era lógico que la que fue la primera gran pasión humana de mi vida fuese la última en abandonar el barco a punto de irse a pique en que me había convertido.

En cualquier caso, no había ido allí para encontrar a Crabtree. Me incliné hacia

adelante en mi butaca y seguí inspeccionando a la gente sentada en las interminables filas de butacas que tenía debajo, tratando de localizar a Sara Gaskell. Por el momento había conseguido olvidarme de mi respiración, pero la marihuana seguía haciendo efecto en mi cerebro y ahora eran los músculos y la mecánica de funcionamiento de mi garganta lo que me obsesionaba. Estaba pensando tan intensamente en el acto reflejo de tragar, que, de pronto, me resultó imposible hacerlo. No lograba dar con Sara, y de tanto escudriñar la movediza masa de cabezas de abajo empecé a marearme.

—¿Busca a alguien?

Era Carrie McWhirly, la insufrible autora de *Liza y los hombres pantera*. Era una chica prematuramente maternal, con gafas de montura metálica a través de las cuales me miraba con el ceño fruncido y aspecto de estar algo más que ligeramente asqueada. Me pregunté si ya circularían rumores sobre mi mezquino comportamiento.

—Carrie —dije—, no te había visto.

—Lo sé —dijo ella, en un tono de voz triste como el sonido de un fagot—. ¿Busca a Hannah? —Señaló con un dedo—. Está allí.

Sabía que no debía hacerlo, pero —precisamente por ello— miré. Hannah estaba sentada en una fila alejada del escenario, en la parte derecha, junto a uno de los pasillos. Asentía con la cabeza cada pocos segundos y sonreía tapándose la boca con la mano. Descubrí que la persona que tenía sentada a su derecha le divertía más que Walter Gaskell y, sin duda, lo hacía a expensas de éste. Llevaba el pelo recogido y su nuca quedaba a la vista. De pronto apareció una mano por su espalda y se posó suavemente sobre su hombro izquierdo; ella la toleró. Movié las piernas, embutidas en sus botas rojas, y el programa de actos resbaló de su regazo. Cuando se agachó para recogerlo, pude ver a su acompañante: un sonriente y sonrosado rostro enmarcado por una melena de cabello más rubio incluso que el de Hannah. Me apoyé contra el respaldo de la butaca y cerré los ojos.

—¿Quién es ese tío? —preguntó Carrie—. ¿Lo conoce?

—Se llama Jeff —le informé.

Tardé un buen rato en poder abrir los ojos de nuevo. Estaba sentado, escuchando la suave voz de Walter con su ligero acento granítico típicamente neoyorquino. Parecía que estaba terminando su discurso; relató algunos incidentes supuestamente divertidos de los últimos días, ninguno de los cuales tenía relación ni con el asesinato de un perro, ni con el robo de una prenda sagrada, ni con una esposa que llevaba en sus entrañas al hijo de otro hombre.

—Y ahora —dijo—, tengo algunas buenas noticias y varias felicitaciones que transmitirles.

Hizo una pausa. Por fin había llegado el gran momento. Una de las participantes en el festival literario había encontrado editor para su libro infantil *Manchas de*

sangre en un sujetador. Otro, un tipo al que yo conocía y que escribía artículos para el *Post-Gazette*, había colocado su novela policiaca *El langostino solitario* en la editorial Doubleday. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez he invertido los títulos. Se escucharon aplausos que, imaginé, hicieron que los agraciados se pusieran en pie para agradecerlos.

—Y resulta particularmente emocionante —continuó Walter— anunciar que James Leer, estudiante de esta facultad, ha encontrado editor para su primera novela, cuyo título, si no me equivoco, es *El delicioso desfile*^[47]. Abrí los ojos a tiempo para ver cómo Walter, con una sorprendente expresión de cariño y benevolencia en su rostro, felicitaba a James. El público aplaudía y reclamaba que el triunfador se pusiera en pie, pero él siguió inmutable en su butaca de la primera fila, con las manos sobre el regazo y la mirada fija al frente, contemplando el polvo que flotaba en los haces de luz de los focos del auditorio. Por fin, Crabtree le dio un codazo en las costillas y James se levantó como un títere movido por hilos. Carrie McWhirly lo señaló con el dedo y le susurró al oído a la persona que tenía al lado:

—Vamos a la misma clase.

James se volvió para encararse a las quinientas personas que tenía detrás y a las cincuenta que tenía encima. Parecía desorientado y asustado, como un niño en medio de una bandada de palomas que levantan el vuelo en una plaza. La americana que le había dejado Crabtree le sentaba realmente mal a su larguirucha figura. El cuello le quedaba excesivamente grande y de las mangas sobresalían varios centímetros de pálida muñeca. Llevaba los ajados zapatos negros de siempre y la camisa roja a cuadros, que contribuía considerablemente a su desastrado aspecto. Permaneció en pie, como un espantapájaros colgado de un clavo, mientras los aplausos primero perdían intensidad, después se espaciaban y, finalmente, cesaban por completo. El auditorio quedó en silencio y James siguió de pie, bamboleándose ligeramente y tragando saliva ostensiblemente, con aspecto de estar a punto de vomitar. Comprobé que no era, en absoluto, ese momento mágico que retratan las películas y las novelas en que el chiflado de turno, diana de todas las burlas y odios, recibe por fin una gran ovación. La admiración de quienes lo atormentaban no era para él más que un nuevo tormento.

—Ese tío es una especie de extraterrestre —le comentó Carrie a su vecino de butaca—, ¿entiendes lo que quiero decir?

—¡Haz una reverencia, James! —le pidió Hannah en voz lo bastante alta para que el auditorio en pleno lo oyese. La gente se rio. James la miró. Se había puesto rojo como un tomate. Tras un último e inocente instante como extraterrestre, James abrió los brazos, inclinó la cabeza e hizo su primera reverencia de chico prodigioso. Después se dejó caer sobre su butaca como un paraguas arrastrado por el viento y se tapó la cara con ambas manos.

Walter Gaskell se aclaró la garganta y prosiguió su discurso, como si estuviera impaciente:

—Por último, aunque probablemente no por ello sea menos importante, debo decir que Terry Crabtree, de Bartizan, también ha decidido publicar mi libro, *El último matrimonio americano*, del que algunos de vosotros ya conocéis varios fragmentos.

Aplausos estruendosos, entusiastas, obsequiosos. Crabtree le dio a James una palmada en el hombro y un afectuoso apretón; un nuevo episodio para ser recreado por la ágil pluma de Terry Crabtree en sus hipotéticas memorias. Walter hizo una rápida y digna reverencia, dio las gracias a las secretarias y voluntarios de la organización, citó una frase de Kafka sobre hachas y hielo, nos deseó un año productivo y, con una risotada muy televisiva, dejó que la audiencia de escritores en ciernes levantara el vuelo como una bandada de horribles murciélagos. Se encendieron las luces y la gente empezó a salir del auditorio.

—¿Viene, profesor Tripp? El señor Q. da una fiesta en casa de los Gaskell —me comunicó Carrie—. Me dijo que estaba invitada —añadió.

—No, creo que no voy a ir —le dije. Vi cómo Jeff seguía a Hannah por el pasillo, con una mano en su cintura. Se detuvieron para felicitar a James, que se levantó y empezó a tirar de los puños de la americana, rodeado de gente que le daba la enhorabuena.

—Bueno —dijo Carrie en tono dubitativo—, pues ya nos veremos, profesor Tripp.

—Seguro —dije, y en ese momento vi a Sara en la otra punta del auditorio, junto a una salida lateral. Me pareció que me miraba. Me puse en pie y levanté un brazo, pero cuando la saludaba, agitando la mano frenéticamente, se volvió y salió del auditorio sin responder a mi gesto.

Le dediqué a Carrie McWhirly una gélida sonrisa y, cuando me dejó a solas, me desplomé sobre la butaca, como alguien agotado por la fiebre. Me puse una mano sobre la frente y me pareció que, de hecho, tenía algunas décimas. El murmullo de las conversaciones de la gente que se despedía en el vestíbulo subió de volumen momentáneamente y después se acalló por completo. En el auditorio apareció Sam Traxler con una aspiradora y un carrito repleto de accesorios de limpieza, y empezó a pasearse por los pasillos y entre las butacas recogiendo los desperdicios más voluminosos, que metía en una bolsa de plástico. Al cabo de un rato también él desapareció y me quedé completamente solo. Lo había perdido todo: mi novela, mi editor, mi esposa, mi amante, la admiración de mi mejor alumno, todos los frutos de la última década de mi vida. No tenía ni familia, ni amigos, ni coche, ni, probablemente, tras los acontecimientos del fin de semana, empleo. Me apoyé contra el respaldo de la butaca, y al hacerlo escuché el inconfundible ruidito de una bolsa de

plástico al arrugarse. Metí la mano en el bolsillo roto de mi chaqueta y la deslicé por el agujero hasta el forro, donde encontré la bolsita de marihuana, templada por el calor de mi cuerpo.

En la platea se oyó un chirrido de goznes. Sam Traxler había vuelto a entrar en el auditorio y se disponía a poner en marcha su aspiradora de reluciente acero cromado. Un instante antes de que lo hiciera, le grité:

—¡Hola, Sam!

Levantó la vista lentamente, sin mostrar sorpresa, como si estuviese habituado a que alguien le llamase desde el anfiteatro vacío.

—¡Oh! ¡Hola, profesor Tripp! —dijo.

—Sam, ¿te sueles colocar? —le pregunté.

—Sólo mientras trabajo.

Me asomé por la barandilla, le mostré la bolsita e intenté lanzarla, como un dardo o un avión de papel. Pero quedó enganchada en un pliegue del cortinaje de terciopelo que cubría la parte exterior del anfiteatro. Me asomé más, haciendo fuerza con las piernas contra la butaca que tenía detrás, y sacudí el cortinaje. La bolsita cayó revoloteando como una hoja seca. Sam se acercó para recogerla. Ahora sí que ya no me quedaba nada de nada.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Me la da? ¿En serio?

Le aseguré que sí. De pronto, sentí olor a sangre en la nariz y a mi alrededor el aire se llenó de lucecitas parpadeantes y filamentos de perlas luminosas. Un rumor submarino asaltó mis oídos, como si alguien me hubiese aplastado contra las orejas un par de caracolas.

—Oh —dije, y mi cuerpo, que seguía apoyado por el vientre en la barandilla, se balanceó como un piano Stenway en el antepecho de la ventana de un segundo piso.

De pronto sentí, por decirlo de alguna manera, que el aparejo de la polea se destensaba. La verdad es que no sé muy bien qué fue lo que me hizo tambalearme. Un cuerpo de la talla del mío está sujeto a las misteriosas fuerzas gravitatorias que afectan a los océanos y a las laderas de las montañas. Lo que me esperaba al precipitarme al vacío era romperme la crisma y destrozar las butacas vacías que había abajo con unos efectos destructivos semejantes a los de un desbordamiento del río Monongahela. Para ser sincero, debo añadir que, por un instante, justo antes de perder el conocimiento, esa perspectiva me pareció maravillosa. Me desplomé hacia adelante, arranqué un par de puñados de polvo del cortinaje y empecé a caer.

Sentí un fuerte tirón en el cuello. El botón superior de mi camisa saltó y me golpeó en la mejilla. Noté que alguien me subía lentamente hacia el anfiteatro y después me tendía en el suelo boca arriba. Unas manos presionaron delicadamente mi frente. Justo antes de cerrar los ojos tuve una momentánea visión del rostro de Sara. Parecía contemplarme desde una altura indeterminada.

—¿Grady? —dijo, perpleja—. ¿Qué estabas haciendo, maldito idiota?

Abrí la boca e intenté responder a la pregunta, pero no pude. El matiz de ternura en su voz me hizo concebir esperanzas, y sentí un agudo dolor en el pecho al expansionarse súbitamente el último músculo esperanzado de mi cuerpo.

Me elevé como una cometa, a trompicones, atado al pellejo mortal de Grady Tripp por medio de un fino hilo nacarado. A mis pies se extendía Pittsburgh, con sus edificios de ladrillo, sus negros tejados y sus viaductos de hierro, con sus hondonadas cubiertas por la niebla y medio oculta por la lluvia. El viento me levantaba las solapas de la chaqueta y resonaba en mis oídos como los latidos de un corazón. Había pájaros en mi cabello. Me creció una puntiaguda barba de hielo en el mentón. No me lo invento. Oí que Sara me llamaba y miré hacia abajo, hacia la niebla y la lluvia de mi vida en la Tierra, y vi que se arrodillaba junto a mi cuerpo e insuflaba su aliento en mis pulmones. Era cálido y acre, repleto de vida y de aroma de tabaco. Lo bebí a grandes tragos. Me agarré al hilo opalescente y empecé a descender hacia mi cuerpo terrestre.

Al despertarme me encontré en una habitación de hospital escasamente iluminada, desnudo bajo una camisola de papel azul pálido, con un gota a gota en el brazo izquierdo que me suministraba mi glucosa vespertina. Era una agradable habitación de dos camas, con un papel alegre en las paredes y un ramo de nomeolvides en un jarrón sobre la repisa de la ventana, tras la que se veía una impresionante iglesia de piedra negra al otro lado de la calle. Detrás del campanario se vislumbraba una franja de cielo de un azul muy pálido. La cortinilla que me separaba de mi compañero de cuarto estaba corrida, pero veía los pies de su cama y más allá el pasillo, de un azul gélido.

—¿Hola? —dije, dirigiéndome a quienquiera que estuviese al otro lado de la cortinilla—. Disculpe, ¿podría decirme en qué hospital estoy?

No hubo respuesta, así que pensé que tenía un compañero de habitación con la mandíbula cosida, comatoso, afásico o incapaz de contestar por algún otro motivo. Finalmente, caí en la cuenta de que estaba solo. Mientras contemplaba cómo los últimos restos de azul desaparecían en el cielo nocturno tras la ventana, sentí que una tremenda soledad descendía sobre mí.

—¡Sara! —exclamé.

Notaba un ligero picor en la muñeca derecha. Me froté el brazo contra las sábanas durante un rato, antes de bajar la vista y descubrir que llevaba un brazalete de plástico con mi nombre y una serie de números que indicaban en código las características concretas de mi colapso. Encima de estos datos, en letras negras perfectamente legibles, figuraba el nombre del hospital. Era un centro muy conocido y caro, que gozaba de una inmejorable reputación y estaba a quince minutos en taxi del auditorio del campus. Eché un vistazo a la radio-despertador que había sobre la mesilla de noche. Eran las siete y veinte. Sólo había estado inconsciente un par de horas.

A las siete y media entró el médico de guardia. Era un médico residente, joven, con el pelo muy largo, nariz puntiaguda y unos ojos azules tan fríos e inquietantes como los de Doctor Dee. Necesitaba un afeitado y tenía el semblante triste y fatigado de quien está a punto de acabar su turno, semejante al de un viajero que baja de un avión tras treinta horas de vuelo. Leí su nombre en su acreditación: GREENHUT. Me miró con tal expresión de desagrado que, por un momento, me pregunté si me conocía.

—¿Y bien? —dijo.

—He sufrido un desvanecimiento.

Decidí no contarle que además, por lo que recordaba, había estado muerto un rato.

—En efecto.

—Últimamente me pasa a menudo —le expliqué.

—Ajá —dijo—. Tengo entendido que también fuma mucha marihuana.

—Sí, bastante. ¿Cree que por eso sufro estos mareos?

—¿A usted qué le parece?

—Supongo que es posible.

—¿Cuánto tiempo hace que los sufre?

—¿Los mareos? —pregunté, en un tono que me recordó tanto al de Blanche DuBois^[48] que temí haberme vuelto afeminado—. Creo que hace aproximadamente un mes.

—Veamos si se puede poner en pie. Tenga cuidado con el gota a gota.

Me incorporé lentamente, evitando movimientos bruscos.

—¿Qué tal se siente?

—Bastante bien —dije.

De hecho, notaba una estabilidad y una claridad mental que hacía tiempo que no sentía, probablemente años. El dolor de mi tobillo había desaparecido casi por completo.

—¿Cuánto tiempo lleva fumando marihuana?

—Bastante.

—¿Cuánto?

—Creo que desde que Spiro T. Agnew era vicepresidente. Sí, unos veinte años.

—Entonces lo más probable es que ambas cosas no estén relacionadas. ¿Ha habido algún cambio importante en su vida durante el último mes?

—Uno o dos. —Pensé inmediatamente en *Chicos prodigiosos*. Hacía casi un mes que había tenido la imprudente idea de intentar terminar la novela. Al pensar en ello, caí en la cuenta de que los mareos habían aumentado de frecuencia e intensidad a medida que se acercaba el día de la llegada de Crabtree y mis esfuerzos por escribir la palabra «Fin» seguían sin dar resultado—. No me he alimentado demasiado bien. He bebido mucho durante el último par de días, aunque sé que me sienta mal.

—Y su esposa le ha abandonado.

Me senté al borde de la cama. La camisola de papel hizo mucho ruido al arrugarse.

—¿Eso también consta en mi ficha médica?

—Estuve hablando con la mujer que le salvó la vida —me dijo en un tono neutro, carente de cualquier matiz melodramático, como si todo el mundo dispusiese de una mujer así, o al menos supiese dónde se podían alquilar sus servicios.

—Ajá.

Me llevé los dedos a los labios, todavía doloridos e inflamados por la presión a la que durante un buen rato los había sometido el beso salvador de Sara.

—Está preocupada por usted —dijo el doctor Greenhut. Consultó su reloj a hurtadillas. Para evitar que se notase que lo hacía, lo llevaba al revés, con la esfera en la cara interna de la muñeca. Era un buen tipo, y se esforzaba por mostrar interés por

mi caso, pero yo tenía claro que mi desvanecimiento no era más que una minucia en su agotador día a día—. Debería consultar a un médico, señor Tripp, a un internista.

—Eso haré —dije.

Hubo una pausa en nuestra conversación mientras el doctor Greenhut consultaba la tablilla que tenía en las manos. Al volver a dirigir su atención hacia mí, dijo:

—Y creo que también debería pensar seriamente en acudir a un psicoterapeuta.

—Le han explicado lo del perro, ¿no?

Asintió. Cogió la butaca de cuero que tenía detrás, la acercó arrastrándola hasta los pies de mi cama y se sentó con cierta precaución, como si temiese no ser capaz de levantarse de ella.

—Tiene un problema con las drogas, ¿de acuerdo? —Lo dijo sin particular amabilidad ni desdén—. Y no hay duda de que últimamente no se ha cuidado demasiado. Está desnutrido. Además, ese perro le mordió el tobillo, y se ha infectado. Tuvo suerte de que lo trajeran aquí hoy. Uno o dos días más y habría perdido el pie. Hemos tenido que administrarle una dosis masiva de antibióticos.

—Gracias —susurré débilmente.

—En cuanto a los mareos, no sé. Tengo entendido que últimamente ha estado sometido a una gran tensión. Eso podría explicarlos.

—¿Son ataques de ansiedad?

—Posiblemente.

—¡Qué decepcionante! —ironicé.

Se frotó la comisura de los labios con un nudillo para que no notase que mi broma no le hacía sonreír. Supuse que estaba demasiado cansado para hacerlo.

—¿Y mi amiga, Sara, sigue ahí fuera?

—No —respondió, y dejó que asomase en sus ojos un ligero brillo de lástima—. Dijo que tenía la casa llena de invitados.

—Tengo que verla —le aseguré—. ¿Me va a poner muchos problemas para dejarme marchar?

—Mmmm.

Repasó mentalmente mi caso durante unos segundos, sin necesidad de consultar las notas de la tablilla de aluminio, que ahora tenía bajo el brazo. Al final creo que basó su decisión en la desesperación de mi mirada.

—Le diré lo que vamos a hacer —dijo—. Dejaré que se vaya con una condición.

—¿Cuál?

—Que sea la última estupidez que haga.

—Entonces, será mejor que me vuelva a meter en la cama —dije. Esta vez no necesitó llevarse el nudillo a la comisura de los labios—. Era una broma.

—Escuche —dijo. Volvió a consultar su reloj, ahora sin disimulos—. En realidad, no puedo retenerlo aquí si desea marcharse. Hablaré con la enfermera. Voy a recetarle

un tratamiento a base de ampicilina para la mordedura, ¿de acuerdo? Pida la receta al salir y sígala al pie de la letra.

—Al pie de la letra —repetí—. Bueno, gracias por todo.

Pero el médico ya prácticamente había salido de la habitación, en la que sólo quedaban los ondulantes faldones de su bata. Un minuto después entró una enfermera y me liberó de mi cena intravenosa. Me puse mis mugrientos tejanos, la camisa, que apestaba a sudor, y la chaqueta de pana con el bolsillo agujereado. Fue al salir de la habitación cuando descubrí la identidad de mi silencioso compañero de cuarto.

—No se olvide su tambor para encantar serpientes, o lo que sea, señor Tripp —dijo la enfermera.

Se trataba, evidentemente, de la negra y pesada sombra que me perseguía, mi Alecto^[49] de latón, la Tuba digna de un relato de August Van Zorn. Bajó conmigo en el ascensor, me siguió por la recepción hasta las puertas del hospital y se quedó contemplándome mientras calculaba la distancia que había caminando hasta casa de Sara y me enfrentaba al para mí poco familiar ejercicio de tomar una decisión. Si mi recién curado tobillo resistía, podía llegar en media hora. Pero una vez allí, ¿qué iba a decirle? Durante el último fin de semana, al menos, dos cosas habían quedado claras para mí: la primera era que, con la vida que llevaba entonces, sería una irresponsabilidad introducir en ella a un bebé; la segunda era que, si Sara abortaba, nuestra relación se iría a pique. Ella había decidido —y supuse que resultaba comprensible— que aquél fuese el momento de la verdad en la hasta entonces imprecisa historia de nuestro amor; por tanto, o acabábamos siendo los padres de nuestro hijo, o nos convertiríamos en un par de amargados ex amantes que al mirar atrás se encontrarían con cinco años perdidos en una relación fracasada. Ya era mala suerte que mis poco atléticos espermatozoides, sometidos a una dieta de marihuana, se las hubiesen apañado para reunir fuerzas y emprender una última y descabellada incursión uterina, a consecuencia de la cual cinco maravillosos años de amor, complicidad y estimulantes relaciones furtivas acababan convirtiéndose en un referéndum sobre mi idoneidad como padre. Era mala suerte, pero así estaban las cosas.

Cambié la tuba de mano. Traté de imaginarme dentro de ocho meses, sosteniendo contra mi velludo pecho a una dulce criatura pecosa; una pequeña quimera, con algo de Sara, algo mío y algo de azar genético. Me imaginé un bebé cabezón, de ojos hundidos, como los que representaba Edward Gorey^[50], embutido en un anticuado camisón, con los puños cerrados y una naturaleza vandálica. Admitamos, me dije, para hacer las cosas más simples, que traer al mundo a otro horrible mutante de la estirpe Tripp no tiene por qué ser por definición una mala idea. ¿Cómo se las arregla uno para saber si realmente quiere tener un hijo o no? Durante todo el tiempo que Emily y yo estuvimos supuestamente tratando de conseguir que ella quedase encinta,

jamás se me ocurrió preguntarme si realmente deseaba que nuestro empeño llegase a buen puerto; tal vez porque en el fondo estaba convencido de que ninguna relación amorosa expuesta durante largo tiempo a las perniciosas radiaciones de mi carácter podía dar algún fruto. ¿Se sentía la necesidad de tener un hijo? ¿Consistía en una determinada forma de ansiedad física, de anhelo espiritual, de obsesivo hormigueo como el que se siente cuando a uno le amputan un miembro?

Volví a entrar en la recepción con la tuba y me dirigí al mostrador de información, atendido esa noche por una elegante mujer madura con una blusa a rayas. Tenía el cabello plateado y llevaba las uñas pintadas y un broche con una esmeralda. Estaba leyendo la tercera novela de Q. —la protagonizada por el juez de primera instancia que es un obseso sexual— y parecía estar cautivada y horrorizada al mismo tiempo.

—¿Tienen ustedes, por casualidad, bebés en este hospital? —le pregunté cuando levantó la vista del libro—. Ya sabe, en esa sala donde uno los puede mirar a través de un cristal.

—Bueno —dijo, dejando el libro—, sí, tenemos una maternidad, pero no sé...

—Es para un libro que estoy escribiendo.

—¡Oh! ¿Es usted escritor? —me preguntó, interesada, pero mirando con suspicacia la tuba.

—Lo intento —respondí, y alcé la tuba—, pero la sinfónica me quita muchísimo tiempo.

—¿En serio? Mi marido y yo fuimos el viernes pasado a ver *Harold en Italie*, ¿qué le parece la obra? Solemos ir a conciertos muy a menudo. Seguro que debemos haber visto...

—Bueno, es una orquesta de Ohio —dije—, la Filarmónica de Steubenville.

—¡Oh!

—Es una orquesta muy pequeña. Tocamos mucho en bodas.

Ahora me miró con más detenimiento. Como me había saltado un botón, me cerré el cuello de la camisa con la mano y traté de poner cara de melómano.

—Quinta planta —dijo finalmente.

Así que la tuba y yo fuimos a echar un vistazo a los bebés. Sólo había dos a la vista en aquel momento, tumbados en sus cunas de cristal como un par de retorcidos nabos gigantes. Había un tipo, que supuse que sería el padre de uno de ellos, apoyado contra el cristal; era un hombre maduro como yo, con restos de serrín en los pantalones, el pelo engominado y un rostro grueso y medio adormecido de capataz de alguna fábrica. Su mirada pasaba continuamente de un bebé al otro y se mordisqueaba el labio como tratando de decidir en cuál de los dos tendría que gastarse el dinero conseguido con el sudor de su frente. Por la expresión de su cara, parecía pensar que ninguno de ellos era precisamente una ganga; ambos tenían una cabeza que parecía abollada, la piel de color púrpura y repleta de venas visibles a

simple vista, y, por si fuera poco, no dejaban de agitar sus extremidades con movimientos espasmódicos, como si estuviesen luchando contra algún fantasma o invisible enemigo.

—¡Chico, cómo me gustaría tener uno de éstos! —dije.

El tipo captó la ironía de mi tono, pero interpretó mal el comentario. Me miró, señaló con el pulgar hacia el bebé que no era el suyo y, con una media sonrisa, me dijo:

—Bueno, colega, tengo noticias para ti: ya lo tienes.

Algo más de media hora después llegué a una calle bordeada por frondosos árboles en el corazón de Point Breeze, donde en una época ya lejana los herederos de las grandes fortunas del acero y las especias jugaban sobre la hierba golpeando con mazos de oro pelotas que hacían pasar bajo aros de plata. Caminé junto a una siniestra verja de hierro hasta llegar a la entrada de la residencia de los Gaskell. Era una noche de primavera fría en una ciudad fluvial al pie de las montañas. En el aire flotaba una ligera bruma. La luz de las farolas era débil y difusa, como si la hubiese retocado con el dedo un artista entusiasta del pastel y dado al sentimentalismo. Todavía llevaba conmigo la tuba, sin ningún motivo concreto, salvo el hecho de que en las presentes circunstancias era una agradable compañía; lo cual es una manera de decir que era cuanto poseía. Todas las ventanas de la casa de los Gaskell estaban iluminadas, y mientras recorría el camino de acceso llegó a mis oídos el suave tintineo de un vibráfono. No oí gritos ni otros sonidos humanos de juerga, lo cual, por otra parte, no me sorprendió en absoluto, ya que la fiesta de clausura del festival literario, se celebrase donde se celebrase, era, por lo general, un baile de supervivientes, con una escasa concurrencia de gente cansada y resacosa. Deposité la tuba en el suelo y llamé al timbre.

Esperé. El viento agitó sonoramente las hojas de los árboles y dos segundos después empezó a llover a cántaros. Llamé con los nudillos. Probé con el pesado picaporte y descubrí que la puerta no estaba cerrada. Al entrar, sentí un estremecimiento de miedo.

—¿Hola? —dije.

La casa estaba desierta. Di una vuelta por la planta baja, fui de la sala a la cocina y me abrí paso por las puertas batientes hasta el comedor. Por todas partes había signos de una reciente presencia de gente: vasos de plástico con marcas de carmín, ceniceros llenos de colillas, algunos sombreros y sudaderas tirados de cualquier manera, e incluso un par de zapatos. Toda la escena estaba impregnada de una extraña calma después de la batalla, como tras la acción de un rayo mortal o una nube tóxica.

—¿Hay alguien en casa? —grité hacia el piso de arriba, y empecé a subir las escaleras. Mi llamada no obtuvo respuesta. Desde el pelo me resbaló por la nuca una gota de lluvia, y sentí que un estremecimiento me recorría la espina dorsal. La puerta de la entrada seguía abierta y las susurrantes risotadas de la lluvia que repiqueteaba en los árboles y los charcos creaba una extraña armonía con el claqué de esqueletos danzantes del vibráfono. Una casa vacía, un hombre necio y temerario subiendo las escaleras al encuentro de su fatal destino, la espectral música de una orquesta de diablillos y esqueletos: me había convertido en el protagonista de un relato de August Van Zorn. Tal vez, pensé, nunca había sido otra cosa a lo largo de mi vida. De pronto, a mis espaldas se oyó un ruido sordo, como de un cuerpo golpeando contra el suelo.

Pegué un bote y me volví rápidamente, preparado para ser devorado por las babeantes fauces del mismísimo Príncipe de las Tinieblas. Pero era sólo la tuba, que se había volcado en el porche; o eso, o trataba de moverse por sí misma.

—No puedo dejarte sola ni un momento —le dije, bromeando sólo a medias.

Bajé rápidamente las escaleras y me quedé en el recibidor, muy quieto, sin perder de vista la tuba e intentando descifrar qué debía de haber pasado y por qué todo el mundo se había ido. Desde donde estaba veía la cocina, y a través de sus ventanas descubrí que en el jardín trasero había una luz encendida. Entré en la cocina y aplasté la cara contra el cristal de una ventana. En el interior del invernadero de Sara brillaba uno de los neones de tenue luz violeta. Era perfectamente posible que en algunas ocasiones Sara dejase encendida a propósito alguna de las luces del invernadero, y bastante improbable que hubiese elegido aquel preciso momento para echar un vistazo a sus guisantes. A pesar de todo, me subí la chaqueta hasta cubrirme la cabeza y crucé el jardín chapoteando a la carrera. Llamé a la puerta del invernadero con los nudillos un par de veces y después la abrí y me dejé aspirar por aquella extraña casa de cristal con su hedor a abono a base de pescado, flores y putrefacción. Era la primera vez que entraba allí de noche. Sólo había un neón encendido, al fondo. Me quedé inmóvil unos instantes, tratando de adaptarme a la escasa luz y a la densidad del aire, recargado de un olor, mezcla de vainilla rancia y dulzona podredumbre, que identifiqué como el aroma de los narcisos. Era tan abrumador, que casi podía oírlo zumbar en mis oídos como si de un enjambre de abejas se tratase.

—¿Sara? —llamé.

El murmullo de las flores parecía ir en aumento a medida que avanzaba por el invernadero, pero al llegar al eje central descubrí que el origen no estaba en el efecto que sobre mis nervios pudiese ejercer el denso perfume del lugar, sino en los irregulares y grotescos ronquidos de un maestro contemporáneo del arte del relato. Echado en el viejo sofá púrpura, bajo la palmera plantada en un tiesto, Q. dormía profundamente. Los faldones de la camisa le colgaban por encima del pantalón, tenía la bragueta abierta y en los pies llevaba tan sólo unos calcetines de fantasía con la puntera roja, manchados de tierra. Así que los zapatos de la sala eran los suyos. Incluso en sueños, Q. y su *Doppelgänger* proseguían su singular combate, ya que, si bien fruncía el ceño angustiadamente, el resto de su rostro mostraba una expresión plácida, incluso satisfecha, como si estuviese disfrutando de un merecido descanso. Aparte de las manchas de tierra en los calcetines, lucía un lamparón de sangre seca en el bolsillo de la camisa y llevaba un número de teléfono o un mensaje garabateado en el dorso de la mano. Me incliné y traté de leerlo. Estaba demasiado borroso para poder descifrar lo que ponía. La primera letra era una «C». Me pareció que CRETINO habría resultado muy apropiado. Encendí una luz del techo.

Q. abrió los ojos.

—¡No! —gritó, y levantó las manos como para defenderse de mí.

—Tranquilo, tío —le dije—. Todo va bien.

Se incorporó.

—¿Dónde estoy? ¿A qué huele?

—Es la respiración de las plantas —le expliqué—. Estás en el invernadero de Sara.

Se frotó la cara y se palmeó las mejillas. Después echó un vistazo a su alrededor durante el cual se detuvo a contemplar las puntiagudas hojas de la palmera y sus calcetines sucios. Meneó la cabeza.

—No —dijo.

—No tienes ni idea de cómo has llegado hasta aquí, ¿verdad?

—Ni la más remota.

Le apreté levemente el hombro, para animarlo.

—De acuerdo —dije—. Trata de responderme a esto: ¿tienes idea de adónde se ha ido toda la gente de la fiesta? —Señalé hacia la casa con la cabeza—. No queda ni un alma, y parece que los invitados se han largado precipitadamente. Hay vasos, cigarrillos y demás tirados por todas partes. —Consulté el reloj. Faltaba poco para las nueve—. Diría que la fiesta ha terminado antes de lo previsto.

—Sí..., uh..., bueno... —empezó, todavía algo confuso—. Sara... —Asintió con la cabeza—. Sara los echó a todos.

—¿Sara? —No podía imaginármela haciendo algo tan bochornoso con toda aquella gente; era un comportamiento que chocaba frontalmente con la imagen de ecuanimidad que como rectora se había construido con tanto cuidado—. No parece propio de ella. —Sólo se me ocurría una posible explicación: había decidido de una vez por todas deshacerse del fruto de mi semilla que crecía en sus entrañas. De pronto se apoderó de mí la irracional certeza de que ya lo había hecho: tras echar a patadas a todo el mundo de su casa, sola e histérica, se había dirigido en coche a una sórdida clínica abortista en algún barrio poco recomendable de la ciudad—. ¿Por qué lo ha hecho?

—No lo recuerdo —dijo Q., y entonces lo recordó. Me miró con ojos como platos que pedían clemencia, como si me hubiesen enviado a darle su merecido por lo que fuese que hubiera hecho. Bajó la cabeza y añadió—: Creo que le rompí la nariz a Walter Gaskell.

—Bromeas, ¿no? ¡Oh, Dios mío!

Se puso a la defensiva.

—Bueno, tal vez no. —Se pellizcó la punta redondeada de la nariz—. Apenas le di. —Asentía con la cabeza para sí a medida que iba recordando los detalles—. Prácticamente ni le rocé con la punta.

—¿La punta?

—Estaba probando uno de sus bates. Uno enorme, que pesaba más de un kilo, amarillo y lleno de manchas. Parecía una especie de viejo colmillo de elefante. Perteneció a Joe DiMaggio. —Al recordarlo, se relajaron un poco los músculos de su rostro—. Una auténtica hermosura.

—Ya sé a cuál te refieres —dije.

—Y, en cierto modo, todavía emana de él mucha energía. Cuando lo coges, sientes como si hubiese algo muy poderoso en su interior tratando de salir.

—Supongo que así es —concedí—. Y supongo que fue eso lo que le rompió la nariz a Walter.

—Ajá —dijo Q., y ladeó un poco la cabeza. Su voz se hizo más aguda—. Al menos, no lo *robé*.

—Es un detalle a tener en cuenta —dije—. Bueno, y entonces qué, ¿ella lo acompañó al hospital? Me refiero a Sara.

Había ido hasta allí en su busca, y probablemente había estado todo el rato en urgencias.

—No lo sé. Él sangraba y gritaba, y probablemente yo también gritaba un poco. De pronto, entró Sara y discutieron a voz en grito durante un rato. Lo siento, pero no recuerdo sobre qué discutían. Entonces ella echó a todo el mundo de su casa. Si no está allí, no tengo ni la más remota idea de adónde puede haber ido.

—¿Y Walter? —pregunté.

Q. enarcó una ceja y con la peluda barbilla señaló vagamente hacia la puerta del invernadero. Sonrió. Lo miré sin entenderlo. De pronto, percibí en su mirada un destello de malicia de su *Doppelgänger*. Quería que me volviese. Me volví, casi esperando encontrarme con que la tuba me había seguido.

—¡Hola, Grady! —saludó Walter.

Surgió de entre las sombras del invernadero, con el bate manchado de brea de Joe DiMaggio colgando de una mano. Era una pieza que había adquirido el pasado otoño, en pleno apogeo de su frenesí coleccionista. Tan intenso era, que se olvidó del cumpleaños de Sara, y lo único que se le ocurrió fue echar mano del bate de madera de fresno como poco convincente e insincero regalo. Una decisión que resultó ser un golpe fatal para la salud de su matrimonio, al menos por lo que a Sara concernía. Si algún día decidía abandonar a su marido de modo definitivo, la historia de ese bate, nominalmente suyo, sería uno de los reproches que le echaría en cara. Era uno de los bates que, según se decía, había utilizado DiMaggio en los míticos partidos de 1941; al parecer, usó muy pocos, y por ello eran merecedores de particular devoción, cosa que intenté hacerle comprender a Sara. Con la otra mano Walter sostenía una bolsa de hielo a cuadros apretada contra el caballete de su nariz. Su camisa gris estaba manchada de sangre.

—¡Hola, Walter! —dije.

—Siento lo de tu nariz, Walter —se disculpó Q.—. Debía de estar muy borracho.

Walter asintió y dijo:

—Lo superaré.

—Y yo... —intervine—. Uh... Ya sé que te parecerá una imbecilidad que lo diga a estas alturas, Walter, pero quiero que sepas que también siento mucho todo lo que ha pasado. Estoy muy avergonzado. —Hice una pausa para humedecerme los labios. La verdad es que no estaba tan avergonzado, ni mucho menos; simplemente, trataba de evitar que Walter me partiera la cara con el bate—. Yo... ¡Ojalá pudiese reparar todo el daño que te he hecho!

—No creo que puedas conseguirlo nunca, Grady —dijo Walter. Golpeó suavemente el bate contra su muslo, mientras sus dedos jugueteaban con la vieja y gastada cinta aislante que recubría la empuñadura. Recuerdo que no parecía irritado, ni especialmente predispuesto a ajustar cuentas, ni satisfecho, como sucede en las películas cuando un personaje que lleva tiempo pensando en la venganza deja que asome a sus labios una sonrisa perversa. Por el contrario, tenía ojeras, una bolsa de hielo aplastada contra la nariz y, sobre todo, la expresión preocupada de un jefe de departamento tras una trifulca nocturna con el gabinete de contabilidad provocada por el brutal recorte de los presupuestos de sus cursos para el próximo año—. El departamento va a tener que abrirte un expediente disciplinario, por supuesto.

—De acuerdo —acepté—. Me parece justo.

—Y es probable que pierdas tu plaza de profesor. Por mi parte, desde luego, haré todo lo posible para que te despidan.

Miré a Q., que fijaba la vista alternativamente en Walter y en mí con aparente tranquilidad, aunque creí entrever una ligera mueca de frustración en su rostro. Supuse que habría dado cualquier cosa por tener a mano un bolígrafo para tomar notas.

—¡Eres un maldito farsante, Grady! ¡En todo el tiempo que llevas aquí no has escrito ni una sola línea! —me espetó Walter. Y, suavizando un poco el tono, añadió —: Creo que hace ya siete años, prácticamente ocho. —Nombré a dos de mis colegas en el departamento—. En los últimos siete años, entre los dos han publicado nueve libros. Y uno de los de ella ganó un Premio Nacional, como sin duda sabes. Y tú, Grady, ¿qué has hecho?

Ésa era la gran pregunta, la acusadora pregunta que llevaba tanto tiempo esperando sin haber sido capaz de dar con una respuesta adecuada. Bajé la cabeza.

Q. se aclaró la garganta y matizó, muy apropiadamente:

—Supongo que te refieres a qué ha hecho aparte de acostarse con tu mujer.

Walter apartó la bolsa de hielo de su nariz y la dejó caer al suelo. Levantó el bate y empezó a moverlo describiendo pequeños arcos entre Q. y yo. Lo agarraba con ambas manos, moviendo los dedos sobre la empuñadura. Tenía la cara hinchada y

manchada de sangre, pero había una mirada sosegada en sus ojos azules como los de Doctor Dee.

—¿Vas a golpearme con eso? —pregunté.

—No lo sé —respondió—. Es posible.

—Adelante —le dije.

Y lo hizo. En mi opinión, la mayor parte de la violencia entre los hombres es, de una u otra forma, consecuencia de la ligereza con que utilizan los comentarios mordaces. Le dije que adelante, y me tomó la palabra, dispuesto a partirme la crisma con el histórico bate. Levanté un brazo para protegerme, pero aun así se las arregló para asestarme un golpe oblicuo en la sien izquierda. Mis gafas salieron volando. Oí un ruido como de una roca enorme estrellándose contra una plancha metálica, vi algo semejante al fogonazo de un flash y en mi retina floreció y se marchitó una luminosa rosa. Sentí dolor, pero no tanto como me había imaginado. Después de parpadear varias veces, recogí mis gafas, me las coloqué sobre el caballete de la nariz, me enderecé y, con la exagerada dignidad de un tambaleante borracho, me alejé. Por desgracia para mi esforzada escenificación de imperturbabilidad y autocontrol, me equivoqué de dirección y acabé en la otra punta del invernadero, donde se me enredaron las piernas en un rollo de tela metálica y caí de bruces.

—¿Grady? —gritó Walter. Por el tono de su voz parecía sinceramente preocupado.

—Estoy bien —dije.

Me liberé de la tintineante trampa de alambre y me dirigí hacia donde recordaba que estaba la puerta. De camino a la salida crucé el eje central del invernadero, y al pasar junto al sofá púrpura me detuve un momento.

—Espero que no hayas perdido detalle —le dije a Q.

Asintió. Me pareció que estaba un poco pálido.

—Quisiera hacerte una pregunta —añadí, señalando su mano—. ¿Qué pone ahí?

Miró la borrosa inscripción en tinta azul sobre el dorso de su mano izquierda y frunció el ceño. Tardó varios segundos en recordar de dónde había salido aquello.

—Pone «Frank Capra» —dijo, y se encogió de hombros—. Es algo que vi anoche; creo que de ahí podría salir una novela.

Asentí y le tendí la mano; me la estrechó. Al avanzar hacia la puerta estuve a punto de rozar a Walter Gaskell, y al apartarme me tambaleé un poco. Levantó una mano para sostenerme, y, por un instante, estuve a punto de desmayarme en sus brazos, pero rechacé su ayuda y crucé a grandes zancadas el jardín, que parecía girar a mi alrededor, camino de la casa.

Subí por las escaleras del porche trasero y atravesé la casa, sintiéndome un poco menos aturdido a cada paso que daba. Al llegar al porche delantero comprobé que la tuba seguía allí, esperándome. Casi me alegré de verla. Me quedé allí, iluminado por

la luz que salía de la puerta abierta que tenía a mis espaldas y se desparramaba hacia la calle, mientras la lluvia se deslizaba por los cristales de mis gafas y las aletas de mi nariz, tratando de reunir el ánimo necesario para emprender el camino de regreso a mi casa vacía en la calle Denniston. Eché un vistazo al recibidor para comprobar si, por casualidad, alguien se dejó olvidado un paraguas o había alguna cosa con la que, al menos, pudiese cubrirme la cabeza. No vi nada que resultase adecuado. Me volví, respiré profundamente y levanté la tuba por encima de mi cabeza para resguardarme un poco de la lluvia. Y así emprendí el camino de regreso a casa. Pero la tuba pesaba demasiado para llevarla mucho rato de aquel modo, así que no tardé en bajarla y seguir adelante empapándome. La ropa empezó a parecerme más pesada, los zapatos rechinaban a cada paso y los bolsillos de la chaqueta se llenaron de agua. Finalmente, decidí sentarme sobre la funda de la tuba y esperar, como un hombre agarrado a un tonel vacío, a que me arrastrase la riada.

La riada, pensé. Ése era el verdadero final que siempre había pensado para *Chicos prodigiosos*. Un día de abril, tras un duro invierno, el río Miskahannock se desbordaba y arrasaba la agitada ciudad de Wonderburg, Pensilvania. Para el último párrafo tenía una idea muy concreta: una chica y una vieja jorobada avanzaban en una barca por el enorme recibidor de la mansión de los Wonder. Había algo en esa imagen de la pequeña barca que, cargada con todo lo que quedaba de la familia Wonder, se dirigía trabajosamente hacia la puerta de la mansión para perderse entre las ruinas y los restos flotantes del mundo, que me conmovía hasta las lágrimas. En un gesto automático, me palpé los bolsillos tratando de encontrar un bolígrafo y una hoja de papel para tomar algunas notas. Había algo en uno de los bolsillos de la chaqueta. Eran las siete páginas supervivientes de *Chicos prodigiosos*, dobladas y mojadas. Las apoyé contra uno de mis muslos y, con sumo cuidado, las desplegué y las alisé.

—¿Y bien? —le dije a la tuba—. ¿Qué te parece si ponemos el punto final de una vez por todas?

Tomé las siete hojas y me dispuse a plegarlas. Empecé por las puntas superiores y las fui doblando hasta convertirlas en un empapado y blando barquito de papel. Deposité la poco marinera embarcación a mis pies, en la cuneta, y contemplé cómo se escoraba y se deslizaba calle abajo, hacia el río Monongahela primero y camino del mar abierto después. Así, tal como habían presagiado las profecías de las brujas y yo había dejado escrito en un borrador de nueve páginas redactado una tarde de abril de hacía cinco años, la riada se llevó los últimos restos de las posesiones de los Wonder. Me puse en pie y descubrí que se me había despejado considerablemente la cabeza y que el aturdimiento que sentía en ella hacía un rato había pasado, como si de corriente eléctrica se tratase, a mis extremidades. Las manos no me respondían bien, sentía las piernas inseguras y mi corazón parecía etéreo. No estaba exultante de

felicidad, precisamente; había dedicado demasiados años de mi vida a aquella novela, había vertido en ella demasiados miles de ideas, situaciones y frases elegantemente resueltas, fruto todo ello de un arduo trabajo, para no sentir un profundo pesar al abandonarla definitivamente. Pero, a pesar de todo, me sentía ligero, como si me hubiese criado en los superpoblados barrios del planeta Júpiter y de pronto, rebosante de energía y entusiasmo, pudiese recorrer libremente las calles de Point Breeze dando saltos, cubriendo tres metros con cada zancada y con la tuba como único lastre para evitar salir volando.

Después de caminar un rato en dirección a casa, temblando, mientras en mi cabeza se repetían sin cesar los pensamientos que cabe esperar que se le ocurran a un hombre que acaba de ser aporreado con un bate del mismísimo Joe DiMaggio, un coche me adelantó e inmediatamente se detuvo junto al bordillo. Sus faros proyectaban unos haces de luz que iluminaban las gotas de lluvia haciéndolas resplandecer. Era un Citroën DS23. La lluvia repiqueteaba sobre su capota de lona negra.

Sin abandonar la tuba, subí al bordillo, me agaché un poco y eché un vistazo al interior del coche. Estaba iluminado por el débil resplandor ámbar del tablero de mandos, y de la ventanilla abierta emanaba calor. Olía a una mezcla de ceniza mojada y lana húmeda del abrigo de Sara. La radio emitía mensajes publicitarios con sordina. Cuando asomé la cabeza, Sara me dirigió una mueca, abriendo mucho los ojos, para que supiese que estaba enfadada, pero que no había perdido del todo el sentido del humor. Tenía el cabello mojado y echado hacia atrás, y el rostro húmedo y con restos del lápiz de labios naranja de alguna de sus invitadas en la mejilla.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —me preguntó con burlona afabilidad. Simulaba no estar nada sorprendida de haberme encontrado, pero, por el modo cómo mantenía la boca muy recta, y por cierta reveladora dilatación de las aletas de su nariz, deduje que llevaba horas alarmada por mi desaparición y aún no se le había pasado el susto—. Te he buscado por todas partes —dijo—. Volví al hospital. He ido a tu casa... ¡Dios mío, Grady!, ¿qué te ha pasado en la cabeza?

—Nada —respondí, y me palpé la sien izquierda, que, a decir verdad, se había hinchado considerablemente—. Bueno, Walter me ha atizado con un bate de béisbol. —Además, ahora que tenía ante mí algo concreto en que fijar la vista, me pareció que no controlaba del todo los movimientos de mi ojo izquierdo—. Estoy bien. Ya sabía que me tocaría recibir.

—¿Seguro que estás bien? —Entrecerró los ojos y me escrutó. Trataba de descubrir si iba colocado—. Entonces, ¿por qué bizqueas?

—¿Cómo que bizqueo? Estoy bien, no voy colocado —le aseguré, y, para mi sorpresa, reparé en que era cierto—. Te digo la verdad.

—La verdad... —repitió Sara, dubitativa.

—Me encuentro estupendamente. —Eso también era cierto, excepto por lo que respectaba al estado de mi cuerpo en aquellos momentos—. Me alegro tanto de verte, Sara... Tengo tantas cosas que decirte... Me siento... Me siento tan ligero...

Empecé a explicarle mi muerte simbólica, el último viaje del barco llamado *Chicos prodigiosos* y la súbita y mágica ligereza de mi viejo corpachón jupiterino.

—Llevo mi maleta en el portaequipajes —me dijo Sara, interrumpiéndome, como de costumbre, antes de que pudiese enturbiar las aguas de una conversación importante con mis habituales divagaciones—. ¿Emily va a volver a casa?

—No creo.

Sus ojos se volvieron a entrecerrar.

—No —dije—. No va a volver a casa.

—Entonces, ¿puedo quedarme contigo? Por poco tiempo. Un par de días. Hasta que encuentre algún sitio. Si —añadió rápidamente— es eso lo que quieres.

No dije nada. La lluvia arreciaba; la tuba me estaba dislocando el hombro, pero no me decidía a dejarla en el suelo, y Sara todavía no me había ofrecido entrar en el coche. Tenía la sensación de que de mi respuesta dependería en gran medida que finalmente lo hiciese o no. Seguí allí, empapado, recordando la promesa que le había hecho al doctor Greenhut.

—Bueno, pues muy bien —dijo Sara, y metió primera. El coche empezó a avanzar lentamente.

—¡Espera un momento! —dije—. ¡Para!

Se encendieron las luces traseras de frenado.

—¡De acuerdo! —dije mientras corría para alcanzarla—. ¡Por supuesto que puedes quedarte conmigo! ¡Me parece una idea estupenda!

Esperaba que después de oír estas palabras me sonriese, me ofreciese entrar en el coche, me llevase a casa y me dejase sobre mi sofá favorito para poder dormir durante los próximos tres días. Pero Sara no estaba dispuesta a dar por finalizadas las negociaciones tan fácilmente.

—He decidido que voy a tenerlo —me informó, y contempló mi cara para comprobar el efecto que me causaba su anuncio—. Por si te interesa saberlo.

—Sí que me interesa.

Levantó las manos del volante, por primera vez en todo aquel rato, y las extendió en un peculiar gesto que resultaba más elocuente y expresaba mejor su incertidumbre que un encogimiento de hombros.

—He pensado que sería una buena idea tenerlo —dijo—, si no voy a tener nada más.

—¿Eso crees?

—Al menos de momento.

Me reincorporé, bajé del bordillo y alcé la vista para mirar el cielo a través de la

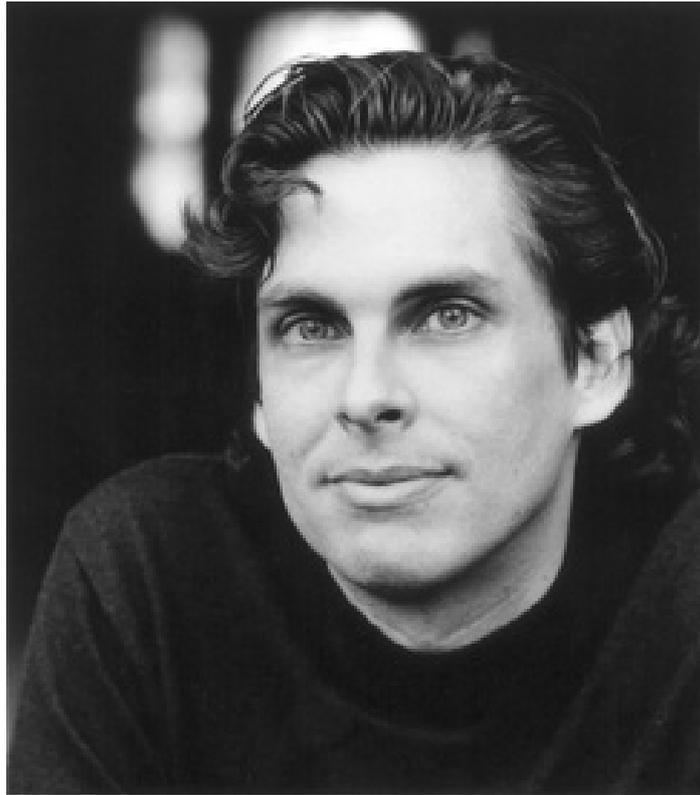
lluvia. Dejé en el suelo el último de mis agobios y abrí la portezuela del coche.

—Entonces, supongo que no tengo por qué seguir aferrándome a esta tuba —dije.

U no de los más extraños restos arrastrados por las aguas que hubo que limpiar tras la riada que me devolvió finalmente a la pequeña ciudad que me vio nacer, fue la chaqueta de satén negro con el cuello de armiño, los codos un poco gastados y a la que le faltaba un botón. Aunque por ley podía exigir de Walter que vendiese su querida colección para dividir los beneficios de la liquidación, Sara le ofreció renunciar a sus derechos sobre todo lo demás —las camisetas oficiales de competición, los tres mil cromos de jugadores de béisbol y, por encima de todo, el bate manchado de brea— si él le cedía la chaqueta. Yo me habría sentido absolutamente feliz de no volver a verla nunca más, pero para Sara era un recuerdo, al mismo tiempo irónico y emotivo, del fin de semana que selló nuestro destino. Todo lo demás se lo quedó Walter, que aceptó desprenderse de un pequeño aunque significativo principado para poder mantener el resto de su inmenso imperio. Cuando tanto Sara como yo nos liberamos por fin de todos nuestros compromisos sociales y profesionales del pasado, nos casamos aquí, en el Ayuntamiento, en un acto celebrado por un juez de paz que era primo lejano de mi abuela. En la ceremonia, casi —aunque no del todo— como una broma, Sara lució la chaqueta. No me pareció que fuese un buen presagio, pero se trataba de mi cuarto matrimonio y, por tanto, cualquier comentario sobre presagios estaba, hasta cierto punto, fuera de lugar.

Durante más de un año después de que las páginas del manuscrito de *Chicos prodigiosos* saliesen volando por aquel callejón que daba a la parte trasera de Kravnik, Material Deportivo, fui incapaz de escribir una sola palabra. Metí los restos que sobrevivieron al catastrófico final de mi pieza de orfebrería —borradores de algunos capítulos, perfiles de personajes y fragmentos sueltos que había descartado— en una caja de botellas de licor que guardé debajo de la cama. Mi vida había sufrido importantes alteraciones y, tal vez porque tenía problemas de visión en el ojo izquierdo, me llevó mucho tiempo recuperar mi sentido del equilibrio narrativo y mi percepción del mundo circundante como escritor. Traté largo y tendido con mi abogado y con buen número de colegas suyos de Pittsburgh, dejé de fumar marihuana y puse en juego lo mejor de mí mismo a fin de lograr ser un buen marido y un buen padre para mi hijo. Sara consiguió el puesto de jefa de estudios en Coxley y se las arregló para que me contratasen como profesor a media jornada en el departamento al que Albert Vetch había consagrado tantas horas de su vida. Así que nos mudamos a esta pequeña ciudad en la ladera de la colina, donde las casas son del color de las hojas secas, donde el brillo de los letreros de neón te ciega en las noches frías, donde la temporada de fútbol americano nunca se acaba. Finalmente, un domingo por la tarde, cuando ya llevábamos un par de semanas viviendo en una casa alquilada en la calle Whateley, a una manzana de la esquina de Pickman donde el viejo Hotel McClelland sigue en pie, saqué la caja de botellas de licor de debajo de la cama, la llevé al jardín trasero y la enterré en la gélida tierra negra, bajo una glicina.

Escribo por las mañanas, si el niño me lo permite, por las tardes, cuando no estoy dando clases, y, a veces, por la noche, cuando regreso a casa del bar Alibi Tavern. Los días en que no estoy demasiado satisfecho de mi trabajo, suelo pasar un par de horas en la abollada barra de acero del Alibi, y me encontrarán allí todos los martes por la noche después de dar clase a mis alumnos del curso avanzado de escritura creativa. Busquen al minotauro medio ciego con chaqueta de pana y una ajada cartera de cuero, sentado al fondo de la barra, junto a la gramola, con una jarra de cerveza Iron City mezclada, en atención a su salud, con limonada. Si se sientan el tiempo suficiente en el taburete contiguo, es muy probable que acabe explicándoles que trabaja como un negro en una novela sobre béisbol y la guerra de Secesión, o en un libro sobre el Berkeley de principios de los setenta, o en un guión cinematográfico titulado *Hermana de las tinieblas*, inspirado en varios relatos interrelacionados de otro oscuro hombre de letras local que utilizó el seudónimo de August Van Zorn. Normalmente está acompañado por uno o dos hombres mucho más jóvenes que él, alumnos suyos, chicos prodigiosos en cuyos corazones anida el miedo y el misterio de los libros que creen estar destinados a escribir. En sus buenos tiempos conoció a bastantes autores famosos y admirados, y le gusta prevenir y entretener a sus jóvenes acompañantes con ejemplos de la enfermedad incurable que provoca que todos los buenos escritores acaben sufriendo inevitablemente el quintaesencial destino de sus personajes. En general, los chicos le escuchan atentamente, y, de vez en cuando, alguno de ellos incluso se toma la molestia de ir a la biblioteca de la universidad, exhumar alguna de sus novelas y, acuclillado entre las estanterías, hojearla con impaciencia, buscando las partes que parecen sinceras.



MICHAEL CHABON, nacido en 1957, se convirtió en joven prodigio literario con sus primeros relatos publicados en la revista *The New Yorker* a mediados de los ochenta, antes de cumplir los treinta años. Poco después saboreó el éxito con su primera novela, *Los misterios de Pittsburgh*. Es también autor de las novelas *Chicos prodigiosos*, *Las asombrosas aventuras de Kavalier* y *Clay* (premio Pulitzer 2001) y *El sindicato de policía yiddish*, y de los libros de relatos *Un mundo modelo* y *Jóvenes hombres lobo*.

NOTAS

[¹] Howard Philip Lovecraft (1890-1937), escritor estadounidense adscrito al género fantástico, conocido por su serie de relatos sobre los mitos de Cthulhu. (*N. del T.*)

[<<]

[2] Escritor estadounidense de origen inglés, nacido en 1901. Figura destacada dentro del género fantástico. (*N. del T.*)

[<<]

[3] Pianista de jazz, nacido en 1930. (*N. del T.*)

[<<]

[4] John C. Frémont (1813-1890), explorador, soldado y político estadounidense. Participó en tres importantes expediciones al Lejano Oeste como oficial del Cuerpo de Ingenieros Topógrafos. Posteriormente dejó el ejército tras ser acusado de desobediencia, e inició una carrera política en la que destacó por su oposición a la esclavitud. Entre 1878 y 1883 fue gobernador de Arizona. (*N. del T.*)

[<<]

[5] Maxwell Perkins (1884-1947), prestigioso editor estadounidense, que desarrolló su carrera en la editorial Charles Scribner & Sons y fue el descubridor y mentor de escritores como Francis Scott Fitzgerald, Hemingway y, sobre todo, Thomas Wolfe, con el que mantuvo una estrechísima relación editor-autor. (*N. del T.*)

[<<]

[6] Novela del escritor inglés Anthony Powell (n. en 1905), publicada en 1957 y una de las que forman la serie «A Dance to the Music of Time». (*N. del T.*)

[<<]

[7] Tetrahidrocanabinol, el principio más activo de la marihuana. (*N. del T.*)

[<<]

[8] «Doble», «sosa», en alemán. (*N. del T.*)

[<<]

[9] Preakness Stakes, importante carrera de caballos que empezó a celebrarse en el año 1873 y se disputa en Baltimore. Forma parte de la Triple Crown, la dotación económica del premio es la más alta de Estados Unidos y toma su nombre del caballo que ganó la primera edición. (*N. del T.*)

[<<]

[10] El título original de la novela de Grady Tripp es *Wonder Boys*. «Wonder» es el apellido de los protagonistas —«Los chicos Wonder»—, pero también un sustantivo que significa «maravilla, prodigio». (*N. del T.*)

[<<]

[¹¹] El máximo exponente del «periodismo gonzo». Entre sus obras figuran *Miedo y asco en Las Vegas* y *Los Ángeles del Infierno*, publicados por Anagrama. (N. del T.)

[<<]

[¹²] Importante batalla que se libró en 1863, durante la guerra de Secesión, en esta ciudad de Virginia y se saldó con la victoria de las tropas confederadas. (*N. del T.*)

[<<]

[13] Cena ceremonial judía en la que se leen pasajes de un libro litúrgico llamado *Haggadah*, se cantan canciones tradicionales y se come una serie de platos específicos que simbolizan los años de cautividad en Egipto y el posterior éxodo. (*N. del T.*)

[<<]

[14] Aniversario de la muerte de un pariente próximo que los judíos conmemoran encendiendo una vela la noche antes y recitando el *kaddish*, una oración para los difuntos. (*N. del T.*)

[<<]

[15] Pan sin levadura que comen los judíos durante la pascua. Con la misma masa se elaboran otros platos, como esas bolas, que se cuecen en caldo. (*N. del T.*)

[<<]

[16] Antigua ciudad de Irlanda, donde se coronaba a los reyes y se reunían los nobles en asamblea. (*N. del T.*)

[<<]

[17] Figura geométrica que debe su nombre al matemático alemán Felix Klein (1849-1925), que la diseñó. (*N. del T.*)

[<<]

[18] Solemne ceremonia celebraba en la sinagoga, normalmente un sábadu por la mañana, para admitir como miembro de la comunidad a una niña de doce años que ha recibido la adecuada instrucción religiosa. La ceremonia en que son admitidos los niños, llamada *bar mitzvah*, tiene lugar a los trece años. (*N. del T.*)

[<<]

[19] Filósofo alemán (1848-1945), uno de los fundadores de la lógica simbólica. (*N. del T.*)

[<<]

[20] Físico estadounidense de origen ruso (1904-1968), uno de los primeros defensores de la teoría del *big bang*. (*N. del T.*)

[<<]

[21] Deborah transforma *Grady* en *Gravy* y añade *Boat*. *Gravy boat* en inglés significa «salsera». El *Boat* deriva en *Boot*. *Das Boot* es en alemán «el tonel». (*N. del T.*)

[<<]

[22] «Mosquito», en inglés, es *gnat*. (N. del T.)

[<<]

[23] Verdadero nombre de Groucho Marx. (*N. del T.*)

[<<]

[24] Vestido suelto, de colores vivos, típico de las mujeres hawaianas. (*N. del T.*)

[<<]

[25] Cualquier hierba amarga (como los rábanos picantes) que se come durante el *seder*. Simboliza lo amargo que fue el cautiverio en Egipto para los judíos. (*N. del T.*)

[<<]

[26] Pasta hecha de manzanas hervidas, nueces molidas, canela y vino con la que se acompaña el *maror* y el *matzoh* durante el *seder*. Simboliza el barro con que los judíos fabricaban ladrillos mientras duró su cautiverio en Egipto. (*N. del T.*)

[<<]

[27] Plato coreano consistente en un escabeche de repollo, cebollas y pescado, condimentado con ajo, rábanos, pimiento rojo y jengibre. (*N. del T.*)

[<<]

[28] Libros que contienen la liturgia del ritual del *seder* que se celebra durante la pascua judía. (*N. del T.*)

[<<]

[29] Guitarrista pop de aire añado que entusiasmó a las adolescentes de principios de los ochenta. (*N. del T.*)

[<<]

[³⁰] La ternera roja sin tacha y que no ha estado bajo el yugo (Núm. 19) es sacrificada para purificar al pueblo. (*N. del T.*)

[<<]

[31] Menfis fue capital del antiguo Egipto. La película que vieron era, sin duda, *Los diez mandamientos*, de Cecil B. DeMille. (N. del T.)

[<<]

[32] Roderick Usher es el protagonista de *La caída de la casa Usher*, de Poe; Francis Macomber, de *The Short Happy Life of Francis Macomber*, de Hemingway; Dick Diver, de *Suave es la noche*, de F. Scott Fitzgerald. (N. del T.)

[<<]

[33] Pintora norteamericana (Nueva York, 1928), figura menor del expresionismo abstracto. (*N. del T.*)

[<<]

[34] Famosa fotógrafa estadounidense (1923-1971). (*N. del T.*)

[<<]

[³⁵] Importante familia de hombres de negocios, uno de cuyos miembros, Andrew William Mellon (1855-1937), ocupó el cargo de secretario del Tesoro entre 1921 y 1932. (*N. del T.*)

[<<]

[36] En inglés *Eager* significa «vehemente», «ambicioso», «anhelante». (*N. del T.*)

[<<]

[37] Protagonista de *La tempestad*, de Shakespeare, que vive recluida en una isla desierta y sólo ha conocido a su padre, Próspero, y al esclavo invisible de éste, Ariel. (N. del T.)

[<<]

[38] Poblaciones del norte del Canadá, en las provincias de Alberta y Saskatchewan, respectivamente. (*N. del T.*)

[<<]

[39] Referencia a alguna de las abundantes películas japonesas de monstruos destructores en la estela del famoso Godzilla. (*N. del T.*)

[<<]

[40] David Smith (1906-1965), escultor norteamericano de estética vanguardista, que se caracteriza por sus complejas estructuras de barras de hierro. (*N. del T.*)

[<<]

[⁴¹] Bebida a base de soda con aroma de vainilla y caramelo, ingredientes que le da un característico tono oscuro. (*N. del T.*)

[<<]

[42] Julius Robert Oppenheimer (1904-1967), físico norteamericano que contribuyó decisivamente al desarrollo de la bomba atómica. (*N. del T.*)

[<<]

[43] Mítico jugador de béisbol natural de Pittsburgh. (*N. del T.*)

[<<]

[⁴⁴] Hadley Richardson, primera esposa de Hemingway, con la que se casó en 1919.
(*N. del T.*)

[<<]

[45] Alusión a la novela de Jean Genet. (*N. del T.*)

[<<]

[46] John Wilkes Booth (1838-1865), actor norteamericano que el 14 de abril de 1865, durante una representación de *Our American Cousin* en el Ford's Theatre de Washington, asesinó al presidente Lincoln. (*N. del T.*)

[<<]

[47] El orador comete un pequeño desliz al referirse a *The Lovely Parade* (El delicioso desfile), en lugar del correcto *The Love Parade* (El desfile del amor). (N. del T.)

[<<]

[48] Protagonista femenina de *Un tranvía llamado deseo* de Tennessee Williams. (N. del T.)

[<<]

[49] Una de las Furias, que en la mitología clásica simboliza la justicia vengativa. (*N. del T.*)

[<<]

[50] Escritor y artista nacido en Chicago en 1925. (*N. del T.*)

[<<]